CHARLES PARAIN

MARCO AURELIO

TRADUCIDO DEL FRANCÉS
POR
MABEL CHÁNETON RISSO

JUAN CARLOS GRANDA
Editor

Distribuidores exclusivos en la Rep. Argentina
y países de habla castellana
EDITORIAL OCCIDENTE S. R. L.
Alsina 1569 – Buenos Aires

Título de la obra en francés
"MARC AURÈLE"

Traducción al castellano de:
MABEL CHÁNETON RISSO

Derechos adquiridos para todo el habla castellana. Prohibida la reproducción.

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.713.

© by J. C. GRANDA, Corrientes 1243
Bs. As., República Argentina, 1962.

PRÓLOGO

Pocos personajes célebres en la historia antigua nos son hoy día tan actuales como Marco Aurelio. En el corazón de la Antigua Roma, sobre la cima del Capitolio y en un silencio solemne, su estatua ecuestre —una estatua antigua salvada como por milagro— acoge al visitante; no lejos de allí, bajo la efervescencia de una gran capital moderna, se levanta, siempre en su lugar, la columna de una altura de cien pies romanos que conmemora sus victorias sobre el Danubio. Leemos la recopilación de sus pensamientos en los cuales consignó, en lengua griega, sus reflexiones de filósofo estoico, de filósofo emperador. Una fortuita casualidad ha hecho que se conserve una importante cantidad de sus cartas de juventud que lo hacen revivir familiarmente; abertura sobre su intimidad, confidencias escogidas; algo que resulta muy raro tener en períodos un poco alejados como éste. De toda la antigüedad es su época, o más exactamente la época que la precedió inmediatamente, la que nos resulta más conocida por lo escrito sobre ella, por los monumentos, por las representaciones figuradas, por los objetos mismos de la vida cotidiana.

Sin embargo, existen pocos personajes de los que uno se forme comúnmente una idea tan convencional. Muy rápidamente fue transformado en figura de leyenda dorada.

Su reinado se ubica hacia fines del tiempo de la grandeza romana; la luz ya mortecina de la antigua civilización aún sigue iluminando, pero con los rayos de la tarde que hacen presentir la noche. La sombra comenzaba ya a invadir la escena, a invadirla por siglos, durante el largo y doloroso alumbramiento de otra civilización.

Entonces, tanto tiempo como se sobrevivió el Imperio, se aferró al pasado para volver a encontrar y a admirar modelos que permi-

tiesen al menos dudar de la naturaleza humana. La memoria de Marco Aurelio –que por cierto no era indigna– aprovechó la necesidad que se experimentaba de instalar sobre un pedestal a la Sabiduría y a la Virtud. Los emperadores del Bajo Imperio se encomendaban de buen grado a él. Septimio Severo, tan cruel a veces, hizo llevar a sus dos hijos el nombre de Antonino en honor suyo. Macrino, que se adueñó del poder a la muerte de Caracalla y que tenía reputación de haberse manchado con todos los vicios, dio asimismo a su hijo Diadumeno el sobrenombre de Antonino. Bajo Diocleciano, en muchas casas particulares se veneraba siempre la estatua de Marco Aurelio al lado de las de los dioses penates.

El mismo Constantino, por cristiano que fuese, se inclinaba ante él como ante una divinidad tutelar.

Al extremo de esta empresa hagiográfica se sitúa Renan, que inconsolable por la ruina de la civilización antigua y del triunfo del cristianismo, se vuelve con nostalgia hacia la era de los Antoninos como hacia un paraíso perdido. En sus sueños de racionalismo aristocrático acaba de idealizar la figura de Marco Aurelio; ve en él un alma escogida, un exquisito modelo de soberano, una aparición de un mundo eliseo sobre la tierra: "Jamás culto alguno fue más legítimo, y es aún hoy el nuestro. En verdad, todos, tantos como somos, llevamos en el corazón el duelo por Marco Aurelio tal como si hubiera muerto ayer. Con él reinó la filosofía. Por un momento, y gracias a él, el mundo fue gobernado por el mejor y más grande hombre de su siglo. Es importante que esta experiencia se haya hecho; ¿lo será aún una segunda vez?".

En sentido inverso, recientemente se ha intentado hacer de Marco Aurelio un caso patológico. Es la moda. Era fácil explicar el carácter, las inclinaciones filosóficas, las actitudes morales, los problemas del crecimiento afectivo por la úlcera digestiva crónica que lo aquejaba, por las anomalías de su situación familiar, por el amor excesivo de una madre dominante. Fácil sí, pero vano.

La reducción a la fisiología es tan arbitraria como la idealización. Ambas esquematizan la persona, la despojan de las complicaciones y de las contradicciones que hacen la vida y la aíslan de su tiempo. ¡Cuánto más humano aparece Marco Aurelio cuando uno se esfuerza en comprenderlo, en seguirlo en su complejidad con ayuda de todos los hechos, de todos los elementos atestiguados de

uno u otro modo, y negándose por otra parte a inventar, a imaginar alguno! ¡Cuánto más inteligible cuando uno se aplica a retomar los múltiples y sutiles lazos que lo sujetan a su época, una época que se asemeja mucho a la nuestra: confusa, dura, pero apasionante!

Capítulo I

LA HERENCIA DE ADRIANO Y LA INFANCIA DE MARCO

En julio del año 138 llegó a Roma la noticia de que el emperador Adriano había muerto en Bayas, cerca de Nápoles, a la edad de setenta y dos años. La nueva no provocó sorpresa; se sabía que sufría desde hacía meses una grave enfermedad, y el duelo no fue por cierto unánime. Los senadores, que se habían mostrado menos osados mientras vivía el emperador, manifestaron abiertamente su alivio y su satisfacción.

Sin embargo, era una poderosa personalidad la que acababa de desaparecer, no tallada en una pieza como los héroes que fabrican las épocas sometidas a una rigurosa disciplina, pero rica en matices y en luces y sombras. Él confundía y seducía al mismo tiempo: "Severo y alegre, agradable y grave, disoluto y púdico, avaro y liberal, disimulado, cruel y clemente; fue siempre y en todo, diferente a sí mismo". Así lo describe la *Historia Augusta*.

En muchos aspectos estaba por encima de la medida común, más allá de los límites comunes. Dotado de una inteligencia extremadamente rápida, escribía, dictaba, escuchaba y conversaba con sus amigos, todo al mismo tiempo. Poseía una memoria no menos extraordinaria. Conocía, según lo aseguraba la *Historia Augusta*, el nombre de todos los veteranos a los cuales había despedido. Al pasar, con una facilidad a la romana, de la majestad del imperio a la familiaridad doméstica, agrega que conservaba en su mente todas las cuentas del Estado con una precisión que no tiene siquiera un padre de familia por sus asuntos domésticos, por vigilante que sea.

Podría creerse en alguna exageración, de no estar asegurado por testimonios concretos, que fue un espíritu excepcionalmente brillante. Artista refinado, sensible a lo que las civilizaciones desapare-

cidas o contemporáneas habían acumulado de fuerza y de gracia en las letras y en las artes, hizo de la inmensa villa que construyó cerca del Tíbur (la actual Tívoli), en las proximidades de Roma, un compendio de maravillas. Hogares de altas filosofías, ilustres recuerdos del pasado, paisajes celebrados por la leyenda o la poesía habían sido reproducidos y sugeridos: el Liceo, la Academia, el Pritaneo, la Pecila de Atenas, el valle de Tembé, el Canope de Egipto.

Fantasía ruinosa, pero en la cual se exterioriza un deseo tal de abrazar de una sola mirada toda la belleza del mundo y su espiritualidad, que estas ruinas, aun mutiladas, nos dejan deslumbrados.

En la administración del Imperio dio prueba de juicio, de sentido de la organización y también de justicia. Supo poner término a una política ambiciosa de conquistas y de anexiones que estaba por encima de las fuerzas de que se disponía, lo cual no excluía la firmeza en el mantenimiento de la disciplina, tanto civil como militar.

Pero tuvo también sus debilidades, sus aspectos inquietantes. Había hecho suya la libertad de costumbres donde evolucionaban con soberana naturalidad, dios y héroe de la leyenda griega. Se dejaba llevar por todos sus deseos, ya fuese por las esposas de sus amigos o por los jóvenes. Durante un viaje a Egipto, Antínoo, su favorito, murió bruscamente. Lo lloró como se llora a una mujer, con excesos de dolor y de devoción, y le hizo levantar en distintos lugares estatuas en que el rostro resplandecía con una belleza ideal. Los griegos, hábiles en adulonerías, elevaron al rango de los dioses al joven difunto. En las orillas del Nilo se construyó una ciudad en su honor, rebautizada con el nombre de Antinoópolis.

El fin de Adriano fue a la medida de su vida: un desenlace al estilo de Shakespeare.

Al llegar a los setenta años, una extraña enfermedad lo postró en el lecho. Los médicos no sabían qué pensar; algunos la atribuyeron a su hábito de viajar siempre con la cabeza descubierta, aun durante las lluvias más violentas y los fríos más intensos.

Lleno de confianza en sí mismo, no se había preocupado hasta entonces de su sucesión al trono. Como no tenía hijo a quien trasmitir el poder, debía seguir la vía de la adopción por la cual él mismo había recibido el imperio. Tenía que realizar su elección entre las familias más aristocráticas y ricas, pero no llegaba a decidirse. No apreciaba en absoluto la estrechez de espíritu del orden sena-

torial y se había granjeado entre sus filas muchos enemigos. Los hombres de experiencia que por su rango de descendencia y sus capacidades personales hubiera podido designar, le eran tanto más sospechosos por cuanto contaban con el favor del Senado.

Un día, en su villa de Tíbur, un flujo de sangre lo puso en peligro de muerte. El mal se resolvió en una especie de locura. Estaba obsesionado por toda clase de sospechas e hizo perecer, sea abiertamente, sea en secreto, a varios posibles candidatos al imperio. Se lo acusó incluso de haber envenenado a su mujer Sabina y forzado a darse muerte a un viejo nonagenario: Servando, el que había imprudentemente hecho valer sus méritos y pretensiones.

Finalmente se decidió, aunque contrariando los sentimientos de todos. Adoptó a Lucio Cejonio Cómodo, que era hijo y nieto de cónsules, pero los malévolos afirmaban que lo había amado más por su belleza que por sus virtudes.

Por el mecanismo de la adopción el adoptado tomó el nombre de familia de su padre adoptivo Aelio y recibió además el título de César que lo destinaba por adelantado a reinar.

¿Qué clase de emperador hubiera resultado? Había ejercido altas funciones civiles y militares, fue gobernador de Panonia y era también un letrado, pero lo que prevalecía en él era el gusto por el placer. Inmoral y aprovechador, elegante y refinado, sus libros de cabecera eran las poesías eróticas de Ovidio y los epigramas de Marcial, que él llamaba su Virgilio. El que haya leído estos epigramas llenos de espíritu, pero crueles y cínicos, apreciará la irreverencia de la comparación. Se le atribuía la invención de un *paté* que llevaba ubres de cerdas, carne de faisán y de pavo, jamón y carne de jabalí. Se decía que había imaginado también un lecho cuyos cuatro almohadones, de género muy liviano, estaban adornados con hojas de rosas a las cuales se había sacado el blanco. Se acostaba al lado de sus concubinas ungido de perfumes venidos de Persia y vestido con un velo bordado de pétalos de lises. Adriano lo había elegido por todo lo que había en él de fútil, de desenvuelto, de inquietante; todo una parte de su ser. Pero, felizmente sin duda para Roma, Aelio César no tenía salud. En las calendas de enero del año 138 tomó durante la tarde, antes de dormirse, una poción de la que esperaba alivio y no despertó más.

Entonces Adriano, por una oscilación de su carácter, se dirigió

hacia el otro lado de su ser, el buen lado, equilibrado y juicioso, y adoptó a un antiguo procónsul de unos cincuenta años perteneciente a una familia consular, quien tenía reputación de buen administrador y que era apreciado por su moderación y su integridad: Tito Aurelio Antonino, conocido en la historia con el nombre de Antonino Pío. Se impuso como condición adoptar a su vez a un joven de 17 años: Marco Anio Vero, el futuro Marco Aurelio, y a un niño de 7 u 8 años: Lucio Cejonio Cómodo, que era hijo de Aelio César.

Puestos en orden los asuntos del Imperio, Adriano se hundió más que nunca en sus ideas negras. Se enfurecía por estar condenado a una existencia reducida y siempre amenazada. Él, que había amado tanto, que tanto había gustado la vida, que tanto había experimentado todas sus voluptuosidades, aun las más impuras, sentía ahora disgusto por la vida y ordenó a uno de sus esclavos atravesarlo con su espada. El esclavo corrió a prevenir a Antonino, que se precipitó a su cabecera y lo conjuró a soportar con coraje su mal. Adriano no lo escucha, e irritado hace ejecutar al servidor que lo había traicionado. Intenta luego darse él mismo la muerte, pero le arrancan su puñal de las manos. Exige que su médico le dé un veneno mortal; como el médico no puede obedecer, no tiene otro recurso que matarse.

¿Experimentó acaso, luego de estos accesos de furor, la necesidad de un retiro tranquilizador o tuvo tal vez una última esperanza de aliviar sus males? Parte para Bayas, sobre la bahía de Nápoles, dejando en Roma a Antonino con la delegación de sus poderes.

Para poner en escena el fin de un personaje tal, el destino no podía elegir un decorado más apropiado. Todo se había reunido: la refulgente e impasible belleza de armoniosos ríos, un cortejo de sombras ilustres y el recuerdo de las más negras tragedias.

Es sobre la ruta de Pozzuoli, a la salida de Nápoles, que la veneración de los letrados y de las almas tiernas ubicaba el sepulcro de Virgilio, y Virgilio había cantado estos lugares, los había eternizado: camino de los infiernos; antro de la Sibila; lago Averno, donde un espejo de agua intensamente azul duerme en el fondo de un cráter.

Entre Pozzuoli y Bayas, en la vecindad del lago Lucrino, famoso por sus moluscos y sus pescados, Cicerón había dispuesto una villa

que, entre otros suntuosos dominios, contaba con sus preferencias. La denominó Academia, en recuerdo de la escuela de Aristóteles. Su rival, el orador Hortensio, una de cuyas distracciones preferidas era criar y domesticar pescados, tenía también una villa que se convirtió en la propiedad de la madre de Nerón, Agripina. Es allí donde fue degollada por los enviados del liberto que mandaba la flota de Misena, luego de haber escapado en vano al naufragio que su hijo había maquinado.

En Bayas, en el lugar del actual castillo, se levantaba la villa de Julio César, transformada luego en palacio imperial. Nerón había hecho ejecutar enormes ampliaciones y cavar vastos viveros.

Pero no era solamente por el atractivo del clima, los lugares agradables y las delicias gastronómicas que los ricos romanos venían a buscar con predilección en estas orillas el solaz y el reposo. Las fuentes termales y los vapores calientes que se utilizaban en los "sudatorios" pasaban por poseer virtudes milagrosas. La estufa sudorífera tenía reputación de ser una panacea.

Nada, ni el cielo azul, ni los delicados regímenes, ni la cura termal, podían devolver la salud a Adriano, que llamó a Antonino a Bayas quién sabe para qué supremas recomendaciones y expiró ante su vista. Sus cenizas fueron depositadas provisionalmente en la antigua villa de Cicerón.

Marco había permanecido en Roma. Era entonces un adolescente frágil y de salud delicada. Sufría de males crónicos de estómago y a veces escupía sangre, pero era de espíritu más maduro y más serio que los jóvenes nobles de su edad.

¿Cuáles habrán sido sus sentimientos cuando se enteró de la muerte del emperador que se había convertido en su abuelo adoptivo? Un dolor en que la gratitud se mezclaría con la veneración y con el pensamiento inevitable que él, destinado un día a reinar, daba ahora un nuevo paso hacia el poder supremo. Seguramente ninguna inquietud, ninguna duda respecto al porvenir. Tenía bajo los ojos el espectáculo de Roma, y para él este espectáculo respondía de la potencia y de la vitalidad, que parecía inagotable, del Imperio.

Bajo los proyectos de César y debido a las grandes realizaciones de Augusto, y luego de sus sucesores, Roma se había convertido en la capital sin rival de todo el mundo antiguo. Hasta los últimos tiem-

pos de la República había continuado estrechándose, sin plan de conjunto, alrededor del viejo foro sobre las siete colinas. El Campo de Marte, que se extendía al norte de la ciudad en una llanura bien líbre sobre las orillas del Tíber, seguía siendo sobre todo un terreno de maniobras militares y de entrenamiento donde se ejercitaban en el juego de pelota, en el disco y donde se practicaba la equitación y las carreras de carros.

Pompeyo había sido sin duda el primero en soñar con una extensión urbana a medida de las nuevas fuerzas del Estado. Construyó en el Campo de Marte el primer teatro permanente en piedra para 8.000 ó 9.000 espectadores. César había rodeado de un cercado de mármol el lugar donde se reunían los comicios tributos (*Saepta Julia*). Pero fue necesario el fin de las guerras civiles para que lo que había sido concebido en el cerebro de los últimos grandes luchadores se desplegase sobre el terreno en conjuntos ordenados y poderosos. "Es en el Campo de Marte, escribe menos de veinte años después del comienzo de nuestra era el geógrafo griego Estrabón, que la mayoría de estos (nuevos) monumentos se han erigido, de forma que este lugar que tanto debía a la naturaleza, haya recibido además todos los embellecimientos del arte. Existían varios bosques sagrados; 3 teatros (además del teatro de Pompeyo, el teatro de Balbo y el más grande de todos: el teatro de Marcelo), un anfiteatro y diferentes templos (entre ellos el Panteón de Agripa), todos contiguos. Comparado a este barrio, *el resto de la ciudad no parecía, a decir verdad, más que un accesorio*".

Es también en el Campo de Marte que Augusto había construído lo que los egipcios llamaban moradas de eternidad; un grandioso mausoleo para él, los suyos y sus descendientes. Un enorme basamento circular encerraba las cámaras funerarias, coronado por un túmulo sombreado de árboles siempre verdes y adornado en su cima con la estatua de bronce del emperador. Cerca del mausoleo las alamedas de un vasto bosque se abrían para el paseo. En la proximidad subsistía igualmente, plantado de álamos, el recinto de la hoguera donde había sido cremado el cadáver de Augusto. Un obelisco (uno de los dos traídos entonces de Egipto) se alzaba como la aguja de un gigantesco cuadrante solar, cuya sombra recorría sobre el pavimento de una vasta plaza las divisiones inscritas en líneas de bronce.

Busto de Adriano, proveniente de Heraclion (Creta).
Museo del Louvre, nº 3131.

Es en la época de Augusto que súbitamente Roma tomó ese rostro resplandeciente, rejuvenecido de siglo en siglo, que conserva hoy día los mismos rasgos originales: noble ordenamiento de las líneas, potencia y majestad de las arquitecturas, refugios en medio de las agitaciones, plenos de árboles, de silencio y de sueño, variado diseño de las plazas en que imperan los monumentos, que ennoblece el impulso hacia el cielo de los obeliscos, donde canta el agua y brota la luz. En el año 19 antes de nuestra era, Agripa construyó un acueducto de 20 kilómetros de largo que conducía a la ciudad por las termas instaladas cerca de su Panteón, el agua Virgen. El agua Virgen que se bebe siempre, límpida y ligera, en las fuentes del barrio, que serpentea realmente en la plaza de Trevi, plaza Navona, plaza de España, plaza Farnese; todas en el recinto de la nueva Roma del Campo de Marte.

Adriano, el constructor, constructor entre otras cosas de la Nueva Atenas, imprimió a la vez su marca en la nueva Roma del Campo de Marte. El mausoleo de Augusto, que resultaba demasiado pequeño, había cesado de acoger los huesos de los emperadores y de los miembros de las familias imperiales. Trajano descansaba solitario bajo la columna triunfal con que había ornado su foro, cavado y construído en la prolongación del foro de Augusto. Adriano, como para señalar que el Imperio tomaba con él una segunda y más brillante partida, erigió para él y sus sucesores un nuevo mausoleo no menos grandioso, no exactamente en el viejo Campo de Marte sino enfrente, del otro lado del Tíber, sobre el cual fue construído (para poder llegar) un puente que sigue siendo hoy día uno de los más bellos puentes antiguos: el Puente Elio, convertido en Puente San Ángel con un sobreagregado de 10 estatuas de ángeles ejecutadas sobre dibujos de Bernini.

El mausoleo de Adriano, réplica del de Augusto y con parecidas dimensiones, comprendía primero sobre una base cuadrada de 84 metros de lado una construcción circular de un diámetro de 64 metros, cuyo tabique exterior, construído en travertino [1], estaba recubierta de mármol. La construcción estaba coronada igualmente con un túmulo plantado de árboles. Una rampa interior de dimensiones im-

[1] El travertino es un tufo calcáreo, duro y gris, que se encuentra en los alrededores de Roma.

ponentes y adornada con mosaicos, subía en suave pendiente hasta las cámaras funerarias. En esas cámaras, ahora vacías, reposaron por un tiempo las cenizas de Adriano, de Antonino Pío, de Marco Aurelio y de muchos otros. Luego las cenizas fueron dispersadas al viento, no se sabe cuándo.

Hoy se llega al mausoleo de Adriano, viniendo del este, por la muy provincial y pintoresca *via dei Coronari*. ¿Quiénes entre los paseantes sospecharán que recorren el camino por donde avanzaron tantos cortejos fúnebres de soberanos, de príncipes y de princesas? Que se prolongue con el pensamiento, en sentido inverso, la calle hacia el este; luego de haber bordeado el sitio de la columna de Antonino Pío acabaría entre el Templo de Adriano y la columna de Marco Aurelio.

Sobre la distancia de una milla romana, ¡qué de recuerdos acumulados, qué de vestigios que permanecieron en su lugar! Se habrá pasado también junto al Panteón llamado de Agripa, o mejor aún, Panteón de Adriano, el mejor conservado de los templos romanos. De los tiempos de Augusto no subsiste más que el pórtico soportado por 16 columnas monolíticas de granito, con capiteles y bases de mármol blanco. De los tiempos de Adriano data la inmensa rotonda, una de las más sorprendentes osadías de la arquitectura romana. Sobre una muralla circular de ladrillos de un espesor de más de 6 metros y consolidado por grandes arcos de descarga [1] se colocó una inmensa cúpula de hormigón de un solo bloque que cubre una sala de más de 40 metros de diámetro. Hay que suponer que este bloque ha sido preparado sobre un relleno de tierra. Pero ¡cuántos cálculos habrán sido necesarios y cuántos equipos de trabajadores, formados sin duda por esclavos! Tales eran en este tiempo la audacia y la seguridad de los ingenieros y de los arquitectos. Adriano los animaba con sus fantasmas, su impaciencia, la necesidad de asombrar. Se dice que él mismo hizo los planos del doble templo de Venus y de Roma, cuyas dimensiones no fueron jamás sobrepasadas en la antigua Roma (110 m x 53 m sobre una terraza de 145 m x 100 m).

Se concretaba aún otra cosa en las obras que Marco tenía bajo los ojos, terminadas o en vía de terminarse. La amplitud de las con-

[1] Pieza de construcción que reduce la carga de un punto de apoyo. *(N. del T.)*

cepciones y la rapidez de ejecución no habían sido posibles sino por una revolución arquitectural: la revolución del ladrillo. Según afirma Suetonio, Augusto supo embellecer Roma tan bien que pudo alabarse con razón de dejarla de mármol luego de haberla recibido de ladrillos. Hay que entenderse: hay ladrillos y ladrillos. Hasta el fin de la República se trata de ladrillos crudos, poco costosos pero de poca resistencia. El ladrillo crudo fue durante largo tiempo, junto con la madera, el material más usado para las construcciones privadas y aun para las construcciones públicas, que no debían durar mucho tiempo. Para muros más sólidos se empleaba el tufo y el travertino, extraído de la tierra de los alrededores.

El primero que en Roma revistió con mármol todos los muros de su casa fue el comandante técnico del ejército de César en Galia; esta exhibición de lujo resultó escandalosa. Augusto, el primero, usó ampliamente el mármol sobre todo en los templos, pero abriendo igualmente el camino a gastos ostentosos para edificios privados. Sin embargo, las construcciones en mármol y aun en travertino, si bien tenían la ventaja de la solidez, presentaban el inconveniente de un precio de costo elevado y de una gran lentitud de realización. La arquitectura de una época emprendedora y ambiciosa necesitaba de otro material: fue el ladrillo cocido, que combinaba la solidez, la baratura, la facilidad de transporte y de manejo y de verdaderas posibilidades artísticas gracias a su coloración cálida y a la multiplicidad de combinaciones a que se prestaba.

La técnica del ladrillo cocido fue llevada a una especie de perfección y su empleo se generalizó en el curso del primer siglo de nuestra era. A comienzos del segundo siglo, nuevo paso hacia adelante: se utilizó el ladrillo cocido sin revestimiento, y quizá por vez primera, en el mercado de Trajano. Triunfó en la ciudad de Ostia, que adquirió entonces gran desarrollo. La revolución del ladrillo tuvo aún otras consecuencias no despreciables. Entre los elementos que componían la colosal fortuna de la madre de Marco Aurelio se encontraban numerosas ladrillerías. Otras familias importantes acrecentaron del mismo modo su fortuna lanzándose osadamente en una producción nueva que no exigía grandes inversiones.

En Roma y en el exterior se construía más que nunca y mucho más rápidamente. La conclusión, en unos pocos años, de numerosos y a veces enormes edificios yuxtapuestos en la ciudad de Adriano

en Tívoli resultaría incomprensible sin la sistemática utilización del ladrillo cocido. A la vista de su ciudad, lo que el romano no podía dejar de sentir en este año 138, lo que más debía impresionar al joven Marco, era la impresión de una vitalidad inagotable y la certidumbre de que las puertas del futuro se abrían sobre las más amplias perspectivas.

Si bien trágicas peripecias habían turbado a menudo en el curso del primer siglo las sucesiones imperiales, la estabilidad parecía ahora asegurada por un largo tiempo. Adriano había trasmitido el poder a manos que parecían completamente dignas, ya fuera Antonino en lo inmediato o Marco Anio Vero en un plazo más largo.

Los *Pensamientos* lanzados sobre sus tablillas por Marco Aurelio en su edad madura se abren con un retorno sobre su infancia y su adolescencia. En la efusión del corazón es un largo testimonio de reconocimiento a todos aquellos que lo educaron, formaron y prepararon el peso del poder. Agradece a los dioses el "haber tenido buenos antepasados", un buen padre y una buena madre, una buena hermana, buenos maestros, buenos íntimos, parientes y amigos; casi todos buenos".

Por parte de su padre como de su madre descendía de nobles y ricas familias. Su bisabuelo paterno era el resultado, en el municipio de Succube en España meridional, de esos medios provinciales activos que luego de haber retenido en ciudades lejanas la dominación económica y la autoridad política, ambicionaban hacerse un nombre en Roma y seguir las etapas de una carrera mucho más brillante. Después de haber ejercido en su ciudad la pretoría local había entrado al Senado de Roma, consagración suprema de la riqueza, del mérito o de la intriga.

El abuelo paterno, Anio Vero, que murió el mismo año que Adriano, había sido tres veces cónsul y luego prefecto de Roma. El prefecto de Roma, que representaba directamente al emperador por la administración de la capital, el mantenimiento del orden y la justicia criminal, era uno de los principales personajes del Estado.

Como Marco había perdido a temprana edad a su padre, sin duda antes de los 10 años, fue educado en casa de su abuelo cerca del palacio de Letrán; le gustaba estar con él a causa de su bondad y de lo parejo de su carácter.

La familia de su madre, Domicia Lucila, se había hecho ilustre en fecha aún más antigua que la de su padre. Su bisabuelo materno, Catilio Severo, había recibido por dos veces el consulado y luego la prefectura de Roma. Su abuelo materno, muerto probablemente también en el año 138, fue a su vez dos veces cónsul.

A sus dos abuelos Marco debe una primera iniciación en los asuntos públicos y el haber frecuentado muy temprano los medios más cerrados de la gran aristocracia. Sin embargo, es necesario remontarse aún más arriba en el pasado para descubrir todas las influencias, medir la suma de experiencia histórica que pudo llegarle del lado de su madre por vía de la tradición oral.

Para descubrir la fuente principal de la riqueza de su madre hay que remontarse hasta el célebre orador Domicio Afer, nacido en Nimes en el año 14 de nuestra era, que amasó una inmensa fortuna en la época de Tiberio gracias a actividades que los historiadores infaman con el nombre de delaciones. Más allá de la interpretación parcial que han impuesto comúnmente escritores que pertenecen al clan senatorial, los delatores aparecen en el mejor de los casos como acusadores públicos, como los instrumentos indispensables de una política imperial que no podía alcanzar sus fines sino por la violencia. La tiranía de un Tiberio, de un Nerón, se explica superficialmente por una crueldad individual que conduce a la locura, pero más profundamente por el conflicto que los enfrentaba a la muy grande propiedad territorial y donde estaban en juego los principios fundamentales de la economía y de la organización de los poderes del Estado.

Pero el recuerdo que se conservaba de Domicio Afer estaba íntimamente ligado a una tragedia de la cual una carta de Plinio el Joven nos informa al detalle. Domicio Afer, que había adoptado los dos hijos de Sexto Titio, se había visto llevado por las fluctuaciones de la política a denunciar los manejos de éste y a obtener su condena a muerte. Murió sin testar y sus bienes volvieron automáticamente, como por una compensación de la suerte, a sus dos hijos adoptivos, de los que había hecho ejecutar al padre natural y del cual la única heredera fue la abuela de Marco Aurelio.

Sin embargo, aun en la alta posición social a que se había elevado, la familia directa de Marco Aurelio permaneció adicta a las

antiguas tradiciones romanas de seriedad y de severidad, entonces muy conmovidas. Sin duda se debe buscar al menos parcialmente la explicación en su ascendencia provinciana. Las provincias no habían sido todavía tan afectadas como Roma por los fermentos de descomposición moral. Marco se benefició así con una educación más sólida y más cuidadosa de la que se daba habitualmente a la juventud romana.

El *Diálogo de los oradores* de Tácito critica vivamente las transformaciones que se habían producido en el sistema de educación en el curso del primer siglo de nuestra era. En los tiempos de la república la madre vigilaba, ella misma, los estudios de sus hijos: "Así, Cornelia, madre de los Gracos; así Aurelia, madre de César; así Atia, madre de Augusto, presidieron la educación de sus hijos, de quienes hicieron grandes hombres". Ahora el joven es confiado a alguna sirvienta esclava de origen griego a la cual se suma uno o dos esclavos más, incapaces de mantener un empleo serio. El primer alimento intelectual son, pues, sus cuentos y lo que Tácito denomina sus prejuicios. En este dejarse ir los niños, a quienes no se les ha inculcado hábitos buenos y estrictos, no parecen escapar a la indisciplina, a la disipación, al desprecio de sí mismos y de los otros. Pronto son invadidos, pervertidos por los gustos frívolos (a los que se reducen cada vez más los adultos), por los gladiadores, los caballos y los histriones.

Los *Epigramas* de Marcial se burlan de los jóvenes ociosos que forman la alta sociedad que dan el tono con su falsa elegancia y su cínica desenvoltura. Los cabellos de Cotilo son habitualmente hábilmente ondulados, él se perfuma y estudia los movimientos de sus brazos depilados, pasa sus días sentado en medio de las sillas de las damas, lee, escribe billetes galantes y canturrea canciones de moda, canciones de Egipto, de Cádiz; nadie lo sobrepasa en conocer la genealogía de los caballos de carrera.

De los defectos de estos tiempos el más pronunciado, en efecto, es el apasionamiento por los caballos. Los cocheros que corrían sobre los carros en el circo eran los reyes del día y recibían premios fabulosos. Los concursos se desarrollaban en medio de gran entusiasmo, unos se apasionaban por el equipo de los azules, otros por el de los verdes. El emperador Calígula venía a menudo a comer cerca de los caballos más famosos. Hizo construír a uno de ellos, que era su

ídolo, una caballeriza de mármol con un abrevadero de marfil; le hizo poner mantas de púrpura y collares de perla. La víspera de las carreras los soldados imponían silencio en los alrededores para que el descanso del animal no fuera perturbado.

En cuanto a la formación literaria propiamente dicha, ésta se daba en las escuelas de los oradores, donde se ejercitaban en hablar, en declamar sobre cualquier tema, en un vacío total de pensamientos y sin contacto con la realidad cotidiana.

Marco Aurelio escapó a los peligros de una educación descuidada y reducida a las recetas de una retórica hueca. Debió mucho sin duda a uno de sus bisabuelos, que se había empeñado en que no frecuentase las escuelas públicas y que tuviese buenos maestros a domicilio; había comprendido que sobre este punto no había que fijarse en gastos. Su madre, una madre al antiguo estilo, lo habituó desde pequeño a la simplicidad de vida que bajo la república había templado, por mucho tiempo, los caracteres de los futuros dirigentes. Simplicidad muy relativa, como era relativa la pobreza del poeta Horacio, cuyo dominio estaba en parte arrendado a cinco colonos y en parte cultivado por ocho esclavos bajo la dirección de un intendente.

Entre los maestros que guiaron sus primeros estudios Marco distingue a su gobernante que completó y reforzó la acción de la familia, preservándolo de frívolos entusiasmos por las carreras del circo y los combates de los gladiadores, y que lo había preparado para el esfuerzo, la resistencia, la frugalidad. Lo había habituado también a no complicarse con muchos asuntos y a no prestar oídos a las calumnias.

Diogneto ejerció también sobre él una acción profunda, siguiendo las mismas líneas. Era un pintor y sabio griego, un hombre universal de cultura enciclopédica. Desde los tiempos de Cicerón el horizonte de la cultura se había extendido mucho, desde la gramática a la literatura, el derecho, la música y la geometría a la filosofía y a la ciencia de la naturaleza. La educación que había recibido Adriano añadía la pintura y la escultura, que pasaban aún por futilezas para los tradicionalistas. Marco fue iniciado igualmente en todas las ciencias y todas las artes de su época.

Con Diogneto había comenzado a asimilar lo que la cultura griega tenía de amplio y de sustancial: el gusto por una vida según

la naturaleza y no adulterado, un pensamiento filosófico, una armadura intelectual fundada en el racionalismo: "De Diogneto: la aversión por las futilezas, la incredulidad a las charlas engañosas de los hacedores de prodigios y los charlatanes sobre los encantos y los medios de protegerse de los demonios; no tener pasión por la cría de codornices y otras manías semejantes; soportar la franqueza, estar familiarizado con la filosofía, haber deseado un catre de campaña con mantas de piel y todo lo que se relaciona a la manera de comportarse de los griegos".

Estos elogios dan una idea del atractivo que ejercían sobre los espíritus serios y abiertos los aspectos más sólidos y más durables de la antigua civilización y del beneficio que ellos obtenían. Triunfaba entonces el helenismo, luego de una lenta penetración. Adriano había multiplicado las señales y los testimonios de su admiración por Grecia. La más espectacular de esas señales, y que era un verdadero desafío a la tradición, había sido adoptar y lanzar la moda de usar barba. Había estado repetidas veces en Atenas, a la que llenaba cada vez de beneficios; había conducido a su final el colosal templo del Olimpieion, había dotado a la ciudad de una biblioteca que adornaba el pórtico de 120 columnas talladas en mármol frigio y de un gimnasio para el cual había hecho venir de Libia 100 columnas de mármol. Finalmente, había constituído los Juegos Panhelénicos. Con Marco Aurelio es una impregnación más íntima y llevada hasta la paradoja: este emperador, perfectamente conciente de sus responsabilidades con respecto a Roma, y habiendo permanecido (a pesar de todo) profundamente romano, elegirá la lengua griega para redactar sus pensamientos íntimos.

La extensión del triunfo de la cultura griega se mide tal vez mejor aún cuando se considera el caso de Eliano, de Preneste, y del galorromano Favorino, nacido en Arlés, quienes abandonaron el latín para escribir en griego y se transformaron verdaderamente en griegos. Favorino enseñó retórica en Roma y en Atenas, reunió los materiales de una historia universal, fue el maestro de Aulio Gelio y se convirtió en el familiar de Adriano. Él nos resulta mucho mejor conocido que Diogneto y nos ayuda a entrever lo que fue la enseñanza de éste. Su espíritu cáustico permanecía muy libre en medio de las servidumbres de la corte imperial. Adriano lo reprimió un día por una expresión que sin embargo no podía ser más autorizada;

Favorino se inclinó. Sus amigos se burlaban de él por haber sido demasiado buen cortesano: "Estáis equivocados, les respondió; ¿por qué no admitís que reconozco como el más sabio del universo a un hombre que dispone de treinta legiones?". Pascal dirá, pero sin añadir nada: "Sería necesario tener una razón bien depurada para contemplar como otro hombre el gran señor rodeado de su soberbio serrallo de 40.000 jenízaros".

El mismo Favorino apostrofó otra vez a un joven que se vanagloriaba de emplear en la conversación palabras anticuadas y poco conocidas: "Los héroes de los comienzos de la República hablaban a sus contemporáneos en términos claros e inteligibles. Hablaban la lengua de su tiempo y no la de los primeros habitantes de Italia. No eres más que un tonto. Tú pretendes que la antigüedad se place por la probidad, la sobriedad y la moderación que fueron suyas. Y bien, modela tus costumbres sobre la de los antiguos, pero habla la lengua de tu tiempo".

Otra vez, mientras traducía en excelente griego, ante los aplausos de su auditorio, la sentencia que las necesidades aumentan con la riqueza: "Porque quien tiene necesidad de 15.000 clámides no necesitaría un mayor número. ¿Deseo agregar aún más a lo que poseo? Quito una parte de lo que tengo y el resto me alcanza". Tal era el aire más sutil y más vivo de Grecia que Marco tuvo la suerte de respirar.

Además había hecho sus primeros pasos en la vida pública llenando sus primeras funciones oficiales. Adriano lo había hecho entrar a los ocho años en el Colegio de los Sabios, que se reclutaba habitualmente por cooptación en el interior de las familias patricias.

Era un colegio de sacerdotes consagrados al culto del dios Marte y dirigido por un *magister*. La leyenda atribuía la institución al rey Numa, que le había confiado la guardia de un escudo misteriosamente caído del cielo. Para mejor protegerlo de un robo se lo había mezclado con otros once escudos absolutamente semejantes. Una larga procesión se llevaba a cabo en Roma del 9 al 15 de marzo con reposo durante la noche en abrigos preparados al efecto. En el curso de los numerosos altos los Sabios ejecutaban una danza en honor del dios (*saltatio*), de allí el nombre. Un corifeo o *praesul* era el primero en presentar una figura grave de movimientos simples que inmedia-

tamente todos repetían. Los salios cantaban al mismo tiempo bajo la dirección de otro corifeo o *vates*, cada uno golpeando con su lanza el escudo de que era portador. Marco, que había aprendido todos los himnos sagrados, representó sucesivamente los primeros papeles de *vates*, de *praesul* y de *magister*. Sin que haya en ello filiación, algunas danzas populares de los Balcanes evocan para nosotros esas evoluciones rítmicas con acompañamiento de coros.

Poco después de sus 15 años y de la toma de la toga viril, Marco fue prefecto de Roma en las Ferias latinas. Estas fiestas, que en los primeros siglos habían sido las de la liga latina, se celebraban cada año sobre el monte Albano con el rigor de un rito que nada, ni siquiera los acontecimientos más graves, debían interrumpir. Los magistrados de Roma tenían la obligación de asistir y durante su ausencia eran reemplazados en sus funciones por el prefecto de las Ferias latinas. Delegación de poder simbólico, simulacro semejante al que en las viejas fiestas folklóricas francesas creaba provisionalmente reyes y abades entre la juventud. Pero todo eso, baile de los salios y prefectura de las Ferias latinas, tenía un sentido social, un papel social. La comunidad romana volvía a encontrar así, al menos en la alegría común en que todos participaban a ciertas horas, del niño al viejo y del más humilde al más poderoso, un poco de la antigua cohesión, además de que todas estas ceremonias creaban tantos lazos vivientes con el pasado más lejano.

Capítulo II

DULZURA DEL CAMPO, DE LAS MUSAS Y DE LA TERNURA

De vuelta a Roma, Antonino debió emplear todo su crédito, que era considerable, para sortear las hostilidades del Senado hacia el difunto emperador y para obtener que se le rindiesen a éste los honores habituales. Los senadores tenían sus razones, que se aclararán a continuación, para odiar a Adriano. Incluso habían querido anular todos sus actos. Antonino les arrancó lo que era más para él, respeto de las conveniencias y testimonios de reconocimiento, que aprobación de la política que había llevado su predecesor.

La grandiosa ceremonia de los funerales tenía al mismo tiempo el significado de una apoteosis, de una elevación del muerto al rango de los dioses. Ceremonia donde se desplegaban un ordenamiento y un fausto aptos para impresionar las imaginaciones y también donde se perpetuaban en los ritos sobrevivencias de épocas bárbaras. A los sacrificios humanos y a los sacrificios de animales se agregaba la repetición de los gestos milenarios, los mismos que el poeta de la *Ilíada* ha descrito cuando cantó a la hoguera de Patroclo.

Dión Casio ha contado como testigo ocular el detalle de las exequias de Pertinax, el antiguo general de Marco Aurelio que será emperador algunos meses y morirá asesinado por los soldados. Herodiano cuenta con variantes las exequias de Septimio Severo, que parecen bordadas sobre un esquema general en dos partes, en dos actos.

Se rendía primero un solemne homenaje en el viejo foro de la república. Cerca de la tribuna de las arengas se construía al efecto un pórtico de madera, enriquecido de marfil y de oro. Bajo ese pórtico, un lecho fúnebre de marfil realzado con tapicerías de púrpura y de oro, llevaba la estatúa en cera del emperador difunto adornado

con vestiduras triunfales. Una joven esclava escogida entre las más bellas alejaba las moscas con un abanico de plumas de pavo, como si el príncipe no hubiera estado más que dormido. De un lado del pórtico estaban alineados los senadores con togas de duelo; del otro, sus esposas, vestidas con grandes túnicas simples, sin collares ni brazaletes.

El nuevo emperador avanzaba y pronunciaba el panegírico del difunto. Luego, mientras se elevaban coros de niños y de hombres, un gran desfile simbolizaba de algún modo la continuidad de la historia de Roma y las etapas de la conquista del mundo.

Se verá pasar primero las estatuas de los romanos que antes se habían hecho ilustres por sus grandes hazañas o por sus invenciones. Seguían bustos que representaban los pueblos sometidos.

Finalmente, luego de los destacamentos de infantería ligera y de caballería, seguía la multitud de jinetes, de pueblo y de corporaciones.

Desde el foro, la imagen del difunto era trasportada con gran pompa sobre un lecho fúnebre al Campo de Marte para la ceremonia de la incineración. El privilegio de llevar el lecho recaía sucesivamente en los pontífices, en los magistrados en cargo, en los designados para el siguiente año y, finalmente, en los caballeros. Los senadores marchaban parte adelante, parte atrás, golpeándose el pecho y cantando al son de las flautas cantos de duelo. Después de todos venía el nuevo soberano.

La hoguera era monumental. Realizada en madera, llevaba hacia el cielo varios pisos que iban disminuyendo en ancho "como en las torres que se ven sobre los puertos de mar y que se llaman faros". El piso inferior, atestado de materiales combustibles, estaba disimulado tras colgaduras de oro, placas de marfil y paneles adornados con pinturas. Era en el piso siguiente que previamente se había colocado el cadáver y donde se depositaba el lecho fúnebre, en medio de perfumes, de frutos, de flores, de hierbas odoríferas, de todas las ofrendas que habían enviado los dignatarios del Estado, las provincias, las ciudades. La creencia primitiva de que los objetos quemados con el cuerpo lo acompañaban en su existencia de ultratumba, tenía larga vida. En la hoguera de Julio César el dolor público se había exteriorizado con dones improvisados en que intervenía el corazón: los flautistas habían tirado a las llamas sus trajes de pompa, los legionarios sus armas, las mujeres sus alhajas y las bulas [1] de sus hijos. Todo era ahora reglamentado por adelantado siguiendo una etiqueta minuciosa, pero mucho más fría.

Las personalidades oficiales y las tropas desfilaban de nuevo para un último homenaje. Sólo faltaba encender la hoguera, honor que recayó por largo tiempo en los cónsules. De la cima del edificio levantaba vuelo un águila que, según imaginaban, llevaba a la morada de los dioses el alma del emperador difunto, convertido, él también, en dios.

Cuando Antonino se puso en regla con el muerto, le fue necesario ponerse en regla con los vivos; poner orden en la sucesión que le había correspondido y, en primer lugar, dentro de la familia imperial.

Marco había estado en un principio comprometido, poco después de sus quince años, con la hija de Elio César, Fabia, por una combinación que le abría ya el camino hacia el trono. Adriano, que había apreciado muy pronto las cualidades de espíritu y de carácter de Marco, soñaba por este medio para él con una sucesión más lejana. El noviazgo con Fabia entraba en la categoría de noviazgos dinásticos no destinados a asegurar la felicidad de los dos individuos en juego, sino a responder a grandes intereses de Estado. Como Elio César había muerto prematuramente y Antonino lo había reemplazado, el compromiso con Fabia no tenía ya sentido, políticamente hablando. Antonino lo deshizo y propuso a Marco, por intermedio de su mujer, la mano de su hija Faustina (Faustina la Joven). Marco se sentía verdaderamente muy joven, como lo pretendía, o tenía algún secreto motivo para postergar el casamiento; lo cierto es que pudo y obtuvo el tiempo para reflexionar.

Por otra parte, a la muerte de Adriano no era aún más que un cuestor, apenas en los comienzos de la carrera de los honores. También en este plano su situación tenía necesidad de ser consolidada. Haciéndole franquear de un salto las etapas intermedias, Antonino lo designó para ser su colega en el consulado y le confirió al mismo tiempo el título de César, es decir, de presunto heredero. Acceso-

[1] Medallas que los niños romanos de familias nobles llevaban al cuello hasta que vestían la toga. *(N. del T.)*

riamente lo hizo seviro de caballería. Este comando, puramente honorífico y que se remontaba hasta una organización arcaica de los escuadrones de caballería, había sido instituído o más bien resucitado por Augusto, en especial en favor de los príncipes de la casa imperial. Era ésta la ocasión de proporcionar juegos y hacerse de este modo popular. Antonino hizo a Marco la gracia de sentarse en estos juegos al lado de él y de los otros seviros. A los 17 años Marco se encuentra colmado por el destino. Helo aquí en el umbral del más alto destino sin que haya tenido que desplegar, para llegar allí, grandes esfuerzos o una larga paciencia o particulares facultades de intriga.

Antonino le solicitó entonces venir a instalarse en el Palatino, en el palacio de Tiberio, instalación más de principio que de hecho. Antonino no gustaba de Roma, donde la vida de corte desplegaba demasiado fasto. Amaba la simplicidad; le repugnaban las ruinosas prodigalidades. En sus *Pensamientos* Marco Aurelio agradecerá a los dioses haber sido el segundo de un príncipe sin vanidad que daba el ejemplo en una corte sin guardias de corps, sin trajes de desfile, sin lampadarios ni estatuas. Antonino demostraba que era posible restringirse casi al tren de vida de un particular, sin cesar por ello de mantener su rango y sin descuidar ninguno de los deberes de un soberano. Gustaba también de decir que el tren de vida de un príncipe en viaje corre siempre a cargo de las provincias. Mientras que Adriano andaba tan a menudo por montes y valles, sus más largos desplazamientos serán para ir a los dominios que poseía en Campania.

Luego de haber puesto en venta los muebles del palacio que le parecían superfluos, adoptó los hábitos de muchos de los ricos terratenientes que vivían generalmente en sus tierras. Pasaba la mayor parte del año ya fuera en las villas que poseía en los alrededores de Roma, ya fuera en sus villas del golfo de Nápoles e iba de una a otra siguiendo las estaciones. Utilizaba en el lugar los recursos que una juiciosa explotación de estos dominios le procuraban; su manutención y la de una corte reducida le resultaban así más baratas.

¿Estaba inclinado por esto a desinteresarse por los asuntos del Estado? No, no más que Adriano durante sus viajes ni que los precedentes emperadores en el curso de las estadías en sus villas de

campaña, pero de un modo ordinariamente más constante, menos sistemático. Un sistema de correos debía asegurar una unión continua con las oficinas instaladas permanentemente en Roma.

Plinio el Joven cuenta cómo Trajano empleaba sus días en Centumcellae (hoy Civita Vecchia). Continuaba ejerciendo su profesión de emperador, lo que no le impedía el descansar, como en Roma, de las largas horas de trabajo escuchando los actores, cantores o músicos. Allí administraba justicia. Una de las causas que él evoca vale la pena de ser recordada por la luz que proyecta sobre las costumbres de esos tiempos.

Se trataba de un proceso de adulterio. La mujer de un tribuno militar, es decir, de un oficial superior, había mantenido relaciones íntimas con un centurión, es decir, un oficial subalterno, de inferior condición social. Esto era un deshonor para el marido que deseaba seguir una carrera en los altos puestos administrativos. Trajano degradó al centurión y lo exiló. Pero surgió entonces una complicación inesperada: el marido, por una debilidad que fue muy criticada, había conservado con él a su mujer. Se le hizo comprender que debía perseguirla y fue condenada a su vez. Sin embargo, lo más sintomático se halla sin duda en otra parte. El emperador tuvo cuidado en su sentencia de mencionar al centurión para significar que si él se había ocupado del asunto era porque interesaba a la disciplina militar, pero que no pensaba evocar ante él todos los procesos de adulterio.

Agreguemos también que vivía en el campo con todas las comodidades de la ciudad. No solamente las villas imperiales sino aun las de los particulares ricos estaban provistas de todo el confort de la época, con todos los ornamentos que podía adornar la vida cotidiana: una naturaleza reconstruída, arreglada y adornada como un pequeño paraíso; pórticos, bellas alamedas, estanques, fuentes surgentes, jardines en que los canteros de boj recortados alternaban con los grandes árboles: cipreses y plátanos. En la ciudad los baños tenían un lugar preponderante en la vida, tanto por higiene como por pasatiempo, porque allí se encontraban con los amigos y se establecían útiles relaciones sociales. En el campo se disponía de los mismos refinamientos y del mismo lujo en las instalaciones balnearias; los baños seguían siendo un elemento esencial de la vida de corte.

¿Y Marco? ¿Acompañaba acaso a disgusto a su padre adoptivo, lejos de los placeres, de las distracciones, de la animación intelectual de la capital? No había tantas ocupaciones oficiales. ¿Se aburría, encontraba el tiempo demasiado largo? Contamos con sus cartas. Él se acomodaba muy bien a la vida de campo, de la que sabe gustar el encanto y sacar provecho para su propia formación.

No era esto una novedad. Desde hacía tiempo los poetas cantaban los placeres del campo; es cierto que a menudo lo hacían para explotar un cómodo tema literario. Apenas Horacio llegaba al campo extrañaba a Roma. Pero, a medida que Roma había ido creciendo cada vez más animada y ruidosa, a medida que la vida mundana se iba complicando terriblemente, el deseo de calma y de una relativa soledad se volvía más sincero y más profundo. Se presiente en Plinio el Joven, en los tiempos de Trajano, una convicción real cuando oponía al vacío de las ocupaciones romanas la serenidad y plenitud que experimentaba en el seno de su existencia campestre. "En mi villa de Laurente, escribe a Minucio Fundano, hago algo de lectura, escribo, hago ejercicio... No escucho ni digo nada que tenga disgusto de haber oído o dicho... Ni esperanzas ni temores que me agiten, ni siquiera algún «se dice» que me turbe. No tengo sino trato conmigo mismo y con mis libros. ¡Oh vida recta y sincera! ¡Oh dulce ocio y cuánto más honorable y más bella puede ser que cualquier otra ocupación! ¡Oh mar, oh costa; mi verdadera y secreta musa! ¡Qué de pensamientos no inventáis, no me inspiráis! Huye, pues, como yo, del ruido de la ciudad y su vana agitación. Entrégate al estudio y al reposo. Más vale, siguiendo las profundas y espirituales palabras de nuestro caro Atilio, nada hacer antes que hacer nadas".

Tales deberían ser, más o menos, los sentimientos de Marco aunque estuviese casi en sus veinte años; pero no olvidemos su carácter grave y su complexión enfermiza. "Búscanse retiros en el campo, a la orilla del mar, en la montaña; pero notarás más tarde que el desencanto lo va invadiendo poco a poco, y es tu hábito el desear con fuerza la tranquilidad. Pero todo esto es el colmo de la ingenuidad" (IV, 3).

Por el momento, se da todo a esa felicidad física del espacio, del aire vivo, de la frescura de la sombra y de la variedad sutil que juegan a menudo las horas y los lugares: "El cielo de Nápoles es

Busto de Marco Aurelio.
(Museo del Louvre; proviene de Probalinthos, cerca de Maratón.)

completamente agradable, pero muy cambiante. De un momento a otro se hace más frío o más tibio o más tormentoso. La noche durante su curso es dulce: es Laurente. El alba es fresca: es Lanuvium. Desde el fin del día hasta la salida del sol hiela: es realmente el Álgido. De mañana el sol brilla: es Túsculo; el medio día quema: es Pozzuoli. Pero cuando el sol se hunde en el Océano, el cielo se vuelve dulce al modo de Tíbur".

Con su cima de casi 900 metros el Álgido domina las colinas del Lacio a unos 300 kilómetros al sureste de Roma, a mitad de camino entre las villas imperiales de Lanuvium donde había nacido Antonino y la de Preneste. Más cerca del Palatino, pero en el sur y cerca del mar, la villa de Laurente ofrecía la frescura de sus bosques de laureles, el aire era considerado tan sano que Cómodo se refugiará allí contra la peste. Otras villas imperiales se escalonaban al noroeste de Roma; sobre la *via Aurelia*: Lorium, donde Antonino había sido educado, y más lejos Centumcellae, donde Trajano, que allí disfrutaba mucho, había construído un puerto.

Marco amaba los ejercicios físicos que eran de su medio y de su tiempo: la caza y la equitación. Existe un parentesco evidente entre las distracciones campestres de un aristócrata romano a partir de la época republicana y un señor de la Edad Media o un gentilhombre del antiguo régimen. Hasta en las mismas discutibles farsas de que no se privaban. El bandidaje había siempre existido en estado endémico en la antigua Italia. Marco ocasionalmente jugaba al bandido, sin emocionarse del miedo de la gente o del enloquecimiento de los animales. Se burlaba de esto en una carta a Frontón: "¿Cuál es ese cuento, dices? Una vez que mi padre se hubo retirado de su viña a su mansión, yo monto como siempre a caballo y parto alejándome bastante lejos en la ruta. En el camino había un rebaño de ovejas; apretadas unas contra otras, como lo hacen cuando no hay lugar, cuatro perros, dos pastores; nada más. Uno de los pastores dijo a su compañero a la vista de los caballeros: «¡Atención con esos caballeros! Por lo general son los más grandes ladrones del mundo». Oigo eso, pico mi caballo con las espuelas y lo lanzo contra las ovejas, que escapan enloquecidas en todos los sentidos, corriendo y balando. El pastor me lanza su cayado; el cayado cae sobre el caballero que me seguía. Huímos. Temía perder sus ovejas y perdió su cayado. ¿Crees que es un cuento? Es la verdad".

Frontón era el maestro de elocuencia de Marco, que continuaba siguiendo sus enseñanzas luego de la edad ordinaria de estudios, con docilidad y con tocantes sentimientos de admiración. Frontón, es cierto, era no un maestro más o menos necesitado sino un gran señor: su discípulo lo elevó al consulado y obtuvo del Senado que se erigiera su estatua, raro honor, en la sala de sesiones o curia.

Hoy día nos resulta sobre todo conocido porque fue el maestro de Marco Aurelio y porque esas prolongadas estadías del joven César fuera de Roma dieron lugar a una correspondencia íntima que se ha conservado. Los historiadores de la literatura latina se muestran habitualmente severos a su respecto. Les resultaba fácil convertir en irrisorios algunos ensayos declamatorios sobre sujetos pueriles: elogios del Humo, del Polvo, de la Negligencia. Ellos no quieren reconocer en él más que un hombre de letras, orador en sus ideas, infatuado de sí mismo y de su arte, apasionado por las palabras raras y las expresiones inesperadas.

Nacido hacia el año 100 en Cirta, en Numidia, era aparentemente de ascendencia romana, a pesar de que se calificase de líbio, de los líbios nómades. Sus contemporáneos lo alabaron como a un igual de Cicerón, y en las *Noches áticas* de Aulo Gelio figura como uno de los más brillantes ornamentos de los salones literarios donde se discutía gramática, literatura, arqueología. Su elocuencia se distinguía, por otra parte, de la de Cicerón; se oponía a ella, reaccionando deliberadamente contra su abundancia y su facilidad. Su elocuencia estaba en la línea de lo que se denominaba aticismo, del género sobrio y próximo a la sequedad. Estaban cansados de la redundancia, del estilo demasiado fácil y sin vigor. Se tendía a la concisión y a la imagen. Es visiblemente bajo la influencia de Frontón que Marco Aurelio utilizó los *Pensamientos* como medio de expresión; es a sus lecciones que debe el gusto y el arte de las formulaciones vivas y fuertes.

Cuando se acertaba en la elocuencia, era de un excelente rendimiento. En Roma, Frontón residía sobre el Esquilino, en los famosos jardines de Mecenas que habían sido creados sobre el sitio de un antiguo cementerio recubierto de 25 pies de tierra. Para seguir la moda, construía y embellecía. Aulo Gelio relata la escena, exenta de simplicidad, en el curso de la cual él eligió entre varios proyectos que había hecho diseñar para la construcción de nuevos baños. Había

convocado toda una asamblea de personajes ilustres por su ascendencia, su fortuna y su saber. Acostado a la griega sobre un lecho de reposo, examinó uno después de otro los planos sobre pergamino que varios arquitectos le presentaron. Retuvo uno y preguntó el costo, incluyendo todos los gastos: "Dentro de los 300.000 sestercios (alrededor de 15 millones de los francos franceses). Sí, pero agreguemos un suplemento de 50.000 sestercios, bromeaba un amigo de Frontón". Estas cifras sitúan socialmente a nuestro orador.

En sus cartas a Marco, Frontón dirigía sus lecturas que debía completar haciendo extractos de los viejos autores para enriquecer su vocabulario. En sus cartas a Frontón, Marco da una cuenta detallada de sus ocupaciones literarias y también de sus otras ocupaciones. Lo tenía al corriente de todo lo que había pasado con la minuciosa puerilidad de la correspondencia o las conversaciones familiares. Le explica un día que en el momento de acostarse había encontrado un escorpión en su cama y que lo había matado antes de echarse; pero quiere al mismo tiempo producir efecto y se expresa con rebuscamientos, con algunos toques de preciosismo; quiere gustar. No sabe cómo demostrar su afecto, su admiración. Dice así: "Luego de haber subido al carruaje, luego de haberte saludado, no hemos hecho mal viaje. Solamente nos hemos mojado un poco. Antes de llegar a nuestra villa hicimos un desvío de alrededor de mil pasos en dirección de Anagnia (25 kilómetros al sudeste de Preneste). Habíamos visitado esa antigua ciudad, reducida a muy poca cosa hoy día, pero donde se encuentran gran cantidad de antigüedades, templos y ritos en número desusado.

"Al partir de aquí, ¿dónde has ido, a Aurelia o a Campania? Escríbemelo. ¿Has comenzado tus vendimias? ¿Has llevado muchos libros a tu villa? ¿Me extrañas? Tonta pregunta: no tienes necesidad de ser incitado. Si me extrañas y me quieres, me enviarás a menudo noticias tuyas. Para mí son un consuelo, un remedio a la ausencia. Preferiría leer diez veces tus cartas que colectar todas las viñas del Massique o del Gaurus (que producían vinos muy famosos). En Signia la uva es demasiado desagradable, los granos demasiado ácidos. Preferiría su vino fermentado a su vino dulce. Vale más comer esas uvas secas que maduras y preferiría aplastarlas bajo mis pies que con mis dientes. Cuídate bien, tú tan amigo, tan tierno,

tan elocuente, maestro tan querido. Cuando veas el vino dulce fermentar en la parra, piensa que mi deseo de verte surge de ese modo en mi pecho, lo desborda, lo espuma".

Los días eran largos. Se podía estudiar, leer, escribir. Se podía pasar el tiempo, observarse a sí mismo, conceder una atención excesiva a sus pequeñas miserias. Ya que tenemos la suerte de poseer con las cartas fragmentos de un diario íntimo muy detallado, dejemos que Marco nos cuente, con su propio tono, dos días típicos. Helo aquí reviviendo entre nosotros con su gentileza un poco blanda con la constante preocupación por su salud. Estamos a comienzos del otoño:

"Estamos bien. Hoy he trabajado desde la novena hora de la noche hasta la segunda hora del día [desde las 3 de la mañana hasta las 7 aproximadamente], gracias a una buena disposición de mis menús. De la segunda a la tercera hora me he paseado en sandalias ante mi cuarto; era muy agradable. Luego, calzado, vestido (se nos había dicho de presentarnos de este modo), he ido a saludar a mi señor y maestro.

"Partimos de caza; realizamos verdaderas hazañas. Nos han dicho que habían sido apresados jabalíes, pero no tuvimos la posibilidad de comprobarlo con nuestros ojos. Mientras tanto escalamos una pendiente bastante grande. A la tarde volvimos a la casa, y yo a mis libros. Despojado del calzado y de la ropa, me quedé sobre mi lecho durante cerca de 2 horas. He leído el discurso de Catón. Una vez terminada mi lectura redacté una pequeñez que quería dedicar a las ninfas y a Vulcano. Verdaderamente hoy no he estado feliz como escritor; nada más que una obrita digna de uno de esos cazadores y de esos vendimiadores que llenan mi cuarto de alboroto con sus gritos de alegría... Tengo la impresión de haber tomado frío, tal vez por haberme paseado esta mañana en sandalias o por haber compuesto un mal escrito. No lo sé. Generalmente me gotea la nariz, pero hoy tengo la impresión que gotea más que de costumbre, por eso voy a echarme aceite sobre la cabeza y acostarme. No pondré hoy ni una gota en mi lámpara, en tal forma me han fatigado el caballo y los estornudos. Cuídate, maestro muy querido y muy amado. Me atrevería a decir que eres tú, más que Roma, lo que deseo volver a ver".

Al día siguiente da noticias de su salud y nos enteramos que su

madre Lucila vivía con él. Más tarde escribirá que una de sus verdaderas felicidades fue que su madre, destinada a morir joven, pasara con él sus últimos años. Su madre estaba orgullosa de él; había velado con el mayor cuidado su educación y fue muy ambiciosa a su respecto. Un envidioso que la había sorprendido prosternada en un vergel ante la estatua de Apolo, se precipitó a lo de Antonino para susurrarle: "Ella ruega al dios que ponga fin a tus días y dé el Imperio a su hijo". Pero falló su tiro; de tal modo la modestia del hijo resultaba tranquilizadora.

"Estamos bien. He prolongado mi sueño hasta bastante tarde a causa del golpe de frío que parece ahora haber pasado. Desde la 11ª hora de la noche a la 3ª hora del día he leído *La agricultura* de Catón; he escrito, pero menos lamentablemente que ayer. Luego de haber saludado a mi padre, cuidé de mi garganta absorbiendo hasta el fondo de la boca, agua mezclada con miel y escupiéndola. Prefiero expresarme así en vez de decir «me he gargarizado (*gargarissavi*)», palabra que se encuentra, según creo, en Novio y en otras partes. Una vez curada mi garganta fui a reunirme con mi padre y lo asistí durante el sacrificio. Luego hemos desayunado; ¿qué crees que tomé? Apenas un poco de pan, mientras ante mi vista los otros devoraban habas, cebollas y pescados bien lechosos. Después nos ocupamos en la vendimia; traspiramos mucho, lanzamos gritos de alegría, y como dice un autor, «dejamos para los recolectores algunas uvas colocadas en lo alto». Luego de la 6ª hora (mediodía) volvimos a la casa.

"He estudiado un poco, fuera de momento. Después charlé mucho tiempo con mi madrecita, sentada sobre mi lecho. Yo decía: «¿Qué piensas que hace en estos momentos mi Frontón?», y ella respondió: «Y tú, ¿qué piensas que haga mi Gracia? [la esposa de Frontón]». Entonces dijo: «¿Y nuestro pequeño gorrión de Gracia? [la hija de Frontón que llevaba el mismo nombre que su madre]». Mientras hablábamos, disputándonos por quién quería más a uno u otro de vosotros, sonó el gong que anunciaba que mi padre se dirigía al baño. Comimos luego de habernos bañado en la prensa; no bañados en la prensa sino que luego de habernos bañado, hemos comido y gozamos con las chanzas de los campesinos. Una vez de vuelta y antes de acostarme sobre el costado para roncar, hice mi deber: doy cuenta a mi maestro muy querido de toda mi jornada".

No había otra cosa que las distracciones simples, inocentes de las vendimias, herencia de los buenos viejos tiempos en que los cónsules empuñaban el arado. Adriano había hecho disponer en su villa de Tíbur un teatro al aire libre. Antonino se distraía también durante días enteros en escuchar comedias y tragedias. De noche Marco encontraba aún energía como para continuar sus exámenes de autores y cincelar versos:

"Me solicitas gentilmente mis hexámetros, escribe a Frontón. Te los habría enviado sin demora si los tuviera conmigo. Pero mi secretario, a quien conoces bien, hablo de Aniceto, no me ha enviado a mi partida nada de mis escritos. Él conoce mi manía, teme que si los tuviese al alcance de la mano haría como de costumbre y los echaría al fuego. En realidad esos hexámetros no corrían casi ningún riesgo. Para confesar la verdad a mi maestro: los amo, me dedico a ellos de noche, ya que los días se pasan en el teatro. También en la tarde, fatigado, soy menos activo. De mañana me levanto a medias dormido. A pesar de esto, hice durante estos días extractos de sesenta libros en 6 tomos. ¡Sesenta! Pero no te asuste la cantidad; hay en todo ello cosas de Novio, atelanas y pequeños discursos de Escipión". Novio había dado, en los tiempos de Sila, una forma literaria a la atelana, que era una especie de farsa de diálogo improvisado, antepasado de la *commedia dell'arte*. Tenía sus personajes convencionales: Bucco, el tonto fanfarrón; Pappus, el vejancón enamorado; Maccus, el torpe voraz; Dossenus, el astuto jorobado. Sería equivocado imaginar a Marco en este momento de su vida, bajo los rasgos severos y un poco triste que tomará más tarde. A sus horas, reía francamente.

No se habrá dejado de notar en estas cartas expresiones, frases, que dan un tono más nuevo que el resto, que recorren vibraciones de sentimientos bastante desusados en Roma. Virgilio había sido una excepción. Se asiste acá a la aparición de un fenómeno que va a generalizarse, a los comienzos de una verdadera revolución de la sensibilidad.

Más tarde, en sus *Pensamientos* (I, 11), Marco Aurelio dirá que debe a Frontón el haber observado que casi siempre los que se llama patricios son en cierta medida incapaces de ternura. En griego: αστοργότεροι (*astorgoteroi*); la traducción por "incapaces de afecto" debilita sensiblemente el término; incluso los patricios tenían sus afectos. De juzgar (con los historiadores de la literatura latina) a Frontón únicamente como un orador de espíritu estrecho, se lo vería mal en este papel de observador sutil de la sociedad de su tiempo. Pero al leer sin prevenciones su correspondencia uno se percata de que Marco Aurelio le ha rendido un justo homenaje. Es con él que la ternura, palabra y sentimiento, irrumpe verdaderamente en las letras latinas. Rara vez se posee un acta de nacimiento tan precisamente fechada para una transformación profunda de la psicología común de una época.

En una carta a Lucio Vero, escrita hacia el año 163, le recomienda un amigo, Gavio Claro, quien entre otras cualidades se distingue por una *philostorgia*, un calor de afecto, un don de ternura, que ignora si es romano: "En efecto, en toda mi vida no he encontrado un hombre del todo sinceramente φιλόστοργος (*philostorgos*), a tal punto que pienso que es en realidad porque nadie en Roma es *philostorgos*, que esta virtud no tiene nombre en nuestra lengua". No se puede tachar aquí a Frontón de ciego filohelenismo. Aulo Gelio lo muestra tomando la defensa de la lengua latina contra Favorino que pretendía que el griego era más rico que el latín en vocablos que designan los matices de los colores. Frontón se explicó claramente sobre lo que él entendía por este calor de afecto. Un día llegó a analizar la naturaleza de sus sentimientos por Adriano. Lo alabó a menudo en el Senado no porque lo amase sino para hacérsele favorable, para calmarlo como se calma una divinidad severa, Marte Gradivio o Plutón. ¿Por qué? Porque para amar a alguien hay que poderlo abordar con confianza, estar cómodo con él. En este caso le faltaba la confianza: "Tenía tanto respeto por él que no osaba amarlo".

Completamente distintas eran sus relaciones con Marco. Se inunda de gozo al leer una carta "ardiente" que recibió de él. En el estilo con imágenes que es su ideal, y por una vez las imágenes son extraídas de horizontes familiares y no de la necrópolis de los libros, se dedica a definir el verdadero afecto, un afecto donde la razón no interviene, donde el corazón se explaya con un impulso que lo arrastra como a pesar suyo.

"Prefiero mucho más que no exista ninguna razón de tu amor por mí, ya que a mi juicio, un amor que nace de la razón y cuyo

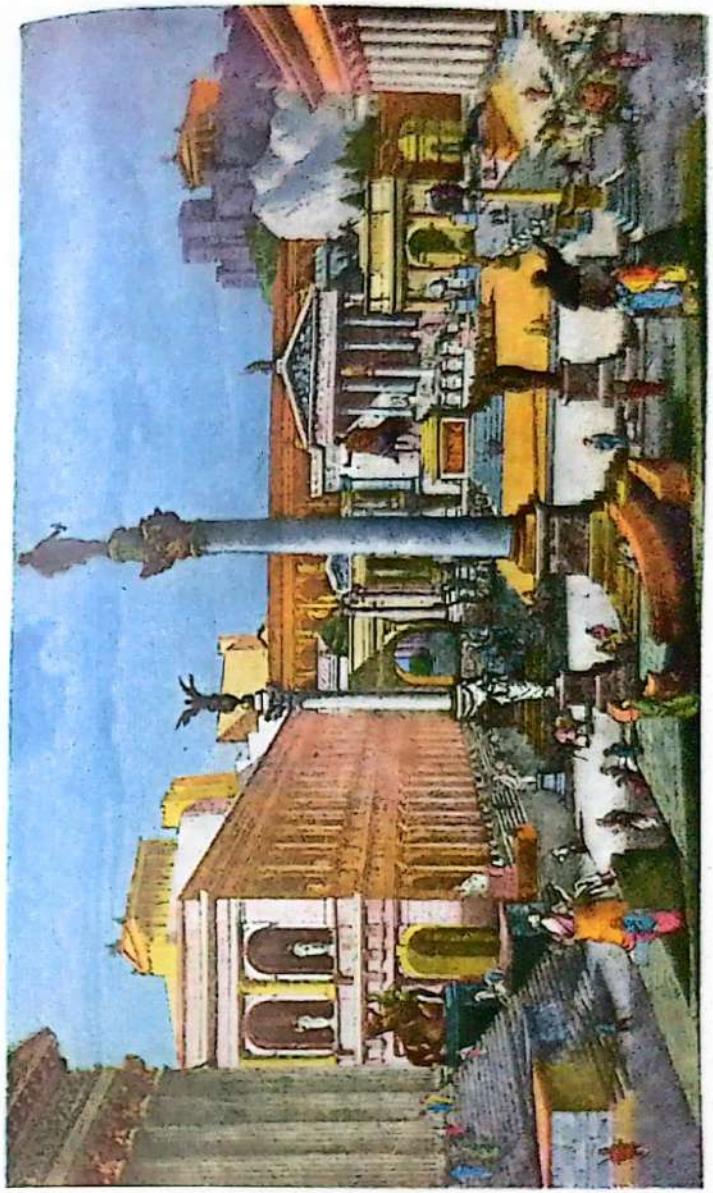
lazo está formado por causas legítimas y bien determinadas, no es amor. Por verdadero amor entiendo aquel que, fortuito y libre, no reconoce ninguna causa y está inspirado más por el entusiasmo que por la razón y que se inflama no como el fuego del hogar, al que hay que cuidar, sino como un fuego nacido espontáneamente de los vapores del aire. Prefiero las grutas calientes de Bayas que esos hornillos de baños en que el fuego no se enciende sino con gasto y humo y se extingue al poco tiempo, a diferencia de esos vapores naturales que son puros y sin fin, al mismo tiempo que agradables y gratuitos. Lo mismo sucede con esas amistades cuyo calor nace de los deberes; tienen humo y lágrimas, y una vez que cesan los cuidados, se extinguen. El amor fortuito sí que es inagotable y colmado de delicias".

¡Romanticismo!; un romanticismo que contrasta, como la noche con el día, con el caluroso retorno a un clasicismo depurado e incontestablemente artificial del cual Adriano quiso ser el profeta.

Marco es por temperamento menos expansivo y, tanto por inexperiencia de juventud como por cierta pesadez natural, menos sutil como analista. Pero el corazón del alumno se entendía con el del maestro y amigo, y en esto tenemos una de las claves de esta fiel amistad. Al morir su gobernante, Marco llora sin ocultarse. Los cortesanos se sorprendieron, y le manifestaron demostraciones a las cuales debió poner fin Antonino: "Permitidle ser hombre. Ni la filosofía ni la diadema destruyen los afectos".

Es sin duda con respecto a la infancia donde la brusca promoción del sentimiento se revela con mayor vivacidad. La carta en que el dolor de Frontón estalla en un hondo grito desgarrador ante el anuncio de la muerte de un nieto no es, como se ha escrito, un relámpago fugitivo en medio de un hueco palabrerío. En la correspondencia con Marco Aurelio hay algo más que una nota de intimidad simple y dulce. La ternura por la infancia se hace atenta, inquieta, apasionada.

Frontón da a su yerno Aufidio Victorino noticias del hijo de aquél, que tiene con él: "No hay palabra que gorjee más pronto y más frecuentemente que: dame. Y yo, por mi parte, le doy lo que puedo, pedazos de papel, pequeñas tabletas, todas cosas que ansío que me reclame. Muestra gustos de su abuelo. Le gusta mucho la uva; es el primer alimento que ha tomado, durante varios días no ha cesado,



FORO IMPERIAL

por así decirlo, de lamer un racimo, de besarlo, mordisquearlo con sus encías, de hacerla su juguete. Es también muy curioso con los pajaritos. Se distrae mucho con los pollos, los pichones, los gorrioncitos. Es también mi pasión y desde mi primera infancia, según lo que oí decir a los que fueron mis preceptores y mis maestros; y nadie, por poco que me conozca, ignora hasta qué punto soy apasionado (aun ahora en mi vejez) por las perdices".

Su ternura no se limitaba a sus nietos. Quería a los niños por los niños, como se ama el crecimiento de la vida, la gracia espontánea, lo imprevisto de los gestos y de las miradas, y querrá muy particularmente a los hijos de Marco. Es de este modo que la pequeña familia de Marco Aurelio será tomada y fijada, como en una instantánea, durante siglos.

Frontón se alegra de no haber tenido que hacer la ardua ruta de la villa de Lorium, donde estaba el emperador, para encontrarlo. Lo encontró en la persona de sus hijos: "He visto tus pequeños polluelos; ningún espectáculo más dulce para mí en la vida. Se te asemejan tanto que nada hay tan semejante como esta semejanza. He acortado el camino de Lorium, he acortado la ruta resbalosa, he acortado las cuestas a pico. Sin embargo, te he visto, no solamente de frente sino desde varios ángulos, ubicándome a derecha, a izquierda. Gracias a los Dioses tienen buen color y voz fuerte. El uno tenía pan blanco, como un hijo de rey; el otro pan moreno, como el retoño de un padre filósofo. Oí sus vocecitas tan dulces, tan graciosas que en el piar de cada uno reconocía, no sé cómo, el son límpido y agradable de tu voz de orador. Así, pues, si no te cuidas, me encontrarás un poco demasiado desdeñoso, ya que tengo a quien amar en tu lugar, con los ojos y con los oídos".

Marco, sobrio en sus expansiones, no está menos pronto a alarmarse, menos inundado de felicidad, menos tierno: "Aún soportamos los calores del verano. Pero como nuestros pequeños están bien es como si gozáramos del tiempo más sano y de la dulzura de la primavera".

Se opone habitualmente la sequedad del paganismo romano al ambiente caluroso de las comunidades cristianas en donde se llamaban entre sí hermano y hermana; allí sólo la ley del amor y los lazos del mutuo afecto hubieran podido colmar almas que congelaban las severas exigencias de la disciplina romana y el formalismo

de la religión oficial. Como si únicamente el cristianismo hubiera sabido aportar de afuera, a una civilización que se habría secado cada vez más, una renovación para el corazón.

Es bien evidente que la sociedad antigua se transformaba de hecho en ella misma por su propio movimiento y que este movimiento provenía de las transformaciones en curso en el seno de la economía y en las relaciones entre las clases.

Capítulo III

REALIDADES DE LA ECONOMÍA Y DE LA VIDA SOCIAL

El frenesí de las construcciones y el retorno a un estricto clasicismo que caracterizan el tiempo de Adriano son contemplados por el observador superficial como signos de prosperidad y de salud, lo que no es más que apariencia. Desde hacía varias decenas de años habían comenzado a ponerse en marcha los mecanismos de una crisis general que se desarrollaban con el rigor de una fatalidad.

Nerón, cuyo reinado se sitúa en este momento decisivo, dejó en la historia reputación de monstruo: monstruo por sus vicios, por sus crímenes, por su farsa y por su megalomanía. Locura fue por cierto la idea de disponer, luego del incendio que asoló gran parte de Roma, una nueva residencia imperial de una envergadura y lujo desmesurados. Los restos de la Casa dorada, desaparecida bajo la explanada de las termas de Trajano, producen estupor a pesar de la desaparición casi total del rico decorado: el ruido de los pasos resuena bajo las altas bóvedas, en las filas de los corredores y de las salas a la medida de un gigante, que las tinieblas no premeditadas hacen más impresionantes. Y la Casa dorada no era más que parte de un conjunto concebido a la escala de un Versalles anticipado que se extendía hasta la subida del Palatino con grandes aberturas alrededor de un inmenso estanque cavado en el emplazamiento del futuro Coliseo.

Esta locura atestiguaba al menos, como las locuras más medidas de Adriano, una asombrosa potencia de organización y de realización. Esto obliga a reconocer en Nerón algo más y mejor que un loco delirante. El cuadro del monstruo ha sido acentuado, impuesto por escritores animados de prejuicios sociales y políticos muy marcados. Sin embargo, ellos registraron objetivamente con una lucidez

y una sumisión a lo real que no son nada raras en la literatura latina, otros rasgos menos desfavorables. Se hacen eco sin insistir en ellas, de las sospechas que atribuyeron al príncipe la responsabilidad del incendio de Roma, aunque reconocen que renovó en realidad la vieja ciudad. Había en él un urbanista aún más audaz que los creadores de la nueva Roma del Campo de Marte.

Las calles fueron agrandadas, las casas alineadas y las fachadas se adornaron con pórticos cuya altura estaba reglamentada. Para la protección contra el fuego, una parte determinada de edificio debió construirse toda en piedra sin ninguna pieza de madera, vigas o tirantes. Se prohibieron las paredes medianeras. El agua de los acueductos, que había sido desviada por particulares para usos personales, fue restituída bajo control permanente al uso público y alimentó en adelante un mayor número de fuentes. Se obligaba a todos a tener permanentemente listo todo lo necesario para la lucha contra el fuego. Hay que considerar este conjunto de disposiciones como uno de los mejores logros del espíritu racionalizador de los romanos.

En el mismo sentido y con mayor alcance económico, Nerón y sus consejeros hicieron gala de imaginación y de iniciativa para abrir nuevas vías comerciales y mejorar el sistema de comunicaciones. Sin duda veían en esto un eficaz medio para mejorar la economía italiana que comenzaba a experimentar serias dificultades. Viajes de exploración condujeron a dos centuriones a la búsqueda de las fuentes del Nilo, hasta los inmensos pantanos enredados por una inmensa vegetación que los iba invadiendo, y un caballero romano fue desde Carnuntum, sobre el Danubio, hasta el mar Báltico, de donde trajo un cargamento de ámbar. Se completó la ocupación militar de toda la costa meridional del mar Negro y se instalaron guarniciones en las ciudades griegas de la orilla septentrional entre el Danubio y el Bósforo Cimerio. Se aseguraba así el dominio de este mar, estratégica y comercialmente. En el norte de la Galia se formalizó un dique, comenzado desde hacía tiempo para contener el Rin, y el legado de la Germania superior proyectó hacer cavar por las tropas un canal de unión entre el Saona y el Mosela que hubiera unido el Ródano y el Rin.

Durante un viaje que hizo a Grecia, Nerón retomó más seriamente que nunca la vieja idea de atravesar el istmo de Corinto. Las supersticiones, tal vez sabiamente mantenidas por quienes se beneficiaban por los trasbordos, oponían un obstáculo no despreciable a esta idea. Se decía que bajo el hierro de quienes habían abierto las zanjas, la sangre había surgido, y que una procesión de espectros había salido de la tierra. Nerón tomó él mismo el pico para dar el ejemplo, y para disponer de una mano de obra suficiente movilizó un ejército de esclavos. A su muerte los trabajos fueron abandonados.

Finalmente confió a los célebres ingenieros Celer y Severo la tarea de cavar un canal navegable del lago Averno, es decir, del puerto de Pozzuoli, hasta la desembocadura del Tíber. Él quería lo increíble, juzga Tácito, quien critica la empresa como imposible de tener un buen fin y de poca utilidad. Tenía, sin embargo, un sentido: estaba dirigida a resolver el problema de las comunicaciones marítimas de Roma, que se presentaba con gravedad creciente. Una solución más simple fue, bajo Trajano, la ampliación del puerto artificial que Claudio había creado en Ostia. Pero aún muy ambicioso y a menudo por encima de las fuerzas, todas estas obras, todas estas expediciones, conservaban un carácter productivo, que fue cada vez menos el caso de lo que siguió.

Sin embargo, es en el dominio de la agricultura que la época de Nerón aparece sobre todo como crucial. El destino de la civilización antigua se decidió tras el escenario político; el platillo de la balanza dudó, luego se hizo más pesado y se hundió. El progreso técnico se vio poco a poco paralizado y entonces se apagó la vitalidad económica que había marcado los comienzos del Imperio.

Pocas veces un drama económico se jugó con tal claridad y fue percibido con semejante clarividencia por los contemporáneos. Dos economistas personifican las dos principales tendencias que se oponían entonces y cuya oposición hizo el drama: Columela y Plinio el Viejo.

Columela no sólo es el más grande de los agrónomos latinos, sino también uno de los representantes más rigurosos del racionalismo antiguo. Nacido en Gades o cerca de Gades en la provincia de Bética, que era una de las más prósperas del Imperio, era sobrino de un rico terrateniente amigo del progreso técnico, quien aplicaba en su dominio las más recientes adquisiciones de la agronomía y experimentaba nuevos métodos, como el hacer arable el suelo por mezclas de terrenos complementarios. A ejemplo de su tío, Colu-

mela se hizo, luego de estudios teóricos muy avanzados, el entusiasta campeón del progreso y de la experimentación incesante. Una antigua teoría atribuía la disminución de los rendimientos a la inclemencia de la temperatura y en especial al agotamiento de la tierra. No es tal, afirma Columela, y demuestra que hay que buscar las verdaderas razones en la ignorancia de los agricultores, en su negligencia y en la insuficiencia de las inversiones. Es sólo con el uso de las herramientas más perfeccionadas y de los métodos más racionales que podrá salvarse la agricultura de la amenazante decadencia. Preconizaba las aradas profundas con arados pesados, escardadas repetidas, una viticultura de calidad. ¿Acaso él mismo no ha acrecentado considerablemente sus ganancias gracias a la creación de mejores cepas y a la venta de sus plantas?

No podía, sin embargo, dejar de sospechar que la solución que él recomendaba se enfrentaba con una grave dificultad. Todo perfeccionamiento de las prácticas del cultivo traía un excedente de pena para la esclavitud. El arado exigía esfuerzos más penosos, las escardadas repetidas eran agotadoras, el buen mantenimiento de una viña suponía mucha fatiga y minuciosos cuidados. De este modo la carga de la esclavitud se encontraba así agravada sin que su suerte se mejorase: seguían siendo la cosa del amo, enteramente dependiente y sin protección, o casi, contra sus exigencias y su brutalidad. Era inevitable que se defendiese con su inercia y con una ingeniosidad difícil de combatir.

Columela esboza el sombrío cuadro de un dominio en que el amo vive en la ciudad y no ejerce sino una intermitente vigilancia. Los esclavos alimentan mal a los bueyes de labor que son incapaces de trabajar convenientemente, y los alquilan a escondidas para obtener pequeños beneficios. Trabajan con mucha negligencia y declaran mayor cantidad de semillas que las que han echado en tierra. Mientras el trigo espera sobre la era ser trillado, la cantidad disminuye día a día; sea que lo roben ellos mismos, sea que lo dejen robar.

Se podía temer todavía algo peor de los esclavos. Una larga tradición de resistencia activa, encarnada ante todo en el nombre de Espartaco, llevaba los fermentos de la rebelión. En el año 64, bajo Nerón, los gladiadores acuartelados en Preneste habían intentado huír por la fuerza, pero fueron rápidamente dominados por el puesto de guardia. Mientras tanto la alarma se había extendido bien lejos:

"Las imaginaciones asustadas veían ya renacer a Espartaco y todos los antiguos males" (Tácito). Algunos años antes, en el 61, el *affaire* de Pedanio Segundo había revelado hasta qué grado de ferocidad el pánico podía llevar a los espíritus, en apariencia mesurados, mientras que los esclavos comenzaban a encontrar un apoyo en la plebe cuya vida se hacía cada vez más difícil. Pedanio Segundo, que era prefecto de Roma, había sido asesinado en su casa por uno de sus esclavos. Siguiendo una costumbre implacable, los 400 esclavos que se encontraban bajo el techo del prefecto en el momento del crimen fueron conducidos al suplicio. Algunos senadores se habían inclinado a la clemencia, pero C. Casio se había ensañado contra ellos por un argumento que dice mucho: "Si decretamos la impunidad, ¿qué seguridad encontraremos luego de un precedente semejante en medio de nuestros esclavos? No podemos contenerlos sino con el miedo. Poco importa si, como sucede cuando se diezma un ejército, parecen inocentes. La injusticia está redimida por la ventaja de todos". Un senador había querido extender el castigo, como ejemplo, a los libertos, que proponía deportar fuera de Italia. Fue Nerón quien se opuso. El día de la ejecución se agrupó una multitud indignada, armada de piedras y de antorchas. Fue necesario vigilar militarmente el camino que conducía a los infelices a la muerte.

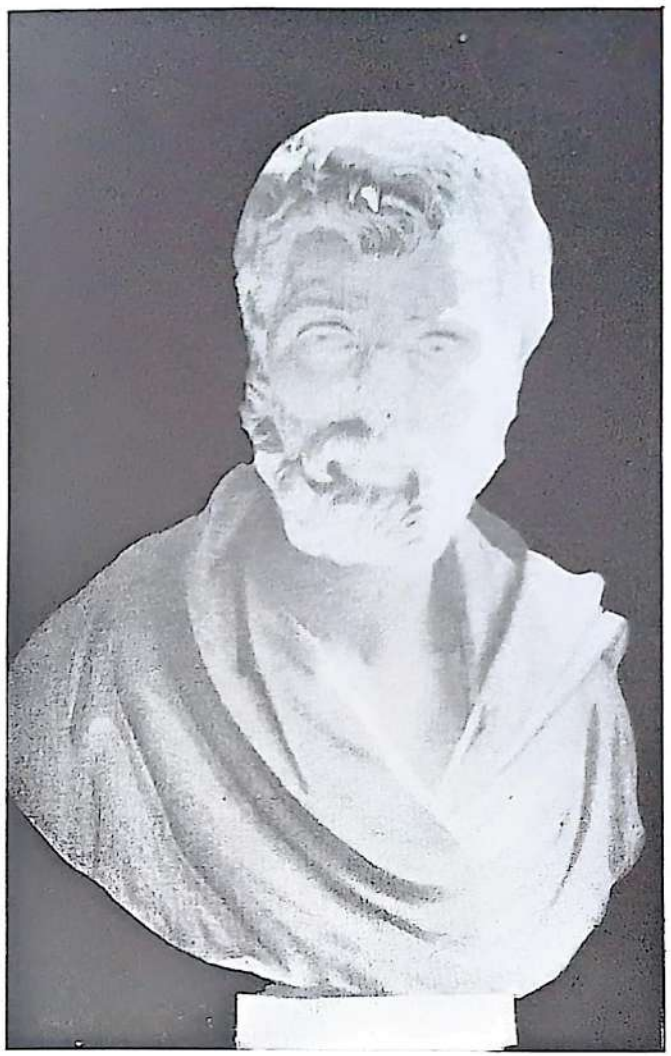
Columela sabía que el terror no podía obtener del esclavo los cuidados y los esfuerzos acrecentados que reclamaban los perfeccionamientos de la técnica. Estaba persuadido de que no se podía tratar a sus esclavos como lo hacía dos siglos antes el viejo Catón, quien se las ingeniaba para que todo su tiempo estuviera ocupado y los vendía cuando envejecían, para no tener que alimentar bocas inútiles. También se mostró deseoso de aportar mejoras reales a su condición; de entreabrirles las puertas de la esperanza. Pide que se les dispongan locales salubres, que se los provea contra el frío y la lluvia con ropa de piel y sacos con capuchón, que se les distribuya alimentos convenientes. Hay que dirigirse a los esclavos empleados en los trabajos del campo con mayor familiaridad que a los esclavos de la casa de la ciudad; bromear con ellos, consultarlos como si supieran más que el amo, recompensar su celo y su buena voluntad. Hay que darles los medios de quejarse de un intendente que los trata con crueldad.

Pero, la actitud del Senado lo prueba, muy escasos eran por

cierto los amos provistos de suficiente inteligencia, espíritu de justicia y humanidad para comportarse como Columela. Es por eso que en la mayoría de los casos se adoptó otra solución: se renunció al progreso técnico para observar procedimientos de cultivo más elementales, más fáciles de ejecutar y de controlar. Esta actitud limitada pero lógica fue sostenida y encomiada por el sabio autor de una enciclopedia en la cual se ve a menudo equivocadamente la suma de la ciencia romana, Plinio el Viejo. Su máxima fundamental es que cultivar bien es necesario, pero que cultivar muy bien es ruinoso, por el principio de limitar al máximo los gastos. Concretamente, otro agrónomo contemporáneo suyo, un tal Celso, aconsejaba labrar con arados livianos porque de este modo podían bastar bueyes de raza baja, menos costosos de comprar y de mantener, y no escardar las habas para economizar la mano de obra, con la ventaja suplementaria de la pequeña cosecha de forraje que dan las malas hierbas.

De este modo, desde fines del primer siglo de nuestra era la técnica agrícola cesa bruscamente de progresar en las grandes explotaciones, y está aún en receso en comparación a las posibilidades ya alcanzadas. Para continuar avanzando habría sido necesaria una modificación radical del sistema de esclavos; pero, tal como sucede generalmente en casos semejantes, los intereses económicos del conjunto de la sociedad están sacrificados a los privilegios sociales de un puñado de grandes propietarios de tierras. Se despreció los cultivos intensivos, como los del olivo y la viña, por modos de explotación extensivos del terreno, que no tenían más necesidad que una mano de obra reducida y no especializada; explotación de bosques y sobre todo cría trashumante. Se recurrió cada vez más sistemáticamente al coloniaje: la tierra, en lugar de ser cultivada en grande por equipos de esclavos conforme a las técnicas más perfeccionadas, es arrendada, por muy pequeñas explotaciones, a colonos a quienes se trata de sacar el máximo de rentas. Fácil es prever que se ejercerá una fuerte presión sobre los organismos de Estado por parte de la gran propiedad territorial para asegurar al ganado trashumante ventajas preferenciales y reforzar la legislación coercitiva con respecto a los colonos.

Marco Aurelio no tuvo jamás nada de economista y esto no habla en su favor. Ni en sus cartas ni en sus *Pensamientos* se abordaron



Busto de Herodes Ático.
(Museo del Louvre, nº 1164; proviene de Probalinthos, cerca de Maratón. Envío de Fauvel; perteneció a la colección Choiseul, y luego a la colección Pourtalès.)

jamás los problemas más vitales para la prosperidad de un Estado. ¿Desprecio de letrado o de filósofo por los problemas materiales? Pero él tenía la responsabilidad suprema de la subsistencia de decenas de millones de seres humanos y del funcionamiento de un gigantesco mecanismo imperial. ¿No es posible pensar que esta indiferencia no es más que una de las formas del embotamiento que se instalaba en el dominio, entonces fundamental, de la producción agrícola? No sabe echar sobre el campo más que miradas de paseante, y ¿por qué no?, de esteta. En agosto del año 143 escribe a Frontón:

"Quiero hablarte también de los hombres. He oído declamar a Polemón hace 3 días. ¿Quieres saber lo que pienso? Mira, se asemeja a mi juicio a un agricultor activo, muy hábil, que no pide a su vasto dominio más que trigo y viñas, que obtiene las más bellas cosechas y las rentas más abundantes. Pero en ninguna parte se ve en esta campiña ni higuera de Pompeya ni legumbre de Aricia, ni rosa de Tarento, ni boscaje que ríe, ni bosque espeso, ni plátano y su sombra. Todo está dedicado a la utilidad más que al placer".

¡Como si una actividad que ataña a la producción de bienes materiales os rebajase a un nivel inferior! Para Marco Aurelio es así. La filosofía no es para él una reflexión sobre lo real sino una actividad que se basta a ella misma, que se nutre de ella misma y la única digna de un ser superior. Él encierra en uno de sus *Pensamientos* (VI, 14), como en un microcosmos, el vasto mundo tal como se lo representa con su jerarquía de valores. La multitud, dice, concede su admiración (y por lo tanto sus cuidados) a objetos inanimados tales como higueras, viñas, olivares. La gente algo más sesuda se dedica a los seres dotados de vida, como los rebaños de gran y pequeño ganado.

En un nivel más elevado aún, los gustos se dirigen hacia las profesiones, las invenciones ingeniosas o simplemente al placer de poseer gran número de esclavos. Finalmente, el que hace honor al alma razonable universal, el verdadero filósofo, se aparta de todo el resto; ante todo se esfuerza de mantener su alma en un estado y dentro de movimientos conformes a la razón y al bien social.

Esto no es difícil de traducir. La arboricultura que había hecho el ornato y la riqueza de la Italia de Virgilio se abandona a la gente común, pequeños paisanos independientes, en la medida en que subsisten, y colonos. Resulta menos sorprendente que el aceite de

España y los vinos de Galia hayan entonces conquistado el mercado italiano, convertido de exportador en importador. Los grandes terratenientes encuentran su interés en desarrollar la cría trashumante. En cuanto a los más cultivados de ellos, que viven habitualmente en Roma, abandonan a los intendentes la dirección de sus latifundios y no se interesan verdaderamente más que en embellecer sus moradas, en acrecentar su confort; de allí un brillante florecimiento, si bien económicamente malsano, del artesanado, de la industria y del comercio de lujo. Y ¿en qué forma aseguran ellos su prestigio? Por el aumento, no menos malsano, de las tropas de esclavos empleados en la pompa, la cocina y en una increíble variedad de servicios domésticos. El filósofo puede creerse establecido en un nivel intelectual muy superior y experimentar vivas alegrías. Él no es tampoco más que un producto de la crisis que mina los cimientos económicos del poderío romano.

Habría que destacar la decadencia industrial de Italia, transitoriamente compensada por el impulso de varias provincias. En las mismas provincias septentrionales, el centro de gravedad se trasladaba poco a poco hacia las fronteras, hacia la clientela escogida que eran los ejércitos. La sangre volvía a fluír del corazón hacia la periferia, hacia el Rin y el Danubio donde se asentaban las primeras bases de los altos destinos futuros. Los talleres de cerámica de Graufesenque, situados en el sur de Galia, cerca de la actual Millau, habían imitado con éxito, desde fines del reinado de Augusto, las cerámicas italianas de Arezzo, llamadas *sigillata* a causa de los figurines y de los motivos en relieve que las adornaban. Sus productos se encuentran en abundancia en las excavaciones sobre toda la Romaña occidental: Galia, Inglaterra, Holanda, Alemania, Suiza, España, África del Norte, incluso Italia, donde había llegado un envío a Pompeya en vísperas de la erupción del Vesubio. En el siglo II los talleres de la Graufesenque son suplantados por los de Lezoux en Auvernia, y los talleres menos importantes se multiplican en la Galia del Norte, en la región renana. Los mismos fenómenos se presentan en Panonia, donde las monedas de Augusto, de Tiberio, de Claudio y de Nerón son relativamente raras sobre el Danubio, mientras que las de los Flavios y de los Antoninos abundan. En el año 95 el ceramista Resatus traslada su fábrica del interior sobre el Danubio.

El antiguo equilibrio económico estaba, pues, doblemente roto. Alrededor de Nápoles, la Campania no debía sino accesoriamente sus riquezas a los centros de veraneo instalados sobre sus felices orillas. La agricultura y la industria habían alcanzado un grado de prosperidad que atestigua el lujo que se desplegaba en las villas residenciales de Pompeya y Herculano. Pero luego de las catástrofes del año 79 estas ciudades sumergidas bajo la lava y las cenizas no fueron reconstruídas, mientras que en Roma los incendios y en Asia Menor los temblores de tierra no menos devastadores eran seguidos de reconstrucciones cada vez más grandiosas. Esto se debía a que la decadencia económica de toda la región ya había comenzado.

Pozzuoli había sido a comienzos del Imperio el puerto más activo, el centro comercial más animado de toda Italia. No era tan descabellado el proyecto que había formado Nerón de unir la bahía de Nápoles al Tíber por un canal de más de 200 kilómetros. Bajo Vespasiano (69-79), Pozzuoli puede hasta financiar la construcción de un anfiteatro que ocupaba (al sud del Po) el tercer lugar en Italia, luego del Coliseo de Roma y del anfiteatro de Capua, igualmente en Campania. La disposición de un puerto artificial en Ostia, debido a Claudio, no fue la única causa ni tampoco la causa principal de la declinación del puerto de Campania. El marasmo de la agricultura y la industria habían agotado las fuentes de su actividad comercial. La colonia de los tirios que allí residían, dirige en el año 174 una significativa petición a su metrópoli. Sus instalaciones en Pozzuoli, locales comerciales y santuarios de los dioses nacionales, eran las más importantes entre instalaciones semejantes. Pero ahora se encuentra tan empobrecida, tan reducida en número, que para pagar doscientos cincuenta denarios de locación se ve obligada a recurrir al Senado de Tiro.

En cambio, otras antiguas ciudades, puertos de provincias florecientes, continúan desarrollándose: Cartago y Alejandría, que se disputan el segundo lugar después de Roma, y Antioquía en Siria. En el extremo noreste de Italia, cerca de Trieste, Aquileya se convirtió (según el testimonio de Herodiano), en cierto aspecto, en el mercado de Italia, manteniendo con todos los pueblos de Iliria un comercio de importación y de exportación que va en aumento. Vende principalmente vino; la llanura que la rodea está cubierta de alamedas de árboles que corona el verde follaje de las viñas "que se

enlazan mutuamente en glorietas como para los preparativos de una fiesta".

Este comienzo de declinación económica en Italia, este deliberado renunciamiento al progreso técnico en agricultura, no podía dejar de obrar en el pensamiento y las ideas de los contemporáneos.

Plinio el Viejo es aún, por los primeros pasos de su espíritu, un verdadero sabio. Se propone reagrupar con todo detalle, coordinar y hacer más accesible los conocimientos acumulados desde los tiempos más lejanos. Con infatigable curiosidad abarca un horizonte más vasto que la mayoría de sus predecesores. No hay para él ideas tan insignificantes que no merezcan ser recogidas; todas las plantas, aun las más comunes, son dignas de interés; hay que ir más lejos que Virgilio, que nombró solamente 15 especies de viñas y tres especies de olivos. En la línea de Lucrecio cree que la ciencia es capaz de liberar a todos los hombres de sus temores y supersticiones.

Pero no es todavía, sin embargo, el sabio en todo el sentido de la palabra: intrépido, ejerciendo siempre sin desfallecimientos su espíritu crítico y confiando en las ilimitadas posibilidades de la ciencia, ya que comprueba con tristeza que a pesar de la tranquilidad en todas partes restablecida, a pesar de la creciente facilidad de las comunicaciones que habrían debido favorecer la difusión de los conocimientos, sus contemporáneos no manifiestan casi interés por la ciencia. Efectivamente, a partir del siglo II, los espíritus más cultivados se hunden en curiosidades formales, de una erudición sin alcance. Plinio se interroga sobre las causas de la decadencia intelectual, pero sufre de miopía, a no ser que se ciegue a sí mismo. Como Salustio, cuando buscaba la explicación de los problemas sociales y de las guerras civiles que iban a conducir a la ruina del régimen republicano, él no sabe o no quiere ir más allá de los lugares comunes de índole moral; incrimina el culto del dinero, la carrera sin escrúpulos por el dinero, y el predominio de éste hasta en la política.

La verdadera llave es su polémica con Columela. Por conservatismo social renuncia a las aplicaciones prácticas de la ciencia, lo que significa —por una consecuencia próxima— renunciar a la ciencia misma.

El anatema al progreso se extiende... acaban de realizarse importantes progresos en el arte de navegar gracias a una utilización

muy avanzada del velamen que ha acelerado la velocidad de los navíos. ¿Se entusiasmará Plinio y calculará las ventajas económicas de estos progresos, las posibilidades que ofrecen para la exploración de los océanos? No; por el contrario, se inquieta; estos mástiles sobrecargados, estas velas más grandes que los navíos, son otras tantas provocaciones a la muerte; y maldice: "Ninguna execración resulta suficiente contra el inventor que, no contento con que el hombre muera en la tierra, quiere aun que perezca sin sepultura" (*Hist. nat.*, XIX, al comienzo).

De modo inevitable, el renunciar al progreso engendraba el pesimismo. Si se detiene el movimiento, ¿cómo creer aún en el movimiento, en la vida, en el porvenir? Más compilador que enciclopedista, Plinio se encuentra en los extremos y no en los albores de un gran impulso histórico; se deja invadir por la desesperanza que aguarda a aquellos para quienes se cierra y se obstruye toda perspectiva. Nada más miserable y más orgulloso que el hombre, clama antes de Pascal. El hombre tiene en la naturaleza una madrastra más que una madre, y él es el único ser arrojado desnudo a la tierra desnuda el día de su nacimiento. Los animales se guían por sus instintos; él no conoce nada sin haberlo aprendido: ni caminar, ni alimentarse, ni hablar; por sí solo no sabe otra cosa que llorar. "También muchos han pensado que lo mejor era no nacer o ser aniquilados lo más pronto posible" (*Hist. nat.*, VII, al comienzo).

Ya en la generación anterior a Plinio el Viejo, Séneca había sido ganado por el pesimismo, no por el simple efecto de la meditación interior, sino bajo el golpe de las vicisitudes exteriores. Había poseído una inmensa fortuna: 300 millones de sestercios (unos 15.000.000.000 de francos). Se lo acusaba de haber arruinado a fuerza de usuras a Italia y sus provincias; un levantamiento en Bretaña había tenido por origen 40 millones de sestercios que había prestado a intereses muy altos exigiendo el reembolso sin demora. Vivió en un lujo inaudito, realizó gastos extravagantes para seguir modas ruinosas como las de las mesas de citro (tuya de Mauritania). Sus costumbres eran despreciadas. Se lo acusaba de haber enseñado a Nerón los excesos con los jóvenes y al mismo tiempo se le atribuía una relación íntima con Julia, la hija de Germánico, que Mesalina hizo matar como culpable de adulterio, y con Agripina, madre de Nerón.

Séneca era, visiblemente, uno de esos grandes propietarios ausentistas contra quienes se dirigía Columela con justa razón. En una carta a Lucilio habla con desdén del progreso técnico; los inventos son la obra de los mismos viles esclavos que están encargados de ponerlos en funcionamiento; hay que saber prescindir de ellos. En el curso de las dos desgracias políticas pudo captar toda su impotencia. No le queda sino disimular bajo bellas construcciones filosóficas una moral de renunciamiento, el repliegue del individuo sobre sí mismo: "La vida humana es bien poca cosa, pero el desprecio por la vida es una gran cosa".

El refugio de la filosofía, sin embargo, sobre todo del estoicismo, no era accesible sino a unos pocos. Era necesario una difícil iniciación intelectual y ese mínimo de confort y de independencia material sin los cuales el ejercicio del pensamiento se sostiene con dificultad. Las multitudes de la gente pobre tenían necesidad de un derivativo a sus males cotidianos, de un consuelo que buscaban en las religiones, sea en las antiguas que se transformaban, sea en las nuevas, que respondían aún mejor a sus deseos.

Es en Grecia en donde uno puede hacerse una idea más clara de la evolución de los espíritus y de las creencias. La documentación es abundante; Grecia había precedido a Roma en la *impasse* económica, sobre el camino de la inquietud. Había experimentado más pronto la experiencia del dolor y se había dispuesto toda una gama de ilusorios remedios. Pero, ¿se podía en el presente encontrar algo mejor que ilusiones? También en este plano Grecia aparecía como un modelo.

En la edad clásica, que fue la de la grandeza y la prosperidad, luego de los terrores de los tiempos primitivos, los hombres habían acercado a los dioses estableciéndose con ellos una respetuosa familiaridad. Tomaron conciencia de su propia fuerza y se lanzaron osadamente a la conquista del mar, de la ciencia y de la belleza. Los dioses seguían siendo sus protectores, pero a su lado, como compañeros; sus estatuas poblaban las ciudades en una idealizada imagen del hombre.

No era posible ahora mantener con esos viejos dioses las mismas relaciones a la vez fáciles, confiadas y solemnes. Los dioses se habían alejado nuevamente, y para entrar en contacto con ellos, los hombres,

condenados a vivir penosamente en un mundo consagrado al desorden y agobiados por su debilidad, creían que era necesario recurrir a toda suerte de sortilegios.

Las ceremonias del culto oficial se ornan de un brillo exterior que deslumbra las imaginaciones, reteniendo su interés por un espectáculo, por así decirlo, incesante. Sacrificios, procesiones, festines sagrados, dan hasta al más desheredado de los ciudadanos un fugitivo reflejo de la alegría de vivir. El uso de cirios y lámparas, conocido desde tiempo atrás en Egipto y Oriente, se extiende en el mundo griego, donde los fieles a su vez se maravillan como niños ante los espejismos de la luz. Se toma el hábito de hacer quemar en la proximidad de las fuentes y de colgar en los árboles sagrados. Los himnos son cantados por niños vestidos de blanco; el humo del incienso se eleva en los templos. Todo esto es algo cotidiano y no reservado a raras ocasiones como sucedía en el antiguo paganismo, donde el dinamismo social abría otros horizontes a las actividades y a los sueños de los hombres. En Epidauro los ritos a cumplirse en distintas horas del día eran reglamentados minuciosamente; se organizaba toda una liturgia de la que se encuentra más de un rasgo en la liturgia cristiana.

Hubo un extraordinario renacer de la magia. En esto los egipcios fueron a menudo los iniciadores. Ellos no habían soportado jamás los espantos y los temblores de la religión primitiva y siglo a siglo habían enriquecido y complicado el aparato de las fórmulas, de los talismanes y de los amuletos con que se sobrecargaba a los vivos y se proveía a los muertos. La popularidad de los dioses curadores tomó proporciones sorprendentes. En Atenas, Esculapio vio afluír ofrendas que al mismo tiempo escaseaban para Atenea. Por razones accidentales sin duda, algunos oráculos de antigua fama caían en el descrédito, pero otros, que vegetaban, como el de Apolo de Claros, conocieron una boga increíble. Nunca se había sentido tal deseo, tal necesidad de obtener revelaciones sobre lo desconocido y sobre el porvenir. Los charlatanes aprovechaban para hacerse los inspirados profetas o lanzar nuevos cultos.

Un panfleto de Luciano nos informa así de una increíble historia que tuvo por teatro, hacia la época de Antonino Pío, una pequeña ciudad de Paflagonia llamada Abonoteicos y más tarde Ionóbolis; de allí su actual denominación de Inebolia. Un cierto Alejandros

instaló en el templo de Esculapio una serpiente de cabeza humana, que como pretendida reencarnación del dios, profería oráculos. Alejandros era quien usualmente interpretaba las respuestas. Pero, con un verdadero genio de impostor, hacía escuchar directamente la voz de la serpiente cuando llevaban una ofrenda suficientemente elevada; una tubería proveía a esto.

El éxito fue tal que un senador romano que había sido cónsul se convirtió en yerno de Alejandros y trasmitió a Marco Aurelio, quien se apresuró a satisfacerla, una recomendación de la famosa serpiente: para asegurarse la victoria sobre los bárbaros, era necesario que hiciera echar dos leones al Danubio.

En un nivel más elevado, los cultos de los misterios (entre los cuales el más afamado era el de Eleusis) prometían a quienes habían experimentado una iniciación secreta, una vida bienaventurada en la inmortalidad del más allá. Todas las clases de la sociedad eran atraídas hacia sus santuarios, donde los poderosos del día: los ricos, los intelectuales, se mezclaban con la multitud gris de la gente sin importancia. En la época de Antonino Pío, los misterios de Deméter son frecuentados como jamás se había visto.

Al lado de los misterios griegos, se introdujeron misterios de origen oriental. Los misterios de Isis conquistaron el primer lugar y concluyeron por imponerse en Roma. Augusto había prohibido a sus devotos reunirse en el interior de un radio de una milla alrededor de la capital. Tiberio había hecho demoler un templo de la diosa egipcia construído en el Campo de Marte a pesar de la prohibición. Con Calígula el ostracismo había finalizado y el templo reconstruído en la vecindad del Panteón era muy visitado, no por los fieles sino también por los curiosos que venían a admirar los tesoros artísticos. Se encontró un templo de Isis en Pompeya, donde como en Herculano algunos frescos en las casas de los ricos particulares evocaban el Nilo y sus paisajes. En la villa de Adriano en Tíbur, al borde de un canal que recordaba el campo de Alejandría, se había dedicado un templo a Serapis, divinidad egipcia que compartía el favor que rodeaba a Isis.

Sin embargo, el culto de Mitra, que se implantó tan sólidamente en la parte occidental del Imperio, no había penetrado, por así decirlo, en Grecia. Nada demuestra mejor que en la introducción en Roma de los cultos de los misterios, así como en las formas nuevas

que tomaron las antiguas prácticas religiosas, la influencia griega no ha tenido más que una parte reducida de responsabilidad. Estos cultos respondían a nuevas aspiraciones espirituales, las mismas que aseguraron el éxito del cristianismo.

Fueron piratas, prisioneros de Pompeyo, quienes según se dice habían hecho conocer en Occidente el dios solar de la mitología irania. Durante más de un siglo, su hora aún no había llegado, su culto había vegetado al margen de la religión oficial. Luego, bruscamente, y paralelamente al culto de Isis, surgió de la oscuridad bajo los Flavios, adoptado primero por esclavos y libertos de origen oriental y luego por soldados reclutados en Oriente o que allí habían servido y que lo llevaron a las guarniciones del Rín y del Danubio. Romanos de todos los medios se convirtieron en gran cantidad y practicaron con fervor ritos que el cristianismo debía retomar: bautismos, unciones, ágapes, penitencias. Ostia poseía numerosos santuarios de Mitra. Incluso en Roma, bajo la iglesia San Clemente, subsiste perfectamente conservada una sala abovedada donde se celebraban los misterios del dios. ¿Era acaso en concurrencia con una capilla cristiana primitiva o con anterioridad a la fundación de ésta? Poco importa. Lo esencial es comprobar que el desarrollo de la crisis económica llamaba y necesitaba de otras ideas, de otras creencias.

Tales eran, bajo apariencias que continuaron siendo brillantes, las profundas transformaciones que lenta pero irrevocablemente conducían a la civilización romana a su ruina.

Capítulo IV

LA CONVERSIÓN AL ESTOICISMO

La existencia que Marco compartía entre los placeres de la caminata, la caza, las lecturas y los ejercicios literarios, no podían satisfacer por largo tiempo un espíritu de su calidad. Cuando comenzaron a atenuarse la despreocupación y la seguridad casi animal de la primera juventud, experimentó el vacío. Le era necesario un alimento más sustancial, un sostén más durable, y los buscó en la filosofía que mejor correspondía a sus propias necesidades y a las de su época: el estoicismo. La conversión no fue el fruto de una súbita y definitiva iluminación. Se operó, sin duda, paso a paso y no sin retrocesos y pasajeros desvíos, y cumplidos los 25 años; probablemente a partir del año 146.

"Has reconocido, ¡luego de cuántos errores!, que no has podido encontrar la felicidad en ninguna parte, ni en los silogismos, ni en la riqueza, ni en la gloria, ni en el gozo; en ninguna parte. ¿Dónde se encuentra, pues? En hacer lo que reclama la naturaleza del hombre" (VIII, 1).

Se cansó tal vez tanto más rápido de la vida de corte porque Antonino la había reducido a un tren de vida sin color y sin brillo. La había despojado de los excesos y de las continuas renovaciones que divierten y sorprenden, dando un sentimiento engañoso pero agradable a la ilusión del ilimitado poderío.

Marco era más sensible que otros a lo que tenía de agotadora y de vana la monotonía de las obligaciones oficiales y lo dejaba ver. Se mostraba siempre de una seriedad que se juzgaba excesiva. Había a veces que obligarlo a asistir a las grandes cacerías que se daban en el circo con bestias salvajes; a mostrarse en el teatro, a asistir a tal otro espectáculo. En una carta que se puede fechar hacia los alrededores del año 146, Frontón lo sermonea con gran vivacidad:

"Déjame pelearte, discutirte. A veces, ante pequeños grupos de amigos íntimos me ha sucedido dirigirme a ti en tu ausencia en términos suficientemente severos. Así cuando te habías mostrado en público más enfurruñado que lo conveniente y cuando proseguías tus lecturas en el teatro o durante un banquete —entonces no me encontraba alejado de los teatros ni de los banquetes—. Te trataba de hombre áspero y juzgaba fuera de lugar tu comportamiento. Incluso a veces, en tal forma que la cólera me conmovía, te trataba de hombre odioso".

Lo que no le impedía —no hay contradicción en esto— ser de un trato agradable en la intimidad o la semiintimidad con sus amigos y con interlocutores que conocía bastante poco. Entonces era grave sin ser taciturno.

Se comprende que se haya fatigado de los silogismos y sus juegos formales. El renunciamiento se extendió a la retórica. Da gracias a los dioses el no haber avanzado muy lejos en este arte ni tampoco en la poesía, que lo habrían sin duda retenido si hubiese sentido que hacía algún progreso en ellas. Con una modestia real destaca su falta de disposiciones. Le faltaban, evidentemente, los reflejos rápidos, una memoria suficientemente vasta y pronta y ese brillo que había dado a Adriano tanta seguridad y prestigio. En su inquieta búsqueda de perfección admitirá que difícilmente puede desembarazarse de su lentitud de espíritu y de una excesiva dificultad para fijar su atención. En una carta dirigida a Frontón se burla de sus distracciones; siempre está en las nubes, como por otra parte su maestro: "Cuando, si place a los dioses, estemos de vuelta en Roma hazme acordar de hablarte, pero con tu aturdimiento (*meteoria*) y el mío no me harás acordar y no te hablaré".

En realidad, la falta de agilidad intelectual y la ausencia de brillo eran causadas por su escrúpulo de juzgar y decidir. No hay que llevar muy lejos la explicación del renunciamiento a la retórica por la falta de aptitudes. Marco vuelve al estudio y a la práctica de la retórica hacia fines del reinado de Antonino, y siempre, si no bajo la dirección, con los consejos de su viejo maestro Frontón. El ejercicio del poder no podía prescindir de la ayuda de las bellas palabras. En campaña, el general en jefe tenía que exhortar a sus soldados, tenía que explicarles lo que se les pedía y darles ánimo en las situaciones difíciles. En la vida civil no faltaban las ocasiones

en que un discurso cuidadosa y hábilmente compuesto obtenía útiles efectos en las deliberaciones del Consejo del príncipe y en el Senado.

El retorno a la elocuencia no duró mucho. Frontón le dirigió entonces, tal vez hacia el año 162, largas cartas, aunque sentía que la partida estaba definitivamente perdida como para tratar de retenerla. Son cartas vehementes, que merecen ser ampliamente citadas, de tal modo aclaran la infatuación de su autor y algunos repliegues del espíritu complicado que seguía siendo, luego de 20 años de aprendizaje político, el nuevo emperador:

"Te he oído decir a veces: Cuando he hablado con talento estoy satisfecho de mí mismo y ved por qué nada quiero con la elocuencia. Que no te corrijas, que no te cures de ese defecto de estar contento de ti, en lugar de repudiar la causa, ya que con esta conducta te obligas a los mismos remedios en otras ocasiones. ¿Y qué? Si estás contento de ti por haber juzgado conforme a la justicia, ¿repudiarás por eso la justicia?... Estás contento de ti cuando eres elocuente: ¡castígatel ¿Por qué castigar la elocuencia? Platón se expresaría así, se interpelaría así: «Oh joven, hay peligro en ti en ese precoz disgusto de estar contento de ti, ya que la pasión de la gloria es el último ropaje del sabio». Sí, es el último del cual se despoja. Platón, el mismo Platón, hasta el último instante de su vida se envolverá con la gloria como de un ropaje...

"Si el estudio de la filosofía no tuviera que ocuparse más que de las cosas solas me sorprendería menos de verte despreciar tanto a la palabra. Pero ejercitarse en razonamientos cerosos, en sorites, en sofismas, en palabras complicadas y capciosas y despreciar el cuidado del discurso, la gravedad, la majestad, la gracia y el brillo, ¿no indica esto que prefieres decir que expresar, murmurar y farfullar antes que hacer oír una voz brillante?

"Prepara discursos que sean dignos de los pensamientos que extraerás en la fuente de la filosofía. Cuanto más hombre de bien te sientas, con más majestad hablarás. Haz todavía más, levántate, enderézate, y esos vástagos que te inclinan hacia la tierra como harían con un pino y un alto aliso y que te transforman en arbusto rastrero, recházalos desde las alturas de tu poder. Da la elocuencia como compañera de la filosofía y rechaza esos discursos deformes y rebuscados.

"Si alguna vez los dioses han dado a alguien por excelencia, ingenio sublime, elevado y magnífico, es a ti, César. He conocido tus primeros pensamientos y la cuna de tus estudios. Ya brillaban en ti esa nobleza de espíritu y esa dignidad de pensamientos a los cuales no faltaba más que el brillo de las palabras; con ejercicios variados te dimos también ese talento.

"Mira hoy lo que aparentas a mis ojos: has abandonado, a la manera de los jóvenes y por aburrimiento del esfuerzo, el estudio de la elocuencia; te has vuelto hacia la filosofía, donde no hay ningún preámbulo que adornar cuidadosamente, ninguna narración que disponer breve, netamente, con arte; ningún tema que dividir, ningún argumento que buscar, nada que amplificar...".

Frontón, al pasar, puso el dedo en la llaga. Marco ya no cree en la gloria, se ha persuadido de la vanidad de la gloria; era ésta tal vez la ruptura más grave con la tradición antigua más permanente. La leyenda alababa a Aquiles, el héroe de *La Ilíada*, por haber preferido una existencia breve pero gloriosa a una vida larga y sin brillo. Luego de este ilustre ejemplo el sentimiento de la gloria era uno de los resortes más poderosos de las acciones heroicas y del más vulgar mérito cívico. Somos arrastrados por el deseo de gloria, decía Cicerón; ¿qué razón quedaría, excluída la recompensa de la gloria, para afrontar pruebas y peligros si es tan exigua, tan corta, la carrera de la vida? La época de Marco Aurelio ha perdido la esperanza y el sentido de la gloria. La gloria tenía sentido cuando, participando de la vida de la comunidad, se sabía por convicción y por experiencia que se era sólo un eslabón, pero un eslabón siempre útil en la marcha ascendente de esta comunidad a la cual todo se debía. Marco, a su vez, ha perdido la esperanza. Entre todas las razones personales que podía tener, ¿cómo dudar que no haya apuntado también en él la sorda desesperanza colectiva, en muchos subconciente y en algunos manifestada explícitamente en un pesimismo filosófico? Excluída la recompensa de la gloria no subsistía, agobiante, más que el sentimiento de la brevedad, de la inutilidad de la existencia.

"Acuérdate que cada uno no vive más que el presente, ese instante fugitivo. El resto, o bien ya está vivido o bien está lleno de incertidumbre. Muy pequeña es la duración de la vida de cada uno, muy pequeño el rincón de tierra en que vive, muy pequeña

también la más grande gloria póstuma. Y aun ésta no existe sino por relevo de pigmeos que morirán muy rápidamente, que no se conocen ellos mismos y menos aún el que desde hace tiempo ha muerto" (III, 10).

O también: "Aquel a quien encanta la gloria póstuma no imagina que cada uno de aquellos que se acordarán de él, morirá también muy rápidamente; luego, a su turno, el que habrá tomado su lugar hasta que su recuerdo se extinga definitivamente un día; pasa de uno al otro; antorchas que se prenden y se apagan. Supones inmortales a los que te recordarán e inmortal tu recuerdo; ¿de qué te sirve? Y no quiero decir que al muerto no le sirva esto de nada; al vivo ¿de qué le sirve la alabanza? A menos sin duda que resulte útil para gobernar" (IV, 19).

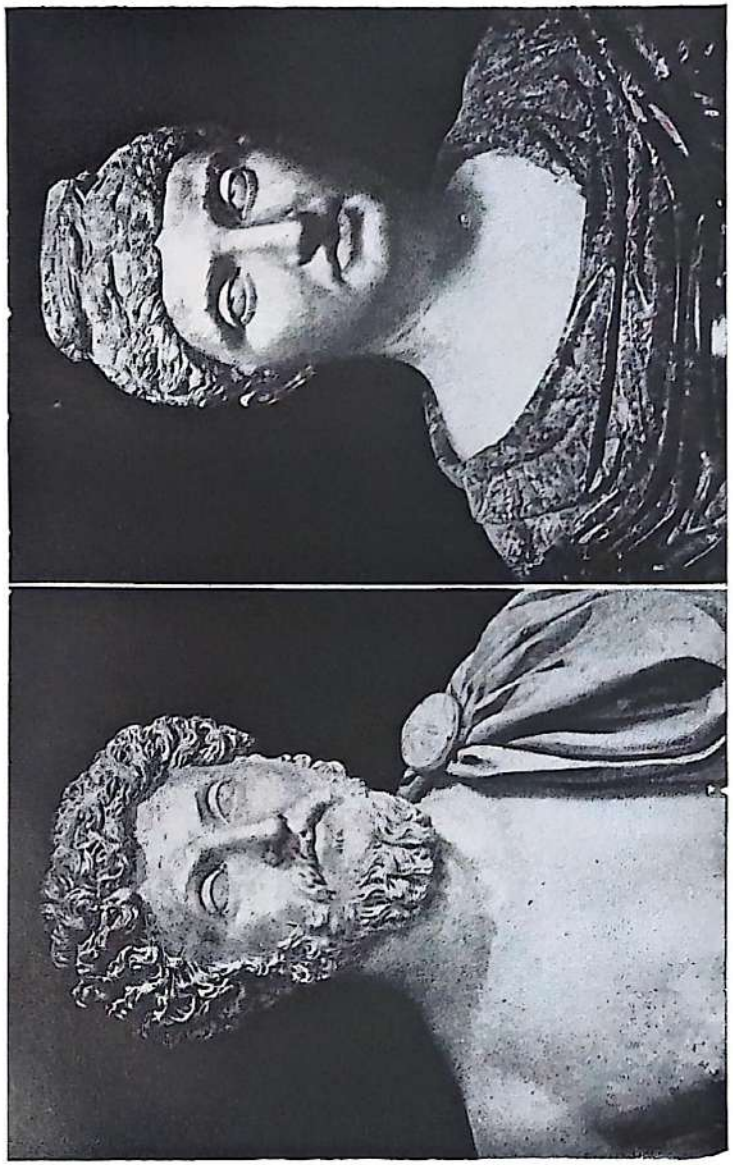
Para colmo de desgracia, tal como se puede juzgar, Marco no tuvo ni siquiera el consuelo de una feliz unión. Al término de su noviazgo, que se había prolongado extrañamente durante años, Marco se había desposado en el año 145 con la hija de Antonino, Annia Faustina, conocida con el nombre de Faustina la Joven. Hasta su casamiento había vivido en una rara contención, rara al menos en la alta sociedad. La exaltación del individuo había liberado a hombres y mujeres de las restricciones de las cuales muchos habían obtenido una utilidad y una justificación sobre todo social. El horizonte moral de cada uno se limitaba a la búsqueda de su propia y única felicidad. Ahora bien, la felicidad para la mayoría era en primer lugar satisfacer pasiones y deseos. En adultos sobreabundantemente alimentados a quienes la esclavitud (sin tener en cuenta los abusos de poder) procuraba facilidades y tentaciones, el deseo se enardecía fácilmente. De este modo sorprenden menos los excesos, las orgías, de las que Nerón no hizo otra cosa que hacer retroceder un poco más los límites.

Marco agradece a los dioses el haber escapado a este desarreglo de los sentidos: "haber salvaguardado la flor de mi juventud; no haberme convertido en hombre prematuramente; haber incluso sobrepasado el tiempo; no haber tocado ni a Benedicta ni a Teodoto, y si más tarde he caído en las pasiones del amor, haberme curado". ¿Timidez, constitución enfermiza, rigidez de principios morales? Podría censurarse, pero sería en el aire. Lo importante es que no parece

haber encontrado en su matrimonio las alegrías y el equilibrio que hubieran prolongado el optimismo natural de la primera juventud.

Todo lo que los historiadores antiguos, aun los más dispuestos a la hagiografía, cuentan de Faustina concuerda. Faustina se abandonaba a sus caprichos, al fuego de sus sentidos. Marco Aurelio nos ha dejado un elogio de ella, en dos líneas, que no concierne más que a su sensibilidad: que era dócil, tierna y natural. No hay necesariamente en esto contradicción con el testimonio de los historiadores o a menudo no se quiere ver sino malevolencia y credulidad. ¿Por qué se habrían encarnizado con ella de manera tan continua, tan sistemática? Cuentan que elegía sus amantes en Gaeta entre los marineros y los gladiadores. La opinión general fue más tarde que Cómodo era el fruto de un adulterio. Se refiere también una historia, visiblemente forjada para salvar las apariencias y para abrumar más a Cómodo, que dice que al ver pasar un día ante ella una tropa de gladiadores, se sintió presa de un violento deseo por uno de ellos. Obsesionada hasta el punto de caer enferma, ella se lo confesó a Marco. Se consultó a algunos caldeos que declararon que había que degollar al gladiador, que Faustina se bañase en su sangre y fuera enseguida a encontrarse con su marido en el lecho. Si el consejo hubiera sido seguido, el fuego que quemaba a la emperatriz se habría extinguido. Pero ella echó al mundo un Cómodo que era más un gladiador que un príncipe. Cuento revelador de la credulidad y la crueldad de un tiempo en que la razón comenzaba a experimentar un serio eclipse.

Marco fue de extremada paciencia. Como le aconsejaban repudiar a Faustina o hacerla morir, respondió: "Si devuelvo a mi mujer es necesario que devuelva también su dote". La dote era el Imperio al que había sido destinado por su suegro, por deseo de Adriano. Más que una señal de su apego al poder, la respuesta podría haber sido una forma espiritual de eludir un consejo que le disgustaba. Se nos ha dicho también que convertido en emperador, elevó a altas dignidades a varios amantes de su mujer; los gustos de ésta no se limitaban a la canalla, y se citaba complacientemente los nombres de grandes personajes como Tertullus, Utilius, Orfitus, Moderatus. Un mimo, con la osadía que autorizaba el favor de que gozaba la gente de teatro, lanzó en medio de un espectáculo al que asistía el emperador una cruel alusión. Representaba el papel de un esclavo



(Izquierda) Marco Aurelio (121-180), sucesor del Emperador Antonino Pío, y su esposa Ania Galeria Faustina, mujer de gran belleza y de acrisoladas virtudes.

de quien un marido ciego quería obtener el nombre del amante de su mujer y respondía: "Ter Tullus". El marido, en medio de las risas, renovaba su pregunta y el esclavo exclamaba: "Tres veces (*ter*) ya te lo dije, se llama Tullus". El retruécano era mediocre, pero estaban las muecas, las entonaciones, las gesticulaciones. Aun se acusó a Faustina de haber tenido relaciones incestuosas con su yerno Lucio Vero. Pero ella conservaba en medio de todas sus desviaciones de conducta una altura aristocrática que se indignará con las malas uniones de sus hijas, deseadas por Marco Aurelio.

Los maestros de Marco tuvieron parte en la conversión a la filosofía, en esta metamorfosis que hizo salir de la crisálida el Marco Aurelio de la leyenda. Existen tres de quienes podemos medir su acción o su papel: Apolonio, Claudio Máximo y Junio Rústico, que fueron sus padres espirituales.

Los dos últimos eran más que pedagogos, profesores o sabios de profesión. Eran primero administradores y jefes militares. Entre los romanos estas dos actividades se completaban una y otra, y luego de los Escipiones la formación del hombre de Estado comprendía además las letras y las ciencias.

"Haberme adelantado a los deseos de mis maestros, estableciéndolos en las dignidades que me parecían ser el objeto de sus ambiciones; no haberlo dejado para más tarde en la esperanza que como eran aún jóvenes, lo haría luego" (I, 17). Sabemos que Frontón había recibido el consulado. Rústico, luego del consulado, se convirtió en prefecto de Roma. Por otra parte, la muerte no ponía fin a los homenajes que Marco Aurelio rendía a sus maestros. Había instalado en su larario la capilla privada de su palacio consagrada al culto de las divinidades protectoras del hogar, con sus imágenes de oro, y honraba sus tumbas con visitas, sacrificios y flores.

A comienzos de su reinado Antonino llamó a Apolonio a Roma para confiarle la educación de Marco. Este filósofo era originario, según algunos, de Calcis en Eubea, y según otros, de Bitinia, sea de Calcedonia (frente a Bizancio) o de Nicomedia. Llegado a la capital, en lugar de dirigirse al palacio de Tiberio en el Palatino, entonces residencia del emperador, se instaló en la ciudad declarando que no correspondía al maestro ir a encontrar al discípulo sino al discípulo ir a encontrar al maestro. A esto Antonino contestó

riendo: "Ha sido más fácil a Apolonio venir de Calcis a Roma que de su casa de Roma al Palatino". De hecho, Marco no creía rebajarse en ir a casa de sus profesores, aunque fueran de menor envergadura, como el retórico Hermógenes, y aun luego de ser emperador. Apolonio manifestó también el alto concepto que tenía de él al reclamar elevados honorarios que chocaron a un soberano económico.

Marco le debió una primera formación moral de carácter estoico: el espíritu de independencia guiado por la razón y el entrenamiento en la impasibilidad. Más extensamente, siguiendo la mejor tradición de una Grecia que en sus buenos tiempos dio prueba que podía ser a la vez activa y sociable, Apolonio le enseñó a decidirse sin prolongar indefinidamente las dudas, sin recurrir al azar y a los dados, a acoger los buenos oficios de sus amigos sin dejarse engañar por sus prevenciones ni rechazarlos brutalmente. Le enseñó también a no manifestar el mal humor en las discusiones; en una palabra, a aliar la dulzura a la energía.

Claudio Máximo era, sin duda, pero esto no es absolutamente cierto, el Tiberio Claudio Máximo, gobernador de Panonia superior entre 150 y 154, que durante su proconsulado de África hizo a Apuleyo un proceso por magia; poseía en Roma vastas propiedades, y Apuleyo le reconocía, a pesar de sus costumbres austeras, un profundo conocimiento de Platón y de Aristóteles. Las virtudes que su enseñanza y su ejemplo han desarrollado en Marco, representan bastante bien el ideal que los mejores romanos han sabido realizar en el gobierno de los hombres (de los hombres libres, se entiende). El sentido del deber: el valor en todas las circunstancias, en particular en las enfermedades; el cumplimiento, cueste lo que cueste, de todas sus tareas. El dominio de sí mismo: nada de asombro ni de turbación; ni prisa excesiva ni lentitud; ni abdicación ante las dificultades, ni abatimiento; ni risas desenfrenadas ni accesos de cólera o de desconfianza. La ausencia de menosprecio y de hipocresía: la feliz combinación, en el carácter, de la dulzura y de la nobleza; la disposición a prestar servicio, la benevolencia; la clemencia; la confianza inspirada a todos que uno piensa lo que dice y que no disimula en sus actos malas intenciones; y no dar a nadie la impresión de que se lo mira con altanería (I, 15).

La influencia decisiva fue ejercida por Rústico: "Rústico era un hombre tan eminente en la guerra como en la paz y muy versado en

la filosofía estoica. Marco Aurelio no tomó ninguna decisión privada o pública sin consultarlo. Lo besaba siempre ante los prefectos del pretorio, designándolo cónsul por dos veces, y luego de su muerte pidió del Senado estatuas para él" (J. Capitolin, en la *Historia Augusta*).

Por de pronto, Rústico corrigió a Marco de una inclinación a la afectación y al amaneramiento, bastante extendido en las producciones literarias y artísticas de la época de Adriano. Adriano exigía que los senadores y los caballeros llevasen siempre la toga en público, excepto al volver de una cena, y él mismo no se mostró jamás sin toga. Marco Aurelio abandonó el uso de la toga en la casa, aun al recibir ciudadanos de nota. Todas las veces que salía sin ir acompañando a Antonino, se cubría con una lacerna de color oscuro que era un manto de género grueso, a menudo provisto de un capuchón, y que llevaba bajo la túnica. No utilizaba la prerrogativa reconocida a los Césares de hacerse preceder (igual que los emperadores) por un portador de antorcha encendida.

La misma regla de simplicidad le impidió caer en los errores del hombre de letras: "no haber caído en la pasión de la sofística, compuesto tratados teóricos ni esas obras oratorias que intentan persuadir; haber renunciado a la retórica, a la poesía, al estilo refinado... escribir simplemente mis cartas" (I, 17). Rústico fue el contraveneno de Frontón.

Rústico, que parece haber sido intelectual y moralmente de mejor temple aún que Apolonio y Claudio Máximo, elevó a un nivel más elevado las cualidades que éstos habían desarrollado: "haber concebido la idea de que tenía necesidad de enderezar mi carácter y de vigilarlo asiduamente". Marco reconoce que con su carácter habría podido dejarse llevar a faltas hacia sus parientes o sus familiares. Rústico lo habituó a dominarse, a dominar sus resentimientos, a estar siempre dispuesto a reconciliarse con quienes lo habían ofendido o le habían faltado, tan pronto como ellos dieran el primer paso. El modo de Rústico era rudo, pero eficaz: "si me he enojado a menudo contra Rústico, al menos nunca he hecho nada de lo que me pudiera arrepentir". Al dominio de sí respondía la madurez de espíritu: "leer muy de cerca, no contentarme con aspectos sumarios, no asentir enseguida a quienes charlan a tontas y a locas".

El choque decisivo fue provocado por la lectura de Epicteto, que

le había prestado Rústico, quien tenía en su biblioteca los libros del filósofo estoico donde la vieja doctrina había recibido la marca, no sólo de una fuerte individualidad, sino también de una nueva era [1].

El fin de la República romana había visto la decadencia y la desaparición de la antigua organización social y política de la ciudad. La ciudad, es decir, un Estado de una dimensión reducida al territorio de una ciudad y de sus alrededores extendidos. El ciudadano tenía su horizonte político limitado a este territorio. En cambio, en el interior de este territorio estaba encerrado en el pequeño grupo humano del que dependía, por toda clase de lazos religiosos y culturales muy estrechos. El individuo no era ya nada cuando perdía este soporte gracias al que poseía su existencia legal y el goce de los bienes comunes que le aseguraba una solidaridad efectiva y la participación en pie de igualdad en una vida cultural común.

Una vez roto el cuadro restringido de la ciudad, el individuo se sintió a la vez más solo y más unido a un conjunto humano mucho más amplio. El individualismo tuvo su complemento necesario en el cosmopolitismo. La moral estoica fue perfectamente adaptada a esta nueva situación del individuo y de la sociedad, con su ideal del sabio que se basta a sí mismo y la concepción del sabio ciudadano del mundo.

Las consecuencias de la gran crisis económica y social no dejaron de repercutir en la filosofía y la moral del estoicismo, que conocieron así nuevos desarrollos. Era necesario defenderse tan pronto contra la brutalidad, lo arbitrario y la crueldad de las tiranías, producto de la crisis, tan pronto contra las amenazas, si no claramente percibidas, al menos sordamente sentidas, que hacía pesar sobre el destino de los individuos y del Estado el debilitamiento del dinamismo social.

[1] El estoicismo es con el pirronismo o escepticismo y con el epicureísmo, una de las grandes filosofías que nacieron después de Aristóteles y de las nuevas condiciones sociales y políticas de la época helenística. Fue fundada por Zenón (345-265), que era originario de Citio en la isla de Chipre y que fue contemporáneo de Epicuro (341-270). Zenón abrió en Atenas hacia el año 300 bajo un pórtico (*stoa*) célebre por las pinturas que lo adornaban, una escuela que fue denominada según este lugar de reunión. Éste es el período del antiguo estoicismo.

Se distingue luego el estoicismo medio, ilustrado por Panecio de Rodas (hacia el año 180-110), que ejerció una profunda acción en Roma sobre el círculo de Escipión Emiliano. Panecio participó con el historiador Polibio por iniciativa de Escipión Emiliano en una misión de reconocimiento sobre la costa marroquí del Atlántico. Posidonio, sabio enciclopedista y gran viajero e historiador, se relaciona al estoicismo medio. Nacido en Apamea de Siria hacia el año 135, enseñó en Rodas, donde Pompeyo fue a verlo.

Finalmente, el nuevo estoicismo comienza en la época imperial con Séneca y con Epicteto, quien era en sus comienzos esclavo de un liberto de Nerón y fue expulsado de Roma al mismo tiempo que los otros filósofos por Domiciano en el año 89, retirándose a Nicópolis en Egipto.

En ambos casos el mismo sentimiento de impotencia invadía los espíritus que buscaron ayuda en el orden sobrenatural. Con Epicteto el estoicismo se tiñó de misticismo. Él no habla de Dios más que con sentimientos de reconocimiento y de gozosa sumisión: "Yo que soy viejo y enfermo, ¿qué mejor puedo hacer que alabar a Dios? Si fuera ruiseñor o cisne, haría lo que hacen el cisne y el ruiseñor. Dado que soy un ser razonable, es necesario que cante a Dios. Haz de mí lo que quieras; me someto a ti, te pertenezco. No rechazo nada que juzgues conveniente. Condúceme donde te plazca. Señor, ¿me he quejado alguna vez de ti? ¿He acusado acaso a vuestra providencia? He sido pobre porque vos lo habéis querido, pero lo he sido con alegría... ¿No me he presentado siempre a vos con el rostro radiante, no esperando para obedecer sino una orden, un signo?". La ternura, por esta misma vía, hacía irrupción en la sociedad romana.

La filosofía estoica seguía, sin embargo, en la línea general del racionalismo. Bajo algunos aspectos representaba el más alto nivel que se haya jamás alcanzado en la antigüedad. El pensamiento de Marco Aurelio le debe ciertos enfoques que se acercan a concepciones muy modernas.

Él definió el mundo como un todo coherente donde todo se soporta y se condiciona recíprocamente: "Considera sin cesar que el mundo es como un ser único que encierra una sustancia y un alma única; como todo conduce a una única y misma percepción: la suya; como todo se hace de un solo impulso; como todo es al mismo tiempo causa de todo lo que sucede; ¡qué trama apretada, qué orillo apretado forma esto!" (IV, 40).

Todo está en continuo movimiento, en continua transformación. Todo cambia y siempre cambia. No se trata aún del extraordinario brillo de la orquestación de Pascal: "Bogamos, escribe Pascal, sobre un vasto medio, siempre inciertos y flotantes, empujados de un ex-

tremo al otro. Cualquier término en que pensáramos fijarnos y sostenernos, vacila y nos abandona, escapa a nuestros intentos, se nos desliza y huye en una eterna huída" (*Desproporción del hombre*). Pero la idea está ahí y el comienzo de la imagen: "El tiempo es como un río formado por los acontecimientos, una corriente violenta. Apenas una cosa está a la vista, ya está allí; se aproxima otra que va a ser arrastrada" (IV, 43).

Pero este racionalismo choca contra una limitación que lo paraliza y lo esteriliza. El siglo, en la rama fundamental de la producción, ha detenido el progreso de la técnica y renunciado al movimiento hacia adelante. Era inevitable que se negase la posibilidad del movimiento de avance, que se mostrara incapaz de comprender la ley del movimiento histórico que es el progreso indefinido por sucesivos pasajes de un estado inferior a un estado superior. En lugar de sobrepasarse a sí mismo en el sentimiento de la vida permanente, en continuo desarrollo de la sociedad, se está obsesionado por la idea de que la vida del individuo no es sino efímera. La única perspectiva que permanece abierta es la de fortificar moralmente al individuo. Como si los gigantescos problemas planteados por la historia pudieran encontrar su solución en un progreso moral del individuo independiente del progreso de la sociedad, en un progreso moral que se sostendría por él mismo.

"La naturaleza universal tiene por tarea transportar allá lo que está acá, transformarlo, sacarlo de un lugar para llevarlo a otro. Todo cambia, pero sin que deba temerse nada de insólito" (VIII, 6).

"Acuérdate siempre que todo, desde toda eternidad, es de idéntico aspecto y pasa por los mismos ciclos y que no importa nada que se asista al mismo espectáculo durante 100 ó 200 años o durante toda la eternidad" (II, 14, 5).

Y luego, con una insistencia más marcada sobre la imagen extraída del teatro: "Considera sin cesar cómo todo lo que sucede ahora ha sucedido también antes. Considera que eso volverá a suceder todavía. Coloca ante tus ojos piezas enteras y escenas semejantes que conozcas por tu experiencia directa o por el testimonio de los antiguos: así el conjunto de la corte de Adriano, de la corte de Antonino, de la corte de Filipo, de Alejandro, de Creso; todos estos espectáculos se asemejan; se trata sólo de otros actores" (X, 27).

¿De qué utilidad entonces puede resultar la ciencia en su esfuerzo por ir al fondo de las cosas, ya que es incapaz de transformar profundamente el mundo?

"Nada de más penoso que el hombre que da la vuelta a todo, que escruta, como se dice, las profundidades de la tierra, que busca por conjetura lo que sucede en el alma del prójimo y que no se percata que bastará únicamente estar atento al Dios que habita en él y rodearlo de un culto sincero" (II, 13). Agradece a los dioses el no haber perdido tiempo en estudiar la física celeste.

El único tipo humano que se le presenta como conforme a la razón y preparado contra las vicisitudes de la existencia es el del filósofo, el del sabio... Con las imágenes que le han servido para expresar su ideal como el único que aporta fuerza, luz y alegría, se compondrían las letanías del sabio, impregnadas de fervor y de voluntad de creer:

"Promontorio sobre el que incansablemente se rompen las olas, que se alza mientras que a su alrededor muere la efervescencia de las aguas" (IV, 49).

"Fuente pura e inagotable que diluye las impurezas que se le arrojan y que no se conmueve con las injurias que le lanzan al pasar" (VIII, 51).

"Sol cuya luz se expande sin agotarse, que ilumina sin dañarlo al objeto que la recibe, irreemplazable para el objeto que no la recibe" (VIII, 57).

Para encontrar su bien le basta al hombre ser razonable, vivir según su naturaleza, es decir, según la razón. Se deben distinguir, pues, con cuidado las cosas que dependen de sí, de las que no dependen. Los verdaderos bienes del hombre son aquellos que dependen enteramente de él: el pensamiento claro, la temperancia, la sinceridad, la justicia, el valor. Debe preferirlos a todos, consagrar todos sus cuidados a tomar una plena posesión, y cuando los posee está perfectamente satisfecho de sí mismo y de su destino. Nada de lo que no depende del hombre es un verdadero bien; ni la salud, ni su cuerpo, ni la misma existencia; debe despegarse, liberarse, volverse insensible a su pérdida.

"No está permitido oponer al bien según la razón y según la ciudad cualquier cosa que sea extraña a su naturaleza, como la aprobación de la multitud, el poder, la riqueza, el goce del placer. Todas estas cosas pueden durante un trecho parecer convenientes a nues-

tra naturaleza; luego, de pronto, nos dominan y nos arrastran a la deriva. Elige simplemente, libremente, el bien superior y no lo abandones" (III, 6).

El sabio no gime ni busca nada exterior a sí mismo. Prescinde tanto de la soledad como de la multitud y no se conmueve ante la muerte.

"Que exista un intervalo más o menos largo de tiempo para gozar de ese soplo que envuelve su cuerpo, no le preocupa lo más mínimo. ¿Es necesario abandonarlo desde ahora? Se alejará con paso tan despreocupado como para cualquier otra operación que pueda cumplirse con discreción y decencia. La única cosa que vigila durante toda su vida es preservar su inteligencia de un cambio que sería contrario a la naturaleza de un animal capaz de vivir en sociedad o dotado de razón" (III, 7).

¿Fue acaso tan fácil para Marco elevarse a este nivel de desprendimiento en que el ser humano impasible, impávido, descuida, desdeña y desprecia las circunstancias exteriores? Ideal que tiene la pureza de una abstracción y donde, por medio del vacío, toda dificultad desaparece. Para Marco era casi una necesidad, la única solución posible. Sin embargo, no se trataba sino de una solución ilusoria, una necesidad que no era la ineludible necesidad, la ilusión de la necesidad. También le era necesario, como nuevo Sísifo, remontar incansablemente la pendiente de la imposible impasibilidad. De página en página se repite las mismas exhortaciones. Bajo la seguridad de las palabras se disimula mal la inquietud del fracaso.

Él se esforzaba en acorazarse de indiferencia incluso hacia los suyos. ¿Podía acaso liberarse de su sensibilidad como de un mal hábito? Luego de su conversión aflora aún la ternura en las cartas de Frontón. En vano se fabrica un alma imperturbable con citas de Epicteto (XI, 34): "Cuando uno besa a su hijo, decía Epicteto, hay que agregarse a sí mismo: «Tal vez mañana estarás muerto». ¿Son acaso palabras de mal augurio? No, nada de malo auguran; no significan sino un hecho natural. De lo contrario afirmar que los trigos serán cosechados resultaría de mal augurio". Cada enfermedad de sus hijos lo encontrará atormentado por la inquietud.

Al recorrer distraídamente los *Pensamientos* se tendría la impresión de un Marco Aurelio demasiado medido. Al releerlos, al tomar contacto con la expresión original en lengua griega, se perciben

MARCO AURELIO RECIBE LA SUMISIÓN DE LOS BÁRBAROS.

frecuentemente, fuera de los desesperados fragmentos que pertenecen visiblemente al último período de su vida, la indecisión de la duda, la angustia de la impotencia. Marco Aurelio tenía necesidad de socorros exteriores y en consecuencia de las abdicaciones del racionalismo, de socorros sobrenaturales. Impunemente no se pierde confianza en las fuerzas propias de la humanidad. Que haya presidido puntualmente los ritos del culto oficial no significa que haya nada en esto que sobrepase las exigencias de su función. Pero en las manifestaciones de su piedad iba más allá de la medida común. Se le hacía burla de esto por medio de una dedicatoria que habrían compuesto los bueyes destinados a los sacrificios y que nos relata Amio Marcelino (Marco no era aún más que César): "A Marco, los bueyes blancos. Si tú obtienes la victoria, a nosotros no nos quedará sino perecer".

Como muchos de sus contemporáneos, él necesitaba el sostén y las luces de los oráculos y de los sueños. Existía el oráculo del falso profeta Alejandro. Él mismo agradece a los dioses haber recibido en sueños la revelación de los remedios contra sus vómitos de sangre y sus vértigos, y hace también alusión a un oráculo de Gaeta. Se ha podido así decir que él era a la vez el más convencido de los filósofos y el más celoso de los devotos.

La tarea primordial del perfeccionamiento individual no prohibía, sin embargo, al estoico volver su mirada hacia la comunidad. El sentimiento de la unidad y de la solidaridad de todas las partes del mundo tenía por corolario el sentimiento de la unidad de la sociedad y de la solidaridad de todos sus miembros.

"Es imposible separar una rama de la rama vecina sin separarla del árbol entero. Del mismo modo, un hombre separado de un solo hombre queda excluído de la comunidad entera. A la rama alguien la separa, pero al hombre es él mismo quien se separa de su prójimo cuando siente odio y aversión hacia él y no se percata que se ha amputado al mismo tiempo del cuerpo social entero" (XI, 8). Entonces: "Sé amigo del género humano" (VII, 31, 2). Sé amigo (φιλησον) y no "ama", como se traduce ordinariamente.

Si bien en Marco Aurelio el corazón vibra acá y allá, también en esta ocasión la sociabilidad sigue siendo primordialmente cerebral; una fría convicción impuesta por la razón:

"Habiendo observado que la naturaleza de quien comete una falta es de ser mi pariente, quien participa no de la misma sangre o de la misma semilla sino de la razón y de una parcela de la divinidad, no puedo tampoco enojarme contra el que es mi pariente ni odiarlo, ya que hemos sido hechos para cooperar, como los pies, como las manos, como las hileras de dientes de arriba y de abajo. Demostrarse hostilidad los unos a los otros va contra la naturaleza. Ahora bien, enojarse y alejarse significa hostilidad (II, 1). Lo propio del hombre es sentir amistad aun por quienes lo ofenden. Eso sucede si piensas que son tus parientes, que cometen faltas por ignorancia e involuntariamente, que en poco tiempo estaréis muertos los unos y los otros y, sobre todo, que no te han hecho mal: no han disminuído tu facultad rectora en relación a lo que era" (VIII, 22).

Amistad fundada sobre la participación de la razón. Se deduce que no se extiende más que a los otros seres que uno juzga dotados de razón y que tiene grados que corresponden a la participación más o menos elevada de la razón.

"¿No es cierto, acaso, que lo que es inferior ha sido hecho en vista de lo superior y los seres superiores unos para otros? Ahora bien, los seres vivientes son superiores a las cosas inanimadas y los seres razonables a los seres animados" (V, 16). "Ves cómo la razón universal ha subordinado, coordinado y asignado a cada uno su parte proporcionada a su valor y cómo ha invitado a los seres superiores a vivir entre ellos en buena armonía" (V, 30).

El esclavo está ausente de los *Pensamientos*, ausente del pensamiento de Marco Aurelio y de la comunidad de la que se considera solidario, suceda lo que suceda. Una cita tomada de un poeta trágico lo excluye sin frases: "Has nacido esclavo, no participas de la razón" (XI, 30). Marco Aurelio se separa igualmente de la masa de los *humiliores* y desprecia a la multitud: "¿Qué es, pues, lo que vale? ¿Provocar aplausos? Por cierto que no. Ni tampoco provocar chasquidos de lengua, ya que las alabanzas de la multitud no son otra cosa que chasquidos de lengua" (VI, 16).

Actitud ésta fundamentalmente aristocrática y que lejos de ser extraña al estoicismo se desprende de él naturalmente. Y al fin de cuentas, es de ahí que él extraía la justificación de su poder; es sobre ella que fundaba la necesidad: de ahí ese grito que era tanto de orgullo como de aceptación de la tarea que le había asignado

el destino: "He nacido para estar a la cabeza, como el carnero y el toro en su rebaño" (XI, 18).

Los impulsos más generosos de Marco Aurelio seguían siendo terriblemente limitados. Estaba prisionero; su pensamiento, su sensibilidad, estaban prisioneros en el interior de los muros que la sociedad esclavista erigía entre la pequeña minoría a que pertenecían y la gran masa de seres humanos portadora, a largo plazo, del porvenir. El drama es que en esa época resultaba aún materialmente imposible y, en consecuencia, difícilmente imaginable, romper estos muros y suprimir la esclavitud. Tan imposible como le hubiera sido renunciar al trabajo forzado, a la explotación del animal doméstico. La maquinaria social no podía funcionar sino con rebaños de esclavos: las grandes empresas agrícolas o industriales, los grandes trabajos, las rutas y los acueductos, todos los engranajes de la administración. Es con esta perspectiva que deben juzgarse un enceguecimiento, una inhumanidad que no tienen derecho, en cada época, a las mismas circunstancias atenuantes.

Capítulo V

AMENAZAS A TÉRMINO EN LAS FRONTERAS

Al advenimiento de Antonino el Imperio estaba aún, militar y políticamente, en su apogeo. Es cierto que las provincias de Armenia, de Mesopotamia y de Asiria que Trajano había ocupado al este del Éufrates habían sido abandonadas poco después —apenas muerto el emperador—, pero en Europa mantenían vastas cabeceras de puente más allá del Rin y del Danubio: en los campos decumatos y en el torreón montañoso de Dacia, cuya conquista celebraba con orgullo la columna trajana.

El Imperio, provisto de buenas fronteras, protegido por ejércitos muy bien equipados y entrenados y con una apretada red de caminos, parecía al abrigo de toda sorpresa [1]. El estancamiento económico de Italia, compensado por otra parte por la expansión industrial de las provincias, no amenazaba todavía provocar el debilitamiento del dispositivo militar. Finalmente, los romanos se alababan por haber asentado en forma durable su dominación basándose en los beneficios de la paz y del orden que habían aportado en todas partes, y que se fundaba en una política justa y generosa con respecto a los pueblos vencidos.

[1] El ejército romano comprendía, en la época de Marco Aurelio, una treintena de legiones de alrededor de 6.000 hombres cada una, y de los cuerpos auxiliares cuyo efectivo total era sensiblemente igual al efectivo total de las legiones. Según J. Szilagyi, hacia el año 140 de nuestra era se habría tenido la siguiente proporción de tropas: 20.000 a 23.000 en África del Norte; 13.000 a 15.000 en Egipto y Cirenaica; 83.000 a 85.000 en el frente del Asia árabe-parta; 95.000 a 98.000 en el frente daco-sarmático; 43.000 a 45.000 sobre el frente germánico del Danubio; 45.000 a 48.000 sobre el frente germánico del Rin; 9.000 en España; 47.000 a 50.000 en Bretaña. En total, de 355.000 a 373.000 hombres.

En realidad, el majestuoso edificio no se sostenía por sí mismo sino gracias a una tensión constantemente mantenida y a una incesante vigilancia. El equilibrio quedará bruscamente roto luego de la muerte de Antonino, no como consecuencia de un desfallecimiento pasajero, sino por razones profundas y durables. La relativa tranquilidad de que había gozado todo el reinado de Antonino se asemeja mucho a la calma que precede a la tormenta.

El fuego se mantenía bajo las cenizas. En Galia la situación se había consolidado en gran parte y los historiadores insisten en los débiles efectivos de los ejércitos de ocupación para creer en una adhesión durable. ¿Cómo olvidar, sin embargo, lo que Tácito escribía sobre el tiempo de Tiberio: "La principal fuerza se hallaba sobre el Rin, desde donde contenía igualmente a los germanos y a los galos y estaba compuesta de 8 legiones" (*Ann.*, IV, 5)? En el año 21, durante el levantamiento de Floro y de Sacrovir, los eduos solos habían reunido contra los romanos a 40.000 hombres, y una quinta parte de ellos poseía el armamento de las legiones; el resto no disponía de otra cosa que de picas, de machetes y de otras armas de caza, lo que testimonia el carácter popular del levantamiento.

Pero nada revela mejor los odios durables y feroces que dejó tras sí la conquista romana, que el levantamiento de los judíos de Cirenaica en el año 115 hacia fines del reinado de Trajano. Bajo la conducción de un cierto Andreas degollaron a los romanos y a los griegos y comieron su carne, se ciñeron con sus entrañas, se frotaron con su sangre y se vistieron con su piel. Dion Casio no perdona ninguno de estos detalles ni otros aún más horribles. Varios romanos fueron aserrados de arriba a abajo por el medio del cuerpo; otros fueron echados a las bestias y otros obligados a batirse como gladiadores. Los judíos no olvidaban que luego de la toma de Jerusalén en el año 70, Tito había hecho perecer en el anfiteatro en Cesárea de Banias y luego en Roma a una multitud de prisioneros judíos bajo las dentelladas de animales feroces o en medio de las llamas o en combates singulares. Las diversiones del circo se volvían contra sus iniciadores.

En Cirenaica se estimó que la insurrección había hecho más de 200.000 víctimas. Una hoguera semejante se produjo en Egipto y en Chipre, donde perecieron también 240.000 personas. La extensión de las pérdidas materiales ha quedado atestiguada por varias

inscripciones. La gran ruta de Cirene a Apolonia fue deteriorada y cortada. Los jefes de los insurrectos sabían cuánto más vital era para los romanos disponer de buenas líneas de comunicaciones. En Cirene fueron destruídos e incendiados el Templo de Hécate y los baños con sus pórticos. Salamina, la capital de la isla de Chipre, fue asolada. Evidentemente los insurrectos tenían apoyos y cómplices entre la población indígena, pero políticamente las autoridades tenían interés en concentrar contra los judíos el furor de los romanos.

Fue necesario enviar a varios generales para acabar con el levantamiento. Bajo Adriano, nueva insurrección judía, esta vez limitada a Palestina. Dos edictos imperiales habían reavivado el descontento tocando en lo vivo las susceptibilidades nacionales y religiosas. Luego de su toma y destrucción a manos de Tito en el año 70, Jerusalén había quedado en ruinas. Próximo a la entrada del viejo foro romano los relieves del arco de Tito eternizaban el cortejo de triunfo celebrado por Tito, donde figuraban las piezas más insignes del botín: la mesa de los panes de la proposición y el candelabro de los 7 brazos. Adriano colmó la humillación de los judíos al ordenar la reconstrucción de Jerusalén, aunque bajo otro nombre extraído del suyo: el de Ælia Capitolina, y la erección de un templo de Júpiter en el lugar en que se alzaba el antiguo templo judaico.

Otro edicto prohibía la circuncisión y la celebración del Sabat. Bajo la dirección de Barcokebas, luego de la masacre de gran número de romanos la insurrección hizo furor durante tres años y se adueñó de Jerusalén durante más de un año, provocando asimismo por contagio disturbios en Egipto.

Las humillaciones infligidas por el conquistador no eran las únicas causas de los resentimientos entre los vencidos y entre los tributarios. La miseria resultante de una explotación sin freno empujaba a veces a actos desesperados. En el año 12 antes de nuestra era, Druso, hijo de Livia, había ocupado la costa de Frisa entre el Rin y la desembocadura del Weser y limitado el tributo que debían pagar los frisones a la entrega anual de cierta cantidad de pieles de bueyes para el uso de las tropas romanas. Los éxitos acrecentaron las exigencias de ciertos generales: en el año 9 de nuestra era, Varo, adentrándose hacia el corazón de Germania (en la actual Westfalia), creyó poder imponer sin demora un régimen fiscal agobiante a las tribus germánicas: "Les dio órdenes como a los esclavos y exi-

gió de ellos, como de los subordinados, pagos en dinero" (Dion Casio).

El desastre del bosque de Teutoburg puso fin para siempre a la pretensión de retroceder hasta el Elba las fronteras del Imperio. Pero la advertencia no fue escuchada. Los engranajes del imperialismo se ponen de nuevo en movimiento como por sí solos, luego de los desórdenes de detalle, mientras el mecanismo fatal siga en estado de funcionar. En el año 28 el comandante de la región frisona eligió pieles de uros como modelo de las que debían ser entregadas. En Germania los animales domésticos eran de pequeña talla, y con esas nuevas exigencias el tributo se hacía excesivo e imposible de recolectar. Los frisones se vieron primero reducidos a entregar todos sus bueyes, luego sus campos y, finalmente, como último recurso, sus mujeres y sus hijos como esclavos. Se sublevaron, crucificaron a los soldados encargados de levantar el tributo e hicieron frente durante algún tiempo a las tropas romanas encargadas de la represión y les infligieron grandes pérdidas. Pero una vez restablecida la situación, el episodio fue considerado por los romanos como un accidente sin mayor alcance.

Existe otra práctica que tuvo también para los romanos consecuencias doblemente nefastas. Colocaban frecuentemente en primera línea los cuerpos auxiliares reclutados entre los pueblos sojuzgados, que resultaban en esta forma tropas sacrificadas. En la batalla del monte Graupio en Escocia, el suegro de Tácito, Agrícola, alineó al centro su infantería auxiliar: 8.000 hombres entre los cuales se contaban 3 cohortes de bátavos y dos de tongros, un pueblo de la Galia belga. Las legiones estaban colocadas en segunda posición delante de las trincheras del campamento, "disposición que tenía la ventaja —señala Tácito— de ahorrar sangre romana". Pero también las tropas auxiliares se endurecían y alimentaban sentimientos de rebelión que no esperaban sino una ocasión favorable para estallar.

Por su parte, el ejército romano tenía sus debilidades, debidas precisamente a que desde hacía mucho tiempo se había transformado en instrumento de conquista. La moral no estaba ya sostenida por el sentimiento de combatir por los altares y los hogares, sino por la esperanza de las recompensas y del botín.

Los oficiales comenzaban a dejarse ganar por la presunción o por la molicie. En los días que precedieron al desastre del *Teuto-*

DECAPITACIÓN DE LOS CUADROS REBELDES.
(Columna de Marco Aurelio.)

burgiensis saltus, Varo cometió la imprudencia de dispersar sus fuerzas y cedió unidades enteras a comandantes locales que las reclamaban para vigilar mejor algún campamento fortificado del enemigo, para dar caza a los "bandidos" y proteger a los convoyes de reavituallamiento. Varo no reconocía capacidad militar a los bárbaros, aunque hubiesen servido en el ejército romano.

Por otra parte, se ofrecían demasiadas tentaciones a los oficiales (sobre todo a los de un rango elevado) de sumergirse en una vida de placeres o de enriquecerse. Tácito alaba a Agrícola porque la profesión de las armas no fue para él, como para tantos hijos de familia, una ocasión de excesos: "Tan alejado de la pereza como de la licencia, no abusó para sus placeres y sus licencias de sus funciones de tribuno militar".

Los soldados que tenían esos ejemplos ante los ojos se veían llevados a elevar por su propia cuenta las reivindicaciones materiales. Podían parecer justificados por las condiciones del servicio, pero para los poderes públicos resultaba difícil satisfacerlos sin poner en peligro las finanzas del Estado y la disciplina.

Al día siguiente de la muerte de Augusto estallaron sediciones en dos sectores neurálgicos del frente: en Panonia y en la Germania inferior. En Panonia un cierto Percenio, que había sido director de las tropas de teatro y sabía hablar bien, fue el principal líder. Hacía resaltar con el tono arrebatador de un general que arenga a sus tropas, los motivos de queja y hacía valer los derechos para obtener mejoras. Es al menos así como lo representa Tácito. Percenio argumentaba: "¿Por qué obedecer como esclavos a un pequeño número de centuriones y a un número aún más pequeño de tribunos? Es una vergüenza, una cobardía el inclinar durante treinta o cuarenta años un cuerpo envejecido bajo el peso del servicio y, la mayor parte de las veces, cubierto de cicatrices. Finalizada la licencia es necesario permanecer aún con las insignias soportando, bajo otro nombre, las mismas fatigas. Luego de sobrevivir a tan duras pruebas os llevan a países lejanos donde recibís a guisa de propiedad tierras demasiado húmedas en pantanos, o tierras incultas en las montañas. El servicio es en sí mismo penoso y de poco provecho. Diez ases por día y con esto el soldado debe proveerse de armas, de tiendas, de ropa, salvarse de la crueldad de los centuriones y pagar el más mínimo gasto. La única solución es servir con ga-

rantías. Un denario por día (es decir, un aumento de más del 50%) al final del servicio al cabo de 16 años; no más obligación de permanecer con las insignias y en el campamento, la prima en dinero al contado. Comparad vuestra suerte a la de las cortes pretorianas estacionadas en Roma, lejos del enemigo: reciben dos denarios y son liberados al cabo de 16 años".

En Germania la agitación alcanzó un grado aún más alto de violencia. Allí las legiones eran más numerosas y sostenían un sector particularmente importante: tenían el sentimiento de jugar un papel decisivo en la defensa y en el ataque y de merecer una consideración particular. Fue una voluntad colectiva la que se expresó reclamando las mismas mejoras que los dirigentes de Panonia: aumento de la paga, disminución del tiempo de servicio, disciplina menos brutal. Tácito, imbuído de prejuicios aristocráticos, incrimina el origen social de los motines: en Roma se había enrolado desde hacía poco "una cantidad de gente de pueblo acostumbrada a vivir a su antojo y a no trabajar". Se trataba de desocupados a quienes el cada vez más abundante empleo de mano de obra esclava privaba de toda posibilidad de empleo. La cólera se volvió contra los centuriones, y sus cadáveres mutilados fueron echados al Rin o ante las fortificaciones. Los tribunos y los prefectos de campo, impotentes para hacerse obedecer, estaban impresionados por el orden y la organización que observaban entre estos simples soldados; "lo que pareció al que conocía bien el espíritu de los soldados el principal síntoma de una gran e implacable rebelión fue que en lugar de agitarse en desorden, a instigación de los dirigentes, todos se soltaban al mismo tiempo y se calmaban al mismo tiempo, con tal unidad y acuerdo que se hubiera creído que sus movimientos eran dirigidos" (Tácito).

Las rebeliones fueron fácilmente sofocadas, pero los temores que originaron contribuyeron sin duda a modificar el sistema de reclutamiento de los legionarios que en el siglo II provienen en su mayoría de las ciudades situadas en la provincia donde la legión tenía guarnición. En estas ciudades los espíritus eran más dóciles, y por otra parte el ejército les ofrecía posibilidades no habituales de ascensión social. El simple soldado podía esperar elevarse al grado de centurión, y no era raro que el hijo de un centurión se convirtiera en caballero. La cohesión del ejército fue de este modo restaurada

provisionalmente, pero lo fue al precio de una agravación de la desocupación en Roma, del aumento de los gastos de asistencia y, a la larga, al precio de la turbulencia popular. Por otra parte, era necesario que se mantuviese cierta movilidad social, cosa que exigía una continua expansión de la economía. La crisis económica tendrá por consecuencia que ver renacer bajo otra forma el descontento de los soldados. Será necesario entonces recurrir a otros paliativos. En el siglo III, luego de los Antoninos, los emperadores multiplicarán sus complacencias hacia el ejército, pero por necesidad y no por demagogia. Se llegará de este modo a lo que se llama la anarquía militar.

Si se quiere explicar plenamente el resurgimiento militar que ejerció sus efectos bienhechores hasta el comienzo del reinado de Marco Aurelio y la tranquilidad que se prolongó en conjunto en las fronteras durante los reinados de Adriano y de Antonino, hay que tener en cuenta también la clarividencia y el realismo de Adriano, demasiado a menudo interpretados como signos de ligereza y debilidad.

Cuando desapareció Trajano, cuya política enérgica había ejercido una fuerte presión sobre los pueblos bárbaros vecinos de las fronteras inspirándoles gran temor, a algunos de esos pueblos —sometidos o no— les pareció ocasión oportuna para dar vuelta la situación: "Además de los pueblos que Trajano había sojuzgado y que habían defeccionado, los moros nos acosaban (se lee en la *Historia Augusta*), los sármatas nos hacían la guerra, los bretones no podían ya ser mantenidos bajo el yugo, Egipto estaba por levantarse y, finalmente, en Licia y Palestina nos manifestaban hostilidad".

Adriano comprendió que la política demasiado ambiciosa de su predecesor sobrepasaba las fuerzas del Imperio y que era necesario elegir, sacrificando anexiones por demás aventuradas, hacer concesiones y demostrar energía. Ésta era la única actitud sensata, pero tal vez esto no haya sido reconocido en ese momento sino a comienzos del siglo siguiente, cuando muchas ilusiones fueron barridas por una serie de reveses. Entonces Dion Casio no duda en vituperar a Septimio Severo por haber agrandado el territorio del Imperio más allá del Éufrates, y explica que esta adquisición fue la causa de las continuas guerras y de grandes gastos. Según él, resulta mortal extender sus fronteras si no se dispone de efectivos y de suficien-

tes recursos, y si con esto se provoca inquietud en vecinos capaces de reaccionar.

Por ello Adriano evacuó las tres provincias ocupadas más allá del Éufrates que también se habían rebelado y se reconcilió con los sármatas otorgándoles nuevamente una ayuda financiera que Trajano había disminuído. En cambio, envió a Marcio Turbón, que había reprimido con energía el levantamiento judío, a "pacificar" Mauritania, y no será luego menos duro con respecto a los judíos de Palestina.

Esta relativa moderación se complementó con el reafianzamiento de la disciplina militar. Si bien prefería la paz a la guerra, entrenaba a los ejércitos como si la guerra fuera inminente, y daba el ejemplo con su resistencia a la fatiga y a las privaciones. Vivía como soldado en medio de los soldados; se alimentaba como ellos de tocino y queso, y bebía, como ellos, agua con vinagre. Vestía muy sencillamente, sin oro sobre su tahalí ni piedras preciosas en los broches de su manto. Era capaz de hacer etapas de 20 millas a pie y completamente armado.

Vigilaba con todo cuidado el mantenimiento de las buenas condiciones morales y puso fin al abuso que consistía en enrolar soldados demasiado viejos. Visitaba los enfermos en los hospitales distribuyendo generosamente recompensas y distinciones, y era muy estricto en la elección de los oficiales: no otorgaba el báculo de sarmiento, que era la insignia de los centuriones, sino a hombres robustos y de buena reputación. En cuanto a los tribunos, los nombraba en razón a sus méritos y no a su popularidad entre los soldados. Sabía que los soldados bien mandados obedecen y se consagran de mejor grado.

Finalmente, vigilaba constantemente el estado de los efectivos y del aprovisionamiento. Se le reprochó sus incesantes viajes a través del Imperio como fantasías de diletante. En Apt, en Vaucluse, se conservó por mucho tiempo el epitafio grabado sobre mármol que había compuesto en honor de uno de sus caballos favoritos. Pero mezclaba lo útil a lo agradable; estos viajes eran principalmente viajes de inspección, especialmente para las instalaciones militares de las fronteras. Se ha alabado a Antonino por su tren de vida económico y su aversión a los grandes viajes; las finanzas resultaban favorecidas con esto, pero también los abusos de poder y las exacciones de los potentados locales. Las inscripciones de las monedas acu-

ñadas en ocasión de las peregrinaciones de Adriano que lo glorifican por ser el conservador y el restaurador de las provincias, no deben ser consideradas como vulgares adulonerías.

¿Pero hubiera acaso bastado suponer que una larga serie de sucesores dio prueba de la misma diligencia, de la misma vigilancia y del mismo buen sentido político para asegurar indefinidamente la seguridad exterior del Imperio? Existía otro factor que pesaba al menos tanto en la balanza y era el que se denomina, dándole al término un valor peyorativo, los bárbaros. Éstos no estaban condenados en absoluto, por efectos de una congénita inferioridad, al estancamiento y a la dependencia. A consecuencia de su propia evolución y gracias a las lecciones que extraían de sus contactos con los romanos, no dejaban de progresar. Progreso de los técnicos, progreso de la economía, de la organización social y étnica. Progresos intelectuales, progreso del espíritu de independencia y también de la voluntad de potencia. Todo esto debía hacerlos cada vez más agresivos y peligrosos. Una política realista, a la manera de Adriano, que combinase la moderación y la energía podía retardar la ruptura del equilibrio, pero no hacerla imposible. Uno se sorprendería menos de las bruscas y terribles dificultades que Marco Aurelio debía enfrentar desde su advenimiento, si se echa una mirada a lo que fermentaba en el mundo bárbaro, sobre todo en la frontera del Danubio, de donde surgirán los peligros más terribles.

Los romanos habían retomado la política que en Galia les había abierto antes de la conquista una vía de penetración política y económica por sus relaciones con los eduos. Hacia el comienzo de nuestra era habían sabido disociar a los germanos estableciendo su protectorado sobre los hermonduros, los marcomanos y los cuados. De este modo crearon, más allá de las fronteras, un amplio glacis de protección. A fines del siglo I los hermonduros, instalados en la región del Main, estaban autorizados en su calidad de amigos del pueblo romano a comerciar hasta en la provincia de Retia. Más hacia el este los reyes de los marcomanos, instalados en la Bohemia conquistada al pueblo galo de los boios y los reyes de los cuados debían a los romanos su trono y su riqueza. Roma los ayudaba a veces con sus armas, pero más habitualmente por medio de subsidios y enviándoles consejeros técnicos y negociantes.

Pero si bien momentáneamente Roma obtenía grandes ventajas militares con esta política de Estados satélites, aceleraba por lo mismo la evolución de pueblos que indefectiblemente se volverían un día contra ella. Era en vano que maniobrase e interviniese directa o indirectamente para impedir que los jefes bárbaros adquiriesen demasiado poder y que se esforzase en neutralizarlos unos con otros. No podía impedir que aumentase a menudo el odio de los pueblos contra los reyes que les eran impuestos desde afuera y que, apoyados en el extranjero, se permitían todas las exacciones. Tácito relata la historia de dos príncipes: Vangión y Sidón, convertidos en reyes con la bendición del emperador Claudio, "muy amados por los pueblos antes que fuesen sus amos y (¿se deberá acaso decir por culpa de su temperamento o por la desgracia de la dominación?) aún más odiados cuando fueron reyes".

Los sentimientos no serán los únicos en transformarse. Ya sea como mercenarios o como adversarios, los bárbaros aprenderán de los romanos el arte de la guerra. Desde los tiempos de Tiberio, en sus luchas intestinas las tribus germánicas se mostraban buenos alumnos de su enemigo común: "No se trataba ya de esos germanos acostumbrados a cargar al azar y en bandas aisladas. Las largas guerras contra nosotros les habían enseñado a seguir las insignias, a disponer de reservas, a escuchar la voz de los jefes" (Tácito).

Pronto los germanos sabrán construír y maniobrar las máquinas de guerra; Marco Aurelio lo experimentará.

Y al otro extremo del Imperio, en el lejano Oriente, no lejos del sitio de Asur —la vieja capital asiria—, apenas algunas decenas de años más tarde Septimio Severo sufrirá ante Hatra un resonante fracaso. Los sitiados se defendieron muy eficazmente arrojando con baterías de balistas que arrojaban muy lejos granizadas de dardos. Como los romanos habían logrado hacer una brecha en las murallas, volcaron sobre ellos nafta asfáltica que quemó las máquinas del sitio y los soldados.

La calma que reinará en las fronteras durante todo el reinado de Antonino será terriblemente engañosa. Mientras nuestra atención se concentra en la política interna no olvidemos que más allá del horizonte se acumulan, prontas dentro de muy poco para ponerse en movimiento, las nubes de la tormenta.

Capítulo VI

ANTONINO, EL EMPERADOR DEL SENADO

Los primeros años del reinado de Antonino (había alcanzado los grises años de la cincuentena) fueron los más afectados, familiar y políticamente.

En el año 140 perdió a su mujer Ana Galeria Faustina, tía de Marco Aurelio. Se acostumbra llamarla Faustina Madre para distinguirla de su hija Faustina la Joven, prima hermana y esposa de Marco Aurelio. Posiblemente contaba entonces 40 años. Los bustos la representan con un rostro bastante alargado, grandes ojos muy rasgados y un aire aristocrático. Había tenido 4 hijos, pero en el año 140 sólo sobrevivía Faustina la Joven. La mortalidad infantil era muy elevada; la primogenitura de Marco Aurelio se verá también afectada de este modo. Uno se pregunta si las enfermedades no eran más abundantes entre los niños de las familias ricas que se confiaban y se abandonaban al cuidado de los esclavos.

Faustina Madre había dado mucho que hablar; se le adjudicará una vida desarreglada como se hará con su hija. No existe, sin embargo, ninguna seria razón para pensar en una sistemática malevolencia de los analistas; con todo, éstos fueron más discretos con la madre que con la hija: apenas una breve alusión y la acotación de que Antonino había experimentado un profundo pesar. Él quería mucho a su esposa y no podía prescindir de ella: "Preferiría vivir con ella en Gyaros que sin ella en el palacio imperial", decía. Gyaros era una isla de las Cíclades donde se deportaba a los malhechores.

Luego de su muerte recibió los honores de la apoteosis. Sobre el viejo foro se le erigió un templo que más tarde será consagrado igualmente a Antonino. Gracias a este templo, que es hoy día el

edificio mejor conservado de este venerable lugar junto con los arcos de Tito y de Septimio Severo, el nombre de Faustina continúa viviendo en los labios y en la imaginación de innumerables turistas. Su culto tuvo en la antigüedad sacerdotisas, y se realizaban juegos en su honor. Se le erigió una estatua de oro en el Senado y su imagen se instalaba en el circo durante los juegos. También en recuerdo de ella una fundación educaba a niñas pobres, que se denominaba las Faustinianas.

Antonino era de humor tranquilo; gustaba de recordar las palabras de Escipión: "Prefiero conservar la vida de un solo ciudadano antes de matar a mil enemigos". Pero poco tiempo después de la muerte de Faustina tuvo en el norte de Bretaña los más serios disturbios militares de todo su reinado.

Adriano había construído entre el Firth de Solway y la desembocadura del Tyne una sólida línea fortificada. Como la parte posterior no era segura, la muralla de piedra era doble y miraba al mismo tiempo hacia el norte y hacia el sur; 16 grandes fuertes, entre los que se habían dispuesto de milla en milla pequeños fortines, los respaldaban. La precaución no era aún suficiente.

En el norte, sobre el territorio de la actual Escocia, vivían tribus entre las cuales se hallaba la de los caledonios, quienes habrían resultado difíciles y costosos de perseguir en sus pantanos y montañas. Los caledonios vivían como nómades bajo carpas y se alimentaban de la caza, de las cosechas y de la leche de sus rebaños. Practicaban también el bandidaje y utilizaban carros tirados por caballos pequeños y rápidos (lo que denotaba un comienzo de organización social), maniobrando con ellos en medio de guerreros a pie, armados de escudos, de lanzas cortas y de puñales. Los romanos se sorprendían ante su resistencia al hambre y al frío, que les permitía permanecer hundidos en los pantanos durante días con sólo la cabeza fuera del agua, y se escandalizaban porque tenían las mujeres en común, tal como sucedía en el sur de Inglaterra —sensiblemente más evolucionado— y como César lo relata. No dejaba esto de ser una hipocresía por parte de los romanos. Una mujer de esa tribu contestó orgullosamente a una romana que criticaba la falta de moderación de las mujeres de su raza, en tiempos de Septimio Severo: "Satisfacemos las necesidades de la naturaleza mucho mejor que ustedes, romanas. Nosotras nos entregamos abiertamente a los

EL MILAGRO DE LA LLUVIA.

bravos mientras vosotras os ensuciáis en ocultos adulterios con los más despreciables de los hombres" (Dion Casio).

Semejantes adversarios daban mucho trabajo a las legiones romanas que debían cuidarse también de algunas tribus del interior, como la de los brigantes. La explosión que se produjo sin duda en ambos lados del muro de Adriano obligó a Antonino a renunciar a la política de prudencia generalizada por Adriano y a retomar la marcha hacia adelante ocupando la región baja de Escocia. Algo más al norte instaló una nueva fortificación del Firth de Clyde al Firth del Forth. El muro, que en un comienzo se construyó de tierra y pasto, deberá ser rehecho en piedra por Septimio Severo.

Durante el resto del reinado se llevaron a cabo operaciones secundarias en diversos puntos, sin que jamás Antonino haya tomado la dirección personal, primero contra los moros nómades del sur de Argelia y de Marruecos. Éstos, que se desplazaban con sus mujeres sobre los caballos, eran aún más inasibles que los escitas que utilizaban carros. La VIª legión construyó en las gargantas del Aures una ruta con el fin de asentar la dominación romana en ese macizo montañoso. Luego se enfrentaron contra los germanos, los dacios, los alanos en el Cáucaso y los tauracitas de Olbia en el mar Negro. En el Cercano Oriente la diplomacia previno o solucionó otros conflictos; evitó que el rey de los partos, Volgese III, atacara la Albania caucásica. El mismo rey renunció a la restitución del trono que le había quitado Trajano y que le había sido prometido. Sea porque el prestigio de Roma se impusiera, sea porque las circunstancias internas lo retuvieran impidiéndole lanzarse a una gran guerra, lo cierto es que los partos y la mayoría de los pueblos germánicos se mantuvieron tranquilos.

Hacia fines del año 146 Marco recibió el poder tribunicio y el poder consular. Estaba además asociado al gobierno, al lado pero más abajo que el emperador, como estuvo antes Tiberio cerca de Augusto y Tito de Vespasiano. Antonino lo estimaba mucho y lo consultaba en las designaciones más importantes. Marco, por su parte, testimonió siempre a Antonino la deferencia más sincera. Durante los 23 años que vivió al lado de su padre adoptivo se ausentó sólo dos veces y cada vez lo hizo por una noche. En los *Pensamientos* se encuentran dos relatos de él extraordinariamente halagado-

res. En el libro VI hay una descripción en la que Marco comienza por hacerse a sí mismo una advertencia: "Cuídate de transformarte en César, de teñirte de César"; luego se desarrolla el homenaje: "Muéstrate en todo el alumno de Antonino". En el libro I, redactado en los últimos años, el retrato es mucho más completo, más emocionado. Este libro no es otra cosa que una efusión de reconocimiento hacia todos los que contribuyeron a la formación de su autor. Antonino ocupa el primer lugar; a su madre le concede cuatro líneas; poco más de media página a Rústico —que le hizo conocer a Epicteto—, dos páginas a los dioses y casi tres páginas a Antonino. No habla sino de sus virtudes morales y su dominio intelectual y nada, o casi nada, sobre los principios políticos. Todavía no hemos concluído de señalar que rara resulta en un soberano esta limitación de apreciación y debemos completar aún la descripción.

Antonino pertenecía a la más alta aristocracia, si bien de origen bastante reciente, muy afianzada sobre una inmensa riqueza. Su familia, como la de Adriano o la de Marco Aurelio, había iniciado su fortuna en el interior. La rama paterna venía de Nîmes con el abuelo, que fue dos veces cónsul (la última vez en el año 69, al día siguiente del suicidio de Nerón) y luego prefecto de Roma. El padre, Tito Aurelio Fulvio, fue a su vez cónsul (probablemente en el año 89) bajo el régimen de Domiciano. Los analistas dieron a este emperador reputación de déspota orgulloso y feroz, si bien reconocen que controló tan estrechamente a los magistrados de Roma y los gobernadores de las provincias que jamás fueron más justos ni desinteresados.

El abuelo materno, Arrio Antonino, había sido cónsul por dos veces. Como sabía limitar sus ambiciones, se dice que solicitó a Nerva de ocupar el trono. Debió, sin embargo, contentarse con obtener el proconsulado de Asia, que correspondió igualmente a nuestro Antonino. Este proconsulado era una de las más altas dignidades a que podía aspirar un senador, junto con el proconsulado de África y la prefectura de Roma.

Verdadero viceemperador, el procónsul de Asia no comparecía en público sino con una escolta de doce lictores. Tenía en su jurisdicción ilustres ciudades griegas: Éfeso, Esmirna, Mileto y Pérgamo, donde la vida intelectual y artística seguía siendo intensa,

y una ventaja más sustancial aún, que era el sueldo anual de 1.000.000 de sestercios (50.000.000 de francos).

Además Antonino se había casado con la hermana del padre de Marco Aurelio, Anio Vero, hermana asimismo de Anio Libo, cónsul en el año 128. Su suegro había acumulado tres consulados y la prefectura de Roma. Tantos honores en toda la familia iban acompañados y se explican por una riqueza considerable: varias vastas posesiones en Italia y también manufacturas de ladrillos como en la familia de Marco Aurelio. Se han encontrado ladrillos marcados con el nombre de Arria Fadilla, madre de Antonino, en Roma, en Rávena, en Bolonia y en Padua. El enriquecimiento prodigioso de la familia de Antonino se basa en parte en el auge de la arquitectura con ladrillos cocidos.

Antonino era de notable belleza, grande y bien formado y con un aire de nobleza en el rostro. Su voz, que la edad tornaría ronca, era sonora y agradable. Aprovechaba sin vanidad de todas las comodidades de la vida; las acogía naturalmente pero no extrañaba privarse de ellas llegada la ocasión. Cuidaba razonablemente su cuerpo sin caer en la negligencia o en la coquetería. Su alimento era sobrio y sin los rebuscamientos gastronómicos de que se abusaba en su tiempo. Sus esclavos, cazadores, pajareros y pescadores, proveían a las necesidades de su mesa cuando vivía en el campo.

Los baños eran considerados entonces como un indispensable descanso y como uno de los más vivos placeres de la existencia. Combinaban la permanencia en una estufa para provocar abundante traspiración, un baño de agua caliente para eliminar el sudor y un baño de agua fría para tonificar y masajes. Algunos los tomaban a cualquier hora de la mañana o de la tarde y aun de la noche. Antonino se contentaba con el baño normal que se tomaba hacia las dos de la tarde luego de la siesta. Marco Aurelio atribuía a este régimen bien equilibrado el hecho que casi nunca debió recurrir a los médicos y a las drogas aunque estuviera aquejado por violentos dolores de cabeza.

Los placeres de Antonino eran los de un rico propietario en el campo: la caza, la pesca, la conversación y los paseos con los amigos; el teatro, no tanto la tragedia como la comedia latina y las atelanas. Tenía grandes conocimientos literarios: era capaz de expresarse, llegada la ocasión, con una elocuencia poco común. Fue

generoso con los honores y las designaciones de los oradores, los filósofos, los sabios y los jurisconsultos de Roma y de las provincias.

No tuvo como Adriano el ruinoso gusto por la edificación. Prefería antes que el pequeño universo, grandioso y poético a la vez, que Adriano había creado en Tíbur, la villa de Lanuvium donde había nacido y donde Cómodo vendría al mundo, y la villa de Lorium en que pasó su infancia, que luego agrandaría y en la cual murió. Podía pasar largo tiempo en un mismo lugar dedicado a las mismas ocupaciones.

Indiferente a la vana gloria y lleno de aversión hacia el charlatanismo, "mi padre, señala Marco Aurelio, debía despojarme de toda vanidad". Nada hacía para ganarse la voluntad de la multitud, a diferencia de varios de sus predecesores o sucesores: Nerón, Domiciano, Cómodo, Heliogábalo, quienes bajaban a la arena y hacían ostentoso alarde de ello para adquirir una fácil popularidad. Antonino hacía cesar inmediatamente las aclamaciones y las adulonerías, y a excepción de los juegos del circo dados en ocasión del aniversario de su nacimiento, rechazó todos los honores. Tenía, sin embargo, el orgullo de familia y aceptó las estatuas que se otorgaron a sus antepasados, a su padre, a su madre, a sus hermanos muertos. Aceptó el título de *Augusta* para su mujer y recibió el sobrenombre de *Pío*, "el piadoso", como un homenaje. Los analistas dudaban acerca de las razones que habían determinado al Senado a tomar estas medidas; tal vez se debía a que había salvado la vida a varias personas que Adriano, en su locura, había ordenado ejecutar, o porque había impedido a fuerza de vigilancia y atención que Adriano se diera muerte, o porque luego de la muerte de Adriano le hizo conceder los habituales honores en contra del sentir de la mayoría de los senadores, o de un modo más general, a causa de su benevolencia y de su espíritu de equidad.

Era, en efecto, de una cortesía y de una gentileza extremas. Jamás, escribe pintorescamente Marco Aurelio, se mostró intratable, violento o de mal talante al punto de decir: "Il se met en sueur". No humillaba ni tiranizaba a nadie, y era sordo a las calumnias o a las vagas sospechas. Escuchaba de buen grado los consejos útiles y admitía los reproches aun inmerecidos. Era fiel a sus amistades, que sabía escoger, y no caía nunca en el exceso de apasionarse locamente o de cansarse bruscamente.

Amaba el trabajo y se aplicaba [illegible]
petu, pero pacientemente, sin precipitación. No
un tema que no hubiera examinado y comprendido a fondo.
sesiones del Consejo del príncipe, al que Adriano acababa de dar una organización estable, examinaba de cerca todos los asuntos invocados sin detenerse en las primeras apariencias; se dedicaba a prever con anticipación y a tomar las más minuciosas disposiciones sin ninguna pose teatral —añade Marco Aurelio—, y mostraba igual constancia para finalizar sus empresas como cuidado en concertarlas. Tenía firmeza, perseverancia, resistencia e igualdad de carácter en todas las circunstancias. Marco Aurelio resume su elogio con esta frase: un espíritu equilibrado e invencible.

Este retrato está seguramente idealizado, pero de cualquier modo expresa un ideal, el ideal del "hombre honesto" que honra a la civilización que lo formó y precisó: medida y soltura, urbanidad, método y conciencia en el cumplimiento de los deberes cotidianos, firmeza de carácter.

Sin embargo, y aunque completamente justificado, el panegírico deja intactas las responsabilidades políticas. Para desembocar en el porvenir hay que romper la estrechez del horizonte donde los pensamientos se encuentran encerrados, ya sea directamente por tener exclusivamente en consideración intereses egoístas, ya sea indirectamente por la esfera de las ideas elaboradas para defender esos mismos intereses. Los intereses de la sociedad esclavista, la moral y las filosofías a que había dado nacimiento, excluían del dominio de la reflexión, al mundo sufriente y quejoso de los esclavos y de aquellos, cada vez más numerosos, que iban pasando al estado de servidumbre. Los *Pensamientos* no toman nunca en consideración a los esclavos, a los pequeños paisanos, a los obreros agrícolas o a los colonos cuya condición se hacía cada vez más dependiente. Antonino, que durante veinticinco años participó de los trabajos del Senado, compartía por entero las ideas de esta asamblea, que era la de los más importantes terratenientes. Las rentas que éstos sacaban de sus propiedades provenían del trabajo forzado de los esclavos y de los pagos de los colonos. ¿Cómo hubieran podido ser menos partidarios del terror que en la época de Nerón, para mantenerlos en obediencia? Para los ricos todo quedaba subordinado al mantenimiento

de la disciplina social: las rentas privadas, el confort individual, el acceso por medio del ocio a los goces del arte, de las letras y de la filosofía, y también el funcionamiento de la vida pública y las ventajas materiales e intelectuales que aseguraba a los hombres libres.

Antonino mostró siempre gran deferencia al Senado. Regularmente le rendía cuenta de sus actos. Por otra parte, durante su reinado el Senado gozó de una especie de impunidad de principio; ningún senador fue condenado a muerte cualquiera fuese la acusación hecha contra él. Un parricida no fue ejecutado por mano de hombre sino abandonado en una isla desierta. Otro senador, T. Atilio Ticiano, que había ejercido el consulado en el año 127 y había sido ya sospechoso por conspirar contra Adriano, fue nuevamente convicto por complot: tal vez era uno de esos extremistas para quienes las leyes de excepción contra los esclavos no eran nunca bastante feroces. Sólo fue condenado al exilio y a la confiscación de sus bienes. Antonino ahogó el asunto para no correr el riesgo de complicar en la causa a otros grandes personajes. Prohibió que se buscaran los cómplices y ayudó materialmente a los hijos de Atilio. El Senado recobró la influencia que de reinado en reinado había ido perdiendo y más aún en los últimos tiempos a causa de la profunda hostilidad de Adriano.

Adriano, que era tan abierto como autoritario, no dejaba de acomodarse con el tradicionalismo y el estrecho conservadorismo de los senadores. Éstos hasta entonces habían conservado dos clases de privilegios políticos: participaban en la administración general del Imperio como cuerpo deliberante y como plantel del cual surgían los altos funcionarios; ejercían una autoridad más directa sobre toda Italia y sobre las provincias senatoriales.

Adriano había reorganizado el Consejo del príncipe, instituído por Augusto, pero su composición seguía siendo irregular y flotante. Para restringir la influencia del elemento senatorial había permitido la entrada de jurisconsultos en él. Al mismo tiempo procedió a la reorganización de las oficinas, que anteriormente a él habían sido utilizadas durante mucho tiempo por los emperadores principalmente para colocar a sus libertos, como si se tratase de un servicio privado. Ya Domiciano había comenzado a sustituir con caballeros a los libertos. Adriano generalizó el empleo de los caballeros, quienes recibieron un estatuto de funcionarios. Se necesitaba poseer

400.000 sestercios de censo para ser caballero en lugar del millón necesario para ser senador; los caballeros formaban una clase en vías de ascenso social, todavía no instalada en sus privilegios, mezclada a negocios comerciales e industriales y por lo tanto más productora y emprendedora.

Con el fin de reducir la competencia territorial del Senado, cuatro consulares quedaron encargados de supervisar, en nombre del emperador, la justicia en Italia. Se limitaron los poderes de justicia de las magistraturas municipales, pero esas magistraturas estaban a menudo bajo la dependencia de los grandes terratenientes.

Finalmente, Adriano, para impedir la formación de cualquier oposición, había hecho ejercer por todos lados una estrecha vigilancia por medio de una especie de policía secreta. El orador Arístides exclamaba en uno de sus discursos: "Todo el Imperio se hallaba bajo el terror; los espías circulaban por todas las ciudades y escuchaban todas las conversaciones; ya no era posible hablar ni pensar libremente; habíamos llegado a tener temor hasta de nuestra sombra. Pero el emperador (Antonino) ha puesto fin a ese régimen de terror y nos ha devuelto a todos nuestra entera libertad. Aun bajo Antonino el Senado no pudo recobrar el papel rector que había representado bajo la República. Sus pretensiones encontraban el obstáculo de las necesidades administrativas encarnadas en la burocracia imperial. Pero Antonino, aun cuando había sido puesto por Adriano a la cabeza de una de las cuatro circunscripciones, suprimió los consulares. De modo que el Senado tuvo más posibilidad de control sobre los grandes servicios administrativos: servicios viales, de construcción, de fundaciones de caridad. Los grandes propietarios pudieron consolidar y extender sus privilegios. Un senadoconsulto del primer año del reinado de Antonino autoriza a un senador, Lucilio Africano, personaje ilustrísimo, a instalar mercados dos veces por mes en tierras situadas en la provincia senatorial de África. Derechos semejantes estaban destinados a transformarse poco a poco en derechos señoriales.

Lo que consolidó más el poderío económico y por consiguiente el poderío político de la clase senatorial, fue sin duda la renuncia de Antonino a ciertas prácticas que se han reprochado mucho, en nombre de la legalidad, a sus predecesores: las herencias forzosas y sobre todo las confiscaciones consiguientes a las proscripciones, con

las cuales se alimentaba el tesoro imperial. Durante los últimos años de su vida, Augusto recibió cuatro mil millones de sestercios de legados testamentarios, debidos mucho más a presiones varias que a espontáneos impulsos de agradecimiento. Calígula releía mensualmente la lista de acusados y enviaba cierto número al suplicio para llenar el vacío de sus finanzas; llamaba a esto arreglar sus cuentas. Explica Dion que las dádivas a los espectadores de los juegos del circo hechas por Domiciano gustaban a la multitud, pero no dejaban de causar la pérdida de poderosos ciudadanos.

Esta crueldad, esta avidez de los déspotas, tenía la ventaja de frenar el desarrollo de los latifundios, que amenazaban el equilibrio económico y político instaurado por Augusto. Dentro del terrible juego de fuerzas de la Historia, las proscripciones y los testamentos forzados servían de contrapeso de arbitrariedad y de violencia a la tiranía y a la avidez que bajo formas legales caracterizaban el comportamiento social de los grandes terratenientes.

Con Trajano, el Senado recobró su libertad de opinión, su dignidad y su importancia. Sobre los magnates propietarios de tierras ya no colgó la espada de Damocles de las ejecuciones capitales, de las confiscaciones y de los testamentos forzosos. Para su visión de las cosas, el reinado de la libertad, de la moral y de la civilización sucedía al despotismo, al imperio del vicio y de la barbarie.

Adriano no había retornado hasta las violencias de Nerón o de Domiciano. No aceptaba las herencias de los desconocidos, ni siquiera las de los conocidos en caso de que tuvieran hijos. Pero fácilmente daba oídos a las acusaciones presentadas contra altos personajes: varios fueron proscritos u obligados a darse muerte. Después de este nuevo alerta, el principado de Antonino pareció a los privilegiados como una verdadera edad de oro.

Sin embargo, seríamos injustos con Antonino si no colocáramos en el haber de su inteligencia y de su moderación varias series de medidas sensatas o liberales que supo tomar dentro del cuadro de un sistema radicalmente injusto en sí mismo y que además se iba convirtiendo en absurdo.

Tenía la preocupación, muy laudable, de evitar el despilfarro. Marco Aurelio alaba "su conducta razonable y mesurada, ya se tratara de celebrar fiestas públicas o de construír edificios o de hacer

Busto de Cómodo.
(Museo del Louvre, nº 1127; antigua colección Borghese.)

distribuciones al pueblo, y en cada caso análogo, como la conducta de un hombre que no se fija sino en lo que debe hacer y no en el renombre que pueda ganar por haberlo hecho". Trató igualmente de frenar los gastos suntuarios de los particulares: fijó un límite que no debía ser sobrepasado, para los gastos de los combates de gladiadores en que se arruinaban, por deseo de hacerse notar, quienes los ofrecían. Se le vio ahorrar su propio peculio, no por avaricia sino para enfrentar mejor sus obligaciones públicas. Al día siguiente de su adopción por Adriano, su mujer le reprochaba por qué no se mostraba bastante generoso con sus parientes: "Tonta, debes saber que desde que hemos sido llamados al Imperio, lo que poseemos ya no nos pertenece". Colocaba su dinero a la tasa más baja, al 4%, para poder ayudar con préstamos convenientes a la mayor cantidad posible de amigos o de ciudadanos. Sin caer en la locura constructora, hizo reparar los edificios que lo necesitaban, acabó los comenzados por Adriano y construyó nuevos porque eran necesarios y convenientes. Edificó en Roma, en honor de Adriano, un magnífico templo del que subsiste, sorprendente, en la pequeña *piazza di Pietra,* una majestuosa columnata. Se construyeron templos, baños, acueductos para embellecer varias ciudades de Italia y de las provincias: Ostia, Anzio, Lanuvium, Nimes, ciudad de origen de la familia del emperador. En Terracina, entre Roma y Nápoles, en un punto en que la vía Apia tocaba el mar, se agrandó y equipó un antiguo puerto semiarruinado para ayudar al desarrollo de la actividad marítima: una escollera circular de 680 m. rodeó un dique de casi doce hectáreas. Gracias a la generosidad del príncipe fueron rápidamente reconstruídas algunas ciudades gravemente afectadas por temblores de tierra.

Antonino introdujo en la legislación nuevos principios que correspondían a los progresos de la reflexión moral: el principio de que en la interpretación de la ley el juez debe preocuparse más del espíritu que de la letra, debe aun en caso de necesidad, aportar por sí mismo las correcciones necesarias; el principio de que un acusado no debe ser considerado *a priori* como culpable, que la duda debe beneficiar al acusado y que el magistrado debe proceder siempre, antes de juzgar, a una encuesta profundizada. Antonino insiste igualmente en el respeto a los contratos. Proclama que todo acto que concede la libertad es irrevocable y protege contra la mala voluntad

del heredero al esclavo que ha sido declarado libre por testamento. El afinamiento de la sensibilidad abre los corazones a una mayor humanidad; se ponen restricciones al empleo de la tortura para con los esclavos y los menores.

Estas medidas tomadas en favor de los esclavos chocaban inevitablemente con la mala voluntad de los propietarios de esclavos. Mientras la justicia permaneciera en manos de los representantes de estos últimos; ¿cómo pretender que éstos renunciaran de buen grado al arma de la opresión y aun a la del terror, que les parecía la más eficaz? Los emperadores que por su formación intelectual como también por su situación en el centro de la vida social, veían más lejos y con más acierto, estaban obligados a reiterar sus prescripciones. Adriano había hecho una ley para impedir que el amo matara a su esclavo y para trasmitir a los magistrados únicamente, el derecho de aplicar la pena capital en caso de falta grave. Antonino se vio obligado a reforzar esta disposición, asimilando al asesinato del esclavo ajeno —es decir, a un verdadero homicidio— el asesinato de su propio esclavo, toda vez que no hubiera existido motivo admisible de legítima defensa o delito flagrante de adulterio.

¿Correspondían las prescripciones de Adriano y de Antonino al estado real de las costumbres y ejercieron influencia sobre estas costumbres? Habría que tener ilusiones acerca de la independencia de la moral respecto de los intereses materiales para creerlo. Aproximadamente dos siglos más tarde un emperador cristiano, Constantino, volverá atrás y decretará que sólo se considerará homicidio en caso de que el esclavo haya sido muerto en el acto.

Y sin embargo, los movimientos humanitarios de Antonino se apoyaban sobre la consideración del interés general de la sociedad, mejor comprendido. Respondió a un particular que se quejaba de la indisciplina de sus esclavos: "No es sólo con actos de autoridad que debemos asegurarnos la obediencia de los esclavos, sino también tratándolos con moderación, dándoles lo necesario y no exigiendo de ellos nada que esté más allá de sus fuerzas... No debes mostrarte demasiado económico en tus gastos, no debes recurrir a medidas crueles, porque entonces, para impedir un levantamiento, el procónsul se vería obligado a intervenir y, según mis órdenes, haría poner en venta a tus esclavos". Para impedir un levantamiento Antonino era clarividente; a la larga el peligro era inevitable si los es-

clavos no eran tratados mejor. Pero, razonaban los propietarios de esclavos, hacer concesiones es animarlos a exigir cada vez más; y el razonamiento no era falso. Cuando un sistema de explotación del hombre ha pasado ya, es inútil intentar reformarlo; es necesario destruírlo. La solución de Antonino para preservar durablemente el mantenimiento del orden social era parecida a la preconizada por Columela para garantizar el desarrollo del progreso técnico: ambas eran igualmente utópicas.

La política respecto a las provincias estaba encerrada en el mismo círculo de inextricables contradicciones. El ejemplo de Grecia es revelador. La corriente filohelenística que se hizo tan amplia con Adriano, no perdió su ritmo. Antonino había concedido numerosas larguezas a Grecia y también al Asia Menor, a Cartago, a Siria, especialmente con el objeto de ayudar a la reparación de los estragos causados por los temblores de tierra. Terminó las obras del gran acueducto que conducía a Atenas las aguas de varias fuentes captadas al pie del Pentélico y que aún hoy alimentan a la ciudad. Las excavaciones de Epidauro han confirmado los detalles dados por Pausanias sobre la restauración y embellecimiento del santuario. Aquí podemos comprobar no sólo la intervención del emperador sino también la de un senador que llevaba el mismo nombre, Antonino. El santuario de Esculapio había sido saqueado por Sila en el año 88, luego por unos piratas en el año 67 antes de nuestra era y quedó semiabandonado. Muchos de sus edificios de época helenística estaban construídos con ladrillos crudos sobre cimientos de piedra. Mal cuidados, un pórtico, un gimnasio y otros edificios se habían convertido en ruinas. La revolución causada por el empleo del ladrillo cocido tardó en causar sus efectos, tan empobrecido se hallaba el país, pues nadie podrá acusar a los griegos de lentitud mental o de falta de curiosidad técnica. Se erigieron nuevamente el pórtico de Kotys y los templos consagrados a dioses secundarios. El santuario de Esculapio fue reconstruído y ampliado con la magnitud y la solidez características de la arquitectura romana de la época imperial. Los enfermos pasaban la noche en una especie de dormitorio sacro luego de haber procedido a las abluciones rituales; era entonces cuando el dios les revelaba en sueños el tratamiento que debía curarlos. Nuevas canalizaciones, piletas de decantación, termas no-

tables por su sistema de calefacción, en que para ordenar la circulación del aire se había evitado el colocar una puerta frente a otra en una misma pieza; todo atestigua la capacidad de los arquitectos, sea que éstos hubiesen sido formados en Roma o en la misma Grecia.

Podemos preguntarnos tal vez por qué razón se restauró de golpe y con grandes gastos el santuario de un dios de la salud que había sido descuidado durante más de dos siglos. Poseemos en esto un nuevo testimonio de la evolución de las creencias religiosas. El hijo de Apolo, de simple dios curador de enfermedades se había convertido poco a poco en dios universalmente salvador: ahora se le invocaba no sólo durante las enfermedades sino también en los peligros del mar y en los azares de las batallas. El orador Aelio Arístides, que había efectuado una peregrinación a varios santuarios del dios diseminados en el mundo griego, nos ha trasmitido el eco del fervor de que Esculapio era objeto entonces. Su vida privada, exenta de los escándalos que humanizaban a los grandes dioses del Olimpo, respondía a las nuevas necesidades espirituales del siglo: pureza y salvación.

Sin embargo, el interés que Antonino y sus contemporáneos sentían por Grecia no podía tener, dados sus móviles, más que resultados superficiales. Lo que realmente hubiera dado satisfacción a los griegos hubiera sido más libertad y menos miseria. Para esto hubiera habido que echar abajo todo el sistema del imperialismo. No es de extrañar, pues, que los griegos, salvo una pequeña parte que obtenía ventajas colaborando con los romanos, no manifestaran casi agradecimiento. En la misma época de Antonino, estallaron motines en Acaya, así como también en Judea y en Egipto.

Luciano, nacido en Samosata, Siria, hacia el año 125 y que escribió en griego una serie de panfletos célebres por su fantasía y por su osadía, fustigó más de una vez a los romanos, administradores, mercaderes, terratenientes, por su pesadez, su ostentación, su rapacidad y su crueldad. Parece que se vieran nacer en él una oposición conciente de los intelectuales griegos a la romanización, un verdadero sentimiento nacional griego con la afirmación del primado espiritual de la Hélade frente a la decadencia moral y a la barbarie de los romanos. Esto, al menos, hasta su entrada en la administración romana cuando fue nombrado en Egipto.

Uno de sus escritos, *Sobre la muerte de Peregrino*, tal vez se vio

ligado a los motines de la Acaya. Peregrino, que era una especie de exaltado, tan pronto cristiano como filósofo cínico, llegó a Roma durante uno de sus viajes, y a lo cínico, con afectación de grosería, injurió a todo el mundo comenzando por Antonino. Expulsado por el prefecto de la ciudad pasó a Grecia hacia el año 157, donde intentó provocar una sublevación contra Roma, sin ser por lo demás bien acogido en todas partes.

Pero el indicio más claro del nacimiento o del despertar del sentimiento nacional en Grecia, procede de una decisión muy característica de Antonino. Anteriormente una ley imponía a quienes abandonaban el *jus quiritum*, o ciudadanía romana, para ser recensados con los griegos, legar sus bienes sea al fisco imperial, sea a personas que les eran extrañas. Antonino les permitió nombrar herederos a sus hijos, "pensando, explica Pausanias, que era mejor merecer el renombre de humanitario que conservar una reglamentación que intentaba acrecentar los recursos del fisco imperial". Si estos abandonos de la ciudadanía romana hubieran continuado siendo raros y mal vistos, ¿quién hubiera juzgado inhumana la antigua ley? Visiblemente, Antonino soportaba la presión de los hechos. Por otra parte no se trataba sólo de revueltas localizadas. El bandidaje no había sido nunca eliminado ni siquiera en las regiones centrales del Imperio. Recordemos la anécdota del joven Marco y de los pastores. Columela recomendaba no instalar una exposición agrícola a proximidad de una gran carretera a causa de la inseguridad que resultaba de ello. A partir del comienzo del siglo III, el bandidaje tomará una temible extensión. En el año 152 las obras de apertura de un túnel con el objeto de conducir agua a Bougia, en África del Norte, se encontraron en una *impasse*.

La montaña había sido atacada por ambos lados a la vez, pero los dos tramos de galería se habían cruzado sin encontrarse, a causa de un error de dirección. Hubo entonces que recurrir a un veterano de la IIIª legión, que siendo ingeniero especializado en el levantamiento de niveles de terreno había dibujado los planos y delimitado exteriormente su trazado sobre los flancos de la montaña por medio de jalones.

Pero durante el trayecto desde Lambessa hasta Bougia fue atacado, con los hombres que lo acompañaban, por unos bandidos que lo despojaron y lo hirieron; a duras penas consiguió escapar.

Antonino Pío murió el 7 de marzo del año 161, durante el septuagésimoquinto año de su vida y el vigésimotercero de su reinado.

Hasta la enfermedad que lo condujo a la tumba en tres días en su villa de Lorium, había conservado su actividad y su voluntad. Como se había encorvado con los años, usaba un "corset" hecho de láminas de tilo, con el fin de mantenerse derecho al caminar.

El 5 de marzo lo tomó un enfriamiento. A la noche comió como de costumbre, y con cierto exceso, un queso de los Alpes que le gustaba. Durante la noche tuvo vómitos seguidos al día siguiente por un violento acceso de fiebre. En su delirio no dejaba de hablar del Imperio y de los reyes contra los cuales tenía resentimiento: los reyes partos a quienes volveremos a encontrar. El día 7, viendo que su mal empeoraba, puso todo en regla. Llamó a su cabecera a los prefectos del Pretorio y en su presencia confió a Marco el cuidado del Imperio recomendándole a su hija Faustina. Como símbolo de la investidura con que revestía a su hijo adoptivo y yerno, hizo llevar a su cuarto la estatua de oro de la Fortuna que quedaba instalada permanentemente en el dormitorio de los emperadores.

Antonino dio el santo y seña "Igualdad de alma" al tribuno de las cortes pretorianas que estaba de servicio, y dándose vuelta como quien va a dormir, exhaló el último suspiro. Al parecer no trasmitía preocupaciones inmediatas a su sucesor. El tesoro público estaba bien guarnecido con 2.700 millones de sestercios. A la muerte de Cómodo, hijo de Marco Aurelio, ya no será lo mismo: las cajas estarán entonces vacías, salvo un único millón de sestercios.

Capítulo VII

LAS VELEIDADES DE UN EMPERADOR FILÓSOFO

Marco Aurelio ya es emperador. Está en la fuerza de la edad, pues tiene cuarenta años y se halla en la plenitud de sus facultades intelectuales, y además cuenta con una larga experiencia en todos los asuntos de Estado.

Uno de sus primeros actos fue elevar a su hermano adoptivo, diez años menor que él y que durante la vida de Antonino había quedado relegado, al rango de *Augustus*. Con este acto le confería las prerrogativas imperiales, aunque en un nivel levemente inferior, pues quedaba excluído del gran pontificado. Al mismo tiempo lo prometió a su hija mayor, Ania Lucila, aún demasiado joven para casarse. ¿Por qué decidió hacer esa partición del poder que de ningún modo parecía imponerse? ¿Por temor a cargar solo con tan aplastantes responsabilidades o para dar a un joven que lo llenaba de atenciones su mejor prenda de afecto?: "Un hermano que por su carácter era capaz de incitarme a tener cuidado de mí mismo, encantándome al mismo tiempo por sus atenciones y por su cariño". ¿Quién podría decirlo?

Esta decisión importó un nuevo arreglo en la serie de nombres que ambos llevaban. Hay que tener el valor de penetrar dentro de este laberinto de nombres, aun cuando de primera intención parezca fastidioso. Las transformaciones hechas al sistema de los nombres, han tenido en cualquier época mucha significación, pues reflejan los cambios de las estructuras familiares, sociales o morales.

Bajo el Imperio, en la nobleza romana, se estableció la moda de agregar a los tres elementos clásicos: prenombre, nombre de familia y sobrenombre, otros elementos sacados de los nombres de los diversos antepasados, sobre todo de los abuelos maternos. Podemos ver

en esta innovación una especie de vanidad: se sentía el orgullo de recordar en su nombre toda la ilustración y toda la gloria de la cual se descendía; también se pueden reconocer en esto los efectos de una más aguda sensibilidad: la cohesión familiar se convertía en cuestión de afecto y de elección en lugar de quedar reservada a los estrictos y formales principios.

El primer nombre de Antonino Pío había sido *Tito Aurelio Fulvio Boión Arrio Antonino*. Su padre y su abuelo se habían llamado *Tito Aurelio Fulvio*; agregó a este conjunto *Boión*, que era el nombre de familia de uno de sus bisabuelos maternos; *Arrio*, que era el nombre de familia de su otro bisabuelo materno, y *Antonino*, que era el sobrenombre de su abuelo materno. Cuando fue adoptado por Adriano se convirtió en *Tito Aelio Adriano Antonino*. La base de su nuevo nombre estaba formada por el nombre de familia y por el sobrenombre de Adriano, *Aelio Adriano*, no conservando después, de éstos, más que el sombrenombre de su abuelo materno, con el cual es conocido en la Historia. Había abandonado su antiguo nombre de familia, *Aurelio*, pero lo trasmitió a sus hijos adoptivos, los futuros emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero.

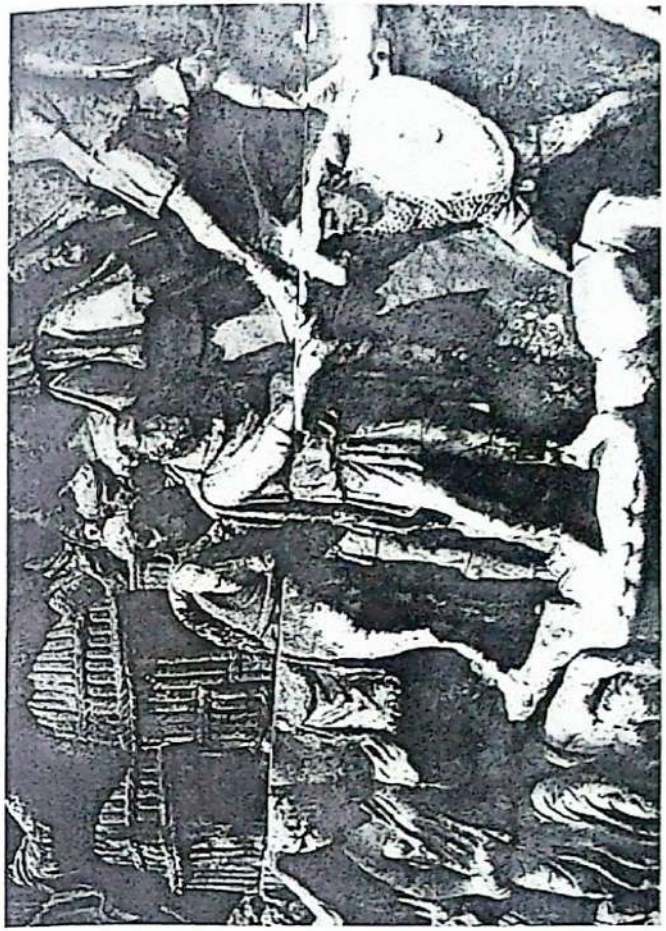
Las metamorfosis onomásticas de Marco Aurelio son aún más complicadas. Se llamará sucesivamente:

1º) *Marco Anio Vero*, con el mismo nombre de su padre y de su abuelo paterno. Adriano, jugando con el sobrenombre *Vero*, lo llamaba por broma y como cumplido *Anio Verísimo*, "el muy verdadero".

2º) Después de ser adoptado por Antonino y en calidad de César, llevó el nombre de *Marco Aurelio Aelio Vero*.

3º) Luego de su acceso al poder en el año 161, se llamó *Marco Aurelio Antonino*. Tomó el sobrenombre de su padre adoptivo *Antonino*, pero dejó el nombre de familia adoptivo de éste, *Aelio*, trasmitiendo su propio sobrenombre de *Vero* a su hermano adoptivo, quien de este modo llevó sucesivamente los nombres de *Lucio Cejonio Cómodo* como su padre y su abuelo paterno, y luego de su adopción por Antonino se llamó *Lucio Aelio Aurelio Cómodo*, y finalmente, *Lucio Aurelio Vero*.

Esta es la razón por la cual la *Historia Augusta* llama a Marco Aurelio, *Marco Antonino*. El abandono del sobrenombre original, la total identificación por el nombre a su padre adoptivo, revelan sin



Destrucción de un pueblo por el ejército romano.
(Columna de Marco Aurelio.)

duda la veneración y la gratitud que con una total adhesión de corazón sentía Marco Aurelio por Antonino Pío.

De hecho, en muchos aspectos, por las disposiciones naturales de su carácter tanto como por su aplicación en seguir el ejemplo de Antonino y en formarse una segunda naturaleza, Marco Aurelio se presenta como un doble de su predecesor. Más que la moral estoica, lo modeló el ejemplo de Antonino. Hay que observar de bastante cerca para distinguir el aporte de inquietudes intelectuales que Antonino no sintió en el mismo grado, el fruto de una continuidad y de una intensidad de reflexión que lo elevan sobre su modelo.

Debía resolver un primer problema, un problema previo. ¿Cómo conciliar la servidumbre de la vida de corte y las exigencias de la vida interior? Antonino ya había demostrado que era posible no transformarse del todo en César, no dejarse arrastrar por el vértigo del poder y no dejarse atrapar en el engranaje de las facilidades. Marco Aurelio sintió profundamente la necesidad de una conciliación, pero de una conciliación en la cual la primacía fuera la de los valores del pensamiento y de la moral de donde nacen la verdadera fuerza y la verdadera superioridad: "Si tuvieras al mismo tiempo una madrastra y una madre, tratarías a aquélla con respeto y solicitud, pero volverías sin cesar al lado de tu madre. Para ti la corte y la filosofía se presentan así; vuelve a menudo a ésta, descansa en ella, porque es gracias a ella que el ambiente de allí te parece soportable, y que en medio de ellos pareces tú soportable" (VI, 12).

Tiene plena conciencia de los peligros a que expone la vida de corte al soberano todopoderoso: crímenes secretos o patentes, o errores de juicio que en política se pagan caro: "No estimes nunca como respondiendo a tu interés lo que te obligue a violar tu palabra, a abandonar el pudor, a odiar; a sospechar, a desear el mal, a mostrar duplicidad, a codiciar lo que necesita muros y cortinados" (III, 7). Los escritos de un Tácito o de un Suetonio, la tradición oral, la moneda corriente de la experiencia directa, le habían mostrado suficientemente la realidad de tales incitaciones y tentaciones. Pensamos enseguida en Tiberio, en Calígula, en Nerón, en Domiciano. El drama es que los partidarios del Senado, de la gran propiedad inmueble a quienes esos mismos emperadores habían atacado, no

valían más. Los vicios de unos y de otros, los crímenes de unos y de otros, quedaban escondidos por un sistema social al que condenan las ganancias insolentes y las abominaciones de la esclavitud.

Una primera virtud es indispensable en la vida de relación: la paciencia; no una paciencia resignada y fría, sino una paciencia adornada por el buen humor y por la benevolencia: "La benevolencia es invencible, mientras sea sincera, no forzada, ni hipócrita" (XI, 18). Por lo tanto: "Acostúmbrate a todo lo que te desagrada" (XII, 6). Marco Aurelio tenía que hacer un esfuerzo sobre sí mismo. Se exhortaba a no discutir, o protestar o salir de sus casillas, a no caer tampoco en la frivolidad por tratar de caer bien: "Basta de esta miserable existencia de protestas o de monerías" (IX, 37). "Ni trágico, ni prostituta", decía también (V, 28). No lo lograba fácilmente. Según Herodiano, el emperador Macrino, durante un reinado de pocos meses, en los años 217-218, se jactaba de imitar los modales de Marco Aurelio: caminaba con afectada lentitud, respondía con desgano a sus interlocutores y hablaba en voz tan baja que apenas se le oía.

Además, tiene la conciencia, la preocupación de cumplir lo mejor posible las tareas cotidianas, y también el cuidado de la lógica y la fidelidad a los principios que constituyen las bases de la justicia.

Nos quedan cerca de doscientos rescriptos imperiales de Marco Aurelio. Escribía o dictaba muchas cartas, en gran parte dirigidas a sus amigos (le sucedió de escribir tres veces al mismo en un solo día), y también correspondencia oficial. Un día dictó, hasta perder el resuello, cerca de treinta cartas. Los rescriptos contienen las sentencias generales que regulaban su conducta y con las cuales intentaba dirigir la conducta de los administradores: "Nadie tiene derecho de dejar que su negligencia dañe a otros" (*Digesto*, II, 15, 3).

No sería conveniente para la humanidad que por una ganancia pecuniaria se retrasara la liberación de un esclavo (*Digesto*, XI, 5, 37). San Agustín recuerda también ésta: "Resultaría desmedido que un esposo exija de su mujer una castidad que él mismo no practica". A lo que responden algunos de sus *Pensamientos*: "Por de pronto, no hagas nada sin reflexionar y sin referirte a un principio. Luego, no des a tus actos otro objetivo que el fin social" (XII, 20). "Lo que no conviene, no lo hagas; lo que no es cierto, no lo digas" (XII, 17).

No protestaba ante el trabajo y cumplía puntualmente todas sus obligaciones. Estaba convencido de que un soberano no debe hacer

nada con precipitación, "la menor negligencia bastaría, afirmaba, para que el reproche se extendiera a todos sus actos" (Dion Casio).

Cada vez que la guerra se lo permitía, se dedicaba a hacer justicia, especialmente en los procesos capitales... Prolongaba las informaciones y las encuestas tanto como resultaba necesario a fin de poder juzgar con conocimiento de causa. Pedía consejo a los jurisconsultos. A menudo consagraba diez días al mismo asunto y a veces continuaba en el tribunal después de caída la noche. El tiempo a que tenían derecho los abogados para hablar quedaba limitado por la clepsidra: él les hacía medir el agua con amplitud.

Una inscripción de Éfeso, del año 164, demuestra hasta qué punto llevaba el escrúpulo, aun a riesgo de complicar inútilmente la tarea de las administraciones. El curador de la ciudad le había preguntado lo que debía hacer con las estatuas de los precedentes emperadores, erigidas en la sala de sesiones del Senado local que caía en ruina. "Las estatuas no deben ser rehechas parecidas a nosotros, respondió. No hemos pedido en otras oportunidades honores para nosotros mismos. Todavía menos debemos permitir que se nos atribuyan los honores dedicados a otros. Algunas de las estatuas están en buen estado: que se conserven con su nombre original. En cuanto a las que están demasiado arruinadas para poder ser identificadas, tal vez se puedan atribuir gracias a las inscripciones de los pedestales, o a los documentos que conserve el Consejo. Valdría más que los honores rendidos a nuestros antepasados fueran restablecidos a que desaparezcan por haber sido refundidas sus imágenes".

No era menos económico con los dineros públicos de lo que había sido Antonino. También como él, era liberal cuando convenía, en forma de donaciones al pueblo o al ejército, aumentando las distribuciones de granos, perdonando los impuestos atrasados, dando juegos o ayudando a las ciudades víctimas del hambre o de los temblores de tierra.

Su liberalismo era más sistemático, su humanidad más profunda que la de Antonino. Estaba muy penetrado por la noción estoica de comunidad humana, a la cual, sin embargo, no pertenecían los esclavos. Impuso el principio de que el castigo debía ser personal, como lo era la falta. Varias medidas redujeron la autoridad jurídica del padre de familia sobre su mujer, sus hijos y sus esclavos, y paralelamente la del tutor sobre la viuda o la pupila. Le gustaba tan

poco ver correr la sangre, que los combates de gladiadores a que asistía se ejecutaban con armas sin punta y forradas. Habiendo un día la muchedumbre insistido para que fuera presentado un león al cual un esclavo había enseñado a comer carne humana, finalmente consintió. Pero no tuvo una mirada para el animal e hizo proclamar por un heraldo que el hombre no había hecho nada como para merecer la libertad. Tuvo piedad de un joven bailarín sobre la cuerda que se había caído y ordenó extender colchones bajo los volatineros, lo que dio origen a la costumbre de tender una red bajo la cuerda.

¿Pero podía dejarse llevar por su dulzura de carácter? Como toda su época, se vio desgarrado y tuvo que violentarse a sí mismo y animarse para ser firme. En parte se sentía ayudado por las tradiciones de las que Roma había sacado parte de su fuerza, en parte por las enseñanzas del estoicismo. "A cada instante aplícate con todo cuidado, como romano y virilmente, en cumplir tu obligación con adecuada y sincera gravedad" (II, 5). "Es necesario también que el cuerpo se mantenga firme sin curvarse, ya sea en movimiento o en reposo. Así como el pensamiento consigue dar una expresión noble y armoniosa al rostro, así debemos también exigir al cuerpo entero... El arte de vivir se parece más a la lucha que a la danza; debemos mantenernos firmes y aplomados bajo los golpes que nos caigan de improviso" (VII, 60 y 61).

Fue así que este emperador filósofo, por la fuerza de las circunstancias, fue al mismo tiempo un emperador soldado. Quiso que el ejército fuese verdaderamente una escuela de valor y de igualdad en la disciplina. Al día siguiente de su muerte, su hijo Cómodo dijo a los soldados en el frente del Danubio un discurso, que según Herodiano comenzaba con esta evocación: "Mientras mi padre vivió, me comporté entre vosotros como un igual. Nos amaba a todos del mismo modo y me llamaba con más gusto vuestro compañero que su hijo. En este último título no veía más que una ley de la naturaleza, en el primero veía una noble participación a vuestras hazañas. A menudo, cuando todavía estaba en la cuna, me depositaba en vuestros brazos, como para confiarme a vuestra fidelidad. Espero que todos vosotros sintáis por mí mucho cariño. Los viejos me lo deben como a su propio alumno, los jóvenes como a un compañero. Mi padre os amaba a todos como a un solo hijo y trataba de inspirarnos todas las virtudes".

Ahora es necesario, como en el caso de Antonino, ir más allá, y pesar los actos no sólo en la balanza de las disposiciones morales, sino también en la de los resultados políticos. Cualesquiera que hayan sido sus intenciones y su buena voluntad, Marco Aurelio al tomar la carga de la herencia del Imperio lleva la responsabilidad, como todo hombre de Estado, de la dirección mantenida o impresa a la conducción de los asuntos públicos.

La *Historia Augusta* insiste en la deferencia que siempre tuvo hacia el Senado y en la autoridad que dejó en sus manos. Mientras estaba en Roma, asistía siempre y en la medida de lo posible a las sesiones, aun cuando no tuviera pendiente ninguna cuestión, y cuando la tenía, no titubeaba en trasladarse aunque estuviera en Campania. No abandonaba nunca la sesión hasta que el cónsul no hubiera pronunciado la fórmula consagrada: "No os retenemos más, padres conscriptos".

Eligió de entre el Senado a los curadores de varias ciudades, con el fin de dar mayor brillo a la dignidad de senador. Reconoció a los senadores una verdadera inmunidad parlamentaria. Antes de la segunda guerra contra los marcomanos juró en el Capitolio que ningún senador había sido condenado a muerte con su consentimiento y que estaba dispuesto a hacer gracia aun a aquellos que fueran culpables de rebelión. Habiéndose rebelado Avidio Casio, fue ejecutado sin su orden, dejándole el sentimiento de que su reino no hubiese pasado sin verter sangre senatorial.

Se extendieron las prerrogativas del Senado: le correspondió intervenir en los procesos en los cuales se había apelado la sentencia pronunciada por un cónsul.

En general las buenas disposiciones del emperador se extendieron al conjunto de los notables, profundizándose de este modo el foso existente entre las dos grandes clases de ciudadanos, una de las cuales se hacía realmente privilegiada ante la ley y por la ley. En efecto, bajo los Antoninos la diferenciación social en el interior de la clase de los hombres que ya existía en el lenguaje y en la práctica, se había agravado y había tomado carácter oficial.

Desde entonces, hubo en lo alto de la escala, los "honorables" (*honestiores*), es decir, senadores, caballeros y miembros de los consejos municipales, y en lo bajo de la escala a los "humildes" (*humiliores*), que comprendían a todos los hombres libres, que no habían

recibido nunca cargos públicos. La diferenciación se inscribía en el derecho penal: a falta o crimen igual, la sanción era más severa para el *humílior* que para el *honestior*.

Cuando se nos dice que Marco Aurelio juzgaba por sí mismo en los procesos capitales, se precisa también que era "cuando se trataba de *honestiores*". De hecho, la comunidad humana se reducía para él a los "honorables". Bajo el nombre de *Gnomon del Idiólogo* nos han llegado los elementos de un código redactado en tiempos de Marco Aurelio y que servía de guía al administrador en jefe del dominio personal del emperador en la provincia de Egipto; ese administrador era llamado "idiólogo", de una expresión helenística que significa: "el encargado de la cuenta particular". Una de las disposiciones del código apunta contra la despoblación a la vez que trata de aumentar el tesoro imperial. Decreta la confiscación de las herencias dejadas por solteros de más de 25 años, de la mitad de las herencias dejadas por los hombres casados sin hijos, de la totalidad de las herencias dejadas después de los 25 años, por mujeres sin hijos, casadas o solteras, de la mitad de las herencias de las mujeres casadas con menos de tres hijos si se trata de ingenuas, y con menos de cuatro si se trata de libertas. Pero tales confiscaciones no se pronunciaban más que contra los romanos que poseían al menos 100.000 sestercios (5.000.000 de francos) y las romanas que poseyeran al menos 50.000. Dicho de otro modo, lo que interesaba a los dirigentes del Estado romano, era mantener el nivel de población de los *honestiores* y no el de la población libre total.

Ese carácter aristocrático se ve más netamente aún en el plano agrícola, lo que llevó a la larga a consecuencias nefastas. Los grandes poseedores de bienes raíces soñaban con extender cada vez más sus posesiones, sin admitir limitación alguna a sus derechos. A causa de las dificultades que tenían con la mano de obra, esclava o libre, la forma de explotación más ventajosa de esos inmensos dominios era la cría de ganado trashumante y el bosque.

El interés general que coincidía con el de los colonos, hubiera sido el reemplazar esas formas extensivas por otras más intensivas: cultivo de cereales, del olivo y, en menor escala, de la vid. Una ley (*lex Manciana*), anterior a Adriano, había concedido a los colonos un derecho de ocupación y de uso sobre las parcelas no comprendidas en las asignaciones de tierras y que nunca habían sido cultivadas,

por ser demasiado boscosas, accidentadas o pantanosas, con la condición de plantar olivos o viñas y de pagar una renta a término fijo al propietario de la tierra. Valorar a fuerza de trabajo y sin seguridad de éxito, tierras juzgadas hasta entonces impropias para el cultivo, no resultaba tentador. Por otra parte, los colonos, agobiados por las cargas impuestas por los propietarios, disponían de demasiado poco tiempo y recursos como para emprender roturaciones difíciles.

Adriano, con su comprensión de los grandes problemas y su independencia hacia la clase senatorial, dio una base mucho más amplia y sólida a la política inaugurada por la *lex Manciana*. Asimiló a las tierras no asignadas, las tierras abandonadas desde hacía diez años; en consecuencia, más fáciles de volver a cultivar, y reglamentó estrictamente las prestaciones debidas por los colonos a los encargados generales de los dominios imperiales. La nueva ley (*lex Adriana*), aun cuando la limitación de las prestaciones no se aplicaba más que en las tierras del emperador, inquietó con razón a la clase de los grandes terratenientes y el Senado se lo hizo notar. De todos modos quiso que la ley se cumpliera. Durante sus viajes a las provincias infligía penas muy severas a los procuradores o jefes de servicio locales que no la habían observado. En cambio, no hay duda de que la ley Adriana no haya quedado como letra muerta, una vez desaparecido su autor. Doce años después de la muerte de Marco Aurelio, será tomada de nuevo por Pertinax: lo que demuestra que en la práctica había quedado en desuso. Una inscripción encontrada en Souk-El-Khemis en Túnez, en el emplazamiento del *Saltus Burunitanus*, provee una prueba más directa. Fechada en el año 181 ó 182, es decir, enseguida de la muerte de Marco Aurelio, relata un pedido dirigido al nuevo emperador por los colonos del dominio imperial. Se quejaban de las prevaricaciones del procurador que cerraba los ojos sobre las exacciones de que eran objeto de parte de los encargados generales. No sólo el procurador se había rehusado durante años a examinar sus reclamos, sino que les había mandado soldados para que los maltratasen, los encadenasen y flagelasen, aun siendo ciudadanos romanos: "Dígnate ordenar, terminaba, que no debamos más que lo prescrito por la ley Adriana, es decir, tres veces dos días por año, a fin de que nosotros, tus paisanos, hijos de tu tierra, nacidos y criados en ella, no seamos ya molestados por los encargados de tu dominio". Fue necesario pasar del emperador filó-

sofo a su monstruoso hijo, para que se pusiera un término, provisional, a la tiranía y a la rapacidad de los *honestiores*, que tan fácil y rápidamente hacían fortuna en las provincias.

No menos significativo resulta el conflicto que hacia el año 168 enfrentó a los magistrados locales de Saepinum, situado más o menos a 700 metros de altura en la región samnita y a los encargados de los rebaños del emperador. Los habitantes de Saepinum, cuyas cosechas se veían regularmente dañadas por las ovejas trashumantes, reaccionaban vivamente; la extensión alcanzada por la trashumancia significaba inevitablemente la ruina de los cultivos, mientras las tierras cultivadas no estuviesen protegidas contra las incursiones de los pastores. La gran lucha histórica del sedentario contra el nómada devastador alcanzaba ya un punto crítico. La actitud que adoptará la administración imperial decidirá el futuro por varios siglos. Que Marco Aurelio haya entonces sacrificado deliberadamente el interés general al interés de los latifundistas siendo él mismo uno de los más importantes, o que sólo haya dejado hacer, las consecuencias son las mismas; la decisión de los prefectos del pretorio contenía en germen la victoria del rico criador, la decadencia de la agricultura y el receso de toda la economía.

Vale la pena reproducir lo esencial de la inscripción que nos ilustra sobre todo el asunto (CIL, IX, 2438). Además de la importancia excepcional de su contenido, da una idea de los engranajes, de los procedimientos y de la fraseología de la administración imperial: ya aparece todo el aparato y el estilo estereotipado de la burocracia moderna.

"Bassaeus Rufus y Macrinius Vindex [prefectos del pretorio] a las autoridades de Saepinum. Os trasmitimos el texto de una carta que nos ha sido enviada por el liberto imperial Cosmus, jefe de la oficina de contabilidad, con las piezas adjuntas y os pedimos que os abstengáis de actuar ilegalmente contra los encargados de las majadas de ovejas, con grandes daños para el fisco. De otro modo sería necesario proceder a encuestas y sanciones, en el caso de que la realidad de los hechos quedara establecida.

"Piezas adjuntas. 1º) Trasmitido por Cosmus a los eminentísimos prefectos del pretorio Bassaeus Rufus y Macrinius Vindex: «Os trasmito el texto de la carta que me fue enviada por Septimianus, mi coliberto y adjunto. Os pido encarecidamente que hagáis escri-

ESTATUA ECUESTRE DE MARCO AURELIO.
(Plaza del Capitolio, en Roma.)

bir a las autoridades de Saepinum y de Bovinum (otra ciudad samnita, en las vecindades de Bovinum) para que dejen de actuar ilegalmente contra los encargados de las majadas de ovejas de que soy responsable, a fin de que gracias a vosotros las finanzas del fisco no sufran ningún daño».

"2º) Trasmitido por Septimianus a Cosmus: «Los encargados de las majadas de ovejas de que eres responsable, me dirigen en este momento frecuentes quejas a causa de las numerososa ilegalidades de que son víctimas de parte de los guardias y de las autoridades de Saepinum y de Bovinum en el recorrido de las *drailles*. Al paso, esos guardias y esas autoridades retienen los animales de carga y los pastores que están a sueldo de los encargados; afirman que son esclavos fugitivos y que retienen animales robados. Con estos pretextos, y con el desorden resultante, se producen pérdidas entre las ovejas imperiales. Hemos considerado necesario escribirles varias veces para que observen una actitud más mesurada, con el objeto de que los bienes del emperador no sufran ningún daño. Como perseveran en las mismas disposiciones hostiles y replican que no se preocupan, ni por mis cartas ni por lo que tú pudieras escribirles para prohibirles actuar de esa manera, te pido, si te parece bien, que sugieras a los eminentísimos prefectos del pretorio que envíen cartas a esos magistrados y a esos guardias»".

Incidentes como éste ayudan a comprender por qué el poder central tendió siempre más a restringir las libertades locales, a imponer su control y una reglamentación uniforme a los magistrados municipales.

Por otra parte, ¿cómo extrañarse entonces de la multiplicación de las rebeliones paisanas, desde la segunda mitad del siglo II? A partir del reinado de Marco Aurelio, el levantamiento de los boyeros en Egipto anuncia y prefigura un porvenir de desesperación, de desorden y de salvajismo.

Los boyeros vivían miserablemente en las barcas en que sus mujeres daban a luz niños a quienes alimentaban con su leche y con pescado secado al sol. Se rebelaron y arrastraron consigo al conjunto de la población, bajo la conducción de un sacerdote llamado Isidoros. Un centurión romano fue enviado contra ellos. Disfrazados de mujer se apoderaron de él y del soldado que lo acompañaba, los mataron a ambos, prestaron juramento sobre sus entrañas y las co-

mieron. Isidoros, vencedor de los romanos en un primer combate, se convirtió en héroe nacional. Alejandría temía ser tomada. Hubo necesidad de medidas extraordinarias, hacer intervenir al gobernador de Siria, Avidio Casio, quien, por otra parte, usó la astucia para aplastar la rebelión, pues no quiso emprender una acción decidida contra ellos "a causa de su desesperación y de su número".

Hacia el final de su vida, Marco Aurelio expresaba su gratitud al peripatético Claudio Severo, cuyo hijo se había casado con su segunda hija Fadilla, por haber adquirido, gracias a él, la noción clara de un Estado democrático, gobernado en conformidad con los principios de igualdad y de libertad de expresión para todos, de una monarquía que respetara, sobre todo, la libertad de sus vasallos.

Nada es más engañoso que las abstracciones de libertad y de igualdad. Todo depende de la extensión del círculo dentro del cual libertad o igualdad se convierten en realidades. En el siglo de los Antoninos el círculo era muy estrecho, puesto que dejaba fuera de la comunidad de los hombres realmente libres e iguales, no sólo a los esclavos, sino también a los "humildes" o *humiliores*.

Sin embargo, esto no suprimía las divergencias políticas dentro del círculo de los *honestiores*, por lo que la elección correspondía al emperador.

Antonino, con tranquila constancia, y seguridad algo limitada, había seguido el camino de la gran mayoría del Senado, cuyos intereses coincidían con sus intereses egoístas de riquísimo terrateniente. Las costumbre de reflexionar, las crecientes dificultades internas no permitieron a Marco Aurelio limitarse a la cómoda idea de un Senado depositario de la sabiduría y de la moral. Tuvo una visión más amplia de las cosas, y aunque todavía tímida, más inquieta e innovadora. Su línea de conducta se estableció entre la de Antonino y la de Adriano.

Interesado por la lógica y la regularidad, perfeccionó la máquina del gobierno y prosiguió la racionalización del sistema administrativo. Siguiendo el modelo de Egipto, estableció un verdadero registro civil con declaración obligatoria de los nacimientos con el fin de facilitar las operaciones administrativas y también para precisar el estado social de cada uno. Retomó la reforma de la organización judicial de Italia realizada por Adriano y luego abandonada por

Antonino. Italia fue dividida nuevamente en cuatro distritos, cada uno confiado a un *juridicus*, quien dirigía los procesos civiles. Llevó a su término la evolución comenzada largo tiempo atrás hacia la percepción directa de impuestos en lugar de su adjudicación a sociedades financieras por acciones y luego a los encargados generales. El artículo 70 del "Gnomom del idiólogo" quitó a los funcionarios de cualquier clase, bajo severas penas, el derecho de comerciar o de prestar con interés en cuanto a la extensión de sus jurisdicciones.

Fue sobre todo en la elección de sus colaboradores que trató de desligarse del círculo estrecho del orden senatorial. Dio como maridos a algunas de sus hijas, no a personajes de alta nobleza, sino a hombres más oscuros, recomendados por sus méritos y por sus cualidades morales. Del mismo modo, a menudo buscó para los grandes empleos civiles las capacidades, allí donde estuvieran. La alta sociedad no dejaba de burlarse, a pesar del favor de que gozaban con el emperador, de aquellos que consideraba advenedizos.

Se contaba a propósito del prefecto del pretorio Bassaeus Rufus una anécdota, que nos hace ver el crédito supersticioso que los romanos, excepto tal vez los más firmes racionalistas, daban a los presagios; para los contemporáneos, la anécdota subrayaba sobre todo la humildad de su origen. Nacido en el campo y en la pobreza no había recibido casi instrucción, pero ya mucho antes de su elevación estaba orgulloso de la estima que se le concedía. Un día, en que estaba ocupado en podar una viña sobre un árbol, alguien le pidió que bajara, y como no se apurara, lo llamó con una pulla: "¡Vamos, prefecto, baja!". Prefecto, dice Dion Casio, como a un hombre que "a pesar de la bajeza de su condición se deja llevar por el orgullo", pero también presagio de un título que la Fortuna debía acordarle más tarde.

Esos hombres, salidos, no de la nada, pero de poco, eran despreciados sin duda por los senadores, porque les faltaban las buenas maneras. Introducían en el cuerpo ya debilitado de la aristocracia una sangre nueva, más vigorosa y que prolongó su existencia. Debemos desconfiar de ciertos juicios desdeñosos que encontramos en los historiadores antiguos y que han sido retenidos demasiado ligeramente por los historiadores modernos. De Pescenio Níger, que fue distinguido en sus comienzos por Marco Aurelio, de quien reci-

bió un mando bastante importante, Dion Casio nos dice que, perteneciente al orden de los caballeros, no tenía en sus virtudes ni en sus vicios nada que diera motivo a la alabanza ni a la crítica. En cambio, la *Historia Augusta* relata de él una serie de acciones en que se combinan la energía, la frugalidad, el sentido de justicia, la compasión por los pobres, cualidades todas que florecen en los medios populares y que raramente se encuentran reunidas en quien no ha conocido las realidades de una existencia necesitada.

De mediana condición, mediocremente instruído, quedó por mucho tiempo como centurión; después se elevó poco a poco por sus méritos al mando de grandes ejércitos. Continuó entonces dando ejemplo de sobriedad y resistencia. Durante las marchas se cargaba y obligaba a sus oficiales a cargarse tanto como el simple legionario. Velaba para que el soldado tuviera siempre lo que le correspondía. Mientras pretendía el Imperio, hizo lapidar por los auxiliares a dos tribunos militares convictos de haber realizado ganancias con las vituallas. Esto le permitía exigir mucho a la tropa. Habiendo visto a algunos soldados beber en copas de plata, prohibió el uso de la plata durante la guerra e impuso el uso de recipientes de madera. Prohibió el vino durante las expediciones, en las cuales la bebida debía consistir en agua mezclada con vinagre. Las unidades que custodiaban las fronteras de Egipto le reclamaron vino un día: "¿Cómo, tenéis el Nilo y pedís vino?", respondió. Finalmente, imponía una disciplina rigurosa en las relaciones con la población civil. Sus soldados perdieron la costumbre de exigir a los habitantes de las provincias aceite y prestaciones. Condenó a ser ejecutados por el hacha a dos soldados del mismo manípulo que habían robado una gallina, y no consintió en concederles gracia, a petición del ejército, sino con la condición de devolver al propietario el valor de diez gallinas. Fueron oficiales de este temple los que daban, en buena parte, valor a los ejércitos de Marco Aurelio.

El más notable entre ellos fue Pertinax, cuya historia empezará más adelante, junto con la de las guerras en el Danubio. Pero hay que hacer notar, desde ahora, la hostilidad de que fue siempre objeto de parte de la aristocracia, a pesar de los servicios que prestó al Imperio. Cuando recibió el consulado como recompensa de sus hazañas, algunos se indignaron de esta elevación, siendo como era de oscuro nacimiento, y por broma le aplicaron un verso sacado de la

tragedia de Eurípides *Las suplicantes,* que había quedado como proverbio: "¡He aquí los frutos de esta deplorable guerra!".

Sabemos bien que Marco Aurelio no dejaba por cierto de lado a los representantes de la nobleza imperial. Había entre ellos algunos muy capaces, dotados de sólida formación moral, como Cayo Aufidio Victorino, representante de una de las primerísimas familias romanas y que había sido condiscípulo del emperador. Llegó a ser yerno de su maestro Frontón. Cónsul por dos veces, llegará a prefecto de Roma bajo Cómodo. "Era uno de los que habían recibido de Marco Aurelio más honores; nadie lo sobrepasaba en fortaleza de alma y en su elocuencia" (Dion Casio). Se le respetaba por su estricta integridad. Gobernador de la Germania superior en el año 162, rechazó victoriosamente una invasión de los chattos. Durante su comando, supo que uno de sus lugartenientes se había dejado comprar, no sabemos en qué circunstancias. Le reprochó primero en particular, pero fue en vano. Subió entonces públicamente a su tribunal, juró que jamás había aceptado presentes, e invitó a su lugarteniente a prestar el mismo juramento: éste no osó ser perjuro y fue destituído. Guardaba las formas, más de lo que hubiera hecho un Pescenio Níger. Pero el ejemplo dado por tales hombres, tuvo también su papel para mantener elevada la moral del ejército. Marco Aurelio tuvo la perspicacia de distinguir y de imponer a unos y otros.

Sin embargo, es necesario volver a la comprobación esencial: Victorino no representaba más que una excepción bastante rara en su medio social. Es notable que haya sido elevado a las más altas dignidades en tiempo de Cómodo, que no se haya mezclado en los complots organizados por los senadores contra ese príncipe y que no haya quedado comprendido en las proscripciones y ejecuciones que cayeron sobre estos senadores. Con Didio Juliano y con Albino, que comenzaron con Marco Aurelio una brillante carrera destinada a terminar trágicamente durante las luchas por el poder después de la muerte de Cómodo, contamos con dos personajes más representativos.

Didio Juliano era probablemente pariente por su madre del célebre jurisconsulto Salvio Juliano, que había redactado el *Edicto perpetuo,* bajo Adriano, que había sido dos veces cónsul y luego prefecto de la ciudad bajo Antonino. Nacido en el año 133, fue educado en la casa de Domicia Lucila, madre de Marco Aurelio,

quien luego lo elevó a los honores. Tuvo el mando la XXII^{a} legión en Germania y se distinguió en el gobierno de Bélgica, en el cual permaneció durante mucho tiempo y en el que supo rechazar las incursiones de los chaucos con la sola ayuda de los auxiliares provinciales rápidamente reclutados; este éxito le valió el consulado en el año 174 ó 175.

Habiendo recibido una cuidadosa formación en el ambiente de la corte, no le faltaba capacidad como administrador o jefe militar. Pero su manera de vivir lo alejó de la simpatía popular. Gustaba de los placeres de la mesa, tenía la pasión del juego, se entregaba a ejercicios de gladiador; todas las señales, las marcas de la juventud dorada de la época. Era muy orgulloso. Pero como gran señor disimulaba sus defectos por medio de una refinada cortesía, de una afectación de simplicidad, de moderación y de amabilidad. Fue acusado como conspirador bajo Cómodo, y escapó a la muerte sólo porque este emperador, cansado de inútiles crueldades, empezó a temer ante el creciente odio que sentía a su alrededor. La violencia de sus opiniones preconcebidas, estallará finalmente en el complot cuya víctima fue Pertinax; Juliano, que fue acusado de ser el alma del complot, resultó al menos el beneficiario aunque por muy corto tiempo.

Claudio Albino pretendía estar unido por su familia a la más antigua y alta nobleza romana, pero ésta estaba arruinada a medias. En cualquier época los nobles arruinados son los más preocupados por su nobleza y los más encarnizados en hacer valer sus pretensiones. Mediocremente instruído en las letras latinas y griegas, manifestó muy pronto un vivo gusto por la carrera de las armas. Se hizo notar por Marco Aurelio y rápidamente subió los peldaños que lo condujeron de comandante de dos cohortes de auxiliares a comandante de una legión. Era muy goloso y devoraba grandes cantidades de fruta.

Era detestado por su mujer, injusto con sus esclavos y cruel para con sus soldados. Hacía azotar con varas a los centuriones que habían cometido una falta; llegó hasta crucificar a más de uno que no merecía ese castigo. Tan natural parece la distinción de un Juliano que partió desde muy alto, como también la brutalidad de un Albino que tuvo que ascender a fuerza de puños. Sin embargo, ambos se unieron para librar a la clase senatorial de un Pertinax que

osaba atacar sus privilegios. Será Albino quien determinará a Juliano para que haga asesinar a Pertinax; el mismo Albino que había pronunciado ante sus soldados en Bretaña al conocer la falsa nueva de la muerte de Cómodo, el más retrógrado y provocativo de los panegíricos del Senado:

"Si el Senado del pueblo romano conservara su antiguo poder y si semejantes responsabilidades no estuvieran en manos de un solo hombre, jamás los destinos del Estado hubieran sido confiados a hombres como Vitelio, Nerón o Domiciano (nombres que por cierto no fueron elegidos al azar)... Fue el Senado quien agregó el África al Imperio, quien sometió las Galias y las Españas, quien dictó leyes a los pueblos de Oriente... La autoridad del Senado fue poderosa hasta Nerón, puesto que esa asamblea no temió condenar a un príncipe despreciable e impuro, y dictar sentencia de muerte contra quien entonces detentaba el derecho de vida o muerte... Corresponde al Senado el comando, la repartición de provincias y el nombrarnos cónsules".

El prestigio de Marco Aurelio, su política de compromisos, dirigida no sin habilidad, podían apenas moderar o contener a las oposiciones que desencadenaron las guerras civiles del fin de la República y que no cesaban de renacer en el seno de las clases dominantes. Oposiciones entre esclavos y patrones, entre *humiliores* y *honestiores*, oposiciones entre *honestiores*, la máquina hubiera acabado por descomponerse aun sin contar con las más graves complicaciones exteriores. Por una aparente fatalidad, pero más exactamente porque el momento había llegado, esas complicaciones se declararon bruscamente al advenimiento de Marco Aurelio para no dejarle ya descanso. Este filósofo, que al revés de la mayoría de sus predecesores no había tenido oportunidad de ejercer grandes mandos militares ni administrado provincias antes de subir al trono, se vio obligado a guerrear durante casi la totalidad de su reinado: diecisiete años, sobre un total de diecinueve.

ANTONINO PÍO.
(Museo del Louvre; proviene de los alrededores de Albano.)

Capítulo VIII

LUCIO VERO Y LA CAMPAÑA CONTRA LOS PARTOS

Bajo el reinado de Antonino, las dificultades surgidas entre los partos y Roma sólo tuvieron una precaria solución. Marco Aurelio en sus comienzos tuvo que enfrentar una ruptura declarada.

Armenia se presentaba, desde comienzos del Imperio, como una verdadera manzana de discordia entre partos y romanos. Se trataba de ver quién hacía predominar su influencia en esos territorios de gran importancia económica y estratégica, y la balanza se mantenía siempre oscilante. Aprovechando sin duda el cambio de reinado, Vologeso III, rey de los partos, invadió Armenia y cambió el rey investido por Roma, por un príncipe arsácida cuyo nombre era Pacoros. El gobernador de la provincia de Capadocia, Marcos Sedacio Severiano, reaccionó enseguida siguiendo las mejores tradiciones de la política romana. Penetró en Armenia; pero rodeado por la caballería de Vologeso en Elegaia sobre el curso superior del Éufrates, se dio a sí mismo la muerte luego de ver aplastado a su ejército. Armenia quedó perdida, y los partos, aprovechando su éxito, invadieron Siria, donde el legado Attidio Corneliano no tuvo más remedio que huír.

El desastre era importante, aunque sin duda no concernía más que a una parte excéntrica del Imperio. Pero además del eco que podía tener sobre el conjunto de la situación militar, tocaba a regiones cuya importancia económica no dejaba de acrecentarse después de su anexión.

Siria había sido la iniciadora y continuaba siendo la principal proveedora de toda una serie de producciones de lujo: púrpura, sedas, vidrios. A mediados del siglo I antes de nuestra era, el descubrimiento del soplado del vidrio, tal vez en Sidón, revolucionó esta in-

dustria: el descubrimiento había rebajado considerablemente el precio de costo y permitido gran variedad de formas, sea cuanto a trabajos de una fantasía y delicadeza asombrosas, sea como recipientes comunes de uso doméstico, capaces de competir con la cerámica y el metal. Sin embargo, el Cercano Oriente no tenía ya la exclusividad de estas fabricaciones. Se había instalado una fábrica de vidrio en Roma, bajo Tiberio, cerca de la puerta Capena. Se producía un vidrio muy puro en la desembocadura del Volturno entre Cumas y Literno. Aún más, este arte comenzaba a pasar a España y a Galia, donde tomaría en los siglos III y IV un desarrollo extraordinario en las regiones del norte y del Rin.

Sin duda ya el papel comercial era más importante que el industrial. Dos ejes internacionales de comercio convergían en Antioquía, relacionando al mundo romano con los países fabulosos del Extremo Oriente por medio de caminos continentales o por la vía del océano Indico.

El camino de tierra, esencial ruta de la seda, estaba controlada por los partos. Se adentraba hacia Oriente, hacia el Turquestán y la lejana China, por Doura, Europos, Seleucia del Tigris y Ecbatana. Una variante pasaba más al norte a través de Armenia. Pero la corriente principal de la importación, de Doura Europos, bifurcaba hacia Damasco y Alejandría por el oasis de Palmira, cuya antigua opulencia de los tres primeros siglos de nuestra era se evoca aún en nuestros días gracias a sus prodigiosas columnatas situadas en medio de las arenas.

El otro camino se dirigía hacia el sud, por Petra y Aelana, hasta el golfo de Akaba, desde donde se llegaba sea por tierra hasta los oasis de la Arabia del Sud, camino del incienso, o por las aguas del mar Rojo, camino de la India.

Las ruinas de Petra no son menos fantásticas que las de Palmira. Dos creaciones del gran negocio; dos milagros del espíritu de empresa y de la energía humana. En Petra, capital muerta de un desierto de arcilla roja, un extraño conjunto de tumbas, columnas y capillas funerarias, yace fijada desde hace siglos, en el hueco de un valle fortificado por la naturaleza al que se penetra por profundas gargantas, tan estrechas a veces que dos jinetes o dos camellos pueden apenas cruzarse. En la época de los Antoninos se hallaban establecidos allí numerosos italianos que se oponían entre sí en continuos procesos, pero que se daban cita los días de fiesta en un teatro edificado para 3.000 espectadores.

El comercio con la India había aumentado considerablemente cuando se aprendió a utilizar el monzón para las travesías directas del estrecho de Bab el Mandeb hasta la costa de Malabar. Se cambiaban metales no ferrosos, vidrio, coral, telas finas y monedas, con piedras preciosas, diamantes, marfil y pimienta. "Es notable, decía Plinio el Viejo, que el uso de la pimienta se haya extendido tanto...; la pimienta gusta sólo por su amargura, y por una amargura que se va a buscar a la India...; la pimienta y el jengibre son silvestres en las regiones donde crecen, y sin embargo las compramos al peso como el oro y la plata" (*Historia natural*, XII, 14).

Algunos navegantes audaces se aventuraban más allá de la India y llegaban al golfo de Siam pasando por el estrecho de Malaca. En 1944, un arqueólogo francés, Luis Malleret, descubrió durante unas excavaciones en Oc-eo, cerca del delta del Mekong, monedas de Antonino y de Marco Aurelio. No se puede desechar la posibilidad de que esas monedas hayan pasado desde la India a causa de intercambios locales, en lugar de haber sido llevadas directamente del Cercano Oriente. Pero en los anales chinos se indica la llegada a China, por Annam, el 166, de una "embajada" enviada por el emperador Antoun (Marco Antonino): seguramente eran comerciantes romanos o sirios que se adjudicaron a sí mismos esa recomendación.

El nuevo reinado comenzaba, pues, con malos augurios. Además y al mismo tiempo aparecieron otras complicaciones de menor envergadura, pero sin embargo intranquilizadoras: un levantamiento en Bretaña, una incursión de los chattos en Germania y en Retia que dominó el yerno de Frontón, Aufidio Victorino.

Marco Aurelio, cuyo carácter alejado de toda jactancia se inclinaba más bien a la inquietud, quedó muy turbado. Bajo la impresión de las malas noticias que llegaban de todos lados, escribió a Frontón desde una villa próxima a Roma: "Leo algo de Celio y de un discurso de Cicerón, como quien dice a escondidas, en todo caso corriendo; tan rápidamente una preocupación sucede a otra. No tengo otro alivio que el de tomar un libro. Mis pequeñas están en este momento en la ciudad, con Matidia (tía abuela de Marco Aurelio) y no pueden venir a acompañarme en la velada a causa del viento helado".

Como literato que se tranquiliza y cree tranquilizar a su público con el recuerdo de los tiempos gloriosos y por la magia de las palabras, Frontón se esfuerza en una muy larga respuesta por tranquilizar al emperador: lugares comunes, recuerdos de las vicisitudes que señalaron a las guerras del pasado, de las negras jornadas del Allia, de Canas, de Carrhae: "Pero siempre y en todas partes, Marte cambió nuestras desgracias en victorias, nuestros terrores en triunfos". Luego de esta oleada de elocuencia hueca, bajó a un tono menos afectado para sugerir un consejo circunstancial: "En cuanto a la frase de tu carta sobre la imposibilidad de leer si no es furtivamente y corriendo a causa de las preocupaciones del momento, acuérdate y aprovecha la anécdota siguiente. Durante la terrible guerra de las Galias, al lado de numerosos escritos militares, Julio César escribió dos libros muy estudiados sobre la analogía. En medio de los proyectiles que volaban, se ocupaba de la declinación de los nombres; en medio de los toques de trompeta, se ocupaba de la aspiración de las palabras. Tú, Marco, no estás menos dotado que él, ni eres de una sangre menos insigne, ni estás menos provisto de ejemplos y de modelos en tu familia; ¿por qué no dominas tus dificultades, o no encuentras por ti mismo tiempo no sólo para leer discursos, poemas, historia o filosofía, sino también para resolver, si tuvieras paciencia, silogismos?".

Comparaciones inútiles, sugestiones vanas; César se sentía llevado menos por su confianza en su estrella que por las fuerzas latentes de una sociedad que estaba todavía lejos de haber agotado su dinamismo. Sus curiosidades literarias eran un juego, un descanso. Para Marco Aurelio, portador desde su gran crisis moral, de un sordo descorazonamiento, si las exhortaciones del estoicismo no le llegaban ya, suponiendo que alguna vez hubieran servido, ¿qué hubiera podido el vacío de la retórica?

Los romanos no pensaban nunca en los partos sin cierto temor y con resentimiento. Este antiguo pueblo escita, que continuó siendo un pueblo de jinetes y de temibles arqueros, había fundado en el siglo II antes de nuestra era, en el actual Irán, un reino que desde entonces no había dejado jamás de desafiarlos. Los últimos tiempos de la República fueron ensombrecidos en esta frontera, por graves desastres. En Carrhae, en el año 53, un ejército romano había quedado aniquilado, y su jefe, el triunvíro Craso, muerto. Las legiones, agotadas por largas marchas bajo un sol agobiante, quedaron aterrorizadas por la súbita irrupción de una caballería cubierta de hierro, por el redoblar alucinante de los tambores y por la lluvia de flechas que silbaba por todos lados. En el año 36 antes de nuestra era, fue inútil que Antonino organizara la más poderosa expedición que Roma hubiera nunca puesto en marcha; a la cabeza de 100.000 hombres penetró en Azerbaiján, pero acosado sin descanso, perdió sus vehículos, y sus máquinas de guerra, viéndose obligado a una retirada desastrosa, vergonzosa, dice Frontón.

El Imperio arregló la situación sólo en apariencia. Bajo Nerón, dos legiones se vieron obligadas a capitular en Armenia. Bajo Trajano, durante la guerra que terminó con la efímera anexión de Armenia, Mesopotamia y Asiria, el ex cónsul Apio Máximo Santra soportó una verdadera derrota en la cual encontró la muerte.

He aquí que la trágica historia se repetía una vez más. Felizmente los partos tenían su lado flaco que siempre les había impedido explotar completamente sus victorias, y estabilizar sus conquistas. No tenían todavía más que un embrión de Estado centralizado. Dentro de la familia real, las rivalidades y odios entre hermanos provocaban frecuentes y violentos choques cada vez que se trataba de la partición de una herencia que comprendía, además del trono principal, los tronos dependientes de Armenia y de Media. Por otra parte, sus reyes no disponían de tropas regulares ni de ejércitos permanentes. No podían reclutar soldados más que durante la duración de una guerra.

Las medidas necesarias fueron tomadas por Marco Aurelio y sus estados mayores. Aun preocupados por las peores inquietudes, los romanos no se dejaban desconcertar fácilmente. Se reclutaron refuerzos en las regiones occidentales. Poseían una excelente organización de transportes que les permitía realizar rápidos cambios de un extremo a otro del Imperio o concentraciones provisionales en los lugares amenazados.

Para poder coordinar las operaciones de varios ejércitos, tomar decisiones sobre la marcha a tanta distancia de Roma, se necesitaba un jefe provisto de poderes extraordinarios. Marco Aurelio lo confió a su hermano adoptivo y socio en el Imperio, Lucio Vero. Sin

duda, éste, que acababa de cumplir treinta años, no parecía preparado para ejercer un comando semejante. Antonino, que no confiaba en él, lo había apartado de los asuntos públicos. Sus costumbres se prestaban a la crítica. Sin embargo, ¿quién legalmente hubiera podido tener una autoridad igual a la que le correspondía por su rango? También se decía que Marco Aurelio tenía un segundo propósito: esperaba que las penurias de la guerra enderezarían al joven, quien realmente lo necesitaba.

Físicamente, Lucio Vero se presentaba muy bien, pues era bien proporcionado y de fisonomía abierta y acogedora. Su barba, que dejaba crecer sin recortarla mucho, a la moda bárbara, y sus cejas unidas en la frente, le prestaban una imponente apariencia. Le gustaba ser admirado; y cuidaba mucho su caballera rubia, que espolvoreaba con limadura de oro para que quedara más brillante.

Moralmente, gustaba más por su espontaneidad que por su seriedad. Muy franco, era incapaz de disimular ni sus sentimientos, ni sus errores de conducta. Se le dieron excelentes maestros a quienes había testimoniado mucho afecto y que por su parte lo querían. Encantaba a su hermano adoptivo por su ternura y sus atenciones. En cambio, no demostró ni disposiciones ni afán por el estudio. Era mal poeta, lo que no parece grave para un futuro hombre de Estado, pero esto en la época parecía signo de incultura. Era mejor orador a pesar de que tenía cierta dificultad para expresarse. Dion agrega, en su favor, que sentía más afición por el oficio de las armas que por las letras.

Exuberante, lleno de vigor, de admirable, de notable habilidad para todos los juegos, sentía una inclinación desenfrenada hacia el lujo y los placeres. Se abandonaba a todas las tentaciones y éstas se le ofrecían por todos lados. Sus costumbres disolutas contrastaban vivamente con la austeridad, excepcional en la época, de Marco Aurelio.

Sentía apasionada afición por los juegos del circo y por las carreras de caballos, hasta el punto de tener en las provincias corresponsales que lo mantenían al corriente de todas las performances. Apoyaba fervientemente a la facción de los Verdes, en favor de la cual se manifestaba tan abiertamente, aun en presencia del emperador, que los partidarios de los Azules le gritaban injurias. Llevaba consigo la imagen de oro de su caballo favorito, que se llamaba el

Pájaro. Alimentaba a ese mismo caballo con uvas y dátiles en lugar de cebada, y se lo conducían hasta el Palatino y hasta la casa de Tiberio cubierto de mantas color púrpura. Cuando murió le erigió una magnífica tumba sobre la colina Vaticana.

Podemos suponer que a su partida para Oriente, Lucio Vero no abandonó sin sentirlo su vida frívola, la adulación de la juventud dorada y el ambiente romano de continua fiesta.

Intentó transportar ese ambiente festivo, durante su viaje. También esperaba, sin duda, encontrar agradables resarcimientos a su llegada a Antioquía: esperanza que resultó colmada.

Marco Aurelio lo acompañó hasta Capua, cercana a las villas imperiales del golfo de Nápoles. Inmediatamente se sintió más libre y lo aprovechó. Bebía más de lo debido en todos los puntos donde se detenía. Siendo su conducta tan poco razonable, cayó enfermo en Canusium a mitad camino entre Capua y Bríndisi, desde donde debía embarcarse; Marco Aurelio, cuya paciencia y atenciones nos sorprenden, volvió a viajar para visitarlo.

Cuando se sanó, comenzó a distraerse con grandes partidas de caza; el desarrollo de la cría de ganado trashumante había parcialmente llevado a la Apulia al abandono y al salvajismo. Luego se embarcó. Desde Corinto hasta Atenas la navegación se convirtió para él en una inmensa fiesta, transcurrida entre cantos y música. En Atenas fue su huésped uno de los personajes más fabulosamente ricos de la época, Herodes Ático.

Herodes Ático: el nombre resulta familiar a quien haya viajado por Grecia y haya visto las ruinas de sus construcciones especialmente en Atenas, al pie del Acrópolis, los imponentes restos de su Odeón. Con gusto se le citaría como modelo de los mecenas. También se le conoce honorablemente, como a uno de los mejores oradores del siglo II. Éste es el anverso de la medalla. Debemos también considerar el reverso, es decir, el magnate poseedor de tierras, el representante de la alta aristocracia senatorial. Su carrera es bastante conocida, y la ocasión de acercarse más a uno de estos grandes y poderosos personajes a los que ordinariamente sólo podemos ver desde lejos, desde demasiado lejos para formarnos una idea exacta, es demasiado tentadora.

Descendía de una familia riquísima del Ática que había conseguido un resurgimiento realmente milagroso. Su abuelo Hiparco,

poseedor de cien millones de sestercios, había recibido el título de ciudadano romano; pero más tarde sus bienes le fueron confiscados por Nerón. Mientras tanto, su padre Ático había descubierto en una de las casas que le quedaban y que estaba situada cerca del teatro de Dionisio, un tesoro, del que no sabemos nada preciso sino que representaba un enorme valor. El emperador Nerva lo había confirmado como propietario del tesoro y además se había casado con una heredera cuya fortuna era igualmente considerable.

Nuestro Herodes, nacido hacia el año 101, se había educado en la misma casa del abuelo materno de Marco Aurelio, Calvisio Tullo, y allí fue enseñado por algunos de los más ilustres maestros de la época, entre ellos Polemón y Favorino. Por lo que en él se había realizado la más completa fusión entre la aristocracia romana y la aristocracia provinciana de origen indígena, contra la cual se había opuesto por mucho tiempo el Senado, con insistencia y estrechez de espíritu, pero que a la larga había acabado por ensanchar y consolidar con mucha eficacia su base social.

En el año 126 se encargó de "reorganizar las ciudades libres de Asia", es decir, ejerció un estricto control sobre sus finanzas que estaban en malas condiciones. Para esto obtuvo de Adriano una subvención de tres millones de dracmas, o sea doce millones de sestercios, para construír una conducción de agua a Troya, la ciudad de Eneas, legendaria madre de Roma. Condujo estas obras con una imprevisión y una negligencia que cuadraban muy mal con su misión. El total de los gastos se elevó a siete millones de dracmas. Para calmar el descontento de Adriano, su padre tuvo que cargar con la diferencia. La anécdota da idea de las dimensiones de la fortuna paterna. Aun las confiscaciones brutales de Nerón no lograban frenar la concentración de la tierra y de la riqueza en un pequeñísimo número de personas.

Su padre murió en fecha indeterminada; e impelido por sus libertos que habían captado su confianza y que detestaban al joven Herodes, a quien reprochaban su dureza para con ellos mismos y con los esclavos, dejó por testamento un legado anual de una mina, o sea cien dracmas para cada ateniense. Era un modo de desheredar a Herodes. Pero éste no estaba dispuesto a dejarse arruinar, aun si era ésta la voluntad de un difunto. Supo defenderse, discutió largamente con los atenienses y acabó por conseguir una transacción

BUSTO DE FAUSTINA LA JOVEN, MUJER DEL EMPERADOR MARCO AURELIO.
(Museo del Louvre, nº 1144; proviene de la colección Campana.)

que concedía a cada uno de éstos cinco minas, de una sola vez. Esta transacción era ventajosa para él. Pero no lo bastante; por lo que hizo establecer una lista rigurosa de las sumas que cada ateniense debía a su padre por deudas posiblemente usurarias. No entregó más que el resto, a menudo una suma muy pequeña; en ciertos casos, algunos quedaron como deudores.

En cambio prometió restaurar la ciudad en su antigua gloria cultural y monumental, promesa tanto más fácil de cumplir, ya que haciendo al mismo tiempo los negocios de Roma, conseguía más fácilmente el afianzamiento de su propia preponderancia. Fue sacerdote de Roma y del emperador. Luego de la dedicación del templo del Olympeion, concluído gracias a la liberalidad de Adriano, se convirtió en sacerdote de Zeus y de Adriano. Hacia el año 135 fue arconte epónimo y presidió los juegos de las Panateneas y los fuegos Panhelénicos. Como respuesta a este honor hizo revestir a su costa todo el estadio, con mármol del Pentélico, empresa tan considerable que las canteras de la montaña quedaron casi agotadas. Los atenienses, que tenían memoria, no le perdonaban el haberlos frustrado de la herencia de Ático, y como no tenían pelos en la lengua, se vengaban con pullas: "es realmente un estadio panateniense: ¿no ha sido acaso construído con dinero de todos los atenienses?".

Herodes era fabulosamente rico. Su biógrafo ha omitido trasmitirnos la lista de sus posesiones y la de sus esclavos. Pero es seguro que reinaba sobre inmensas extensiones de tierras y sobre ejércitos de esclavos, y esto lo hacía con una ostentación increíble. A la entrada de la propiedad que tenía en la llanura de Maratón, había una inscripción que anunciaba: "Puerta de la Concordia Universal. Entras a los dominios de Herodes". Inmolaba a la diosa Atenea hecatombes enteras. Convidaba gente a festines sagrados, en los que ciudadanos y extranjeros, recostados sobre el césped, comían y bebían hasta hartarse. Construía o reconstruía en las ciudades, los santuarios en que el antiguo renombre llevaría en adelante al suyo: Delfos, Corinto, Olimpia.

Si al menos hubiera gastado sus inmensas riquezas en obras para mejorar el suelo o para acrecentar el potencial económico del país del que tan orgulloso se proclamaba, la explotación de los esclavos que formaba la base de semejante acumulación de riquezas, por

inhumana que fuera, hubiera tenido algún sentido y hubiera preparado para otros un porvenír menos malo. No vemos en este caso nada del espíritu creador que a comienzos del Imperio había fecundado a Italia y a las provincias occidentales. No existía ese afán de mejorar la naturaleza, ciertamente con el fin de conseguir ganancias individuales, pero con la feliz consecuencia de que se acrecentaran de modo duradero y en beneficio de toda la sociedad, las posibilidades de producción. Grecia estaba despoblada y se iba arrastrando por la huella de la decadencia económica e intelectual. El foco vivo del helenismo se había trasladado al Asia anterior, en donde nacieron la mayoría de los escritores del renacimiento de las letras griegas: Dion Crisóstomo, Apiano, Arriano, Luciano, Dion Casio, Plutarco, que nació en Beocia, en Queronea, es una excepción, y se lamentaba de que la Grecia entera no estaba ya en condiciones, en su época, de proveer los tres mil hoplitas que antaño la sola ciudad de Megara había enviado a Platea.

Los islotes de prosperidad que aparecían acá y allá en el Pireo o en Mantinea no eran más que los relevos de la explotación de la provincia de Acaya.

Herodes Ático presenta aspectos aún más discutibles. Había consagrado a algunos líbertos numerosos monumentos en los bosques, cerca de las fuentes o en otros puntos a los que el paseo y la caza los habían llevado juntos. Hacia el año 160 perdió a su segunda mujer Annia Regilla, que le había dado tres hijos. Murió encinta, y su hermano Apio Anio Atilio Bradua, personaje importante y cónsul justamente en el año 160, intentó un proceso a Herodes Ático, acusándolo de ser responsable de la muerte de Regilla y de haberla hecho abrumar con malos tratos por su liberto. Inquietante acusación. Inquietante sociedad e inquietante época en que se desarrollaron procesos de este género. Sin embargo, Herodes se disculpó ante el Senado. Luego, ¿fue para disimular o por sincera aflicción?, erigió en honor de la difunta una magnífica tumba en la propiedad aportada por ella como dote y que se extendía a lo largo de la vía Apia hacia el tercer mojón miliar.

Más adelante volveremos a encontrar a Herodes Ático mezclado en otras historias sombrías, donde curiosamente se pondrá en tela de juicio la estadía hecha por Lucio Vero en su casa, durante el año 162.

Abandonando Atenas, Lucio Vero prosiguió su viaje sin prisa. Hízo escala en los más célebres puertos del Asia Menor, en Panfilia y en Cilicia, en busca de todos los placeres. Llegó finalmente a Antioquía, que era una de las primeras metrópolis del Imperio.

Antioquía, situada sobre la ribera meridional del Orontes a unos treinta kilómetros del mar, no es hoy en día más que una ciudad secundaria de algunas decenas de miles de habitantes, mercado agrícola para el aceite de oliva, lana, pieles, frutas y asiento de pequeñas industrias para la transformación de esos mismos productos. Pero la ciudad actual sólo ocupa la décima parte de la superficie sobre la cual se extendía la ciudad antigua, fundada en el año 300 antes de nuestra era por un monarca helenístico. Como se encontraba sobre la principal vía del Éufrates al Mediterráneo, rápidamente se convirtió en un centro comercial de primer orden.

Los romanos, cuyos ingenieros náuticos habían alcanzado un muy alto nivel técnico, mejoraron mucho las instalaciones de su puerto, Seleucia, instalado cerca de la desembocadura del Orontes. Ese puerto había sido creado por el ahondamiento de un dique natural en el que desembocaba un torrente muy molesto a causa del aporte de aluviones y de sus devastadoras crecientes. En tiempos de Vespasiano y de Tito se comenzaron, con la ayuda de las legiones de Siria y de los tripulantes de la flota, obras prodigiosas para la época. Un enorme dique cerró el lecho del torrente, cuyas aguas fueron desviadas hacia el mar por medio de un canal que atravesaba la montaña por dos túneles, el más largo de los cuales tenía casi ciento treinta metros con una altura de siete. Por la amplitud de un programa cuya realización sólo se terminó sin duda en época de los Antoninos, podemos juzgar del interés que presentaba para los romanos el puerto de Seleucia.

La ciudad de Antioquía misma ofrecía un aspecto grandioso y aún brillante. Devastada por repetidos temblores de tierra en el año 148 antes de Jesucristo y en el 37 y 115 de nuestra era, había sido reconstruída cada vez, agrandada y embellecida. Sus calles se cruzaban como damero, y una de sus principales arterias había sido pavimentada de mármol y bordeada con pórticos por el emperador Tiberio. Su población era muy mezclada y comprendía como elemento preponderante a los griegos, a los sirios en los suburbios y a una gran colonia judía concentrada en un barrio excéntrico;

turbulenta, enérgica, permeable a las ideas nuevas. Al lado de los judíos tradicionalistas que se aislaban material y espiritualmente, algunos sufrían la influencia de las grandes corrientes de pensamiento que circulaban en el mundo griego. Fue en Antioquía donde el cristianismo naciente dio un paso decisivo hacia el universalismo; sus adeptos recibieron allí por la primera vez el nombre de cristianos en lugar de nazarenos: "El punto de partida de la Iglesia de los gentiles —escribe Renan—, el principal foco de las misiones cristianas, fue verdaderamente Antioquía. Fue allí donde por primera vez se constituyó una Iglesia cristiana liberada de los lazos del judaísmo, fue allí donde se estableció la gran propaganda de la época apostólica, fue allí donde se formó definitivamente San Pablo".

Finalmente, Antioquía, aunque sus escuelas habían adquirido una reputación sólida, atraía sobre todo como ciudad de placeres. Negociantes que habían conseguido fáciles ganancias, grandes terratenientes, estados mayores administrativos y militares, encontraban en ella toda clase de diversiones y todos los refinamientos de una ciudad de deleites. Frecuentaban mucho, a pocos kilómetros de la ciudad, la población de Dafne. Una leyenda poética pretendía que la ninfa Dafne, huyendo de la persecución de Apolo, quedó convertida en laurel (en griego Dafne = laurel). Un bosque sagrado en que se mezclaba este árbol con ciprés, protegido por la prohibición absoluta de echar abajo ningún tronco, tenía cerca de mil quinientos metros de perímetro. Aguas corrientes y cascadas lo convertían en paraíso durante las horas ardientes del verano. Cerca de los templos consagrados a Apolo, Artemisa y Afrodita y a la egipcia Isis, se levantaba un teatro y un estadio en que se daban fiestas y concursos musicales. La sociedad rica de Antioquía se daba cita en Dafne, menos para venerar las deidades en sus santuarios que por los espectáculos, lo agradable del paseo y la embriaguez de los encuentros galantes.

La estadía de Lucio Vero en Antioquía se prolongó durante casi cuatro años. No abandonaba casi nunca Antioquía (en verano se instalaba en Dafne), y sólo para gozar de una temperatura más suave en invierno iba a orillas del mar, en Laodicea (la Lataquia de hoy), que era una ciudad floreciente y antigua, con buen puerto y rodeada de reputados viñedos. Apenas llegó una o dos veces al

frente, hasta el Éufrates. Otro viaje, más largo, lo llevó en el año 164 a Éfeso para buscar a su novia, Lucila, hija de Marco Aurelio y ya en edad de casarse. Marco Aurelio se ocupó desde lejos del casamiento y acompañó a la joven hasta Brindisi, donde después de colmarla de regalos la confió a los cuidados de su hermana y del tío paterno del novio, Cívica Bárbaro. Nos está permitido suponer que Lucio Vero se resignó sin entusiasmo a las ceremonias nupciales.

Antioquía, en efecto, había acabado de revelarlo a sí mismo. Cedió al vértigo del libertinaje y se abandonó a él sin medida, a desbordamientos, adulterios, infames amores por jóvenes, hasta el punto de excitar las risas y la verba satírica de los sirios. Se apasionó por el juego y le consagraba noches enteras. Una de sus distracciones consistía en ejercitarse en las luchas de gladiadores, en los combates de fieras, sin que esto fuera por cierto una excepción. Recordemos a Didio Juliano. Un cierto Veterasino que tenía las mismas costumbres, solicitaba una vez a Marco Aurelio una dignidad. El emperador le reprochaba su mala reputación. Veterasino se extrañó, y no temió replicar que más de una vez se había medido con pretores en la arena. La reprobación de que más tarde fue objeto Cómodo por exhibirse de ese modo en el circo, no dejaba de implicar mucha hipocresía.

Lo más grave era que tales depravaciones y excentricidades que tan vehementemente se denunciaron contra Nerón con el objeto de oscurecer su recuerdo para siempre, se presentaban ahora nuevamente en pleno día, formando mancha de aceite, sin que Marco Aurelio mismo tuviera la energía o la posibilidad de reaccionar. No existía siquiera, como en el caso de Nerón, la compensación de sus audacias sociales y de sus afanes constructivos. Un romanticismo del libertinaje se había apoderado de la alta sociedad y de muchas mentes como medio para escapar a la desesperación.

De vuelta en Roma después de la guerra, Lucio Vero había instalado en su palacio una taberna donde se apresuraba a refugiarse apenas cumplidas con Marco Aurelio sus obligaciones oficiales. Allí se rodeaba del ambiente más crapuloso. Por la noche recorría los bodegones y lupanares de la ciudad con la cabeza cubierta por un grosero capuchón de viajero. Se divertía, en esos lugares, en quebrar copas arrojándoles monedas; disfrazado se entreveraba en riñas

con los aficionados a las peleas y a menudo volvía a su casa con el cuerpo y la cara lastimados.

Se encaprichaba por libertos, cocheros de circo, y se mantenía siempre fiel a la facción de los Verdes. Organizaba festines que se prolongaban por toda la noche y en los cuales hacía presentarse a histriones, bufones, mimos y tocadores de arpa y de flauta, prestidigitadores traídos de Siria, cuando no los reforzaba con combates de gladiadores. Se hizo construir una suntuosa casa de campo donde pasaba jornadas enteras en orgías. Una vez Marco Aurelio fue allí para amonestarlo y se quedó con él cinco días, afectando consagrar todos sus cuidados a los asuntos de Estado sin impresionarlo en lo más mínimo. Arrojaba locamente fortunas enteras por la ventana. Un día ofreció un banquete para once invitados, número completamente excepcional. Un proverbio decía que siete convidados formaban un festín y nueve una muchedumbre. Terminado el banquete colmó a los invitados de regalos. Regaló los jóvenes esclavos, escogidos por su belleza, que les habían servido la mesa. Regaló a los "maître d'hôtel" y a las bandejas. Regaló animales vivos, pájaros y cuadrúpedos domésticos y salvajes, de las mismas especies de aquellos cuyas carnes se habían servido. Regaló las copas en que habían bebido, jamás dos veces en la misma, copas murrinas, copas de cristal de Alejandría, copas de oro y plata adornadas con piedras. Regaló coronas hechas con láminas de oro y flores raras. Regaló vasos de oro llenos de perfume. Regaló carruajes con sus mulas enjaezadas de plata y con sus muleteros, para que cada uno pudiera llevarse todo a su casa. Calcularon el costo de semejante locura en seis millones de sestercios (trescientos millones de francos). ¿Cuántas jornadas de trabajo de esclavos, en medio de sufrimientos, de miseria, de agotamiento?

Cuando contaron todos estos detalles a Marco Aurelio, no tuvo más reacción que la de gemir profundamente sobre los destinos del Imperio.

Sin embargo, Marco Aurelio no estaba ciego, y si bien no tenía la suficiente energía como para atacar de frente estas dificultades mayores, se acostumbró a corregirlas por medio de paliativos circunstanciales, a falta de los remedios de fondo que la sociedad romana hubiera necesitado. Cuando en el año 162 dejó a Lucio Vero

en Capua, en camino hacia Oriente, tomó la precaución de imponerlo como compañeros a algunos senadores de su confianza y ya había previsto los nombramientos de más importancia.

Tres excelentes generales fueron puestos a la cabeza de los ejércitos, con orden de liberar los territorios invadidos y de tomar decididamente la ofensiva después y de llevar la guerra a territorio enemigo.

Al norte, Marco Estacio Prisco, personaje consular, que sucesivamente había sido gobernador de Dacia, de Mesia superior y de Bretaña, fue enviado a Capadocia con la misión de reconquistar Armenia. En un año Armenia fue reocupada, su capital Artaxata, tomada y destruída, el príncipe arsácida Pacoros, destronado y reemplazado por el antiguo rey Sohaemus. La ocupación militar de Armenia duró al menos hasta los primeros años del reinado de Cómodo.

Se ha encontrado en Vagharshapat, la nueva capital fundada después de la destrucción de Artaxata, el epitafio en griego fechado en el año 185, de la mujer y de la hija de un tribuno de la XV^{a} legión Apollinaris.

Los ejércitos del Sud, que tenían como finalidad limpiar la ribera derecha del Éufrates y luego de avanzar hasta el Tigris, estaban mandados por dos generales cuyas cualidades se completaban: Marcio Vero, que había mandado la V^{a} legión macedónica, tan hábil diplomático como jefe de guerra, y Avidio Casio, reputado por su firmeza inflexible.

Las legiones de Siria, y esto explica su transitorio desastre, se habían dejado ablandar por un largo período de paz y por las tentaciones que multiplicaba la vida de guarnición en ciudades opulentas. Se les reprochó el usar y abusar de los baños calientes y de las modas afeminadas, como el adornarse con flores la cabeza, el cuello y el pecho. No hay que creer, sin embargo, que la culpa exclusiva era de las costumbres orientales, las que fácilmente eran criticadas por los romanos. También en otras partes sucedía que las tropas o al menos los oficiales se abandonaban a la molicie. Septimio Severo tendrá que hacer algún día reproches de este tipo a los gobernadores de las Galias: "vuestros soldados corren por todas partes, vuestros tribunos se bañan en mitad del día; sus comedores son tabernas, sus habitaciones lugares infames. No hacen otra cosa que cantar, bailar y beber".

Por el momento sólo recordaremos de Avidio Casio su extrema severidad en cuestiones de servicio. Más adelante reaparecerá con los múltiples aspectos de su vigorosa personalidad. Hacía azotar con varas en la plaza pública y luego decapitar con hacha a los soldados que habían faltado gravemente a la disciplina; aun a varios les hizo cortar las manos o las piernas. Le gustaba decir que la existencia miserable de un criminal era más útil que su muerte. Inventó, con el objeto de despertar la imaginación, una clase de suplicio que consistía en atar a un larguísimo poste plantado en tierra, unos arriba de otros, a los que había condenado a la pena capital. Se encendía un gran fuego en la base del poste: los desgraciados perecían, unos por las llamas, otros asfixiados y los demás aterrorizados. Algunas veces hizo arrojar al mar o en un río, diez condenados, atados juntos. No toleraba en los equipajes, en caso de expedición, otra cosa que tocino, bizcochos y vinagre.

En cuanto se hizo cargo de las legiones de Siria, ordenó poner carteles con la orden de degradar a cualquier militar que fuera sorprendido en Dafne. Tuvo en jaque a las tropas con las revistas de armas y de equipos que pasaba cada siete días por entrenamiento regular en el lanzamiento de flechas y en el manejo de las armas. Los amenazó con obligarlos a pasar el invierno bajo las tiendas si no cambiaban sus malas costumbres.

Una vez que tuvo pronto al ejército, no demoró en rechazar a los partos más allá del Éufrates. Consiguió una gran victoria en Doura Europos, que desde entonces quedó con una guarnición romana permanente. El cruce del río por la fuerza fue una vez más ocasión de una brillante maniobra. Las tropas romanas, ya estuvieran al borde del Rin, del Danubio o del Éufrates, estaban especialmente entrenadas para establecer puentes bajo la lluvia de dardos o flechas, y el efecto de sorpresa que esto producía en el enemigo lo dejaba tan desconcertado que la penetración, más allá del obstáculo natural tenido por infranqueable, se hacía fácilmente.

Los vehículos del ejército transportaban para esa operación botes anchos. Se los colocaba algo más aguas arriba que el lugar elegido para forzar el paso. Dada la señal se echaba el primer bote, que la corriente empujaba a la deriva a lo largo de la costa. En el lugar elegido se tiraba al agua, a guisa de ancla, una canasta cargada de piedras y atada a un cable. El bote se detenía al lado de

la orilla. En un abrir y cerrar de ojos se lo había atado a tierra por medio de un puente hecho con las vigas y tablones con que el bote iba cargado. Se arrojaba un segundo bote que venía a detenerse en línea con el primero y a distancia calculada, prolongándose de esta manera el puente. Se arrojaban así al agua tantos botes como era necesario y el último llevaba torres, arqueros y catapultas para proteger el final de la operación.

Avidio Casio, luego de cruzar el Éufrates, se apoderó de dos importantes plazas fuertes de Edesa y de Nisíbe en el año 165. El enemigo se desmoralizó por las pérdidas sufridas y por la prolongación de la guerra. Tomó Avidio Casio sin dificultad las dos capitales sobre el Tigris, una frente a otra, la de Seleucia y la de Ctesifón, en la cual el palacio real fue incendiado (166). Penetró entonces en Media, pero la peste lo obligó a detenerse. Luego de una retirada en que perdió muchos hombres a causa del hambre y de la peste, volvió a Asiria en buen orden. No pudo realizar el imposible que hubiera sido el aniquilar el poderío de los partos, pero al menos le asestó severos golpes.

Restableció la paz. El debilitamiento del enemigo no llegó a ser tal como para poder retomar con mayores probabilidades de éxito y duración la política de anexión de Trajano, y que se pudiera imponer un desmembramiento permanente del imperio parto. Por otra parte, la barrera del Éufrates no bastaba ya para sentirse seguro, puesto que la invasión del año 161 la había vencido tan bruscamente. Se adoptó el sistema del glacis, que ya se había impuesto en el Rin y en el Danubio. La ribera oriental del Éufrates quedó anexada al interior del gran codo (Osrhoeno y país de Carrhae). Armenia volvió a ser Estado vasallo. Avidio Casio, en recompensa de los servicios prestados, fue nombrado gobernador de la provincia de Siria.

Lucio Vero vuelve a Roma hacia el mes de marzo del año 166. Se celebró un gran triunfo en agosto, en el cual tomaron parte los hijos de Marco Aurelio, aún pequeños.

Mientras tanto, a las unidades que volvieron de Oriente a Occidente se les había agregado una indeseable compañera, una compañera de nombre siniestro, presagio de terribles hecatombes: la peste.

Capítulo IX

GUERRAS EN EL DANUBIO

El derrumbe del frente de Siria en el año 161 no había sido más que el preludio de un derrumbe mucho más clamoroso, no ya en un extremo lejano, sino casi en el corazón del Imperio, el derrumbamiento del frente del Danubio en los años 166-167.

Hacia la época del triunfo sobre los partos, llegaron a Roma malas noticias, seguidas muy pronto por otras aún más inquietantes. Algunos pueblos germanos conocidos por su temperamento belicoso, los marcomanos y los cuados, habían atravesado el Danubio en la frontera de Panonia y de Nórica con la misma facilidad aparente con que cinco años antes los partos cruzaron el Éufrates. Como para una cacería esperada por mucho tiempo y por fin comenzada, otros pueblos se les habían unido, los cotini que eran celtas y los jaziguios que eran sármatas. Se decía que en sus filas combatían mujeres armadas.

Los campamentos militares que jalonaban la ribera derecha del Danubio habían quedado sumergidos, entre ellos el campamento de Carnuntum por donde pasaba la ruta del ámbar.

En Albertfalva, cerca de Budapest, se hicieron excavaciones que en el año 1951 dejaron a la vista las ruinas de una panadería que fue destruída en ese entonces; entre los escombros yacían numerosos moldes de cerámica entre los cuales hay uno que representa, irónica coincidencia, a la Victoria de Capua con un bárbaro arrodillado ante ella.

Luego corrió el rumor de que ya nada se mantenía ante esas hordas: ciudades tomadas por asalto, campos devastados a hierro y fuego, ¿a dónde habían ido a parar las cuatro legiones que con el apoyo de numerosos auxiliares defendían a ambas Panonias? Pronto

... y la marea rebalsaba sobre el norte
...ciaba que Opitergium (hoy Oderzo, a unos 30 km.
... Venecia) había sido tomada y saqueada.

Felizmente Aquileya se sostenía detrás de sus fortificaciones. Esa colonia romana había sido fundada en el año 181 antes de nuestra era, como centinela, ante las salidas de los montes de Iliria pobladas por tribus guerreras. Cuando Augusto, de golpe, llevó las fronteras del Imperio hasta el Danubio, de posición estratégica avanzada, se convirtió en encrucijada de caminos, inmenso depósito comercial, y su puerto conoció épocas de intensa animación. Hoy en día, al borde de la llanura del Bajo Friule, Aquileya no es más que una población muerta cuyo campanile al lado de una basílica demasiado vasta, domina un horizonte de tristeza y de silencio. Las excavaciones han comenzado a exhumar justamente los restos de poderosas fortificaciones y el largo muelle del puerto fluvial. Aquileya, que no olvidaba su primera vocación, detenía entonces al grueso del fulgurante avance de los bárbaros.

El pueblo de Roma, que vivía en la ilusión de ser invencible, quedó estupefacto. La sorpresa ¿resultó acaso igualmente grande para los jefes militares? De hecho, desde varias decenas de años atrás, la situación no había dejado de empeorar en ese frente.

A partir de la segunda mitad del siglo I de nuestra era, el sector del Danubio había pasado poco a poco a primer plano en las preocupaciones de los emperadores, y a causa de la densidad de los efectivos había acabado por ser el más importante de los sectores, incluído el del Rin. Las anexiones de Augusto no habían arreglado nada y sólo alejaron momentáneamente el peligro.

Sobre las fronteras de Nórica y de Panonia superior, ante las tribus germánicas tres legiones montaban guardia en Vindobona (Viena), en Carnuntum (Petronell, al este de Viena), en Brigetio (Szöny). Primeramente, sólo el campamento de Carnuntum fue ocupado por una legión, mientras que los dos restantes no albergaban sino unidades auxiliares. Por eso en los primeros tiempos los campamentos de Vindobona y de Brigetio sólo estaban rodeados por una elevación de tierra y por una empalizada de postes. Más tarde, cuando le fueron afectadas dos legiones entre el final del siglo I y el comienzo del II, fueron fortificados con más solidez con

muros de piedra. En los intervalos entre los tres campamentos, no había dejado de aumentar el número de unidades auxiliares.

En la frontera de Panonia inferior, que miraba hacia el este y hacia la tribu sármata de los jaziguios, en el año 165 no había más que un campamento legionario en Aquincum (Budapest), apoyado en una apretada línea de pequeños campamentos de auxiliares. Los jaziguios se habían establecido en la llanura del Theiss hacia el final del reinado de Tiberio, cuando tal vez fueron llamados por los romanos para que sirvieran de contrapeso a los dacios y a los germanos. Como los partos, eran atrevidos jinetes, y usaban para combatir, además de arco y flechas, espadas livianas y largas lanzas, las quo fueron adoptadas por los romanos para armar ciertas unidades especializadas. La ocupación de Dacia por Trajano los había cortado de la gran masa de sármatas que continuaban siendo nómades al norte del mar Negro. Este aislamiento se traduce para los arqueólogos en una mayor pobreza en el mobiliario fúnebre de las tumbas jaziguias de los siglos I y II. Sin embargo, aun en esta situación de aislamiento, no eran vecinos tranquilizadores y los romanos no tardaron en desconfiar. En el año 69 de nuestra era, algunos jefes jaziguios ofrecieron a los generales romanos partidarios de Vespasiano que deseaban marchar sobre Italia su apoyo para cuidar la frontera.

Los generales romanos no consideraron la propuesta: temían verlos cambiar bruscamente de campo. Se mostraron prudentes: bajo Domiciano, los sármatas masacraron una legión con su comandante. Contra esos adversarios, las unidades auxiliares de caballería eran más apropiadas que la pesada infantería de las legiones. Es por esto sin duda que en esa frontera sólo permanecía una legión en Aquincum. Pero Aquincum había sido magníficamente arreglada. Las excavaciones comenzadas en 1941 y retomadas en 1950 en vasta escala, han liberado un segundo anfiteatro en la aglomeración formada al lado del campamento, un teatro de 132 m. de largo por 108 m. de ancho, el más importante de todos los teatros conocidos hasta ahora en la región del Danubio. Finalmente apareció un palacio imponente con mosaicos, frescos, hipocaustos, posiblemente el palacio del gobernador. Se supone que ese palacio se construyó para el futuro emperador Adriano cuando en los años 107-108 administraba la Panonia oriental.

Pronto se agregó a la invasión el flagelo de la peste. Una época de carestía dejó a la población romana en estado de menor resistencia y la enfermedad produjo terribles estragos. Millares de personas murieron en la ciudad. Ambos emperadores tuvieron que promulgar una ley para reglamentar estrictamente las inhumaciones y el lugar de las sepulturas, ley que luego continuó en vigor. Se levantaron estatuas en honor de los personajes notables que murieron por contagio y los gastos de los funerales de los ciudadanos comunes fueron celebrados a cargo del Estado.

Para colmar aún más tantas desgracias, llegaban de los Balcanes otras malas noticias. Los bastarnos y los costobocios, entre quienes había elementos germánicos, se pusieron también en movimiento y consiguieron avanzar hasta Grecia central. Sobre las costas del Ponto Euxino se despertaba la piratería. El estupor de los romanos se transformó en pánico.

El pueblo sentía tal terror de la guerra que para reconfortarlo fue necesario recurrir a todas las prácticas religiosas habituales en caso de peligro extremo, a toda clase de dioses, aun a dioses extranjeros. Se llamaron sacerdotes de todas partes a fin de que purificaran la ciudad, cada uno según sus ritos particulares.

La partida de ambos emperadores para la guerra se retardó con este motivo. Durante 7 días se volvió a honrar, después de siglos de abandono, la muy antigua costumbre de los lectisternios públicos, inaugurada en el año 399 antes de nuestra era para conjurar una epidemia de peste parecida. En los templos se instalaban las imágenes de los dioses sobre catafalcos a fin de obtener su intervención como suprema esperanza.

Se vivía en una atmósfera tal de credulidad y de espera de milagros que le fue fácil a un impostor atraer multitudes al Campo de Marte. Había anunciado que predicaría desde arriba de un árbol, y que si al caer del árbol se convertía en cigüeña, bajaría fuego del cielo y sería el fin del mundo. Durante ese tiempo, lo tenía todo planeado, sus cómplices con toda facilidad podrían robar las casas vacías. El día señalado, cayó en efecto del árbol, soltando una cigüeña que llevaba escondida bajo sus vestiduras. Marco Aurelio lo hizo llevar ante su presencia y como confesó su impostura le concedió gracia.

Los dos emperadores se pusieron por fin en camino con el re-

fuerzo de las cohortes pretorianas. Antes de la partida los familiares de Marco Aurelio, temiendo por su vida, le pidieron que les expusiera sus principios filosóficos. Aunque no participaba de sus temores, les dio durante tres días una serie de conferencias llenas de preceptos y de exhortaciones. Menos feliz que en el caso de Pascal, que expuso en un día, ante sus amigos, quienes nos conservaron en sus grandes líneas el plan de la Apología en la que entonces trabajaba, no sabemos nada de esas conferencias. Contrariamente a los de Pascal, los *Pensamientos* de Marco Aurelio no eran jalones indicadores de una futura obra. Existe, sin embargo, el problema de su cronología, el de los sucesivos estados del pensamiento del autor y no poseemos ningún indicio exterior que pueda arrojar alguna luz en esta oscuridad.

Es probable que la resistencia encontrada ante Aquileya haya puesto en grandes dificultades a los jefes bárbaros. No disponían de las máquinas necesarias para sostener un sitio en regla, y el reaprovisionamiento se hacía muy pronto difícil para esas masas desorganizadas que devastaban todo por gusto, en cuanto se veían obligadas a permanecer en un mismo sitio. Al aproximarse Marco Aurelio y Lucio Vero se batieron en retirada, presentando varios combates, algunos de los cuales no resultaron favorables a los romanos. Durante uno de ellos sufrieron fuertes pérdidas y el comandante de la guardia, el prefecto del pretorio Julio Victorino, encontró la muerte.

Esta campaña de liberación de las provincias invadidas se prolongó de esta manera más o menos por dos años. Las tribus enemigas, aun las más esforzadas, sabían darse vuelta; mataban a sus jefes, a quienes presentaban como responsables de todo, y venían a pedir perdón.

Contrariamente al parecer de Lucio Vero, que estaba apurado por volver a los placeres de Roma, Marco Aurelio afirmaba que la retirada de los bárbaros no era más que una maniobra y que no debía dislocarse la concentración de fuerzas reclutadas antes de obtener una victoria decisiva. Pasaron los Alpes y llegaron al Danubio. Sólo entonces en el año 169 consintió Marco Aurelio en autorizar la partida de su hermano adoptivo y se empeñó en acompañarlo en el carruaje que lo llevaba de vuelta a Roma. Habían pasado Aquileya cuando en Alpinum, poco antes de llegar a Padua, Lucio Vero

había muerto de un ataque de apo-
a los 39 años.

La duplicidad, la falta de escrúpulos, el recuerdo del veneno usado para librarse de parientes o de adversarios molestos, se habían convertido en costumbres tan corrientes, a pesar del cambio moral, más superficial que profundo que señaló la época de Antonino, que la brutal desaparición de Lucio Vero pareció sospechosa a muchos. Algunos suponían que Marco Aurelio lo había hecho desaparecer, otros sospecharon de Faustina, pero los argumentos de unos eran tan inverosímiles como los de los otros.

Cuando Marco Aurelio agradeció al Senado el decreto de apoteosis para su hermano, dejó entender que desde entonces iba a empezar a gobernar realmente el Estado luego de perder a un colega que casi no lo ayudaba. También dejaba entrever que sólo sus consejos y las disposiciones que él personalmente había tomado eran causa de la victoria sobre los partos. El Senado comprendió que se felicitaba por la muerte de Vero. Hacía ya tiempo que se acusaba a Marco Aurelio de ser disimulado y de no tener tanta franqueza como aparentaba o como mostraban Antonino Pío o Lucio Vero. Se susurró que sus diferentes conductas habían hecho nacer entre ambos emperadores enemistades profundas. Mientras que Vero estaba en Oriente, Marco Aurelio había enviado a Siria como legado a su primo hermano por parte de padre, Anio Sabino Libo. Libo se comportó ante Vero con una desenvoltura casi inconveniente para un senador respetuoso; en los casos difíciles consultaba directamente a Marco Aurelio. Cuando cayó súbitamente enfermo, murió con todas las apariencias de haber sido envenenado. Algunos no dudaron en acusar a Vero, cuyo cinismo les sublevaba. ¿No había hecho acaso casar a la viuda de Libo con su liberto Agaclito contra la voluntad de Marco Aurelio, quien, sin embargo, asistió al casamiento?

La hipótesis que atribuía a Faustina el envenenamiento, real o pretendido, de Vero era todavía más escabrosa. Le suponían relaciones incestuosas con su yerno y sería ella quien lo hubiera hecho asesinar con ostras envenenadas, pues él se habría jactado ante la hija de ser amante de la madre. Se daba también otra explicación que nos hace penetrar en una atmósfera aún más asfixiante. Se

CABEZA DE ANIO VERO.
(Museo del Louvre.)

decía que Vero mantenía con su hermana Fabia, primera novia de Marco Aurelio, relaciones por demás íntimas, y que juntos habrían conspirado con el fin de deshacerse de Marco Aurelio. Faustina habría estado celosa por esta intimidad, tan celosa como su hija, e inquieta por estos proyectos capaces de hacerle perder sus prerrogativas.

¿Habrá que intercalar aquí lo que Marco Aurelio escribió un día en su cuaderno de *Pensamientos*?: "Antes de diez días, tú que no eres para ellos más que una bestia feroz o un mono, les parecerás un dios a condición de volver a los principios y al culto de la razón" (IV, 16). Esta preocupación de ser bien juzgado queda iluminada por las reflexiones que la *Historia Augusta* hace seguir a la frasecita insidiosa: "El Senado comprendió que se felicitaba por la muerte de Vero"; "Marco Aurelio colmó de presentes, de distinciones y de honores a las hermanas, parientes y libertos de Vero. En efecto, se mostraba preocupado por su reputación. Se informaba cuidadosamente de lo que se decía de él y reformaba en su conducta lo que creía ser justamente criticado".

No por esto perdía de vista la guerra contra los marcomanos y los cuados. No hubo tratado en regla; sólo una tregua de hecho. Para descartar la amenaza de una nueva irrupción le parecía necesario, como en Oriente, llevar la guerra al territorio enemigo a fin de reducirlo, en lo posible, a la impotencia.

Semejante política exigía importantes recursos de hombres y de dinero. Los ocho años que acababan de pasar habían sido muy pesados por su sucesión casi ininterrumpida de alarmas, reveses y costosas expediciones. Además se había aprendido a conocer al adversario: tenaz, mordiente, infatigable, cada vez más aguerrido. Eutropo, que escribía antes de los grandes desastres de fines del siglo IV, creía que la guerra de los marcomanos había sido la más terrible de todas las guerras de que se guarda recuerdo, sólo comparable a las guerras púnicas. No era posible contentarse con medias tintas.

Existía, por de pronto, el problema financiero. Ostia y otras ciudades fueron obligadas a empréstitos forzosos. Lo más sensacional fue la venta de parte del moblaje imperial. Durante dos meses se remataron en el foro de Trajano, copas de oro y de cristal, copas murrinas, vasos reales, vestidos tejidos en oro y en seda, las nume-

rosas piedras preciosas encontradas en el tesoro de Adriano. Más tarde Marco Aurelio dio a los compradores la facultad de devolver esos objetos por el precio que habían pagado. No tuvo resentimiento ni para quienes los devolvieron ni para quienes los conservaron.

Seguía luego el problema de los efectivos. Es probable que se hayan formado entonces dos nuevas legiones: una que fue enviada a Retia, la otra a Nórica para reforzar la izquierda del dispositivo general. Estas dos provincias, por más que quedasen expuestas a las incursiones germánicas, no habían sido hasta entonces defendidas más que por cuerpos auxiliares de infantería y de caballería. Al mismo tiempo las dos provincias, que eran procuratorianas y estaban administradas por caballeros, fueron elevadas al rango de provincias pretorianas, con legados imperiales elegidos en el Senado y de rango pretoriano. Hacia la derecha del dispositivo, las provincias de Dacia y de Panonia inferior, de provincias pretorianas pasaron a ser provincias consulares. Estas promociones significaban un refuerzo de las estructuras administrativas y militares.

El reclutamiento normal ya no resultaba suficiente. Se enrolaron esclavos a los cuales se dio el nombre de voluntarios (*voluntarii*), como se había hecho durante la segunda guerra púnica cuando después de la derrota de Canas fueron armados 8.000 esclavos con el nombre de volonos. También enrolaron gladiadores. El pueblo de Roma, repuesto de sus temores, encontró ocasión de hacer bromas: "Es para obligarnos a filosofar que se nos quitan las diversiones". Hasta se enrolaron bandidos de Dalmacia y de Dardania. Finalmente se creó un nuevo cuerpo de soldados armados ligeramente, los diogmitas.

Terminados los preparativos, Marco Aurelio estaba a punto de partir para el frente del Danubio cuando en su villa de Preneste perdió a su undécimo hijo, niño de siete años, al que tuvieron que abrirle un absceso bajo la oreja. Redujo el duelo a cinco días, consoló a los médicos y se sumergió nuevamente en los asuntos de Estado. Tenía prisa por terminar con las preocupaciones de familia. Antes de que se cumpliera el término del duelo de Vero, hizo casar nuevamente a Lucila contra su gusto, con Claudio Pompeyano.

Los primeros años de la nueva campaña fueron aún muy duros (de 170 a 172). Se consiguieron algunas victorias, pero hubo

sensibles pérdidas, entre ellas la del gobernador de Dacia y de Mesia Superior, Claudio Fronto, y la del prefecto del pretorio, Macrinio Vindex, durante un grave revés.

Luego se produjo una mejoría que parecía definitiva. El cuartel general se trasladó al Danubio mismo, a Carnuntum, que se convirtió en base principal de la ofensiva del otro lado del río. Es a partir de ese momento que la columna de Marco Aurelio comienza a contar la historia de la guerra en imágenes deshilvanadas, pero muy instructivas, por la precisión de los detalles materiales y por la fisonomía general que revestía esa lucha interminable.

Habían muerto grandes jefes. Pero en el estado mayor, dos excelentes generales van a cumplir desde ahora un papel directivo en la conducción de las operaciones: Tiberio Claudio Pompeyano y Publio Helvio Pertinax.

Claudio Pompeyano, originario de Antioquía, era hijo de un oscuro caballero, pero su capacidad lo hizo distinguir por Marco Aurelio. En el año 167, al principio de la guerra de los marcomanos, era gobernador de Panonia inferior, en el centro de la tormenta. En el año 169 se convirtió, a pesar de ser ya viejo, en yerno del emperador. Se cree reconocerlo en la columna en un viejo de tipo semítico en círculo inmediato al emperador. En el año 173 será cónsul por segunda vez, junto con otro yerno de Marco Aurelio. Sin embargo, todo permite suponer que su entrada al Senado no le hizo abrazar las ideas y la línea política de ese cuerpo. Lucila, que había heredado la altivez aristocrática de su madre, lo trataba desdeñosamente. Cuando más tarde ella participe en un complot senatorial contra Cómodo, el marido se mantendrá aparte, no será molestado y atravesará sin inquietudes el nuevo reinado, pasando la mayor parte del tiempo en el campo so pretexto de vejez y de enfermedad a los ojos.

Pertinax nos es más conocido. Como fue emperador durante algunos meses, tiene su biografía en la *Historia Augusta*. Su origen era menos elevado aún que el de Claudio Pompeyano. Su padre, que era un liberto, se había enriquecido en Liguria con el comercio de maderas. Nacido en el año 126 (era, por lo tanto, algo menor que Marco Aurelio), recibió una buena instrucción latina y griega. Al principio enseñó gramática, pero como el oficio rendía poco obtuvo gracias a un personaje consular, que era patrón de su padre,

el grado de centurión. Enviado enseguida a Siria como prefecto de una cohorte, tuvo allí una desventura que sin duda le hubiera sido evitada si su origen hubiese sido más elevado. Por haber usado sin carta oficial los caballos de la posta imperial, el gobernador de la provincia, que lo supo, lo obligó a volver a pie a Antioquía, lugar de su guarnición.

Se distinguió durante la guerra de los partos. Mandó un ala de la caballería en Mesia. Fue propuesto para la repartición de víveres en la vía Apia. Mandó la flota en Germania. Ocupó en Dacia un empleo de 200.000 sestercios. Existían tres categorías para los funcionarios pertenecientes al orden de los caballeros: los *centenarii*, que recibían honorario de 100.000 sestercios (5 millones de francos), los *ducenarii* de 200.000, y los *tricenarii* de 300.000. Sin embargo, fue mandado llamar de Dacia por Marco Aurelio a causa de informes mal intencionados. Claudio Pompeyano, que lo protegía, le hizo obtener un mando en la caballería que le abrió la entrada al Senado. El hijo del liberto que había escalado las gradas de la carrera ecuestre llegó casi a la cima de la jerarquía social. Casi a la cima, pues la distinción era sobre todo honorífica y por eso mismo no poseía el enorme poder económico de que disponían las antiguas familias senatoriales propietarias de numerosos latifundios. Políticamente no se convirtió jamás en defensor de los intereses de los grandes terratenientes, ni tampoco formó nunca parte del clan senatorial. Su autoridad estaba basada en la inmensa experiencia de los asuntos públicos que había acumulado.

Si bien Marco Aurelio no tenía siempre la energía de imponer a los mejores contra las pretensiones de la alta aristocracia senatorial, tenía la clarividencia de reconocer el mérito y no tenía ningún prejuicio contra los hombres nuevos. Se dio cuenta de que lo habían engañado y dio a Pertinax el mando de la Iª legión, a la cabeza de la cual acabó la limpieza de Retia y de Nórica.

Pertinax se comportó tan brillantemente durante las dos campañas ofensivas del año 172-173 y de 174-175, que fue nombrado cónsul. Desde entonces Marco Aurelio lo mantuvo siempre a su lado, en Siria para reprimir el levantamiento de Avidio Casio y luego nuevamente en el Danubio. Más de una vez pronunció su elogio ante el ejército y ante el Senado, hablando de él como del hombre en quien más podía confiar.

Gran jefe de guerra, Pertinax también hubiera llegado a ser una gran figura política si su fidelidad al medio social del cual había salido y donde se formaban las mejores capacidades y en que residían las únicas fuerzas de progreso, y si su firmeza de carácter no hubiese causado rápidamente su perdición luego de su elevación al Imperio. Los historiadores modernos, no suficientemente liberados de la antigua tradición histórica y de los prejuicios senatoriales, no le han hecho justicia ni lo han colocado en el puesto que merece. Por sus actos se nos presenta, no como adversario del sistema de la esclavitud, lo que hubiera sido inconcebible en su época, pero sí como adversario de la conducta opresora y parasitaria de los grandes propietarios que formaban el núcleo y el elemento dominante en el Senado. Bajo el reinado de Cómodo, una segunda caída en desgracia, también transitoria, lo relegó a Liguria en la propiedad paterna. Edificó nuevas construcciones alrededor del negocio de su padre pero dejándole su aspecto original. Se quedó allí tres años, durante los cuales traficaba, nos dicen, usando como intermediarios a sus esclavos. La expresión resulta vaga, pero suficiente como para reconocer una forma de actividad económica más de acuerdo con las costumbres de los caballeros que de los senadores. La *Historia Augusta* le reprocha el haberse vuelto codicioso, el haber acaparado tierras atrayéndose por eso las burlas del pueblo. Herodiano, no tan partidario del clan de los senadores, habla de otra manera. Afirma que entre todas sus virtudes la que más lo honraba era que habiendo pasado por los más altos empleos salió de ellos tan pobre como había entrado. Jamás abandonó una frugalidad que sus adversarios consideraban avaricia. Dion nos recuerda una anécdota que prueba hasta qué punto Pertinax conservaba su popularidad en tiempos de Cómodo. Estaba en Bretaña, adonde Cómodo lo había enviado para apaciguar ciertas sediciones militares; las legiones reclamaban otro emperador y pensaban abiertamente en Pertinax. En Roma el favor de la muchedumbre aprovechaba todas las oportunidades para expresarse. Un caballo de la facción de los Verdes, que se llamaba Pertinax (la palabra es un adjetivo que significa obstinado), ganó una carrera, y entonces los partidarios de los Verdes manifestaron su entusiasmo gritando: "He aquí a Pertinax". A esto la otra facción replicó: "Pluguiese al cielo que estuviera aquí". Con su nombre se consiguió la unanimidad.

Durante su cortísimo reinado, Pertinax puso orden en las finanzas del Estado, suprimió muchos empleos inútiles, hizo entregar a cada uno lo que le correspondía, suprimió los peajes a fin de facilitar el comercio. El costo de la vida disminuyó enseguida, lo que convenía a la gran masa de los consumidores pero no a los magnates latifundistas. Pero lo que le acarreó aún más la hostilidad de los senadores fue que volvió a la *Lex Adriana* y extendió a los pequeños propietarios que explotaban la tierra las ventajas que esta ley concedía a los colonos. Ordenó que toda tierra sin cultivar, estuviese situada en Italia o en las provincias o dependiera del dominio imperial, se convertiría en propiedad de quienes le dieran valor, quedando además exentos de contribuciones durante diez años. Nada respondía mejor a las necesidades de la sociedad en su conjunto, a las exigencias nuevas de la producción agrícola y al porvenir. Pero al mismo tiempo iba contra los privilegios de la poderosa clase de los grandes terratenientes. Con eso Pertinax firmó su sentencia de muerte.

Una primera campaña ofensiva se desarrolló en los años 172-173 bajo la dirección de semejante estado mayor. Rapidez de movimientos y procedimientos terroristas continuaban siendo la carta del ejército romano. Sobre la columna de Marco Aurelio figuran en varios ejemplares, como hazañas dignas de ser admiradas por la posteridad, ejecuciones con hacha de prisioneros y pueblos indígenas destruídos por el fuego. Las cabañas estaban construídas sobre plano circular o sobre plano cuadrangular con troncos de árboles plantados verticalmente y atados entre ellos por medio de cuerdas trenzadas: para un legionario era un juego pasar sobre ellas una tea encendida. También se insiste en varias de las figuraciones sobre el papel representado por las operaciones de cruce de ríos por medio de puentes de botes, o más simplemente, por medio de barcas.

Hay dos escenas más originales, las llamadas milagro del rayo y milagro de la lluvia por los comentadores. Ponen en evidencia las dificultades de la campaña y el nivel relativamente alto de la técnica bárbara. Los romanos se veían obligados a poner en línea verdaderos ejércitos con largos convoyes de transporte de material y de reaprovisionamiento.

Milagro del rayo: un campamento romano fortificado es atacado por los germanos con ayuda de una máquina de guerra. El rayo cae sobre la máquina y la destroza sobre los hombres que la dirigían.

Milagro de la lluvia: el ejército romano había quedado rodeado por los cuados, superiores en número y que contaban con la ventaja de una posición dominante. Los romanos, privados de agua durante un calor aplastante, estaban a punto de capitular cuando estalló una fuerte tormenta acompañada de abundante lluvia. Hombres y animales apagaron su sed con el agua recogida en los escudos mientras que el enemigo colocado en su fuerte pendiente veía sus caballos y hombres ahogarse, fulminados, y sus armas y pertrechos ser arrastrados por los torrentes.

Milagros. Los mismos romanos aclaman el milagro. Señal de los tiempos. César, que no ignoraba la utilización de la religión como instrumento político, no le hace lugar en sus *Comentarios* sobre la guerra de las Galias. En los casos en que un cambio casi inesperado lo saca de situaciones difíciles lo explica por la capacidad de los jefes o por el valor de la tropa. No menciona los ritos que le incumbían, sin embargo, como comandante en jefe: lustraciones, auspicios, sacrificios. En cambio, varias de las escenas de la columna nos representan estas ceremonias rituales.

¿A qué ocasiones o a qué intervenciones se atribuyen esos milagros? En medio de la extraordinaria confusión religiosa de la época hubo varias creencias que se las atribuyeron. La explicación oficial fue que los dioses de Roma oyeron las oraciones del emperador. Pero también contaban que un mago egipcio que acompañaba a Marco Aurelio había invocado con encantamientos a sus genios y especialmente al gran dios Thot-Shou. Los cristianos insertaron el milagro de la lluvia en su apologética. Afirmaban que una legión reclutada en Asia Menor y formada por cristianos había obtenido de su Dios ese milagro, por expreso pedido del prefecto del pretorio, y que por esa razón se la había llamado *Fulminata* (la fulminante). Desgraciadamente ya existía desde tiempos de Augusto una legión *fulminata*.

La campaña de los años 172-173 tuvo por resultados sucesivos la capitulación de los cuados y la derrota de los marcomanos. Los cuados prometieron entregar gran cantidad de caballos y bueyes, devolver los prisioneros y tránsfugas romanos y en primer lugar un

contingente de trece mil hombres. También se comprometieron a prohibir la entrada a su territorio de los marcomanos y de los jaziguios. Por su parte, los romanos les cerraban los mercados de frontera: temían que algunos agentes de los marcomanos y de los jaziguios se mezclaran en secreto con los cuados para espiar y reabastecerse.

Antes de terminar el año 173 el movimiento de sumisión se generalizó. Para mantener las guerras contra los bárbaros había necesidad de auxiliares bárbaros. Se reclutó un cierto número de los que se habían sometido para servir en otras fronteras. Otros recibieron tierras en diversas provincias: Panonia, Germania, Mesia, donde hacían falta colonos, y hasta en Italia. Creían que de este modo resultarían inofensivos, pues quedarían dispersos y aislados. Pero el naciente sentimiento de las nacionalidades estaba ya demasiado despierto. Algunos germanos instalados cerca de Ravena se sublevaron e intentaron apoderarse de la ciudad. Desde entonces no introdujeron más bárbaros en Italia y a los que ya estaban instalados se los trasladó a otra parte.

Sin embargo, la paz no quedó todavía restablecida en el conjunto del frente del Danubio. Apenas concluídos los tratados con los germanos, y apenas realizados los cambios de poblaciones, todo el peso del ejército romano se volvió contra los jaziguios. Entonces los cuados volvieron a las hostilidades. La guerra se reanudó más furiosa que nunca.

El cuartel general se trasladó de Carnuntum a Sirmium, cerca de la confluencia del Save con el Danubio. Mientras tenía que asegurar la conducción de las operaciones, Marco Aurelio se veía obligado a tratar personalmente al menos los asuntos civiles más importantes. Entre éstos hubo un proceso contra Herodes Ático, que acaba de liberar de su apariencia publicitaria la verdadera personalidad del mecenas.

Hacia los años 170-171 la provincia de Acaya era gobernada por los hermanos Quintilii, a quienes volveremos a encontrar más tarde. También ellos eran opulentos propietarios de tierras, pero probablemente eran más humanos o más clarividentes que el término medio. Fueron los primeros que se ocuparon del proceso contra Herodes Ático. Algunos representantes de las más antiguas familias ate-

nienses, entre ellos un descendiente de Temístocles, lo acusaron de tiranizar a la ciudad. También lo acusaban por la amistad que tuvo con Lucio Vero, con un Lucio Vero del cual no había ignorado el complot contra Marco Aurelio. Herodes aparecía como el cómplice desacreditado de una conjuración fracasada, y por lo tanto su crédito quedó también comprometido. Los Quintilii prestaron apoyo a la acusación y la trasmitieron a Marco Aurelio.

Herodes se vio obligado a ir a Sirmium en condiciones humillantes. Mientras sus adversarios estaban alojados cerca del cuartel general y rodeados de atenciones, él quedó relegado a un suburbio vecino a las fortificaciones. Faustina, que había acompañado al emperador al ejército, donde recibió el título de *mater castrorum*, madre de los campamentos, seguía siendo al parecer presa de sus antiguos celos: había enseñado a su hijita menor, de tres años de edad, a repetir a su padre mientras lo besaba tiernamente: "Por amor a mí, salva a los atenienses".

El día del juicio, Herodes, creyéndose perdido, no agotó ni siquiera el tiempo que le concedía la clepsidra e irritándose reprochó a Marco Aurelio su duplicidad: "He aquí, exclamó, el fruto de la hospitalidad dada a Vero, a quien tú mismo me enviaste". El prefecto del pretorio, Basaeo Rufo, con el vigor de un hombre que en su juventud podaba las viñas sobre los árboles, levanta contra él la espada: "Insensato, un viejo casi no teme a nada", le dijo Herodes abandonando furioso la sala del tribunal.

Sus adversarios hablan a su vez. Acusan a Herodes de haber sabido corromper a más de un gobernador de Acaya "con la miel de su elocuencia", y en una patética perorata exclaman: "¡Felices los que murieron a causa de la peste!". Marco Aurelio rompe a llorar. Y luego juzga. Su cólera se vuelve contra los libertos de Herodes, a quienes condena, pero a penas leves. De vuelta al Ática, Herodes se detiene algún tiempo en Epiro. Su versión fue que había estado enfermo; la de sus adversarios, que allí purgó un corto exilio.

El proceso de Sirmium fue una extraña mezcla de comedia y drama. Relente de fango, disimulado tras las puertas y los cortinados y por delante de la escena el arte de ahogar el escándalo. Un microcosmos en que todo parecería combinado por la mano maestra de un cronista de genio.

La guerra prosigue, deshaciendo en un implacable mecanismo a poblaciones enteras. Cruces de ríos, largas columnas de legionarios, convoyes ordenados, construcción de campamentos, combates victoriosos de infantería y sobre todo de caballería, sumisiones en masa.

Los romanos contaban en su favor con la capacidad de reaccionar en cualquier circunstancia con disciplina y rapidez. Un día persiguieron a los jaziguios sobre el Danubio helado. Los jaziguios, persuadidos de que volverían a conseguir ventaja sobre esa superficie resbaladiza que era su elemento y no el de los romanos, se dan vuelta y se lanzan con sus caballos acostumbrados a correr sobre el hielo y atacan de frente y de flanco. Los romanos se forman en cuadro, posan en el suelo su escudo y apoyan el pie fuertemente sobre él. Toman los caballos por el freno, arrancan a los jinetes sus lanzas y escudos, los tiran al suelo y los masacran. Esto para la gloria y la apariencia de la victoria.

Incendios de poblaciones, capturas de rehenes, de animales; masacres de mujeres refugiadas en los pantanos; ejecución de prisioneros decapitados o, mayor salvajismo aún, atravesados con la lanza o precipitados a un abismo. Transferencia de las poblaciones escapadas a la carnicería; aquí y allá en la columna se reconocen algunos celtas gracias a sus collares, probablemente de la tribu de los cotini. Éste es el aspecto horrible de la guerra, levadura de futuros asaltos y sublevaciones.

La paz se consiguió en el año 175. Paz transitoria como la del año 173. Los cuados devolvieron 63.000 prisioneros, los jaziguios 100.000. Otros habían sido vendidos antes en lugares lejanos o habían muerto en cautividad o habían huído. Estas cifras parecerían increíbles si no pensáramos que tanto unos como otros habían podido, durante sus incursiones en Panonia, raptar poblaciones enteras. Además debieron evacuar a lo largo del Danubio una banda de terreno de varios kilómetros de ancho y proveer sea auxiliares, sea colonos, para que se establecieran dentro de las fronteras del imperio.

Marco Aurelio había alimentado proyectos aún más ambiciosos. Había proyectado la creación de dos nuevas provincias formadas por los territorios de los enemigos más peligrosos: una provincia marcomana y una provincia sármata. Pero en el momento en que creía llegar a su objetivo, estalló una revolución en Oriente, donde Avidio

Casio se había proclamado emperador. Hubo que hacer frente al nuevo peligro. El mando del ejército del Danubio se le confió a Cómodo, que en pocos meses recibió las últimas sumisiones e impuso las últimas convenciones de paz.

¿La creación de las provincias de Marcomania o de Sarmatia hubiera acaso alejado para siempre el peligro? ¿La traición de Avidio Casio apuñaló realmente a Roma por la espalda? En Roma hicieron como que así lo creían. Pero imaginemos el frente del Danubio muy extendido por el proyectado retroceso de las fronteras. Hubiera sido necesario un número mucho mayor de hombres para cuidarlo o se corría el riesgo de perecer entre dos fuegos, o bien se realizaba el vacío en la retaguardia causado por la eliminación de las poblaciones poco seguras. Por otro lado, muy lejos de poder realizar con hechos los planes que sobre el papel parecían excelentes, Marco Aurelio se vio obligado, antes del fin de la guerra, a permitir a los jaziguios concesiones importantes con el fin de obtener su ayuda contra los germanos. Les permitió volver a trabar relaciones comerciales con la tribu hermana de los roxolanos a través de Dacia. El mobiliario de las tumbas jaziguias, que permaneció rudimentario hasta el fin del reinado de Marco Aurelio, se enriqueció de golpe con una profusión de objetos llevados de las regiones del mar Negro. También los vivos se reforzaban con la nueva toma de contacto. "¡Anexaré la Sarmatia!". Sueño de sonámbulo. En la realidad era necesario resignarse a la pérdida, en un plazo no muy largo, del bastión de Dacia.

Capítulo X

AÑOS SOMBRÍOS, AÑOS DESESPERADOS

La sublevación de Casio fue un nuevo golpe y no el último. Como si ciertos soberanos estuvieran destinados a las catástrofes y como si ciertas épocas segregaran incansablemente catástrofes. El destino no tiene nunca más que una reducida parte de responsabilidad en esas series de años negros. Digamos más bien que ciertas épocas hacen madurar cosechas de desastres porque los equilibrios económicos, sociales, políticos y espirituales se rompen sucesivamente en relativamente poco tiempo.

Las desgracias individuales no habían faltado. En 25 años, desde el año 146 hasta el 171, Faustina dio a Marco Aurelio probablemente trece hijos, más mujeres que varones. En el año 175 murieron 7 u 8 y sus cenizas fueron depositadas en el mausoleo de Adriano. Aún en las familias más acomodadas la mortalidad infantil era muy elevada. Si a esto agregamos las proscripciones, no nos extrañaremos de que las familias patricias o nobles se hayan extinguido con tanta frecuencia y que la composición del orden de los senadores se haya renovado continuamente.

Casio se hizo proclamar emperador por el ejército de Siria a fines de abril o principios de mayo del año 175. Dion afirma sin dudar que se había sublevado a instigación de Faustina, quien temía por la vida del emperador y que consideraba a Cómodo demasiado joven y mediocre para sucederlo. Habría persuadido a Avidio de que estuviera pronto a casarse con ella y a apoderarse del poder. Habiendo llegado hasta Oriente la falsa noticia de la muerte de Marco Aurelio, Avidio, sin esperar confirmación alguna, se habría revestido con el título de emperador.

Por muy acostumbrados que estemos a la atmósfera de intrigas

y de violencias que frecuentemente rodeó al trono imperial, dudamos en seguir a Dion a pesar de su autoridad de testigo directo de los acontecimientos. Los clanes que se oponían dentro del orden senatorial se lanzaban a veces acusaciones infames con el fin de secundar sus maniobras políticas. Cuando falta verosimilitud, cuando los historiadores que representan el mismo punto de vista senatorial llegan a divergencias totales, la prudencia exige que nos mantengamos escépticos. La *Historia Augusta* se preocupa mucho por refutar las acusaciones lanzadas contra Faustina, ayudándose con una correspondencia, auténtica o inventada, entre el emperador y la emperatriz. Nos preguntamos especialmente por qué la altiva Faustina hubiera elegido como cómplice a un personaje que había permanecido fiel, a pesar de su ascensión social, al orden de los caballeros, los que desbordantes de energía y de ambición poseían el gusto y el sentido de la acción eficaz y odiaban el conservadorismo limitado y codicioso del Senado.

Nacido en Siria de una familia indígena, Casio era de modesto origen. Su padre debió a su habilidad de orador el llegar a la prefectura de Egipto, que era la función más alta, después de la prefectura del Pretorio, a que podía llegar un caballero. El hijo sentía el más profundo desprecio por la flojedad del esteticismo de la época. Durante la guerra de los partos Lucio Vero escribía de él a Marco Aurelio: "Se burla de nuestra afición a las letras; nos llama a ti una vieja filósofa y a mí un escolar libertino".

Su firmeza en el ejercicio del mando militar llegaba, como vimos, hasta la ferocidad. Pero como un Pescenio Níger del mismo origen social, obligaba a los soldados a respetar los bienes y las personas de la población civil. Fue el primero en hacer crucificar en el lugar mismo en que se hubieran cometido violencias contra los habitantes a los soldados culpables. Su orientación política no era menos firme y lógica. Era hostil al régimen imperial, al menos tal como lo veía funcionar. Se decía que durante su juventud había conspirado contra Antonino, a quien consideraba un tirano, pero que la autoridad y la prudencia de su padre lo habían frenado. La *Historia Augusta* cita una carta que habría escrito a su yerno durante su corto reinado y de la que no aparecen claras razones para pensar que haya sido forjada por algún compilador de la corte del Bajo Imperio.

"¡Cuán desgraciado es el Estado por ser presa de los ricos y de

los que pretenden serlo! Marco Aurelio es sin duda un hombre excelente, pero con tal de ver alabada su clemencia, deja vivir a ciertos hombres cuya conducta desaprueba. ¿Dónde están las reglas de conducta de nuestros antepasados? Hace mucho que desaparecieron y ya ni siquiera se piensa en hacerlas revivir. Marco Aurelio se presenta como filósofo; habla sobre la clemencia, la naturaleza del alma, lo justo y lo injusto, y en cambio no tiene opinión sobre la manera de conducir los asuntos públicos. Considera cuántas espadas, cuántos edictos serían necesarios para devolver al Estado su antigua forma. ¡Y todos esos despreciables gobernadores de provincia! Podemos considerarlos como procónsules, como gobernadores, a ellos que creen que el Senado y Marco Aurelio les han confiado las provincias para vivir entre excesos y para enriquecerse. Has oído hablar del prefecto del pretorio de nuestro filósofo. Tres días antes de ser llamado a ejercer esa función vivía como un mendigo y helo de golpe rico. ¿Cómo?, me pregunto, si no es devorando las entrañas del Estado y los bienes de las provincias".

Carta, señala el compilador, que indica suficientemente cuán severo e implacable hubiera sido en caso de reinar. Se trataba de una personalidad vigorosa. Supo hacerse querer por sus soldados y por los pueblos de Oriente, y sobre todo por los habitantes de Antioquía. Concedió a éstos no sólo espectáculos sino, cosa que merece reflexión, el derecho de constituír asambleas públicas. Muy dueño de sí mismo, parecía a veces seguro y cruel, a veces suave y bueno. Tan pronto afectaba piedad como desprecio por la religión. Era aficionado al vino, pero sabía pasarse sin él. Buscaba la buena comida y soportaba las privaciones sin protestar. Amaba a las mujeres y sabía ser casto.

¿Cuáles fueron las reacciones de Marco Aurelio cuando supo la rebelión de la cual, estando bajo semejante jefe, podía temer mucho? Dion recuerda un discurso que leyó entonces a sus soldados y que puede resumirse así:

"¿Para qué sirve rebelarse contra los dioses? Ellos disponen de todo. ¿Cómo, sin embargo, no quejarse cuando se es desgraciado sin merecerlo? Guerras tras guerras continuamente y ahora guerra civil. ¡Qué sorpresa, qué horror, no encontrar entre los hombres ninguna fidelidad, ser traicionado por el amigo más querido!".

"Lo que me inquieta no es mi suerte personal (no soy inmor-

tal) sino la suerte del Estado, la suerte de todos. Quisiera si fuera posible llamar a Casio para que discuta conmigo acerca de sus pretensiones, ante el Senado, ante vosotros. Le cedería con gusto el poder si esto fuera útil al interés general. Es por el interés general que enfrento fatigas y peligros lejos de Italia, a mi edad, y en mi estado de salud. No puedo alimentarme sin sentir dolores, ni dormir sin ser atormentado por preocupaciones.

"Pero Casio no lo consentiría. ¿Cómo podría tener confianza en mis promesas después de haber faltado de este modo a la fe jurada? Por lo tanto, compañeros de armas, tengamos confianza. Nunca jamás, cilicianos, sirios, judíos o egipcios tendrán ventaja sobre nosotros por muy considerables que sean sus concentraciones de tropas. Casio tiene fama de ser un excelente general, pero ¿de qué vale que un águila lleve grajos al combate o que un león conduzca gacelas? Por lo demás, no ha sido él quien terminó la guerra de los partos, sino vosotros.

"Tal vez el mismo Casio se ha arrepentido ya, puesto que sabe que continúo viviendo. No temo más que una cosa, y es que se dé a sí mismo la muerte o que otro lo mate al saber que marcho contra él. Sería quitarme una ventaja única que espero de la guerra y de la victoria: la de perdonar una injuria y quedar amigos a pesar de su violación de la amistad. No todos los buenos sentimientos de los hombres han muerto. Todavía subsisten en ellos algunos restos de la antigua virtud. Puedan las desgracias presentes permitirme cumplir con lo que nadie cree posible y demostrar a todos que se puede obtener algún bien aun de la guerra civil".

Discurso mezclado; sin duda hacia el final se percibe una luz de confianza en la humanidad, nacida de lo que existía de ternura escondida en el corazón del filósofo. Pero en más de un punto da la razón a Casio. Niebla en las ideas, timidez en la inteligencia y un carácter que se envuelve en los principios del estoicismo sin poder disimular el cansancio. Luego el recurso a lo que podríamos llamar reflejos imperialistas del romano medio, desprecio del oriental, anteojeras que la infatuación de representar a una raza superior agrega a los ojos del hombre de Estado. Visitando Palestina después de terminada la rebelión, Marco Aurelio, "harto de la horrible suciedad de los judíos y de su humor turbulento", exclama lamentándose (las lamentaciones no atenúan la expresión de desprecio):

PASAJE DE UN RÍO SOBRE UN PUENTE DE BARCAS.

"¡Oh, marcomanos; oh, cuados; oh, sármatas!, por fin he encontrado de quien conseguir todavía menos que de vosotros".

A decir verdad no fue una campaña. Si bien el prefecto de Egipto, que era un caballero, hizo causa común con Casio, el gobernador de Capadocia, Marcio Vero, después de avisar a Marco Aurelio, se declaró contra él. Sin duda Casio se enfrentó también con la hostilidad de la gran aristocracia terrateniente que en Oriente tenía posiciones muy sólidas.

Su reinado usurpador no duró más que tres meses y seis días, probablemente hasta principios de agosto. Marco Aurelio estaba todavía en camino cuando un centurión y un decurión lo mataron por sorpresa, y le cortaron la cabeza para llevarla al emperador. Cuando éste lo supo, ordenó a los matadores que enterraran el trofeo aun antes de que llegaran ante él. Un hijo de Casio, que estaba en Alejandría, fue también masacrado. Pero las represalias no pasaron de allí. Ningún otro entre los senadores y los caballeros fue condenado a muerte. Las cartas encontradas en el cofrecillo de Casio, que hubieran podido revelar las ramificaciones del complot, fueron destruídas según algunos por Marco Aurelio, según otros por Marcio Vero. Algunos cómplices fueron deportados. Pero sólo la mitad de los bienes de Casio fue confiscada y los hijos sobrevivientes conservaron el resto. Marco Aurelio, muy descontento con los habitantes de Antioquía, en un primer momento les quitó todo lo concedido por Casio. Luego les restituyó los espectáculos, pero se guardó muy bien de restablecer la libertad de reunión. Por otra parte, tomó la precaución de prohibir que nadie pudiera gobernar en su provincia natal.

Cuando el orden quedó restablecido en Siria, emprendió un gran viaje por todo el Oriente del Imperio, como lo había hecho Adriano. Visitó el Egipto como "ciudadano y filósofo".

A la vuelta, Faustina murió súbitamente en Halala, al pie del Taurus. A pesar de la reputación de impúdica que pesaba sobre ella, y que según dicen, su esposo ignoró siempre o fingió ignorar, pidió para ella al Senado los honores divinos y un templo. Creó, como lo había hecho Antonino en recuerdo de Faustina madre, una institución para jóvenes pobres que también fueron llamadas faustinianas.

Del paso por Esmirna nos ha sido conservado un recuerdo sin

importancia histórica, pero que hace revivir ante nuestros ojos al intelectual griego de esa época con su simplicidad democrática, su libertad de espíritu, la alta opinión que de sí mismo tenía, y frente a él, al romano maravillado, molesto y condescendiente.

Hacía ya tres días que Marco Aurelio había llegado y se extrañaba de no haber visto todavía al sofista Arístides, que nacido en Misia (Asia Menor) se había formado en Atenas en tiempos del apogeo de Herodes Atico y luego en Pérgamo. Preguntó a los Quintilii que lo acompañaban: "¿tal vez no habré reconocido al hombre en medio de la multitud que acudió a saludarme?". Tampoco los Quintilii lo habían visto. Al día siguiente lo fueron a buscar a su casa para conducirlo con ellos ante el emperador. "¿Por qué hemos tenido que esperar tanto para verte?", preguntó Marco Aurelio. "Estaba absorbido en una meditación, ¡oh emperador! Cuando esto sucede, la mente no debe desviarse del objeto de su búsqueda". "¿Cuándo, entonces, podré oírte?". "Propón hoy un tema y mañana me oirás. No somos de los que vomitan discursos; nos gusta el trabajo bien hecho. ¿Mis discípulos están autorizados para escucharme?". "Los autorizo, será más democrático". Arístides agregó: "Dales también permiso, ¡oh, emperador!, para gritar y aplaudir a gusto". El diálogo se terminó con una salida irónica: "Eso sólo depende de ti", replicó Marco Aurelio.

Una nueva etapa lo condujo a Atenas, patria del racionalismo y también del misticismo. Creó allí cuatro cátedras de filosofía en la Universidad en que el sofista Adriano, natural de Tiro, ocupaba la cátedra de retórica. La afición por la hermosa elocuencia y el amor por las letras no se habían nunca apagado del todo en Marco Aurelio. Era uno de los pocos lazos que lo unían al mundo exterior y uno de los últimos placeres del que no estaba desengañado. Quiso verificar personalmente si Adriano estaba a la altura de su reputación y le propuso, como tema de declamación: "Estando Filipo en Elatea, Hipérides sólo tiene oídos para los consejos de Demóstenes". Tema fuera de actualidad, en todo caso, y que nos da la medida de lo mucho de vano, de fútil y de mortal que había en la cultura de esa época. El emperador sintió tanta admiración por el orador que lo colmó de liberalidades y de regalos. "Filostrato aclara el concepto: entiendo como liberalidades, el derecho de comer a costa de la ciudad, un asiento de honor en las representaciones públicas, la

exención de impuestos, los cargos de sacerdote y todo lo que dé brillo a un hombre; entiendo como regalos, el oro, la plata, los caballos, los esclavos y todo lo que es signo de riqueza".

Sin embargo, el juego de la literatura y aun las lecciones de estoicismo, dejaban a Marco Aurelio cada vez más insatisfecho, a medida que envejecía y que a su alrededor se multiplicaban los derrumbes. Se acentuaban, en cambio, la necesidad de consuelos sobrenaturales y la propensión al misticismo. Entre todas las religiones de misterio, la más venerable y la de más prestigio era la de Deméter, en Eleusis. Marco Aurelio se había preparado a una iniciación que deseaba desde hacía mucho tiempo, y que en ese momento respondía a un voto.

Mientras el emperador estaba todavía en Asia, Herodes Ático, tal vez para que no se le supusiese connivencia con Casio, había tomado la iniciativa de reanudar una correspondencia que en el pasado había sido tan activa, que hasta tres cartas del emperador le habían llegado en el mismo día. Con mucha humildad (porque después del proceso de Sirmium se lo tenía ostensiblemente de lado) su carta no fue otra cosa que una larga imploración que tendía más a la compasión que a la persuasión. Marco Aurelio le contestó con la urbanidad propia de su carácter, pero que a su vez no carecía de interés. Lloró la muerte de su esposa, se quejó de que su salud era cada vez más incierta, y prosiguió: "A ti, te deseo buena salud. No te consideres injustamente tratado, si después de haber descubierto las faltas de algunos de los que te rodean, les infligí la sanción más suave posible. No guardes resentimiento hacia mí. Si te he apenado o si te apeno, pídeme cuenta en el templo de Atenas, en el momento de los misterios. Hice voto, en lo más duro de la guerra, de ser iniciado en los misterios y de ser iniciado por ti".

Volvió a Roma durante el año 176 y allí celebró su triunfo. Encontró nuevamente complicaciones sentimentales y familiares. Su primera novia, Fabia, hermana de Lucio Vero, sea que jamás llegó a olvidar esa lejana promesa, sea a causa de una ambición que nunca le faltó durante su tormentosa vida, lo rodeaba de atenciones y de intrigas con tal de que se casara con ella, ahora que el emperador era viudo. A ningún precio quería él imponer una madrastra a sus hijos todavía pequeños; tomó como concubina a la hija del intendente de Faustina.

Más complicada era la preocupación de asegurar a su hijo Cómodo la sucesión al trono. Ya en el año 166 lo había nombrado César; le concedió el título de Augusto, asociándole así directamente al poder. Lo hizo casar cuando tenía quince años, con Brutia Crispina, hija de Brutio Praesens, que había sido procónsul de África. Se trataba de una familia muy en vista del orden senatorial en la cual con gusto se cedía a la vanidad de alargarse el nombre para mostrar sus cuarteles de nobleza. En una inscripción (CIL, X, 408) que tiene algunas lagunas, el suegro de Cómodo es llamado así: L. Fulvio Brutio Praesens Min..., Valerio Máximo Pompeyo L...., Valente Cornelio Próculo Aquilio Veiento. Sin embargo, el casamiento fue celebrado con simplicidad, como el de un simple particular.

En esa misma época se reavivaba el incendio en la frontera del Danubio. ¿Fue causado por una especial agresividad de las tribus germánicas? Más bien fue causado por uno de esos encadenamientos en cuyo punto de partida aparecen las iniquidades del imperialismo. Los cuados y los marcomanos se quejaron primeramente por medio de embajadores de las exacciones de que eran objeto por parte de las tropas romanas en guarnición en los campamentos fortificados dentro de sus propios territorios. Eran maltratados sin cesar y molestados mientras hacían pastar los animales o mientras cultivaban sus tierras. Sin embargo, agregaban, esas tropas no tenían por qué estar descontentas con su suerte. Tenían de todo en abundancia y disponían hasta de baños. ¿Qué más querían? Todos los generales no eran como Pescenio Níger o Avidio Casio.

A la larga, fastidiados, los cuados tomaron la decisión de emigrar en masa al territorio de los semnones que habitaban más al norte, sobre el curso medio del Elba. Si los imperativos de seguridad, tan cómodamente puestos por delante para justificar empresas imperialistas, hubieran sido los verdaderos determinantes de la política romana, este éxodo debió haber satisfecho a los romanos. Pero pareció intolerable que una masa capaz de pagar impuestos y prestaciones, escapara de esto. Marco Aurelio hizo cerrar todas las vías de salida.

De este modo la guera se reinició en el año 177, "por iniciativa de los bárbaros". Guerra de la cual estamos muy poco informados, pero guerra agotadora y sin salida. A partir del verano del año 178,

Marco Aurelio tuvo que retomar personalmente la dirección de las operaciones, acompañado por Cómodo. Instaló su cuartel general, sea de nuevo en Carnuntum, sea a orillas del Gran, más allá del Danubio. De los cuados, la guerra se extendió rápidamente a los marcomanos que apoyaban a los hermonduros, sus vecinos septentrionales, y también a los sármatas. Entre los generales que secundaron a Marco Aurelio, volvemos a encontrar, además de Pertinax, a los dos Quintilii que habían gobernado en Acaya y que luego lo acompañaron al Oriente en calidad de consejeros íntimos. Todo lo que se sabe de ellos es que pertenecían a la más opulenta aristocracia senatorial, que eran muy cultos, tenían talento militar y vivían entre sí en tal comunión de pensamientos y de corazón que jamás se separaban, ni siquiera en los cargos que ejercieron.

Su villa de Roma, cuyas considerables ruinas se erigen sobre la vía Apia, poco después del km 6, revela una vez más, cuán inmensas riquezas y qué poderío económico se hallaban concentrados en las mismas manos. Las paredes de ladrillo, conservadas en buena parte hasta gran altura y que cubrían un enorme espacio que se extendía hasta la vía Apia Nueva, llamaron hasta tal punto la atención, que la imaginación popular creyó ver en ellas los restos de una ciudad, por lo que fueron bautizadas con el nombre de Roma Vecchia, la Vieja Roma.

En el año 177, los hermanos Quintilii consiguieron una victoria aplastante, aplastante en el comunicado, pero estéril en sus resultados. Igualmente sucedió durante la primavera del año 179, al prefecto del pretorio Tarrutenio Paterno. Cada vez se penetraba más profundamente en territorio bárbaro. Durante el invierno de los años 179-180, algunos destacamentos avanzados acamparon en el curso superior del Waag, a ciento veinte kilómetros al norte del Danubio, cerca de la actual ciudad de Trençin. Su jefe era un enérgico general, natural de Panonia, y salido del orden ecuestre, Marco Valerio Maximiano. No era posible destruír más que una pequeña parte de los guerreros enemigos; el vacío se colmaba enseguida con la inagotable reserva formada por grupos de tribus cuya solidaridad y deseo de independencia se fortificaban en el ardor de las acciones comunes. Inalcanzable, el grueso de los combatientes germanos se refugiaba en el fondo de los bosques impenetrables, donde las legiones no se atrevían a aventurarse.

Durante todos estos choques y desilusiones, cuya continuidad casi ininterrumpida podrá dar la impresión de mala suerte, ¿que había ocurrido con la seguridad estoica y la indiferencia filosófica ante las circunstancias exteriores? Como desde el principio fueron más afectadas que verdaderas, se habían desvanecido o al menos poco faltaba para ello.

Las razones por las cuales los *Pensamientos* están agrupados en el orden que conservan los manuscritos, son impenetrables; ciertamente no es éste el orden en que fueron redactados. Sin embargo, existe una diferencia tan profunda en el acento, que va de la serenidad al abatimiento, que verosímilmente las más desesperadas pertenecen a los últimos años pesados y desalentadores.

La alternativa: creencia en la existencia de los dioses y en su acción providencial o comprobación de que el mundo está abandonado al azar, no fue al principio contemplada más que como hipótesis filosófica, con una gran serenidad y rechazando finalmente el segundo término:

"Abandonar el mundo de los hombres, si hay dioses, no tiene nada de terrible; pues éstos no podrían hundirte en la desgracia. Si no existen, o si no se ocupan de los asuntos de los hombres, ¿para qué vivir en un mundo sin dioses o sin providencia? Pero existen y se preocupan por los asuntos de los hombres, y para que el hombre no caiga en verdaderos males, han dejado que todo repose sobre él" (II, 11).

Luego aparece la duda, y se aleja la seguridad. Para conjurar el temor sentido ante la muerte, existe el recurso, el vértigo de sentirse llevado a su vez en el desenvolvimiento sin fin de la danza macabra.

"Hipócrates, después de haber curado muchas enfermedades, cayó también enfermo y murió. Alejandro, Pompeyo, Cayo César, después de haber arrasado tantas veces ciudades enteras, y deshecho en batallas campales a jinetes e infantes por decenas de miles, dejaron también finalmente la vida. Heráclito, luego de tan sabios estudios sobre el incendio final del mundo, murió con el cuerpo lleno de agua y la piel cubierta de estiércol. A Demócrito lo hicieron perecer los gusanos... Y bien, te has embarcado, tu navegación ha terminado, abordas; ¡desembarca! Si es para entrar en una nueva vida, tampoco allí hay nada sin dioses. Si es para no sentir ya nada, dejarás de sentir penas y placeres" (III, 3).

El renunciamiento al progreso técnico, el marasmo económico, el hundimiento mortal de la sociedad en las viejas estructuras sociales, para decirlo todo, la desaparición de toda esperanza colectiva, habían conducido muy pronto a Marco Aurelio, como a tantos otros espíritus de su época, al pesimismo filosófico, a replegarse sobre sí mismos. Había creído encontrar en la práctica individual de la sabiduría, la paz del alma y aun la felicidad (XI, 16. Llevar una existencia completamente feliz está dentro de las posibilidades del alma, con tal de que quede indiferente a las cosas indiferentes). Pero a menos que el hombre se embote o se prepare un refugio fuera de sí mismo por medio de ocupaciones que lo absorban entera y continuamente, no existe la salvación individual. Que las tempestades de los acontecimientos arranquen con su violencia al individuo de su somnolencia o de su felicidad artificial, y ¿qué le queda sino el aplastamiento del hastío o el desagrado o la angustia ante el vacío de la existencia?

"Del mismo modo en que te sientes desagradado por los juegos del anfiteatro y por lugares semejantes, porque siempre se ven las mismas cosas y la monotonía hace fastidioso el espectáculo, sentirás así con los mismos sentimientos si consideras la vida desde el principio al fin. Todo, de arriba hasta abajo, es igual, y proviene de las mismas causas. ¿Hasta cuándo?" (VI, 46).

El desagrado se hace obsesionante, se cambia en desprecio nihilista del mundo material, del cuerpo y de sus alegrías, en una despoetización de todo, en el deleite de la desesperación.

"Para hacerse una idea de lo que son las carnes cocidas y las comidas de esa clase, hay que decirse: esto es cadáver de pescado Esto es cadáver de pájaro o de cerdo... El ayuntamiento sólo es el roce de un órgano y en un espasmo la emisión de líquido" (VI, 13).

Habiendo llegado a ese punto, no es de extrañar que el pesimismo se convierta en misantropía. Apenas subsisten algunos fugitivos resplandores de compasión, algo de ese sentimiento de ciudadanía del mundo, del que los estoicos hacían gustosamente profesión de fe. Ya no ve en la humana agitación otra cosa que un triste y desmoralizador espectáculo, manifestaciones de bestialidad o de miedo. Tan desprovista de significado y llena de vanidad parece desde entonces toda acción sobre sus semejantes a este soberano todopoderoso de un imperio todavía muy poderoso.

"Desgraciadas hormigas aplastadas por su carga, ratones asustados corriendo en todo sentido, títeres movidos por cuerdas" (VII, 3). Una araña se hincha de orgullo por haber cazado una mosca, este hombre se enorgullece por cazar una liebre, ese otro por pescar una sardina en la red o algunos jabalíes, osos o sármatas, ¿no son acaso todos bandidos frente a los principios?" (X, 10).

Las cosas se presentan envueltas de algún modo en tantos velos, que muchos filósofos, y no los peores, las consideran completamente imposibles de comprender. Los estoicos las juzgan difíciles de comprender. Cualquier adhesión de parte nuestra queda sujeta a cambios. ¿Cuál es el hombre que no cambia? Pasa a los objetos del conocimiento: cuán efímeros y despreciables. Y pueden caer en manos de un libertino, de una prostituta, de un malvado. Luego, pasa a considerar las costumbres de sus compañeros: el más amable, apenas si es soportable, por no decir que apenas si se soporta a sí mismo.

"En medio de estas tinieblas, de este fango, de este flujo tan rápido de la sustancia, del tiempo, del movimiento, de lo que está en movimiento, ¿hay un solo objeto digno de estima, de alto precio, un objeto que de modo general merezca nuestro interés? Ni siquiera tengo idea de esto" (V, 10).

¿Será posible todavía calificar de filosofía esta sombría desesperación, este completo renunciamiento a todo? Aun a lo que había sido un último motivo para vivir: los libros, la lectura, la reflexión sobre la lectura.

Al principio fue sólo una exhortación dirigida a sí mismo con el objeto de moderar una pasión excesiva, un apego demasiado vivo por la vida: "Desecha tu sed de lectura, para no morir recriminando, sino verdaderamente satisfecho y con el corazón lleno de agradecimiento a los dioses" (II, 3).

Ahora, en términos que se hacen imperiosos y duros, una desconsideración y reprobación totales.

"No vagabundees más. Ya no tienes tiempo para releer tus notas, ni la antigua historia de griegos y romanos ni los extractos de los tratados que reservabas para tu vejez. Ve derecho a tu objeto, di adiós a las vanas esperanzas" (III, 14).

"Abandona tus libros, no te dejes distraer. Ya eso no te está permitido. Piensa que vas a morir. Desprecia la carne: no es más

que barro y sangre, huesos, tejido de nervios, de venas y de arterias" (II, 2).

¡Extraño espectáculo el de este emperador filósofo, que desertaba en su pensamiento de un mundo del que era supremo responsable y cumplía con angustia y como un autómata sus deberes de jefe de los ejércitos y de jefe del Imperio!

Capítulo XI

LAS DOS PENDIENTES DEL CRISTIANISMO

El mismo Marco Aurelio, en el año 177, respaldó las crueles torturas infligidas a los cristianos de Lyon y dio orden expresa de acabar con todos los que no renegasen de su fe. Su número alcanzó a 48, encontrándose entre ellos el anciano obispo Pothin, de más de 90 años de edad, y una joven esclava llamada Blandina.

¿Qué encadenamiento de circunstancias condujo a esas implacables decisiones, cuando desde la época de Trajano, hacía más de 60 años, no habían tenido lugar represiones en masa? ¿Durante este intervalo se relajó tal vez la vigilancia de las autoridades o fueron los cristianos que escondiéndose se hicieron olvidar? La mansedumbre muy relativa de Adriano, de Antonino Pío y del Marco Aurelio anterior al año 177, no podría ser considerada como debilidad. Por su parte, el cristianismo se había hecho más clarividente, había comenzado a penetrar y a progresar hasta en las clases dominantes, se había atrevido a expresarse públicamente en apologías dirigidas a los mismos emperadores.

Las corrientes ideológicas que alejaban las mentes del racionalismo y las llevaban hacia creencias religiosas teñidas de misticismo, favorecían igualmente el culto de Isis, el cristianismo o el culto de Mitra. La existencia de una colonia judía en Roma había ayudado a la formación y al éxito del primer foco cristiano. Sin duda, los textos sagrados cuyo canon no estaba todavía fijado, estaban redactados en griego; pero ese hecho en lugar de perturbar su difusión entre las clases cultas de la población, las recomendaba más bien a la atención y les confería una especie de prestigio externo. Ciertos aspectos de las creencias y de la moral, el monoteísmo y la predicación del amor al prójimo respondían a la antigua necesidad

de lógica y al reciente despertar de una más viva sensibilidad. Finalmente, la actitud más ambigua que prudente adoptada por los dirigentes de la naciente Iglesia hacia las autoridades oficiales, tranquilizaban a los que no deseaban cambios sociales sino una renovación de la vida interior.

La primera epístola a los corintios nos presenta los conflictos de tendencias que se manifestaron pronto y que pesaron inevitablemente sobre la redacción definitiva de tal o tal texto.

Por lo menos, la epístola a los romanos, capítulo XIII, es perfectamente explícita: "Que toda persona quede sometida a las autoridades superiores, pues no existe autoridad que no venga de Dios y las autoridades existentes han sido instituídas por Dios. Entonces, quien se oponga a las autoridades resiste a la orden de Dios, y quienes se les resisten atraen sobre sí mismos la condenación".

Por medio de una interpretación forzada de ciertos pasajes de Dion Casio, de Suetonio y de Tácito se ha querido hacer remontar las primeras conversiones de personalidades hasta los reinados de Domiciano y de Vespasiano. Lo que es seguro es que luego los primeros lugares de reunión y oratorios clandestinos se fijaron a menudo en las dependencias de casas ricas. Cuando triunfó el cristianismo se levantaron hermosas y grandes iglesias sobre las ruinas de estos primeros refugios del culto, a un nivel bastante más alto a causa de la continua elevación del suelo urbano. Hoy en día no deja de ser una de las curiosidades más impresionantes y emocionantes de Roma, el encontrarse bajo ciertas iglesias, como si se estuviera en un piso más bajo de la historia, entre los muros de una vieja casa romana con los elementos característicos de su decoración y de su arreglo, frescos o silos para cereales.

El cristianismo se arreglaba muy bien, como lo han demostrado los acontecimientos del Bajo Imperio, con el régimen político del Imperio y aun con su régimen económico fundado sobre la esclavitud: "Que cada uno continúe en la posición social en que estaba cuando Dios lo llamó. Si eras esclavo no soportes con pena ese estado" (I, Cor., 7, 20). A partir del siglo II se encaminaban hacia la coexistencia antes de conseguir la compenetración. A Plinio el Joven, que le consultaba sobre la conducta conveniente hacia los cristianos de la provincia de Bitinia de la cual era gobernador, Trajano fija como directiva la de condenar a muerte a quienes,

denunciados regularmente y convictos de ser cristianos, rehusasen abjurar la fe; pero no debía perseguirse a los sospechosos ni tener en cuenta las denuncias anónimas. Adriano, que sin embargo tenía mucha firmeza en lo relativo a disciplina, ya fuera social o militar, había llegado aún más lejos en el respeto de la legalidad común. Ordenaba al procónsul de Asia que no condenara si no "se acusaba y probaba que los individuos designados habían cometido algún acto contrario a las leyes". Aún así el procónsul debía proporcionar el castigo según la gravedad de la falta cometida.

Nada extraño, por lo tanto, si algunos intelectuales se esforzaban ya en establecer los grandes lineamientos de un compromiso entre el cristianismo y el Imperio. Una *Apología* para los cristianos, que no es la primera en su género, fue dirigida hacia el año 150 a Antonino Pío por Justino, filósofo convertido, nacido en Naplusa, Palestina, que se había establecido en Roma y que debía luego ser ejecutado hacia el año 165 a causa de la denuncia de un filósofo cínico.

Su obra resulta muy interesante, pues tiene como fin lograr la conciliación entre la filosofía griega y los dogmas cristianos, y también describe la vida religiosa de las comunidades de fieles. Dice que los cristianos sólo piden ser juzgados por sus actos. Si se les reprocha como crimen la negativa a adorar ídolos, el crimen les resulta común con el del poeta Menandro, quien afirmaba que el artesano es más grande que sus obras; con el de Sócrates, que por denunciar los falsos dioses fue ejecutado como ateo. Los cristianos adoran al mismo dios que Sócrates y Platón, al "logos" (la razón), que ha tomado forma humana en Cristo. Creen como Platón que después de la muerte el justo será recompensado y el malo castigado, con la única diferencia de que el supremo juez no será Minos sino Cristo.

El reino al cual aspiran los cristianos, continúa el autor, no es un reino humano sino un reino divino. Dentro del Imperio son ellos los mejores defensores de la paz; ayudan a los pobres y se comportan como vasallos leales fuera del caso de la idolatría. En este punto se inserta un argumento político utilizado con mucha habilidad: por ser fieles a Cristo los cristianos no intervinieron en la última sublevación judía de Barcokebas.

Para tranquilizar completamente, explica en qué consisten las

ceremonias cristianas. Se acusaba a los cristianos de entregarse a toda clase de desenfrenos: a incestos y al canibalismo, y por cierto no le resultó difícil a la policía de la época arrancar, por medio de torturas, todas las denuncias y las confesiones que necesitaba. Nada más inocente, afirma Justino, que las asambleas de fieles que tienen lugar los domingos. Después de leer los recuerdos de los apóstoles o los escritos de los profetas, luego de algunas exhortaciones y oraciones, se trae pan y un vaso de vino mezclado con agua al oficiante, quien agradece a Dios (*eucharistia*) a causa de esos bienes. El pueblo cristiano dice: Amén. Un diácono distribuye el alimento eucarístico a los presentes y reserva una parte para los ausentes. El pan y el vino son el cuerpo y la sangre de Cristo. Los recuerdos de los apóstoles llamados "Evangelios", cuentan de qué modo fue instituído ese rito. Finalmente se pide limosna para los pobres.

Justino concluía exhortando al emperador a adoptar el cristianismo si lo consideraba razonable; en caso contrario, no debía condenar a muerte a personas que nada habían hecho.

Otra *Apología* fue dirigida en el mismo sentido a Marco Aurelio después de la muerte de Lucio Vero, por medio de Melitón, obispo de Sardes, en Lidia, al que se le atribuía don de profecía. En Asia Menor, tal vez por iniciativa local, los cristianos eran tratados duramente; de esto se desprende, al mismo tiempo que de la ejecución de Justino, que la persecución del año 177 no fue un hecho tan excepcional bajo el reinado de Marco Aurelio.

Melitón expresa su confianza en el emperador, ante quien apela contra los gobernadores de provincia hasta el punto de manifestar un espíritu, por así decir, incondicional de sumisión:

"Lo que jamás se había visto, es decir, la persecución de los hombres piadosos, se realiza en Asia, donde son acorralados por nuevos edictos. Ciertos impúdicos sicofantes, codiciosos de los despojos ajenos, ejercen su bandidaje ante todos so pretexto de la legislación existente... Si esto se ejecuta por tu orden, muy bien; puesto que sería imposible que un príncipe justo mandara algo injusto; en ese caso con gusto aceptaremos semejante muerte como si fuera merecida. No te pedimos más que una cosa, y es que después de haber examinado por ti mismo la causa de quienes te son presentados como sediciosos, decidas juzgar si merecen la muerte o si más bien son dignos de vivir en paz bajo la protección de la

ley. Que en caso de que el nuevo edicto y esas medidas, que no se usarían ni siquiera contra los bárbaros, no fueran dictadas por ti, te suplicamos con mayor instancia aún, que no nos abandones desde ahora en adelante a semejante bandidaje público".

Lo que ante todo preocupa al obispo de Sardes es justificar a los cristianos de la acusación de sedición o de actitud sediciosa. Denuncia como peligros públicos a quienes por falsas imputaciones provocan artificialmente un abismo entre la religión de Cristo y el Estado. La mejor prueba de que esta religión no constituye un fermento de ruina para el Imperio, es que la prosperidad de Roma no ha dejado de aumentar al mismo tiempo que se expandían las creencias tan injustamente calificadas de nefastas.

"Sí, es cierto, nuestra filosofía nació primeramente entre los bárbaros. Pero el momento en que comenzó a florecer entre los pueblos de tus estados, coincidió con el gran reinado de tu antepasado Augusto y fue como un feliz presagio para el Imperio. Lo que comprueba perfectamente que nuestra doctrina ha sido destinada a florecer paralelamente al progreso de tu glorioso Imperio, es que a partir de su aparición todo te ha resultado maravillosamente bien. Únicamente Nerón y Domiciano, engañados por algunos calumniadores, se mostraron hostiles hacia nuestra religión... Pero su error quedó corregido por tus piadosos parientes (Adriano y Antonino), quienes por medio de numerosos rescriptos han reprimido el celo de los que intentaban entrar por las vías del rigor en contra nuestra" (traducción de E. Renan).

¿Por qué entonces Marco Aurelio, tan inclinado a la conciliación, permaneció sordo a estos pedidos que menos de un siglo y medio después fueron oídos cuando se estableció el Imperio cristiano sin que se causara la menor ruptura social? Algunos calificados jefes de la nueva Iglesia le ofrecían su concurso, y esto durante una época en que se acumulaban dificultades de toda clase, privándose del aporte no despreciable que le podían prestar estos elementos de renovación moral para el mantenimiento del orden existente.

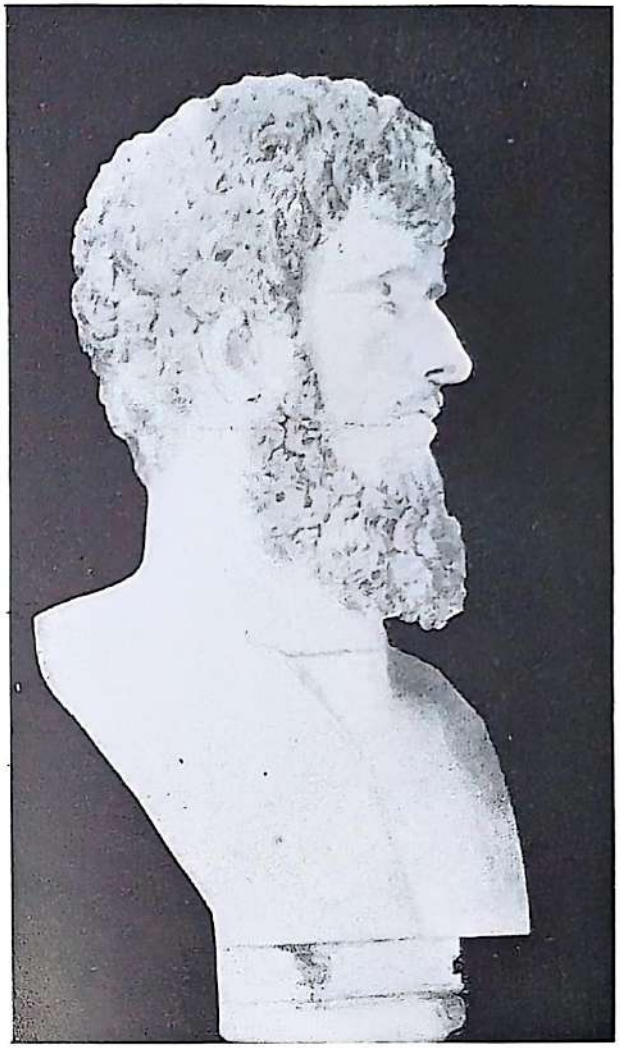
Si bien las comunidades cristianas habían visto llegar hasta ellas a muchos intelectuales y a miembros de las clases acomodadas, si toda una serie de textos sagrados habían preparado este ensanchamiento de su composición social, en su origen se reclutaron sus

miembros más especialmente entre los oprimidos, los pobres, los esclavos y también los libertos. Encontraban esperanza y promesa de que serían liberados de sus miserias y de su servidumbre, de que los ricos y los opresores serían rebajados en el cielo y tal vez también ya en la tierra. Los escritos sagrados presentaban una variedad de versiones algunas de las cuales conservaban una moderación y una dignidad que gustaba a las clases acomodadas, mientras otros se expresaban con un lenguaje adaptado a la sensibilidad y a las aspiraciones populares.

En el *Evangelio* atribuído al publicano Mateo, la genealogía de Jesús pasa a través de troncos reales y se inscribe como un título de nobleza incomparable al comienzo mismo del relato. Como corresponde a una familia en la cual se respetan los viejos principios, en una familia ordenada según reglas patriarcales, el anuncio del nacimiento se hace al padre y son reyes, los reyes magos, quienes llegan del fastuoso Oriente para venir a honrar al recién nacido.

El *Evangelio* atribuído al médico Lucas, que ha motivado más que ninguno lás representaciones populares de las fiestas de Navidad y de Pascua, tiene otro colorido. La genealogía se remonta hasta Adán, común antepasado de todos los hombres, y sólo pasa a través de un tronco secundario de la familia real; simple reconstitución de parentela colocada al final del relato de los primeros años de Jesús. La anunciación se hace a la madre y los actores de la adoración no son más que humildes pastores.

Muchos de estos versículos se extendían como un bálsamo sobre las humillaciones y los sufrimientos y como una próxima esperanza de justicia: "Dios ha arrojado a los poderosos de su trono y ha elevado a los pequeños. Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los dejó sin nada" (Luc., I, 52, 53). Sin embargo, la injusticia se presentaba bajo una forma muy concreta, es decir, bajo el régimen social fundado en la esclavitud, y quedaba consolidada por un sistema político visible y sensible para todos: el Estado esclavista de Roma. Entre los escritos sagrados había uno cuya voz era más ardiente, cuyo tono era más abrasador y cuya inmensa popularidad impuso su introducción en el Canon: el *Apocalipsis*. Como un río de lava incandescente, el odio a Roma bajo el nombre de Babilonia lo atraviesa de parte a parte. Como exaltante certidumbre de liberación y de venganza se anunciaba la ruina de Roma, pin-



Busto de Lucio Vero.
(Museo del Louvre, nº 1170; proviene de Acqua Traversa, en los alrededores de Roma. Antigua colección Borghese.)

tada, actualizada. Profecías tejidas tanto con alucinaciones, tanto con metáforas familiares, en las cuales los trabajos de la cosecha y de la vendimia se convertían en imágenes de la cólera divina. ¿Cómo no habrían de enardecer y de llenar de confianza a todos aquellos que pagaban con sus sudores y con su sangre el resplandor con que brillaba el Imperio y el lujo sin medida en que vivían las clases privilegiadas?

"¡Grandes dioses!, exclama Apuleyo para pintar a los esclavos que trabajaban en los molinos y en los hornos de pan. ¡Qué engendros humanos! Toda su piel cruzada por las lívidas marcas del látigo, la espalda deshecha a golpes... vestidos de tal modo que nada de su cuerpo queda oculto por sus harapos. Una letra en la frente, la cabeza rapada a medias, cadenas en los pies, horriblemente pálidos, los párpados enrojecidos por el humo y por el vapor; casi no pueden ver" (*Metam.*, IX, 12).

¡Cuántos ecos despertaban en la mente y en el corazón de esos desgraciados las maldiciones y las promesas del *Apocalipsis*! "Entonces, el ángel levantó una piedra parecida a una gran rueda de molino y la arrojó al mar diciendo: Así será precipitada impetuosamente Babilonia, la gran ciudad, y jamás volverá a ser encontrada. Ni la voz de los tocadores de arpa o de los músicos, ni la de los tocadores de flauta y de trompeta, será jamás oída en ti y ningún artesano de cualquier oficio que sea estará ya allí, *ni tampoco se oirá más el ruido de la piedra de moler*" (XVIII, 21-22).

Explicaba que el anuncio de los días de venganza y de gloria sería dado por una serie de señales: la guerra, el hambre, la peste, el temblor de tierra.

A menudo se producían temblores de tierra, a veces muy devastadores en sus efectos. Durante el sismo que devastó a Antioquía durante varios días en el año 115, cuando se deshicieron montañas y el régimen de las vertientes quedó cambiado, a Trajano, que había instalado allí sus cuarteles de invierno, le faltó poco para perecer. Sin embargo, esas catástrofes, aisladas y espaciadas, apenas podían ser consideradas como lejanos anuncios. Pero después de comenzado el reinado de Marco Aurelio, todos los signos aparecieron en la tierra y en el cielo. Guerras y más guerras. Diluvios que provocaron en el año 161 ó 162 el desbordamiento del Tíber más desastroso de que se tuviera memoria: siguieron a esto edificios

derrumbados, animales ahogados y una terrible carestía. La peste, venida de Oriente en el año 166, que había despoblado hasta tal punto ciertos rincones de Italia que se habían vuelto a convertir en selva. Se creía percibir en las nubes, con temblores de miedo y de alegría, a la cabalgata exterminadora de los jinetes del *Apocalipsis*.

Al mismo tiempo los magnates terratenientes que sacaban todo el partido posible del dejar hacer de Marco Aurelio, se volvían más ávidos y más opresores que nunca. Existían a la vez más razones para luchar y mayores esperanzas de victoria.

Paralelamente a la corriente que buscaba las bases de un compromiso duradero con el Imperio, se había fortificado otra corriente, revolucionaria, en que los elementos populares de las comunidades cristianas arrastraban en pos de sí a muchos de sus hermanos más instruídos o de más elevado origen. Testimonio de esto es una segunda *Apología* de Justino. Pasaba en ésta de una actitud conciliadora a afirmaciones de principios y casi del tono acomodaticio al tono de desafío: había que hacer remontar la responsabilidad de tantos vicios y crímenes, de intemperancias y adulterios y también la responsabilidad de las guerras, hasta los demonios llamados díoses por los romanos. Todo lo bueno que había en el mundo era la obra del logos, es decir, de Cristo; no sólo los filósofos y las personas instruídas ponían su esperanza en la fe de Cristo, sino también los artesanos, los iletrados, todos igualmente indiferentes a la fama, al miedo y a la muerte.

La misma corriente que llegaba directamente de los profetas del Antiguo Testamento dio origen en Asia Menor a la secta montanista. Su fundador, el frigio Montano, ex sacerdote de Cibeles que se había convertido, proclamaba que la era de las revelaciones divinas no había terminado. A la inversa de la desconfianza mostrada por el apóstol Pablo hacia las mujeres, afirmaba que éstas podían recibir inspiraciones y profetizar. Predicaba una vida de ascetismo y de rigurosa piedad. Prohibía las segundas nupcias y no consideraba el perdón de ciertos pecados después del bautismo. De este modo desechaba todo compromiso con la moral pagana y con las prácticas del paganismo. A pesar de que su doctrina fue condenada por los obispos del país en el año 172, recibió una cantidad de adhesiones. A comienzos del siglo III, Tertuliano, uno de los más

potentes escritores de la nueva literatura cristiana, abandonaría la ortodoxia por el montanismo. Tal vez los mártires de Lyon habían también sido tocados por esta propaganda. La predicación que hacía el montanismo de una actitud más rigurosa y más firme, la seguridad que aumentaba, la combatividad creciente de los cristianos, no podían dejar de desencadenar reacciones violentas no sólo de parte de quienes tenían el poder, sino también de todos los privilegiados de un régimen social que se sentían amenazados.

"La ley era perseguidora, pero el pueblo lo era aún más, escribe Renan. Los malos rumores expandidos por los judíos y mantenidos por misioneros llenos de odio, una especie de viajantes de comercio de la calumnia, indisponían a los espíritus más moderados y más sinceros. El pueblo quería participar". Seguramente, pero se trataba del pueblo de las ciudades: propietarios terratenientes que residían en ellas, funcionarios y empleados, artesanos que trabajaban para las clases acomodadas, comerciantes cuyos mejores clientes eran éstas, todos igualmente interesados en la conservación del orden social, aunque no se trataba más que de pequeños o de muy pequeños beneficiarios.

La explosión de odio del pueblo de Lyon, los aplausos prodigados ante el espectáculo de las torturas, el estímulo que se daba a los verdugos, se explican aún mejor cuando se piensa en los desórdenes que diez años más tarde, en el año 187, se extenderían a gran parte de la Galia y desbordarían hacia España. Bajo la dirección de un desertor llamado Materno, algunas bandas de soldados que también habían abandonado sus unidades y que se habían reforzado, siguiendo la terminología habitual, con gentes fuera de la ley, se volcaron en los campos saqueando las ricas propiedades agrícolas y penetraron en las ciudades donde abrieron las prisiones. ¿Estos disturbios hubieran podido alcanzar semejante extensión si esas bandas no hubieran encontrado complicidad y aun activo apoyo por parte de la población pobre del campo?

En Lyon, en el año 177, los espectadores del anfiteatro, beneficiarios de una costosa política de urbanización que se había realizado a costillas del campo, se percataban sin duda de los peligros de su aislamiento en medio de masas insatisfechas con su suerte y creían afianzar su situación por medio del terror.

Poco a poco se vio aumentar y desencadenarse la ciega violencia

de la muchedumbre, la fría crueldad del aparato judicial y una borrachera de bestialidad. Se empezó por acusar a los cristianos que se mantenían apartados de los cultos oficiales, de poner en peligro la cohesión y la prosperidad de la ciudad. Se los miró como a sospechosos, indeseables, y finalmente como peligrosos. Se les prohibió la entrada a los baños públicos y al foro. Se les insultó en la calle, se les arrojaron piedras y sus bienes fueron saqueados.

Más tarde algunos fueron detenidos y conducidos ante los magistrados de la ciudad: allí reconocieron ser cristianos. Pero estos magistrados no tenían derecho de vida y muerte. Hubo entonces que esperar el regreso del legado imperial, gobernador de la provincia. Cuando llegó se sucedieron los interrogatorios y se multiplicaron los arrestos. Algunos acusados cedían y apostataban. Pero los demás mostraron un valor inflexible. Sanctus, diácono de la iglesia de Vienne; Maturus, aún neófito; Blandina, una joven esclava. Sanctus a cada pregunta sobre su nombre, lugar de origen o estatuto social se contentaba con responder: "Soy cristiano". El legado le hizo aplicar sobre las partes más sensibles del cuerpo láminas de cobre incandescentes. Nada consiguió. Varios días más tarde recomienzan la misma tortura sobre un cuerpo que es una llaga viva. Sanctus no sale de su "soy cristiano".

Sus compañeros quedaron galvanizados por su ejemplo. Aun Blandina soporta los suplicios sin desfallecer, reafirmando sin cesar su fe y su inocencia: "Soy cristiana, no hacemos nada malo". El jefe de la comunidad, el obispo Pothin, de más de noventa años de edad, lisiado y casi sin aliento, es presentado ante el legado y luego linchado por la muchedumbre. Lo arrojan nuevamente a la prisión cuando ya casi no respira y muere dos días después. El legado condena a los que no habían sucumbido a las torturas, a ser arrojados a las fieras en el anfiteatro.

La serie de ejecuciones comienza en medio de la excitación, de las griterías y de las ráfagas de aplausos de los espectadores. Maturus y Sanctus quedan expuestos a las mordeduras de los leones y luego son sentados en una silla calentada al rojo. Como todavía respiran se los degüella. Durante todo este tiempo Blandina estaba atada a un poste en medio de la arena. Las fieras dan vuelta a su alrededor, pero no la tocan. Así presencia las horribles torturas de sus compañeros, espectáculo como para hacer desfallecer el corazón más templado. Pero las promesas de su fe arrastran sus miradas y sus pensamientos más allá del sufrimiento y de la muerte, como si todos juntos tuvieran el honor, ante la inmensa asamblea reunida al efecto, de dar testimonio de la verdad de su Dios y de su confianza en sus promesas.

Vuelven a llevarla a su prisión. El legado se entera de que entre los condenados hay ciudadanos romanos; éstos no pueden ser sometidos a otro tormento que la decapitación. Consulta a Marco Aurelio, quien le ordena que haga decapitar a todos los que se obstinen en su profesión de cristianos. El legado reserva igualmente a los no romanos para los juegos del anfiteatro.

Los crueles espectáculos recomenzaron el 1 de agosto. Las fiestas de Roma y de Augusto atraían en esa fecha a Lyon a todos los favorecidos y beneficiados por la romanización y a sus partidarios más convencidos, que llegaban allá desde todos los lugares de Galia. Blandina y un adolescente de quince años, Pontino, fueron reservados para el final. Exhortados por última vez a que tomaran parte en los sacrificios en honor de los dioses y del emperador, se mantuvieron firmes. Blandina sostuvo hasta el fin de su suplicio a su joven compañero. Luego quedó sola, ella, la esclava tan despreciada, pero resuelta a admirar por su valor a ese público de propietarios de esclavos. Sea porque llegara ante sus ojos la hora de la suprema recompensa, sea por una extrema tensión de desafío, corrió a presentarse a sus torturadores. Desgarrada a latigazos, mordida y arrastrada por las fieras, fue arrojada como presa a un toro furioso que con sus cuernos la lanzó varias veces por el aire.

Sin embargo, por muy memorables que sean las persecuciones de Lyon, no representan más que un momento excepcional en la historia de la Iglesia durante esa época. La vida diaria se desenvolvía en un plano más prosaico. Se trataba de durar, de establecer un equilibrio o un compromiso entre las dos corrientes principales, cuya utilización combinada permitía a la vez responder a las aspiraciones del mayor número y procurarse un lugar creciente en una sociedad cuya religión oficial se desaprobaba. ¿A dónde se llegaría? Nada más revelador que los entredichos de San Calixto y de San Hipólito, cuyos orígenes corresponden al reinado de Cómodo.

La historia de esos entredichos estuvo a punto de quedar en un

olvido definitivo. El extenso tratado redactado por Hipólito contra los herejes titulado *Philosophoumena*, parecía perdido cuando el manuscrito, que debía entrar a formar parte en el año 1842 de la Biblioteca Nacional de París, fue descubierto en el monte Atos. Sorpresa, escándalo. La realidad de las oposiciones que se agravaban en el seno de la comunidad romana y las pequeñeces humanas a que daban lugar se iluminaban con cruda luz.

Calixto había sido esclavo de un liberto imperial llamado Carpophoro, quien, cristiano como él, le había confiado fondos para que los hiciera fructificar. Convertido en esclavo banquero había recibido como depósito sumas pertenecientes a correligionarios, las que prestaba sobre todo, según parece, a los judíos instalados en Roma. Los beneficios consistían en la diferencia entre la tasa del interés consentido a los depositantes y la tasa exigida a los deudores. Algunos préstamos importantes se revelaron incobrables, y el banco quebró. Calixto se escapó, intentó fugarse por mar, fue tomado y devuelto a su amo. Fue entonces a hacer escándalo a la sinagoga, fue presentado ante el prefecto de la ciudad, que lo condenó a la flagelación y a las minas de Cerdeña.

Liberado gracias a la intervención de Marcia, la piadosa concubina de Cómodo, el papa Ceferino en el año 189 le confió la administración de las catacumbas que estaban situadas al comienzo de la vía Apia y que después tomaron su nombre. Los colegios funerarios que los cristianos habían constituído de conformidad con las prescripciones de la ley, se habían hecho ricos y el número de sus componentes no cesaba de aumentar. Había que manejar sumas considerables, proceder a agrandar los cementerios y excavar nuevas galerías. No es extraño que el papa pensara en Calixto para cumplir esas tareas, pues durante las peripecias de sus primeras empresas bancarias había adquirido una gran experiencia en contabilidad y en negocios.

Más tarde, después de la muerte de Ceferino en el año 217, Calixto, a su vez, llegó a ser papa. Había tenido como competidor a Hipólito, quien no le perdonó su éxito y dirigió contra él una campaña de las más violentas denunciándolo como falso doctor, impostor y capaz de todas las fechorías. Lo acusó de haberse ganado las simpatías de Ceferino aprovechando la ignorancia y la ingenuidad de un anciano; le reprochó el haber suscitado bajo cuerda discor-

dias en el interior de la comunidad para poder intervenir y establecer la armonía por medio de astutos discursos, y conseguir de este modo un acrecentamiento de autoridad y prestigio.

Más allá de las mezquindades de esta rivalidad, ambos representaban dos actitudes opuestas respecto a los más graves problemas. Hipólito, que en sus propios escritos se coloca como sucesor de los apóstoles, participante de la misma gracia, del supremo pontificado y de su magisterio, era un rigorista: condenaba radicalmente el préstamo con interés. Calixto fue un papa liberal, es decir, tolerante: admitió que los pecados de impudicia, de homicidio y de apostasía, hasta entonces considerados irremisibles, se pudieran perdonar. "Ved, gritaba Hipólito, a qué abismos de impiedad ha llegado este hombre sin fe y sin ley; predica al mismo tiempo el adulterio y el homicidio".

Hipólito será canonizado, pero Calixto también lo será. Aparentemente la Iglesia mantenía igual la balanza entre ambas tendencias, la tendencia a la intransigencia, a la completa ruptura con el mundo pagano, lo cual significaba indiferencia a la sobrevivencia de su sistema social y político, y la tendencia a la tolerancia, que significaba la aceptación y más tarde el sostén de ese mismo sistema. De hecho, convirtiéndose en Iglesia universal, con organización centralizada y jerárquica, había hecho su elección.

Los pobres podían muy bien alimentar la esperanza, la ilusión de que una vez destruído el régimen esclavista y su forma de Estado, se volvería atrás, a la igualdad y a la simplicidad de vida de las pequeñas sociedades primitivas encerradas en sí mismas e independientes unas de otras.

Los jefes de la Iglesia, cuyo género de vida, cultura y organización reposaban sobre las realizaciones materiales e intelectuales de la sociedad esclavista, no podían renunciar a la existencia de su Iglesia. Estando a la cabeza de una Iglesia y no de un movimiento revolucionario, no tenían otra perspectiva posible que el acuerdo con el sistema social existente y el apoyo dado a ese sistema. El Imperio cristiano necesitaba sólo tiempo para madurar.

Capítulo XII

LOS INELUDIBLES DESTINOS DE ROMA

El 10 de mayo del año 180 Marco Aurelio cayó gravemente enfermo en su cuartel general del ejército del Danubio. Una epidemia, parecida a la peste, diezmaba al ejército, por lo que no se hizo la menor ilusión acerca de su estado y tomó enseguida todas sus disposiciones.

Su mayor preocupación era la guerra que se prolongaba. Con la obstinación de los que siguen ciegos a los verdaderos problemas o que huyen ante ellos, se aferraba a la esperanza de que se podía y se iba a acabar con ella de una vez por todas. Llamó a su hijo Cómodo y le suplicó que continuara la guerra hasta terminarla: de otro modo traicionaría los más altos intereses del Estado. La preocupación dominante de Cómodo era librarse del contagio. Su padre admitió que su hijo pensara en protegerse, con tal que esperara algunos días antes de partir o que partiera al mismo tiempo que él, si sanaba.

Entonces, como si la muerte fuera una liberación, se abstuvo de comer y de beber, lo que pareció agravar el mal. Tan a menudo había removido y repetido sus reflexiones sobre la vanidad de todas las cosas, sobre el vacío de la existencia y la vacuidad de la gloria, que acogía con una serena tranquilidad el perderse en el vasto mundo del que le habían llegado su principio y su subsistencia: "Avanzo por el camino fijado por la naturaleza hasta que caiga y encuentre el descanso; entonces devolveré mi aliento a ese elemento que respiro día tras día; caeré sobre ese elemento de donde mi padre extrajo su simiente, mi madre su sangre, mi nodriza su leche, del que día tras día saco mi alimento y mi bebida, que dirige mis pasos, que me procura tantas comodidades" (v, 4).

Al sexto día de su enfermedad hizo entrar a sus amigos en su cuarto y conversó con ellos, sonriendo por última vez, sobre los grandes temas filosóficos que le eran familiares. Ellos apenas podían retener las lágrimas. "¿Por qué lloráis por mí? Pensad más bien en la peste, en la muerte que os espera a todos". Y finalmente: "Adiós, suspiró, voy a mostraros el camino". Le preguntaron a quién recomendaba a su hijo: "A vosotros, si es digno, y a los dioses inmortales".

El séptimo día el mal empeoró. No admitió a su cabecera a nadie más que a su hijo y por un tiempo limitado, por temor a que pudiera contagiarse. Cuando se quedó solo se cubrió la cabeza como si quisiera dormir. Como lo había hecho César cuando se vio rodeado por los senadores, con el puñal apuntado contra él. Murió durante la noche. Iba a cumplir cincuenta y nueve años.

Si siguiéramos a Renan, deberíamos atribuír a esta fecha del 17 de marzo del año 180 una importancia excepcional en la historia de la antigüedad romana y hacer de ella la fecha del duelo, no de un hombre, sino de toda una civilización: "El día de la muerte de Marco Aurelio puede ser tomado como el momento decisivo en que la ruina de la vieja civilización quedó decidida. Es ahora, después del mayor esfuerzo de racionalismo gubernamental, después de ochenta años de un régimen excelente, después de Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, el reino del mal recomienza, peor que nunca. Adiós virtud, adiós razón. Puesto que Marco Aurelio no ha podido salvar al mundo, ¿quién lo salvará?".

En realidad la vieja civilización llevaba en sí misma gérmenes de muerte, pues reposaba sobre la esclavitud como sobre una base tan malsana como injusta e inhumana.

Sus progresos, sus esplendores, no podían durar más que un tiempo, y cuando Marco Aurelio llegó al poder, esa época ya había pasado y había corrido ineludiblemente. El racionalismo del emperador filósofo no había sido más que una ilusión de racionalismo, su sabiduría no fue otra cosa que una retirada del mundo real, que no podría ponerse como ejemplo a un ciudadano y menos aún a un jefe de Estado; su virtud y su bondad fue demasiado a menudo una debilidad aprovechada por los más fuertes para extender siempre más su progreso opresivo sobre los más débiles. "Veinte años

de bondad, reconoce Renan, habían relajado la administración y favorecido los abusos".

Sin embargo, el gran reproche que desde la antigüedad se formuló contra Marco Aurelio, lo que se ha considerado como el error trágico de su existencia, error fatal, es el haber trasmitido el Imperio a un hijo que era indigno y cuyos vicios harían que todo naufragase. Renan se apodera del hecho, fácilmente explicable, de la ternura paterna —siempre un poco ciega—, para arrojar sobre Cómodo todas las responsabilidades: "En política, a causa de no haber separado bastante profundamente los deberes de padre de los de César, volvió a abrir, sin quererlo, la era de los tiranos y la de la anarquía".

La tradición histórica se ha mostrado extremadamente severa para Cómodo y sería azaroso intentar rehabilitarlo, salvo que se rehabilitara al mismo tiempo a la alta sociedad de su época, de la cual, gracias a las facilidades que le daba el poder absoluto, llevaba los vicios y la crueldad a un grado difícil de sobrepasar.

Se entregaba con frenesí a todos los libertinajes. Había reunido en su palacio, para sus placeres, a trescientas concubinas elegidas por su belleza, tanto entre las damas como entre las prostitutas, y también a trescientos jóvenes libertinos reclutados por la elegancia de sus formas, tanto entre la plebe como entre la nobleza. Festines y baños eran para todos ellos ocasión de bacanales renovadas sin cesar.

Se apasionaba por las carreras de carros, por los combates de gladiadores, no como espectador sino como actor, bajando a la arena para combatir y dar la muerte. En la arena se entregaba también en público a interminables matanzas de fieras salvajes. Hizo matar a Lucila, su hermana, a una prima hermana de su padre y a la hija de ésta; a gran cantidad de senadores y a otras personas. Dejaba rienda suelta en asuntos de Estado a sus favoritos, a libertos, quienes para enriquecerse traficaban con todo y acumulaban crímenes sin preocuparse, cuando se colmaba la medida, en abandonarlos al furor de los soldados o de la multitud. Llevó hasta la demencia el afán de singularizarse o de hacerse adular. Quiso cambiar a Roma de nombre y volverla a bautizar con el nombre de "Colonia Comodiana"; el Senado adoptó para sí el nombre de "Senado comodiano" y saludó a Cómodo con el nombre de Hércules y de dios.

El 31 de diciembre del año 192, su chambelán Eclecto, antiguo liberto de Lucio Vero, lo hizo estrangular de acuerdo con el prefecto del pretorio.

El Senado, que había vivido aterrorizado, se desató entonces en una explosión de odio igualmente demente: "Que se arranquen los honores al enemigo de la patria, que se arranquen los honores al parricida. Que se arrastre al parricida. Que el enemigo de la patria, el parricida, el gladiador, sea hecho pedazos en el espoliario (lugar cerca del anfiteatro adonde se arrastraba con un gancho a los gladiadores muertos o heridos mortalmente).

"El enemigo de los dioses, el verdugo del Senado, el enemigo de los dioses, el parricida del Senado, el gladiador, ¡al espoliario! ¡Que el asesino del Senado sea depositado en el espoliario, que el asesino del Senado sea arrastrado por el gancho!".

Así proseguían las maldiciones, salmodiadas en un tono violento, *in crescendo*, como para un sombrío conjuro mágico. Crujía el barniz de la dignidad romana al mismo tiempo que crujían los fundamentos de la sociedad.

Alucinante escena. ¿Era este desencadenamiento, aunque bestial, expresión de un horror sentido sinceramente ante las más extravagantes desvergüenzas y los más negros crímenes? En un discurso que luego de apoderarse del poder por las armas dirigirá Septimio Severo a estos mismos senadores, denunciará su hipocresía: "Habéis cubierto de oprobio a Cómodo y muchos de vosotros vivís de un modo aún más infame. ¿Es posible llevar más lejos la falsedad y la injusticia?". Pertinax había ordenado poner en venta las armas y los equipos encargados por Cómodo para sus carreras de carros y sus combates de gladiadores. Deseaba por cierto exponer a la luz del día costumbres tan despreciables y ruines, pero también quería conocer por los nombres de quienes los compraran en qué precisos círculos ejercía su devastación el mismo mal. Aislado, Pertinax pagó caro sus curiosidades y sus demás osadías. Pero Severo, fuertemente sostenido por sus legiones reclutadas en las provincias, puede afrontar a los senadores: "Si se considera extraño que haya matado animales con su propia mano, uno de vosotros, ayer y anteayer, personaje consular y de edad avanzada, jugaba en público con una cortesana que imitaba a una pantera. ¡Por Júpiter!

diréis que luchaba como gladiador. ¿Cómo entonces y por qué razones sus escudos y cascos de oro han encontrado compradores?".

Si sólo nos hubiera sido trasmitida la versión de los acontecimientos dada por la *Historia Augusta*, sería todo simple, demasiado simple. Cómodo sería por naturaleza y desde su infancia, un monstruo vicioso y cruel: "Desde su más tierna infancia fue impúdico, malo, cruel, libidinoso y manchó hasta su boca. Se dedicó a actividades que no convenían para nada a la majestad imperial, como modelar copas, bailar, cantar, silbar; en una palabra: a sobresalir en el arte de los gladiadores y de los bufones. A la edad de doce años dio en su villa de Centum Cellae un presagio de su crueldad. No habiendo encontrado el baño bastante caliente ordenó arrojar al horno a quien debía preparar el baño. Su pedagogo, a quien había encargado la ejecución, hizo quemar un cuero de oveja, cuya hediondez hizo creer a Cómodo que su orden había sido ejecutada". La *Historia Augusta* se encuentra al término de una serie de arreglos de la historia que pretendían presentar una imagen favorable a los intereses y deseos de los grandes terratenientes. Había que hacer pasar al Senado por víctima inocente de un loco feroz y por auténtico defensor de la moralidad pública y privada. De esta manera, la vida de Cómodo ya suficientemente negra en una realidad bastante bien atestiguada, quedó sobrecargada de rasgos que huelen a exageración y a delirio. Contaron que había violado a su hermana Lucila antes de hacerla matar, que también había violado a sus otras hermanas, que se divertía en mezclar excrementos humanos a los manjares más rebuscados y que fingía probarlos para darse el gusto de ver que sus invitados los devoraban.

Pero poseemos también, redactados muy cerca de los acontecimientos, otros juicios, mucho más moderados. Aun de parte de un testigo directo como Dion Casio, partidario del Senado, y que no se sentía inclinado a hacerse ilusiones sobre nadie. Había tenido ante sus ojos el terrible cuadro de una descomposición moral generalizada y sus funciones públicas lo acostumbraron a sospechar siempre lo peor. Cuando tomó posesión del consulado en los primeros años del siglo III, encontró tres mil procesos por adulterio inscritos en el rol. Afirma que Marco Aurelio murió, no de la enfermedad de la cual estaba enfermo, sino por el veneno que le habían administrado los médicos con el fin de granjearse las simpatías de Cómodo.

En cambio, describe a Cómodo adolescente como un débil, el retrato de su padre, se diría hoy familiarmente, un débil pervertido y desequilibrado por su círculo a quien esto convenía: "No era malo por naturaleza, era tan sin malicia como cualquiera; pero su gran simplicidad y su timidez lo convirtieron en esclavo de quienes lo rodeaban".

La explicación de Herodiano, que no pertenecía a los círculos senatoriales y que tenía una vista más libre, no está sólo extraída de la psicología individual. Él también atribuye el cambio de carácter de Cómodo a los desenfrenos de la juventud, a una libertad sin límites y a la influencia de los malos consejeros.

Nos muestra a Marco Aurelio en su lecho de muerte inquieto por la facilidad con que "el espíritu de los jóvenes abandona los gustos virtuosos y honestos para sumergirse en los placeres, y suplicando a sus más queridos amigos para que guiaran la inexperiencia de su hijo". Comprueba, sin embargo, que a pesar de los aduladores, Cómodo continuó por un tiempo moderado gracias al recuerdo de su padre y al respeto que le merecían los amigos de éste. Pero "un destino cruel y envidioso" vino a corromper a fondo "su moderación y su prudencia". ¿Qué forma tomó, pues, el destino? La de una conspiración tramada contra él por su hermana Lucila y por su primo Ummius Quadratus. El matador debía ser un cierto Claudio Pompeyano Quintiano, yerno de Lucila, quien en lugar de herirlo por sorpresa gritó, teniendo el puñal en la mano: "¡Mira lo que te envía el Senado!". El choque moral fue tan violento, que desde ese momento, afirma expresamente Herodiano, consideró a todos los senadores como a sus enemigos.

¿Por qué ese complot del Senado, pues el sentido del complot se revela a través de todos esos detalles, contra un joven príncipe que todavía dudaba entre el vicio y la virtud o más bien entre la fanfarronada y una cierta moderación en el libertinaje? Herodiano no lo dice, pero la inscripción del *Saltus Burunitanus*, en su desnudez de texto administrativo, lo hace ver. Tal vez bajo la influencia de Pertinax, Cómodo había tomado la defensa de los colonos explotados en esa gran propiedad, no por humanidad sino más bien por preocupación bien entendida del interés general. Como lo había hecho Adriano. Como lo hará Pertinax. Sin la intervención de Antonino el Senado hubiera anulado todos los actos de Adriano y le

hubiera rehusado la apoteosis. ¿Y Pertinax? Después del asesinato de Cómodo, su reinado, que parecía tan prometedor, durará menos de tres meses: a su vez caerá muerto por instigación de ciertos poderosos elementos del clan senatorial. Existe en todo esto una temible continuidad. Como miserable despojo Cómodo fue arrastrado en el trágico vendaval, luego tragado, moralmente primero y físicamente después.

El cadáver de Cómodo fue enterrado de noche por orden de Pertinax, pues el Senado lo había destinado a las gemonías. Septimio Severo, que se impuso contra el Senado, elevó a Cómodo y a Pertinax al rango de dioses. ¿Creeremos por esto que Pertinax y Septimio Severo habían tomado el partido de la inmoralidad contra el de las buenas costumbres?

Durante los cuarenta años de los reinados de Antonino y de Marco Aurelio, el gobierno de la sabiduría y de la filosofía permitieron a un pequeño núcleo de grandes familias aristocráticas, dueñas de inmensas propiedades de tierras, acrecentar desmesuradamente sus privilegios y sus inmunidades, su acción al mismo tiempo devoradora y paralizante de la economía general del Imperio. Éste era el drama político, el "impasse" político. La tiranía de Cómodo no fue más que un fenómeno accesorio, cuya eliminación no atenuaba nada la gravedad del mal.

Si Marco Aurelio no hubiera elegido a su hijo como sucesor, ¿a quién hubiera podido elegir? ¿A Pertinax, por ser el más capacitado de sus generales, su mejor consejero, la persona de mayor confianza? En este caso Pertinax hubiera sido asesinado doce años antes.

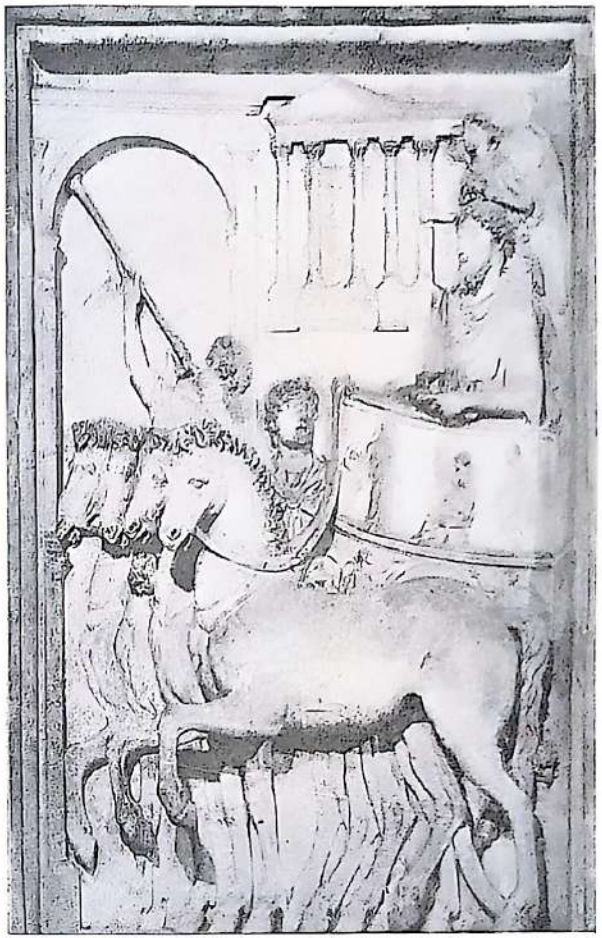
Si no había elegido a Pertinax —¿y cómo hubiera podido elegir al hijo de un liberto, introducido muy poco antes en el orden senatorial?—, hubiera tenido que dirigir sus miradas hacia alguno de los representantes de las familias más aristocráticas. Tal vez a ese Didio Juliano educado en casa de su madre Domicia Lucila y que había sido nombrado cuestor antes de tener la edad requerida.

Didio Juliano, que por sus larguezas se hará elegir emperador por sus soldados después de desaparecido Pertinax, y que muy pronto sería objeto de manifestaciones de odio y de desprecio por parte de la plebe romana. Manifestaciones extraordinarias que abren bruscamente, pero por muy corto tiempo, una ventana sobre lo que

podía incubarse y en ocasiones desencadenarse dentro de la enorme masa del pueblo romano. Al día siguiente de su elevación al Imperio, Juliano recibió en el palacio a los senadores y caballeros, descendió luego con los primeros y con una escolta de soldados del Palatino hacia la Curia donde tenía sus sesiones el Senado. La muchedumbre, que se había amontonado ante la sala y los rostros, manifestó entonces con extrema violencia, dirigiéndole injurias y maldiciones en la vana esperanza de obligar al Senado para que realizara otra elección en lugar de la hecha por los soldados; los más exaltados bombardearon el cortejo con una lluvia de piedras. Cuando Juliano salió del Senado para subir al Capitolio, las manifestaciones recomenzaron con más fuerza y tuvieron que ser dispersadas por las cargas de los soldados. La indignación era tan viva que el espectáculo que se ofreció en el circo después de la ceremonia del Capitolio quedó cubierto por los gritos y las injurias dirigidas contra el nuevo emperador.

Cuando las legiones de Severo se aproximaron a Roma, se comprobó hasta qué punto todo se hallaba descompuesto en lo más alto del Estado, aunque aparentemente todo se conservara intacto. Los engranajes que poco a poco se habían establecido para centralizar la administración del Imperio seguían funcionando con regularidad una vez que la rutina quedó bien establecida. Las cohortes pretorianas, cuerpo privilegiado que servía de guardia personal al emperador, permanecían en su cuartel siempre listas para responder a la primera llamada. Conocían su fuerza: habían proclamado emperadores en el pasado a Claudio y a Nerón y recientemente a Didio Juliano. Por su parte, el Senado deseaba el mantenimiento de una legalidad que le proporcionaba muchas de las claves del poderío económico y político.

Juliano hizo decretar por el Senado a Severo como enemigo público. Era inadmisible que dominaran las legiones encargadas de cuidar las fronteras y no de hacer reinar su propio orden, legiones que por otra parte eran reclutadas entonces entre los paisanos de las provincias, y por lo tanto estaban muy mal dispuestas hacia los grandes terratenientes. La guardia pretoriana ocupó el Campo de Marte y se fortificó la ciudad erigiendo torres. Pero la guardia, corrompida por las dádivas y relajada por la vida fácil, no era más



Triunfo de Marco Aurelio.
(Roma, Palacio de los Conservadores.)

que una tropa de desfile, y la gran masa de la población que ya era hostil a Juliano, se alarmaba viendo que la ciudad caía en manos de los militares. Las obras de las fortificaciones no avanzaban. Los pretorianos, desacostumbrados al uso de pico y pala, se hacían reemplazar por dinero. No estaban menos desacostumbrados a combatir. Los mismos elefantes se sentían incómodos cuando debían llevar sobre su lomo las torres cargadas de combatientes.

La puerilidad de los pensamientos igualaba a la ceguera concerniente a las posibilidades de defensa. Juliano hizo el proyecto de enrolar a los dioses para su campamento. Pidió a los senadores que avanzaran con la cabeza ceñida con las bandas sagradas en compañía de las vestales y de todos los sacerdotes ante las legiones de Severo. Socorro ilusorio contra los bárbaros, hace notar Esparciano en la *Historia Augusta*, porque Severo aparecía ante la autoridad romana como un semibárbaro a la cabeza de sus tropas de Panonia aún más bárbaras. Originario de una familia de caballeros de Leptis en África, conservó el acento africano hasta su vejez. Había recibido una esmerada educación latina y griega, pero su hermana hablaba apenas el latín.

Por lo demás, todo volvía más o menos a la barbarie. Juliano había perdido la cabeza hasta el punto de recurrir a prácticas mágicas, con sacrificios de niños con los cuales suponía poder apaciguar el odio del pueblo o conseguir que las armas cayeran de las manos de sus enemigos, o por lo menos descubrir los secretos del porvenir.

En esto se estaba, trece años después de la muerte de Marco Aurelio. Severo se apoderó sin combate de Ravena y de su flota. El Senado, pronto a darse vuelta, pasó de la arrogancia al servilismo. Los pretorianos también abandonaron a Juliano, que fue muerto por un soldado en su palacio, el 1 de junio del año 193.

La entrada de Severo a Roma fue rodeada por presagios siniestros. "Los soldados se desparramaron por toda la ciudad, se instalaron en los templos, bajo los pórticos, en el palacio imperial, como si fuesen otras tantas hosterías. La entrada de Severo a Roma tuvo algo de odioso y de terrible. Los soldados se apropiaban de todo sin pagar nada y no pronunciaban más que palabras de destrucción" (Esparciano). Los pretorianos fueron licenciados, Pertinax elevado al rango de los dioses. Roma, Italia y el Senado sufrieron una grave pérdida de prestigio.

El régimen de la esclavitud no fue por cierto cambiado. Los grandes terratenientes mantenían sus posiciones y las seguirán manteniendo a través de las tormentas. Las legiones seguían resultando temibles para los bárbaros y durante doscientos años seguirán conteniendo, a pesar de terribles desastres y al precio de parciales abandonos, el asalto de los pueblos germánicos, cada vez más extendido. Pero los tiempos de la grandeza habían pasado definitivamente. Comienza entonces lo que se llama Bajo Imperio, un Imperio cuyas estructuras políticas y cuya armazón ideológica soportarían grandes transformaciones, no con el fin de una verdadera renovación sino para asegurar la continuidad de una organización económica y social superada. Continuidad precaria, facilitada sin embargo por el hecho de que la nueva organización económica y social hacia la que se tendía no alcanzaba a tomar forma, y que tampoco se inscribía en el cerebro de los hombres la idea de una organización mejor, única capaz de devolver la esperanza a los hombres y el dinamismo a las sociedades.

¿Quién no estaría de acuerdo con Renan, considerando que la muerte de Marco Aurelio forma un corte en el desarrollo de la civilización romana y, hablando más en general, de la civilización antigua? Pero sólo en esto; donde ya no podemos seguirlo, es cuando atribuye artificialmente un rol determinante a la aparición, a la acción o a la desaparición de personalidades excepcionales. La muerte de Marco Aurelio no determinó, sólo precipitó las profundas transformaciones que habían comenzado varias decenas de años atrás; se trataba de una crisis política de gran envergadura que se estaba incubando.

¿Será acaso necesaria una última prueba? La demostración visible, tangible, se encuentra en la novedad del contenido y del estilo que contrapone los relieves de la columna de Marco Aurelio a los de la columna de Trajano. Al día siguiente de la muerte de Marco Aurelio el Senado decretó en su honor la construcción de un templo del que no se ha encontrado nada, y de una columna que es la que se levanta en "piazza Colonna" y que recuerda las victorias ganadas sobre los marcomanos y los sármatas durante las dos campañas de los años 172-173 y 174-175. La columna trajana sirvió de modelo, y sobre ambos monumentos un friso continuo se enrolla

de abajo a arriba en forma helicoidal con las mismas escenas, a veces, los mismos motivos y las mismas líneas de composición.

Pero no es necesario comparar mucho tiempo las dos series de relieves para quedar admirado por las diferencias de inspiración y de ejecución que sólo han podido madurar lentamente. Ciertas faltas de habilidad y una cierta dureza en las esculturas de Marco Aurelio las hicieron considerar por mucho tiempo como decadentes. Pero al mismo tiempo se puede discernir en ellas los primeros esfuerzos de un nuevo arte. Sin duda ha habido en el abandono de las tradiciones académicas algo de deliberado, no tanto por incapacidad de conservarlas sino como rechazo de fórmulas que ya no correspondían más a los gustos y a las necesidades de la época. Las tradiciones académicas no estaban todavía muertas, por otra parte, y la habilidad manual tampoco había desaparecido: se las vuelve a encontrar en los sarcófagos hasta comienzos del siglo III, como producciones en serie o productos industriales de los que cualquier originalidad artística quedaba excluída.

Sobre la columna de Trajano el relato de la campaña contra los dacios se desenvuelve con soltura, con una seguridad que es a la vez la del emperador, la de todo el ejército durante toda la expedición, la del maestro de obra que concibió el ordenamiento general de las escenas y la de quienes las esculpieron en el mármol. El heroísmo resulta como fácil y natural. La acción se desarrolla con seguridad, reglamentada como en un campo de maniobras. La composición es continua, las escenas se unen a las siguientes sin choques, sobre el fondo ininterrumpido de paisaje que forma una hermosa decoración. Todo está perfectamente combinado y realizado. Una época de inteligencia clara y de equilibrio, de certidumbre y de serenidad.

Sobre la columna de Marco Aurelio, los diversos cuadros resultan más yuxtapuestos que unidos. Falta de habilidad que traduce el sentimiento nuevo de la discontinuidad, lo que había de realmente penoso en choques, golpes imprevistos y difíciles de devolver en interminables campañas. Tan pronto la pesadez de ciertas formas indica fatiga, cansancio por las marchas y contramarchas, tan pronto la violencia de los movimientos sugiere el encarnizamiento desordenado de la lucha. Una especie de sombrío realismo impregna las escenas de destrucciones y de masacres. En el rostro demacrado

del emperador se leen las preocupaciones; en las expresiones convulsas de los vencidos, el espanto y la desesperación.

Estos contrastes hablan a nuestro pensamiento a través de la imaginación. Ante nuestros ojos encontramos, reunido y expresado, el gran drama histórico del cual el emperador filósofo fue a la vez patético producto y actor impotente.

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

I. Obras generales

Para orientarse en la historia de los Antoninos y para establecer bibliografías sistemáticas, se recurrirá a los grandes manuales clásicos:

Eugène Albertini, *L'Empire Romain* (Pueblos y civilizaciones, bajo la dirección de Louis Halphen y de Philippe Sagnac), 1ª ed., 1929.

Léon Homo, *Le Haut Empire* (Historia general publicada bajo la dirección de Gustave Glotz), 1933.

André Piganiol, *Histoire de Rome* (Colección Clio, Introducción a los estudios históricos), 1ª ed., 1939.

The Cambridge ancient history (bajo la dirección de Bury, Cook, Adcock, Charlesworth), t. XII, *Imperial peace*, 1936.

A esto se agrega en forma de diccionario, pero conteniendo monografías minuciosas de todos los personajes conocidos:

Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft, por Pauly, Wissowa, Kroll, Mittelhaus, Ziegler-Neue Bearbeitung. (La publicación de la nueva edición se hace en tres series. La primera serie, que empieza con la letra A, ha llegado al tomo XXIII 1 (Priscilla-Psalychiadai), 1957. La segunda serie, que comienza en la R, ha llegado al tomo VIII, A1. (Valerius Fabrianus-P. Vergilius Maro), 1955. Finalmente, aparecen paralelamente algunos volúmenes de suplemento: t. VIII en 1956.

Sobre los diferentes aspectos de la vida cotidiana en Roma:

J. Carcopino, *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, 1939. Existe una edición inglesa en los Penguin Books, *Daily life in ancient Rome*, 1956, edición provista de bibliografía y de notas muy aumentadas por Henry T. Rowell.

La tesis de Lacour-Gayet, *Antonin le Pieux et son temps*, 1888, se lee fácilmente, pero ha quedado algo retrasada. Ver: Willy Hüttl, *Antoninus Pius*, Praga (t. I, *Historichpolitische Darstellung*, 1936; t. II, *Römische Reichsbeamte und Offiziere unter A. P.-A. P. in den Inschriften seiner Zeit*, 1933).

Existen biografías de Marco Aurelio relativamente recientes en italiano, inglés y alemán (H. D. Sedgwick, Oxford, 1921; P. E. Matheson, Cambridge, 1922; C. Clayton-Dove, Londres, 1930; U. von Wilamowitz-Moellendorf, Berlín, 1931; L. A. Stella, Roma, 1943; A. S. L. Farquharson, Oxford, 1951; F. Carrata Thomes, Turín, 1953). Este personaje ha ocupado mucho menos a

los historiadores franceses. Quedamos, pues, en la célebre obra de Renan: *Marc-Aurèle et la fin du monde antique*, 1881 (*Histoire des origines du christianisme*, t. VII). El punto de vista dominante es el de un racionalismo superficial: "Si Marco Aurelio, en lugar de emplear los leones y la silla incandescente, hubiera usado la escuela primaria y una enseñanza estatal racionalista, hubiera prevenido con mayor éxito la seducción del mundo por lo sobrenatural del cristianismo" (ps. 345 y 346). "El terreno no fue bien preparado por un buen ministerio de instrucción pública" (p. 372).

II. Los escritos de Marco Aurelio

1. La correspondencia de Frontón con Marco Aurelio no nos ha llegado completa. En el año 1815 el cardenal Mai descubrió en la biblioteca Ambrosiana de Milán un manuscrito palimpsesto que contenía algunas de estas cartas. Poco después llegó a ser bibliotecario del Vaticano, donde encontró, en 1823, un volumen que contenía otras hojas del manuscrito de Frontón. Más tarde se volvieron a encontrar nuevos fragmentos.

La edición Naber de 1867 representó un gran progreso sobre las primeras ediciones; sin embargo, fue considerado insuficiente pocos años después de su aparición. A pesar de esto, sólo será reemplazada por la edición van den Hout, en curso de preparación:

M. Cornelii Frontonis Epistulae, quas edidit, M. P. J. van den Hout, vol. I, Leiden, 1954 (11 páginas de bibliografía presentan la lista de las obras dedicadas al mejoramiento del texto. Este detalle basta para mostrar el enorme esfuerzo que ya ha exigido la interpretación del manuscrito y falta todavía mucho para hacer).

En francés existe sólo una traducción muy poco satisfactoria hecha por Armand Cassan en 1830. Se puede utilizar la traducción inglesa de la edición Haines en la Loeb Classical Library, London-New York, 1919, que cambia el orden del manuscrito y presenta las cartas en orden cronológico.

2. Los *Pensamientos* nos han llegado en varios manuscritos de los cuales dos son considerados como básicos para la reconstitución del texto. Están muy corrompidos (numerosas lagunas y erratas), de donde sale, al menos en gran parte, el renombre de oscuro que generalmente se asocia con su autor. Ver en la Colección de las Universidades de Francia, llamada colección Bude:

Marc-Aurèle, *Pensées*. Texto preparado y traducido por A. I. Trannoy, Paris, 1939 (traducción a menudo demasiado académica).

III. Monumentos figurativos

Los monumentos figurativos que subsisten y de los cuales el más importante es, lejos, la Columna aureliana de la Piazza Colonna, han dado lugar a discusiones interminables. Max Wegner propuso una cronología plausible. *Die kunstgeschichtliche Stellung der Marcussäule* (Jahrbuch des deutsch. archäol. Instituts, 46, 1931, ps. 61 a 174).

Las medidas adoptadas para proteger a la Columna aureliana durante la segunda guerra mundial han permitido tomar, en buenas condiciones, una serie completa de fotografías:

C. Caprino, A. M. Colini, G. Gatti, M. Pallottino, T. Romanelli, *La Colonna di Marco Aurelio* (*Studi e materiali del Museo dell'Impero romano*, ora *Museo della Civiltà romana*), Roma, 1955, 124 ps. y 91 pl.

IV. Los historiadores antiguos

1. La *Historia romana* de Dion Casio que comprende desde los orígenes hasta el reinado de Alejandro Severo. No ha sido conservada completa: faltan el reinado de Antonino y el comienzo del de Marco Aurelio. El libro LXXI, que relata la continuación y el fin de este último reinado, no existe más que en los resúmenes bizantinos y en fragmentos cuya continuidad no es siempre clara.

Este autor, nacido en Nicomedia de Bitinia, hacia el año 155 entró al Senado en el año 180. Su padre fue gobernador de Cilicia y luego de Dalmacia. Representa el punto de vista senatorial. Su relato, aun mutilado, tiene mucho interés: efectivamente tenía experiencia personal de los asuntos públicos, fue testigo directo de los últimos acontecimientos de la vida del emperador y en cuanto a los hechos más antiguos recogió el testimonio de testigos oculares.

Traducción francesa de E. Gros, Paris, Didot, 10 vols., 1845-1870.

2. Se designa con el nombre de *Historia Augusta* una colección de biografías de emperadores desde Adriano hasta Numeriano, atribuídas a seis diferentes autores. Se ha discutido mucho sobre la verdadera fecha de esta compilación y sobre las condiciones en que fue redactada, probablemente durante la segunda mitad del siglo IV. Sea como sea, fue escrita para el ambiente senatorial. Estas biografías que se refieren a menudo a los archivos oficiales y a memorias contemporáneas de los hechos, están llenas de detalles sobre la vida privada de los emperadores.

Existe una traducción francesa, muy mediocre, en la colección Nisard de autores latinos (vol. *Suetonio*, los escritores de la *Historia Augusta*, etc., Paris, 1945).

3. La *Historia romana* de Herodiano, que se extiende desde el año 180 hasta el año 238, no da más que algunos datos sobre Marco Aurelio, pero en cambio es fundamental para la vida de Cómodo. Su principal interés consiste en el hecho de que su autor, que sin duda era un liberto imperial de origen sirio, conserva una actitud francamente racionalista e independiente del clan senatorial.

Trad. francesa de Léon Halévy, Paris, Didot, 1871.

4. Para las vidas de Favorino y sobre todo de Herodes Ático, ver Flavio Filostrato, quien, nacido hacia el año 170, tal vez en Lemnos, publicó las *Vidas de los sofistas*, entre el año 230 y el 238.

Trad. inglesa de la colección Loeb, London, 1922.

V. La estructura social del Imperio

Los estudios epigráficos, que en apariencia exigen un trabajo desmesurado y muy ingrato, nos permiten poco a poco tener una idea relativamente precisa de las estructuras sociales y de sus transformaciones. Se puede comenzar con P. Lambrechts, *La composición del Senado romano desde la ascensión de Adriano al trono hasta la muerte de Cómodo* (117-192), Antwerpen, 1936 (en apéndice, listas de los gobernadores de provincias, que deben ser revisadas).

La nueva edición, por E. Groag y A. Stein, de la *Prosopographia imperii Romani saec.* I, II, III, se encuentra en la actualidad en la letra G (tomo IV, fasc. 1, 1952).

Se pueden consultar los siguientes, entre los trabajos más recientes:

Attilio Degrassi, *I fasti consolari dell'Impero romano dal 30 avanti Cristo al 613 dopo Cristo* (Sussidi Eruditi, 3), Roma, 1952.

H. G. Pflaum, *Les procurateurs équestres sous le haut Empire romain*, Paris, 1950.

H. G. Pflaum, *La carrière de C. Aufidius Victorinus, condisciple de Marc-Aurèle*. Informes a la Academia de Inscripciones, abril-junio 1956, ps. 189 a 201.

M. E. Serguéenko, sobre la economía rural en la antigua Italia (en ruso), *Vestnik drevnei istorii*, 1953, número 3, ps. 65 a 76 (muy importante sobre el problema del desarrollo de los colonos).

VI. Los pueblos bárbaros

Sobre Gran Bretaña y el muro de Antonino:

I. A. Richmond, *Roman Britain*, Penguin Books, 1955.

La civilización de los partos nos es mal conocida (P. Lavedan, *Histoire de l'Art*, Colección Clío, t. I, ps. 56 y 73). Por lo tanto, las recientes excavaciones de Nisa, al sud de Turkmenistán, son de una importancia tanto más considerable. Para la bibliografía: B. B. Piotrovsky, *New contribution to the study of ancient civilizations in the U. R. S. S.* Reports of the Soviet Delegation at the X International Congress of Historical Science in Rome, Moscú, 1955, ps. 70 a 72.

Las excavaciones y estudios arqueológicos húngaros han renovado nuestros conocimientos del *limes* de Panonia y de los pueblos bárbaros establecidos en sus alrededores, sobre todo de los sármatas. Entre otros:

J. Szilágyi, *Roman garrisons stationed at the northern Pannonian. Quad frontier. Sectors of the Empire*. Acta Archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae, t. II, fasc. 1-3, Budapest, 1952.

A. Radnóty, L. Barkóczi, *The distribution of troops in Pannonia inferior during the 2nd. century A. D.*, ibíd., t. I, fasc. 3-4, Budapest, 1951.

J. Harmatta, *Studies on the history of the sarmatians*, Budapest, 1950.

Agregar:

H. G. Pflaum, *Du nouveau sur les guerres du Danube à l'époque de Marc-Aurèle*, extraídas de una inscripción recientemente descubierta en *Diana Veteranorum*, en Numidia. Informe a la Academia de Inscripciones, enero-marzo, 1950, ps. 19 a 23.

VII. Filosofías y religiones

Entre los trabajos más recientes:

S. L. Utchenko, *The crisis of the polis and the political views of the roman stoics*, Report of the Soviet Delegation at the X International Congress of Histor. Science in Rome, Moscú, 1955.

J. Beaujeu, *La religion romaine à l'apogée de l'Empire*. I. *La politique religieuse des Antonins* (96-192). Les Belles-Lettres, 1955.

Archibald Robertson, *The origins of christianity*, London, 1953 (insiste sobre los aspectos sociales del desarrollo del cristianismo).

CRONOLOGIA SUCINTA DE LOS DOS PRIMEROS SIGLOS DEL IMPERIO ROMANO

27 a. C.		
14 d. C.		Augusto.
9 d. C.		Destrucción del ejército de Varo en la selva de Teutoburg.
14-37		Tiberio
	21	Sublevación de Floro y Sacroviro en Galia.
37-41		Calígula.
41-54		Claudio.
	53	Nacimiento de Trajano.
54-68		Nerón.
	59	Asesinato de Agripina.
	64	Incendio de Roma.
	65	Conjuración de Pisón. Suicidio de Séneca, de Lucano y de Petronio.
68-69		Galba.
	69	Otón.
	69	Vitelio.
69-79		Vespasiano.
	70	Destrucción de Jerusalén.
	76	Nacimiento de Adriano.
	79	Una erupción del Vesubio destruye a Pompeya, Herculano y Estabia.
		Muerte de Plinio el Viejo.
79-81		Tito.
81-96		Domiciano.
	86	Nacimiento de Antonino Pío.
96-98		Nerva.
98-117		Trajano.
hacia	100	Nacimiento de M. Cornelio Frontón.
	101-107	Guerra contra los dacios.
	113-117	Guerra contra los partos.
	115-117	Levantamiento de los judíos en Cirenaica. Disturbios en Egipto y en Chipre.
117-138		Adriano.
	121	Nacimiento de M. Anio Vero (Marco Aurelio).
	126	Nacimiento de Pertinax.
	130	Nacimiento de L. Cejonio Cómodo (Lucio Vero).
	132-135	Sublevación de Barcokebas en Palestina.

138-161		Antonino Pío.
	140	Muerte de Faustina Madre, esposa de Antonino.
	145	Matrimonio de Marco Aurelio y de Faustina Joven.
	146	Nacimiento de Septimio Severo en Leptis Magna.
161-180		Marco Aurelio.
	161	Nacimiento de L. Aurelio Cómodo (Cómodo).
	161-166	Guerra contra los partos.
	164	Lucio Vero se casa en Éfeso con Lucila, hija de M. Aurelio.
	166	Ruptura del frente del Danubio. Invasión del noreste de Italia.
	167-169	Primera campaña contra los germanos.
	169	Muerte de Lucio Vero en Altinum.
	170-173	Segunda campaña contra los germanos.
	174-175	Tercera campaña contra los sármatas y los germanos.
	hacia 174	Proceso contra Herodes Ático en Sirmium.
	175	Sublevación de Avidio Casio.
	175-176	Muerte de Faustina, esposa de Marco Aurelio.
	177	Cómodo asociado al Imperio.
		Nueva guerra sobre el Danubio.
		Persecución contra los cristianos en Lyon.
17 marzo	180	Muerte de Marco Aurelio en el frente del Danubio.
180-192		Cómodo.
193		Pertinax.
193		Didio Juliano.
193-211		Septimio Severo.
193-194		Pescenio Níger.
193-197		Clodio Albino.

ÍNDICE

	Pág.
Prólogo	7
I. La herencia de Adriano y la infancia de Marco	11
II. Dulzura del campo, de las musas y de la ternura	27
III. Realidades de la economía y de la vida social	43
IV. La conversión al estoicismo	59
V. Amenazas a término en las fronteras	77
VI. Antonino, el emperador del Senado	87
VII. Las veleidades de un emperador filósofo	103
VIII. Lucio Vero y la campaña contra los partos	121
IX. Guerras en el Danubio	139
X. Años sombríos, años desesperados	157
XI. Las dos pendientes del cristianismo	171
XII. Los ineludibles destinos de Roma	185
Indicaciones bibliográficas	197
Cronología sucinta de los dos primeros siglos del Imperio romano	203

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 16 DE AGOSTO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS SESENTA Y DOS, EN ARTES GRÁFICAS BODONI S. A. I. C., HERRERA 527, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.